BLUE JEANS

EL CAMPAMENTO

Planeta

BLUE
EL CAMPAMENTO
JEANS
Planeta

Índex

Coberta

Sinopsis

Portadella

Dedicatoria

Cita

LISTA DE PERSONAJES

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1. Saúl

CAPÍTULO 2. Lucía

CAPÍTULO 3. Miren

CAPÍTULO 4. Alexis

CAPÍTULO 5. Luis

CAPÍTULO 6. Natalia

CAPÍTULO 7. Vicky

CAPÍTULO 8. Jorge

CAPÍTULO 9. Eva

CAPÍTULO 10. Óliver

CAPÍTULO 11. Luis

CAPÍTULO 12. Vicky

CAPÍTULO 13. Saúl

CAPÍTULO 14. Jorge

CAPÍTULO 15. Alexis

CAPÍTULO 16. Óliver

CAPÍTULO 17. Natalia

CAPÍTULO 18. Lucía

CAPÍTULO 19. Miren

CAPÍTULO 20. Eva
CAPÍTULO 21. Gema
CAPÍTULO 22. Luis
CAPÍTULO 23. Saúl
CAPÍTULO 24. Vicky
CAPÍTULO 25. Alexis
CAPÍTULO 26. Óliver
CAPÍTULO 27. Natalia
CAPÍTULO 28. Eva
CAPÍTULO 29. Miren
CAPÍTULO 30. Lucía
CAPÍTULO 31. Luis
CAPÍTULO 32. Saúl
CAPÍTULO 33. Jorge
CAPÍTULO 34. Vicky
CAPÍTULO 35. Óliver
CAPÍTULO 36. Lucía
CAPÍTULO 37. Natalia
CAPÍTULO 38. Eva
CAPÍTULO 39. Alexis
CAPÍTULO 40. Luis
CAPÍTULO 41. Gema
CAPÍTULO 42. Saúl
CAPÍTULO 43. Lucía
CAPÍTULO 44. Martín
CAPÍTULO 45. Natalia
CAPÍTULO 46. Óliver
CAPÍTULO 47. Eva

CAPÍTULO 48. Alexis
CAPÍTULO 49. Jorge y Miren
CAPÍTULO 50. Luis
CAPÍTULO 51. Saúl
CAPÍTULO 52. Lucía
CAPÍTULO 53. Gema
CAPÍTULO 54. Natalia
CAPÍTULO 55. Óliver
CAPÍTULO 56. Saúl
CAPÍTULO 57. Gema y Martín
CAPÍTULO 58. Eva
CAPÍTULO 59. Óliver y Gema
CAPÍTULO 60. Natalia y Gema
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora	Descubre	Comparte

Sinopsis

Todos se mueren por entrar, pero morirán si no consiguen salir.

Diez de los chicos más prometedores del país, menores de 23 años, han sido invitados a un campamento muy especial en los Pirineos. El precursor de esta idea es Fernando Godoy, uno de los hombres más ricos de España, que busca a alguien joven que le ayude a dar una nueva imagen a su imperio y que en el futuro ocupe su lugar. En aquel idílico paraje, recibirán formación y serán preparados para convertirse en la mano derecha del millonario. Pero solo uno podrá conseguirlo. Una bestseller de novela juvenil, una atrevida instagramer, un cantante pop de moda, un exitoso atleta, un estudiante de criminología brillante, una influencer con marca propia, la creadora de una app para frikis, uno de los gamers del momento, un chico que promulga la palabra de Dios de una manera peculiar y una conocida actriz son los candidatos finales. Solo tendrán un hándicap para estar allí: nada de móviles ni comunicación con el exterior.

Las cosas marchan según lo previsto y los jóvenes disfrutan de aquella experiencia hasta que en el segundo viernes de convivencia los coordinadores del grupo desaparecen y uno de los chicos muere en extrañas circunstancias. A partir de ese instante todo cambiará y los acontecimientos inesperados se irán sucediendo.

EL CAMPAMENTO

Blue Jeans

Planeta

Para todos los que se han ido y, sobre todo, para los que se han quedado. Juntos somos más fuertes

El mal nunca queda sin castigo, pero a veces el castigo es secreto.

Agatha Christie

LISTA DE PERSONAJES

Alexis García: 20 años, *gamer* .
Villa Jimena, bungaló número 4.

Eva Moliner: 20 años, actriz.
Villa Aurora, bungaló número 5.

Fernando Godoy: multimillonario, organizador del Campamento Godoy.

Gema Lago: coordinadora del campamento.
Villa Gabriela, bungaló número 12.

Jorge Salcedo: 21 años, cantante.
Villa María, bungaló número 7.

Lucía Castillo: 22 años, *influencer* .
Villa Mercedes, bungaló número 3.

Luis Barbero: 21 años, predicador.
Villa Ester, bungaló número 9.

Martín Díaz: coordinador del campamento.
Villa Elisa, bungaló número 11.

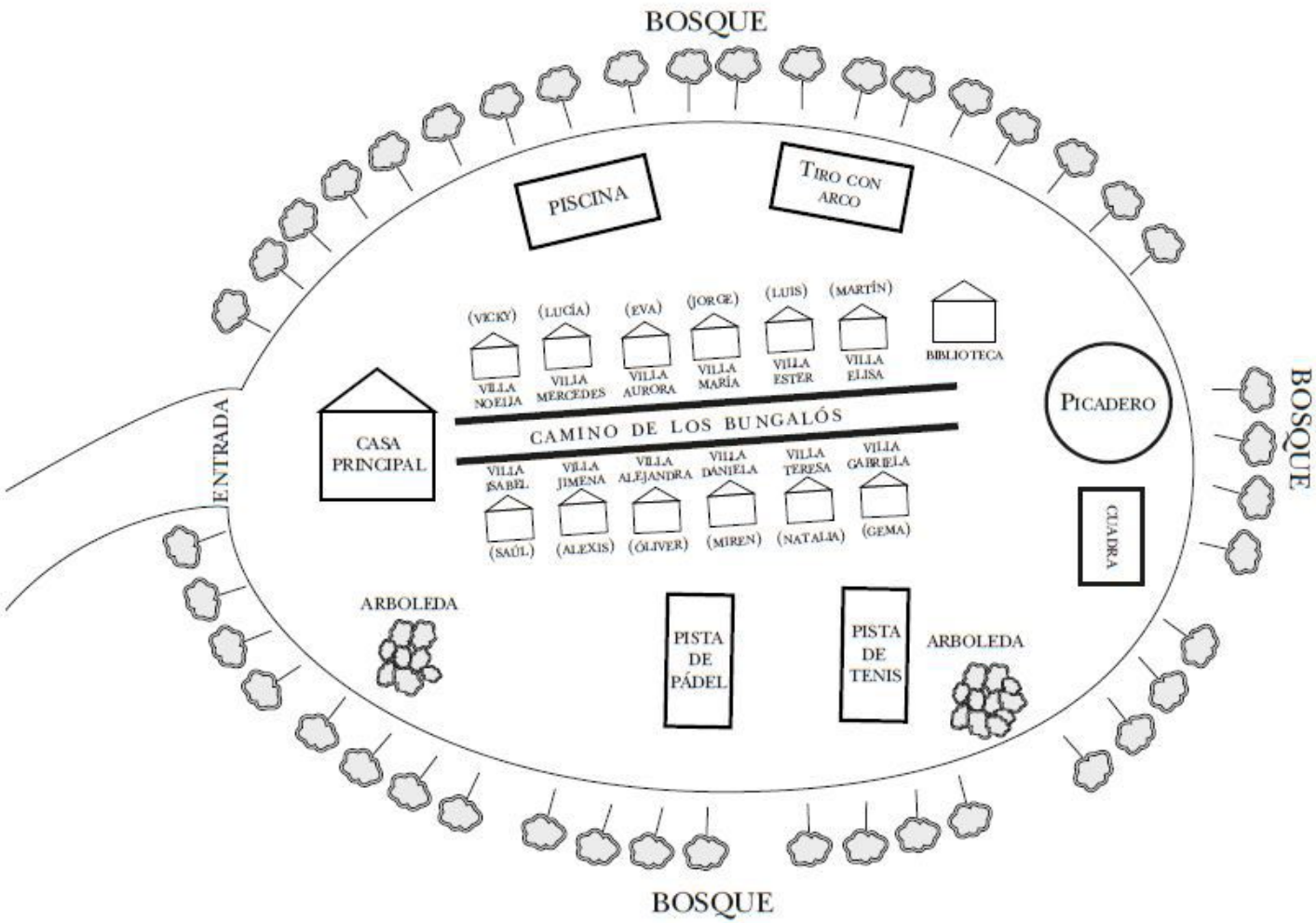
Miren Libano: 20 años, escritora.
Villa Daniela, bungaló número 8.

Natalia Ruiz: 22 años, *influencer* .
Villa Teresa, bungaló número 10.

Óliver Alfaro: 22 años, estudiante de Criminología.
Villa Alejandra, bungaló número 6.

Saúl Márquez: 22 años, atleta, saltador de pértiga.
Villa Isabel, bungaló número 2.

Vicky García: 20 años, empresaria.
Villa Noelia, bungaló número 1.


BOSQUE
PISCINA
TIRO CON ARCO
(VICKY)
(LUCÍA)
(EVA)
(JORGE)
(LUIS)
(MARTÍN)
BIBLIOTECA
VILLA NOELIA
VILLA MERCEDES
VILLA AURORA
VILLA MARÍA
VILLA ESTER
VILLA ELISA
CASA PRINCIPAL
CAMINO DE LOS BUNGALÓS
PICADERO
VILLA ISABEL
VILLA JIMENA
VILLA ALEJANDRA
VILLA DANIELA
VILLA TERESA
VILLA GABRIELA
(SAÚL)
(ALEXIS)
(ÓLIVER)
(MIREN)
(NATALIA)
(GEMA)
CUADRA
ENTRADA
BOSQUE
ARBOLEDA
PISTA DE PÁDEL
PISTA DE TENIS
ARBOLEDA
BOSQUE

PRÓLOGO

¿Puede ser ese el peor día de su vida?

El segundo peor día de su vida.

No es capaz de dejar de llorar. Se le han terminado los pañuelos, apenas le queda papel higiénico y ha tenido que recurrir al rollo de cocina. Es muy áspero y le ha puesto la nariz como un tomate.

Va al cuarto de baño y el espejo le muestra la cruda realidad. ¿Y ahora qué? Ahora nada. Vivir. Seguir adelante como pueda. Necesitará armarse de valor, sacar fuerzas de donde sea y aprender a estar sola.

Su padre ya no la acompañará más.

Se terminaron los desayunos juntos, los partidos de polo y las series por la noche.

¿Por qué lo ha hecho?

Es verdad que, desde que desapareció su madre, él cambió. Pero no imaginaba que las cosas tomarían ese rumbo.

La joven abre uno de los cajones del mueble y saca unas tijeras. Le molesta el pelo tan largo, así que empieza a cortar. Un mechón, otro mechón. Y otro mechón. El suelo se va llenando de su cabello castaño. Hasta que suena su teléfono, que ha dejado en el salón.

Otro más que quiere contarle lo que ya sabe. Ya se cansará. Sin embargo, insiste, y la chica termina por ir a cogerlo. El número que aparece en la pantalla es de estos de mil unidades.

—¿Quién es?

—¿No reconoces mi voz?

—Ah. Eres tú. Hola.

—He visto por televisión lo de tu padre. Lo siento mucho. No sé si podría haber hecho algo para que la historia fuera diferente.

La joven no le dice nada. ¿Qué quiere oír? ¿Para qué la ha llamado? No tiene ganas de tonterías.

—Oye, estoy ocupada. Ya hablaremos.

—¿Por qué no vienes a verme?

—Porque no me apetece.

—Te entiendo. Pero, si necesitas cualquier cosa, avísame. ¿Tienes mi número personal?

La chica se queda mirando el teléfono y pulsa el botón rojo. Se acabó la llamada. Regresa al cuarto de baño y termina de cortarse el pelo. Menudo estropicio se ha hecho. Sonríe, aunque no le gusta nada de nada. Optará por rapárselo. Sí, qué más da. Un cambio de imagen radical para una vida diferente. ¿Dónde tendría su padre la maquinilla?

Sale de su baño y va al de él.

Con el cabello al cero no sabe qué parecerá, pero ya lo ha decidido.

Aquel sitio todavía huele a él. A su fragancia, que usaba desde que ella era niña. Un olor que le recuerda a besos, a abrazos y a viajes en familia.

Y de nuevo se pone a llorar, mientras busca en los cajones la maldita maquinilla.

No la encuentra. Sin embargo, da con algo que no esperaba. No imaginaba que la tendría allí guardada: una pistola del calibre 22 que, años más tarde, ella utilizaría para matar a alguien.

CAPÍTULO 1

Saúl

Viernes, 19 de julio de 2019. Octavo día en el campamento

—¿Dónde están Martín y Gema?

Nadie responde a la pregunta de Saúl. Algunas veces piensa que es invisible a pesar de medir casi un metro noventa.

—¿Me habéis oído?

—Sí, pesado. Te hemos oído perfectamente —responde Natalia tras soltar un resoplido. No aguanta a ese tío desde el primer momento—. Estarán por ahí, detrás de algún arbusto, dando rienda suelta a su amor.

—¿Están liados?

—¿De verdad, Saúl? —dice la chica sorprendida—. ¿Llevamos una semana aquí y todavía no te has enterado? ¡En qué mundo vives!

—De momento, en el mismo que tú.

Aunque a veces desearía volver a su casa, a sus entrenamientos, y alejarse de alguna de esas personas tan prepotentes y egocéntricas. Cuando recibió aquella invitación debió quemarla y tirar las cenizas a la basura. Pero necesitaba ese descanso.

—Me di cuenta de que esos dos estaban juntos a los diez minutos de llegar —comenta un chico con gafas sentado en un sillón rojo, sin apartar la mirada de las páginas de un libro bastante grueso.

—No es un secreto de Estado, Luis. Creo que todos nos dimos cuenta desde el principio de que Martín y Gema son pareja.

—Este no lo sabía.

—Porque paso de meterme en la vida de nadie —replica molesto Saúl mientras abre el frigorífico y coge un bote lleno

de agua que lleva su nombre.

—Ningún líder que se precie debe ignorar lo que ocurre a su alrededor.

—No me va la prensa rosa. No estoy aquí para juzgar a los demás ni para inmiscuirme en lo que hacen.

—¿Y para qué estás aquí, cariño?

La pregunta que le hace Natalia ya se la ha planteado muchas veces a sí mismo. ¿Por dinero? ¿Para vivir la experiencia? ¿Para aprender? No, es mucho más complejo que todo eso. Aislarse en un sitio como aquel era una gran idea. Sin móviles, sin ordenadores. Sin redes sociales ni contacto con el exterior durante tres semanas. Lo que no imaginaba era que tendría que compartir ese espacio con algunos capullos a los que no traga. Natalia y Luis entre ellos.

—Me voy a correr. Volveré para la cena —dice el joven atleta, que no tiene ganas de responder a la pregunta que le ha hecho su compañera.

Ni Natalia ni Luis vuelven a hablarle. Ni siquiera se fijan en él cuando se marcha. Saúl tampoco insiste. Esos dos no son sus amigos, ni lo serán en el futuro. Ellos por un lado y él por otro.

El joven deja atrás la que llaman «casa principal», en la que se encuentran la sala de estar, la mesa en la que comen y la cocina americana, con todo tipo de comodidades. Es donde se suelen reunir y hacen vida de grupo. Corre por el camino de los bungalós a buen ritmo. Hace calor, debe de haber más de treinta grados. No esperaba temperaturas tan altas en plena montaña, pero, desde que llegaron, muchos días han sido así. Por las noches, en cambio, refresca bastante.

—¿Dónde está ese campamento?

—En los Pirineos. En mitad de la nada.

—Vaya, qué lejos. ¿Y dices que no podremos hablar en tres semanas?

—Así es. No nos dejarán tener encendidos los móviles ni ningún tipo de dispositivo electrónico. Es una condición que

nos han puesto para asistir.

Su novia no lo entendía y tampoco le parecía bien, pero no le quedó más remedio que aceptarlo. Él ya había tomado la decisión de ir. En aquel lugar desconectaría y tendría tiempo para pensar y aclarar sus ideas.

Saúl disminuye el ritmo al llegar al campo de tiro con arco. Alza la mirada y ve a Eva, que apunta a la diana que se encuentra justo en el medio. Dispara, y la flecha se clava en uno de los anillos rojos, muy cerca del amarillo.

—¡Buen tiro! —exclama el joven, que se dirige trotando hacia la chica.

—Gracias. No ha estado mal, aunque podría haber sido mucho mejor.

—Te has quedado cerca del centro.

—No me vale. Tú eres deportista. Sabes que no hay que conformarse con quedarse cerca del objetivo. Hay que ser certero y exigente con uno mismo.

Tiene razón. Él no es precisamente una persona conformista. Por eso es el mejor atleta de su generación. Nadie había conseguido saltar tan alto el listón con veintidós años.

—¿Quieres probar? —le pregunta Eva ofreciéndole el arco —. Es para chicas, no te pesará demasiado.

—No, gracias. No quiero ser infiel a mi pértiga.

Eva sonríe y asiente con la cabeza. Deja el arco en el suelo y estira los brazos hacia delante, entrelazando los dedos. Saúl la observa con atención antes de reanudar la marcha. Es una joven morena, con el pelo por debajo de los hombros, muy liso. Tiene los ojos grandes y celestes y la piel muy blanca. Mide unos veinte centímetros menos que él. De sus nueve compañeros, es la que mejor le cae. Incluso le atrae. De hecho, si no tuviera novia, tal vez intentaría algo. Pero no le será infiel a Sara. Jamás lo haría.

—¿Qué tal soportas esto? Llevamos ya una semana aquí metidos. ¿No te agobias?

—A veces —responde Saúl, que también se pone a estirar viendo que la charla puede alargarse—. Estoy acostumbrado a mi rutina, y cambiarla me está costando un poco.

—¿Solo se trata de eso?

—Bueno. La adaptación tampoco ha sido tan rápida como imaginaba.

—Tranquilo. Puedes decir con claridad que los otros son unos gilipollas. Mientras no me incluyas a mí.

La sonora carcajada de Eva sorprende a Saúl. Es la primera vez que la ve reírse de esa manera. La considera una chica bastante seria, aunque le gusta su forma de sonreír, abriendo mucho los ojos y arrugando la nariz.

—No te incluyo. Del resto, prefiero no pronunciarme.

—Hay de todo. Lucía me parece maja y Jorge también —reconoce la chica, que sigue sonriendo—. A ti te tolero bastante. No te preocupes.

—Vaya, gracias. Eres muy amable.

—De nada, hombre. Aunque desde que te vi tengo la sensación de que escondes algo.

—¿Que escondo algo? ¿A qué te refieres?

La actriz se queda pensativa unos segundos y luego flexiona el cuerpo para tocar con las manos la punta de los zapatos. Saúl, inquieto, traga saliva y espera una respuesta.

—He observado que de vez en cuando te quedas mirando a ninguna parte, como si le dieras vueltas a algo que te preocupa —continúa diciendo Eva—. Te he pillado así varias veces esta semana.

—Puede ser. Aunque no hay nada concreto por lo que haga eso.

—¿Seguro? ¡No me engañes, que me doy cuenta rápidamente de quién no dice la verdad!

Saúl no sabe qué responderle. Está desconcertado. En realidad, ella tiene razón. Pero ¿hasta dónde puede contarle?

—Es un tema complicado del que intento olvidarme en el campamento.

—No hace falta que me digas nada. Respeto tu intimidad —señala Eva incorporándose—. Todos tenemos una vida fuera de aquí. No todo es tan bonito como lo pintamos. Ser una persona influyente, querida o referencial no significa que no cometamos errores o no tengamos ataques de conciencia. Aunque intentemos que los que nos siguen no lo perciban. Para ellos, somos seres perfectos.

En ese instante, un helicóptero amarillo sobrevuela el cielo, por encima de sus cabezas. Los dos lo siguen con la mirada durante unos segundos, hasta que desaparece de su campo de visión.

—¿Y esto? ¿Qué hace aquí?

—No lo sé. Será de vigilancia o de algún equipo de rescate —responde Eva también algo confusa—. A lo mejor buscan a alguien que se ha perdido en la montaña.

—Puede ser. Aunque es raro. No había visto ninguno hasta ahora.

—Seguro que hay una explicación lógica. Como para todo. Bueno, me voy. Te veo en la cena. ¡Y no te agobies mucho!

La joven se agacha y recoge del suelo el arco y las flechas que no ha lanzado. Sin decir nada más, camina hasta la diana que está en el medio. Saca la flecha del anillo rojo y se gira para despedirse de Saúl alzando la mano, sonriente.

El atleta percibe que una inesperada ráfaga de viento le golpea el rostro. De repente, siente frío y se le hielan los huesos. Contempla como Eva se aleja, a la vez que sus recuerdos regresan a aquel instante. A la fatídica noche del 16 de febrero de ese mismo año, cuando todo cambió.

—Diré que he sido yo.

—¿Qué? ¡No puedes hacer eso!

—Por supuesto que puedo.

—No lo permitiré.

—¡Deja de hacer el tonto! Tienes una carrera y un gran futuro por delante, Saúl. Hemos trabajado mucho como para que ahora todo se vaya a la mierda —le recuerda su entrenador nervioso.

—Pero el culpable soy yo.

—Tú no has hecho nada. Ni ella ni tú. ¿Entendéis?

Sara mira fijamente al hombre que les está hablando. Asiente con la cabeza y acaricia el pelo de Saúl mientras le susurra al oído:

—Tiene razón, cariño. Si decimos que has sido tú, echarás a perder tu carrera. La prensa no te dejará en paz y las redes sociales se llenarán de opiniones de todo tipo. Es muy duro lo que ha sucedido, pero esta es la mejor solución.

—No es la mejor solución.

—Sí, lo es. Y no se hable más —insiste el entrenador con firmeza.

El joven continúa negando con la cabeza. No puede creer que aquello le esté pasando de verdad. Hace unas horas era un joven feliz. Exitoso. La sensación del momento. Solo han transcurrido seis días desde que batió su marca personal en ese mitin televisado. Nunca había saltado el listón colocado a esa altura. ¡Récord nacional! Los medios de comunicación lo entrevistaban continuamente y sus seguidores en Twitter e Instagram se multiplicaron por diez. Había nacido una estrella.

Y, de pronto, aquel hombre muerto. Le había golpeado tantas veces la cabeza que apenas se distinguían sus rasgos. Debía asumir las consecuencias.

Besa a Sara en los labios y después le da una palmada en el hombro a su entrenador. Le conmueve que haya querido sacrificarse por él, pero no va a consentirlo.

—No, confesaré a la policía. Lo he matado y tengo que pagar por ello.

CAPÍTULO 2

Lucía

Viernes, 12 de julio de 2019. Primer día en el campamento

Su sueño es irse a vivir a Estados Unidos. No está muy segura de si elegiría Nueva York, Miami o Los Ángeles. A lo mejor Chicago, que le gustó mucho cuando estuvo de visita el verano anterior. En cualquier caso, su destino está al otro lado del mundo.

Lucía entra en su bungaló arrastrando con cierta dificultad una enorme maleta rosa fucsia. Posiblemente sea la que lleva más ropa de los diez jóvenes que han sido invitados al campamento. Normal, se dedica a eso. A sus veintidós años recién cumplidos ya tiene hasta su propia marca: Lucy Cristal. Así es como se hace llamar en Internet y es el nombre con el que ha triunfado en las diferentes redes sociales. Incluso en TikTok, donde solo lleva unos meses, cuenta ya con más de un millón de seguidores. Sin duda, se ha convertido en una de las *influencers* más importantes del país. Por eso está allí. Pero no se conforma.

¿Le da tiempo a colocarlo todo en el armario? No le apetece. Además, han quedado en veinte minutos en la casa principal. Se echa la mano al bolsillo trasero del *short* para sacar el móvil y se percata de que ya no lo lleva encima. Se lo ha entregado a ese chico tan guapo, justo después de bajar del autobús en el que han viajado hasta aquel lugar perdido de la mano de Dios, aunque el último kilómetro lo han hecho a pie. Serán tres semanas sin su gran compañero de vida. ¿Lo soportará?

—Tía, ¡que vas a estar veintiún días sin teléfono! ¡Qué horror!

—No lo soportarás.

—Claro que sí. Aguantaré. No hay problema.

—¿Tú? ¡Pero si no puedes estar más de treinta segundos sin mirar Insta!

—Vas a terminar mordiendo los árboles de lo nerviosa que te pondrás.

Las ridículas risas de sus dos mejores amigas, también *influencers,* le molestan. Llevan en ese plan desde que les habló de la carta que había recibido. Estúpidas. Lo que pasa es que tienen envidia porque solo la han invitado a ella.

Solo a ella.

Lucía se quita la ropa y se tumba en la cama antes de cambiarse. El colchón es de los duros, como le gustan. Sonríe y cierra los ojos. Piensa en el resto de los jóvenes que han venido con ella en el autobús. Ha reconocido a varios. Estaba el tío ese que se ha hecho tan famoso por batir no sé qué récord de salto de pértiga y que últimamente sale tanto en la tele. Es mono, aunque no es su tipo. También ha creído reconocer a la actriz Eva Moliner, al cantante Jorge Salcedo y al *gamer* Alexis García. ¡Y a Natalia Ruiz! Otra *influencer,* la única del grupo que tiene más seguidoras que ella en las redes sociales. Las dos se han sentado juntas en los asientos delanteros de la fila derecha del bus. Nunca se han llevado del todo bien, pero la respeta. De momento. Al resto de los chicos no los ha visto en su vida ni tiene idea de quiénes son.

Un gran sopor la invade y no tarda en quedarse dormida. No está acostumbrada a madrugar ni tampoco ha dado una cabezada en el autobús. Tal vez por los nervios. Se despierta cuando llaman a la puerta. La chica se sobresalta y se incorpora de la cama de un brinco. Se percata de que solo lleva la ropa interior y, rápidamente, se pone el primer vestido que ve en la maleta. Uno floreado rojo y blanco, bastante cortito, que necesita un buen planchado. Pero ahora no hay tiempo para eso. Vuelven a llamar. Se peina con las manos, alisando al máximo su larga melena castaña, y se apresura a abrir. El que encuentra al otro lado es el tipo guapo que se ha quedado con su teléfono al bajar del autobús. No debe de tener más de treinta años, quizá alguno menos, y cree recordar que se llama Martín.

—Hola, te estamos esperando —dice el joven, que esboza una sonrisa que Lucía no sabe cómo interpretar. ¿Está tenso o es su expresión habitual?

—¿Ya han pasado veinte minutos?

—Treinta. Todos tus compañeros están esperándonos en la casa.

La chica examina su reloj de pulsera y comprueba sorprendida que son las dos y veinte. Es verdad, llega tarde.

—Perdona, me he tumbado en la cama y me he dormido. Estaba cansada del viaje.

—No pasa nada. Pero aquí la puntualidad es muy importante. Por eso hemos permitido que os quedéis con los relojes.

—Lo siento. Me pongo los zapatos y voy. Es solo un minuto.

—Bien. Te espero fuera.

Martín no ha sonado demasiado amable, aunque no le ha molestado el tono que ha empleado. Parece que su función es coordinar al grupo de invitados. Y ella se ha retrasado nada más llegar. No es que se sienta culpable por haberse dormido y hacer esperar al resto, pero no le gustaría causar mala impresión a la primera de cambio. La imagen es muy importante.

Elige rápidamente uno de los seis pares de zapatos que se ha llevado. Se calza unas deportivas blancas con filos rojos, a juego con el vestido, y sale del bungaló.

—Ya estoy. ¿Nos vamos?

El joven asiente con la cabeza y, juntos, se dirigen hacia la casa, en la que esperan los demás. Es un camino de piedrecitas, con los bungalós impares a la izquierda y los pares a la derecha. Ella se aloja en el número 3, que se llama Villa Mercedes. Cada una de las habitaciones tiene un nombre de mujer.

—¿De quién fue la idea de construir esto aquí?

—Del jefe. ¿De quién, si no?

—¿Del señor Godoy?

—Sí. En principio, esto iba a ser una especie de resort en mitad de la naturaleza, un refugio en la montaña para la gente que necesitara desconectar. Pero los planes no terminaron de salir bien. Asuntos de licencias y esas cosas en las que yo no entro ni salgo. Así que se quedó todo parado durante un tiempo. Hace un año más o menos decidió reformarlo para este proyecto.

—Es una pasada.

—Luego os lo enseñaremos todo con detenimiento. Disponemos hasta de un campo de tiro con arco, pistas de pádel y de tenis y un picadero con caballos.

—¿Hay caballos?

—Dos. Cleopatra es la yegua y Napoleón es el macho. Los podréis montar estos días. El señor Godoy los quiere como si fueran sus hijos.

—¿Él no ha tenido hijos?

—No, ni se ha casado. Siempre ha estado solo. Se podría decir que vosotros vais a ser lo más parecido a unos hijos que el señor Godoy va a tener —comenta Martín con esa sonrisa que a la chica ya le va resultando familiar—. Pero no le hagas ese tipo de preguntas en la charla que vais a tener ahora. Es un hombre bastante discreto y muy celoso de su vida privada.

—¿Estará él?

—Por supuesto. No se podía perder la inauguración de su campamento. Estaba deseando conoceros en persona.

—Entonces nada de preguntas indiscretas.

—Es lo mejor. Si quieres caerle bien.

No les da tiempo a hablar nada más porque llegan a la casa. El joven abre la puerta y pasa en primer lugar. Lucía entra detrás algo nerviosa. Todos se giran a mirar a la recién llegada. Natalia Ruiz la llama para que se siente a su lado; le ha reservado un hueco en uno de los sofás.

—¿Estás bien? —le pregunta en voz baja.

—Sí, me he quedado dormida. Gracias por guardarme el sitio.

Lucía echa un vistazo a su alrededor. Están en un amplio salón que cuenta con una cocina americana adjunta, también bastante grande y que parece ser de última generación. Los han colocado en forma de U en torno a una pantalla situada en una de las paredes. Hay un sofá de tres plazas, dos de dos —uno lo ocupan ella y Natalia— y tres sillas en las que se sientan el *gamer* y dos de los chicos que no conoce. Martín se ha quedado de pie, junto a una joven que debe de tener más o menos la misma edad. Es ella la que toma la palabra:

—Bienvenidos. Mi nombre es Gema Lago y soy una de las coordinadoras del primer Campamento Godoy. Durante las próximas tres semanas os acompañaré en esta experiencia, que espero que sea inolvidable para cada uno de vosotros.

La chica hace una pausa y mira a su compañero, invitándole a que se dirija al grupo. Este tose para aclararse la voz y comienza a hablar:

—Yo soy Martín Díaz, el otro coordinador del Campamento Godoy. Cualquier cosa que necesitéis me la podéis pedir a mí o a Gema. Estamos aquí para haceros la estancia lo más agradable posible, aunque también os exigiremos responsabilidades, cierta disciplina y puntualidad.

Martín centra su mirada en Lucía, que se pone colorada cuando todos se giran hacia ella. ¡No piensa volver a llegar tarde ni una sola vez más!

—Está bueno —le susurra Natalia al oído—. Me lo voy a tirar.

—¿Qué dices?

—Eso. Que me lo quiero follar.

Lucía enarca una ceja y prefiere no opinar. ¿Esa chica no tiene pareja? Creyó ver en sus redes sociales que salía con un tío también dedicado al mundo de los *influencers* .

—Nosotros solo somos dos piezas de este gran proyecto —continúa diciendo Martín—. Los verdaderos protagonistas sois

vosotros diez y el señor que se ha encargado de elegiros. Chicas, chicos, os presento al inigualable Fernando Godoy.

La mayoría de los jóvenes aplauden cuando ven que lo hacen Martín y Gema. Por una puerta trasera, de la que Lucía no se había percatado hasta ese instante, aparece un hombre que debe de rondar los setenta años y el metro ochenta de altura. Camina erguido, con pasos cortos y firmes. Lleva un traje azul marino y camisa blanca, a pesar del calor. Su abundante cabello canoso lo ha recogido en una coleta.

—Buenas tardes, chicos. Bienvenidos al Campamento Godoy —les saluda el hombre alegremente mientras se fija con atención en su audiencia—. Parecíais más guapos en las fotos que he visto de vosotros. ¿Tenéis maquilladores a vuestro cargo o simplemente era Photoshop?

El grupo ríe al escuchar la broma de su singular anfitrión. Godoy se sienta en una silla que le ofrece Martín y le pide a Gema que se dirija hasta una mesa plegable sobre la que hay un ordenador.

—Soy muy mayor y se me seca la boca cuando hablo mucho. Debe de ser consecuencia de esta maldita dentadura postiza. Por eso os he preparado un vídeo en el que os explico qué hacéis aquí y cómo funciona todo esto. Perdonad el poco estilo que tengo delante de la cámara: no soy actor ni *youtuber,* aunque voy aprendiendo algo. Gemita, dale al *play,* por favor.

La chica asiente y obedece la orden de su jefe. En la pantalla, preparada para la ocasión, enseguida aparece el propio Fernando Godoy mirando al frente, con el mismo traje que lleva ahora.

—Hola a todos. Soy Fernando Godoy, el sexto hombre más rico del país según la última lista publicada por Forbes. No es que quiera presumir de ello. No soy nada vanidoso. Solo es un frío dato. También estoy entre los veinte hombres más atractivos del mundo con más de setenta años… Pero eso no lo pone en ninguna parte. Salta a la vista.

Godoy esboza una sonrisilla, tanto en el vídeo como en el salón, delante de los chicos, que también sonríen.

—Como veis, soy un abuelo con mucho sentido del humor —continúa diciendo en la proyección, después de hacer una breve pausa—. Pero esto es algo muy serio. El proyecto que vamos a llevar a cabo os puede cambiar la vida. Sí, estoy seguro de que este campamento marcará un antes y un después para algunos de vosotros.

CAPÍTULO 3

Miren

Viernes, 19 de julio de 2019. Octavo día en el campamento

Desde que llegó, le ha costado sudor y lágrimas ponerse a escribir. No logra concentrarse. Tal vez es porque no está en su cafetería preferida, donde se pasa las tardes frente a la pantalla. Por lo menos le han dejado un ordenador, sin acceso a Internet, por supuesto, para que adelante algo de la novela que debe entregar a su editora en menos de un mes y medio. No sabe si llegará a tiempo. Podía haber renunciado a la invitación, pero hubiera sido algo estúpido. La oportunidad era irrechazable.

Miren Libano publicó su primer y único libro en abril de hace dos años, con dieciocho recién cumplidos. Su historia *La casa de las muñecas rusas* se hizo viral en Wattpad, y el éxito la llevó a fichar por la editorial Universo, que no tardó en sacarla en papel. Enseguida se convirtió en un fenómeno de la literatura juvenil a la altura de Laura Gallego o Federico Moccia. Su vida cambió para siempre. Decidió dejar su Vitoria natal y trasladarse a Madrid. Empezaron los eventos con firmas, las entrevistas y los viajes de promoción. También las exigencias y la presión. Vendió muchos ejemplares de su ópera prima, pero necesitaba una segunda publicación para continuar pagando las facturas y el alquiler de un piso en Malasaña.

—¿Escribes? —le pregunta un joven desgarbado, con el flequillo excesivamente largo para su gusto, mientras se quita unas gafas de sol.

A Jorge Salcedo también le apasiona escribir, aunque la vida le ha llevado por otro camino: el de la música. Sus letras pegadizas hacen furor entre los adolescentes.

—Lo intento —responde Miren, que está sentada en el suelo, junto a su bungaló, Villa Daniela, con el portátil apoyado en las rodillas—. No consigo juntar dos frases seguidas que tengan un poco de sentido.

—Te comprendo. Yo no he sido capaz de componer casi nada esta semana. Imagino que, cuando regresemos al mundo real, volverá también la inspiración.

—¿Inspiración? ¿Qué es eso? ¿Se come?

—Nos lo pondrán hoy para cenar. De segundo plato.

La chica sonríe y busca con la mirada la última frase que ha escrito. La lee un par de veces, suspira y la borra. Después baja la pantalla del ordenador resignada.

—Menuda mierda de escritora soy.

—No pasa nada. Esos bloqueos son normales —dice Jorge, que le da la mano para ayudarla a levantarse—. Estamos viviendo una experiencia única, diferente a todo. Es lógico que nuestras mentes estén pensando en otras cosas. ¡Relájate!

—No es tan fácil.

—¿Por qué? Solo tienes que fluir y disfrutar del momento.

—Tengo mucha presión —responde Miren mientras se sacude el polvo del pantalón—. ¿Y si no llego a entregar a tiempo o ni siquiera soy capaz de terminar la novela? ¿O no le gusta el libro a mi editora? Quizá no valgo para ser escritora.

—Pues te vienes conmigo de gira y me haces los coros.

—Canto fatal. Y perdona que sea tan sincera, pero tu estilo de música no me va demasiado.

—A mí tampoco me gusta —responde el joven rascándose la cabeza—. Lo que me apasiona es el *rock* . Mi sueño era ser como Kurt Cobain.

—Y has terminado siendo como Pablo Alborán.

Jorge estalla en una carcajada que a Miren le resulta bastante exagerada. Ya le ha sucedido otras veces con él. Es como si sobreactuara. Lo que no sabe es si esa manera de comportarse la fuerza o le sale de forma natural. Aun así, el muchacho del flequillo largo es su preferido del campamento. Es simpático, divertido y, aunque no es un tipo excesivamente guapo, posee cierto atractivo. Pero prefiere no pensar en eso. Además, la prensa dice que tiene novio.

—Voy a guardar el ordenador y a cambiarme de ropa. ¿Me esperas y vamos juntos a cenar?

—Claro. No me moveré de aquí. ¡No tardes!

La chica entra en su bungaló y suelta el portátil encima de la mesa. Se ha quedado con un sabor de boca agridulce y necesita echar un último vistazo al texto. Levanta la pantalla y lee lo que ha escrito esa tarde. No le gusta, aunque esta vez prefiere no borrar nada. Mañana lo intentará de nuevo. Se siente frustrada, pero debe olvidarse de la historia. La están esperando. Se sienta en la cama y se masajea las sienes con los dedos. Le duele la cabeza y le zumban los oídos. Es la misma sensación que tuvo aquella vez, cuando el mundo empezó a ponerse en su contra.

—Miren, ¿qué te pasa?

—Me duele mucho la cabeza y tengo ganas de llorar.

—¿Y eso, hija? ¿Qué ha ocurrido?

—Me están insultando en Internet, mamá. Dicen cosas muy feas de mí.

—¿Qué? ¿Quiénes? ¿Por qué?

La chica se encoge de hombros y luego coloca las manos en la nuca. El dolor es insoportable. Su madre la acaricia mientras lee asombrada lo que le muestra en la pantalla del portátil.

—¿Es esto verdad, cariño?

—No. No es verdad —solloza Miren, a la que también le pitan los oídos—. Se lo están inventando.

—¿Por qué se inventan algo así?

—Porque me odian.

—Esto hay que denunciarlo.

—¡No! ¡No quiero denunciar nada! —exclama la joven abalanzándose sobre el ordenador y bajando de nuevo la pantalla—. Déjalo. No es para tanto. Son solo cuatro *haters* aburridos.

Fueron más que cuatro *haters,* y los insultos se prolongaron durante semanas. Le afectó hasta tal punto que con frecuencia sufre bloqueos cuando sienta frente al teclado. Pensaba que aquella invitación, aquel campamento rodeada de gente tan interesante e inspiradora, podría ayudarle. Sin embargo, todo continúa igual. O peor.

Miren escucha el grito de Jorge desde fuera preguntándole si le falta mucho. Le responde que no y se apresura a cambiarse. Se viste con un pantalón corto beis y una camiseta negra. Se peina rápidamente su cabello oscuro ensortijado mientras se mira al espejo. No tiene buena cara. Cierra los ojos y sonríe cuando los vuelve a abrir.

—Así tiene que ser —se dice en voz baja—. Sonríe, bonita, sonríe.

Cuando sale del bungaló, trata de que Jorge no se dé cuenta de que no se encuentra bien. Rápidamente, saca un tema de conversación para disimular su malestar.

—¿Qué te ha parecido la charla de esta mañana?

—¿La del jefazo de la agencia de *marketing* ? Muy inspiradora. Como todas las que hemos tenido hasta ahora.

—¿No te da miedo que esa gente sea capaz de controlar lo que pensamos?

—En realidad, no. Todos tratamos de influir en los demás —responde Jorge convencido—. Yo con mi música, tú con tus libros. Queremos que nos escuchen, que nos lean. Ser el centro de atención. Somos creadores de contenido, como ellos. Y eso nos permite meternos en la cabeza de la gente.

—No lo había visto así.

—Todos los que estamos aquí llegamos al corazón de las personas y también a su mente. Debemos ser conscientes de eso —insiste el cantante—. Estas charlas me están aportando muchísimo. Son muy didácticas y prácticas. Cuando salga de aquí, quiero aplicar los consejos que nos están dando. Seguro que puedo mejorar en la forma de hacer llegar mi música.

Cada día, de lunes a viernes, durante las tres semanas de campamento, los visitarán personalidades del mundo de

Internet, de los medios de comunicación, del deporte, de las finanzas o de las empresas. Una formación de élite, gentileza de Fernando Godoy.

—¿Piensas que finalmente el jefe elegirá a alguno de nosotros para…?

La pregunta de Miren queda interrumpida por la repentina presencia de una joven de larga cabellera oscura oscura, vestida completamente de negro, que sale del bungaló número 1, el más próximo a la casa principal. Vicky clava sus ojos azules en la pareja durante un par de segundos, pero no se une a ellos. Tampoco les habla. Se gira y vuelve a entrar en Villa Noelia.

—Qué rara es —comenta Jorge arrugando la nariz—. He intentado charlar varias veces con ella, pero no creo que me devolviera más de cuatro o cinco frases hechas.

—Bueno, será su manera de ser. Parece bastante tímida.

—En las redes sociales no es así. Tiene más de tres millones de seguidores en Twitter e interactúa todos los días con ellos.

—¿La sigues en redes?

—No. Pero en su día me llamó la atención la aplicación con la que se ha hecho famosa y quise saber más sobre ella. Esta sí que ha pegado un buen pelotazo.

Victoria García Abad patentó hace algo más de un año una *app* a la que llamó Frikidates. A través de esa aplicación, la gente puede encontrar a otras personas con sus mismos gustos frikis. Un lugar de citas para fans de *Juego de tronos,* del anime o de superhéroes de Marvel. Se hizo mundialmente conocida cuando un miembro de un famosísimo grupo coreano de *k-pop* la mencionó en sus redes sociales.

—Su perfil de Wikipedia dice que empezó a estudiar Filosofía, pero lo dejó porque le era imposible compaginar la carrera con la gestión de la aplicación. Estará de los nervios al no poder conectarse a Internet y comprobar cómo van las cosas.

—Se habrá tomado estas tres semanas de vacaciones para olvidarse del trabajo, de sus seguidores y de las redes sociales.

—¡Es que menudas vacaciones pagadas nos están regalando! *This is the Paradise!*

La chica sonríe con los gestos de Jorge, una vez más, exagerados. Sigue doliéndole la cabeza y no se siente bien, pero trata de disimularlo. Juntos, entran en la casa, en la que se encuentran a cinco de sus compañeros de campamento. Solo faltan Saúl, Eva y Victoria. Tampoco ve a Gema ni a Martín, los dos coordinadores.

—¿Has conseguido escribir algo hoy? —le pregunta Luis, que se acerca hasta ella con un libro bajo el brazo.

—Poco, la verdad.

—Pues aplícate y date prisa, que tus lectores estamos ansiosos de una nueva historia.

La joven dibuja una sonrisa forzada y se aleja de él. Ese muchacho la agobia. No sospechaba que entre sus compañeros encontraría a alguien que hubiera leído su libro.

La cabeza le va a estallar, aunque intenta esconder que se encuentra cada vez peor.

—No me encuentro bien.

—Hija, ¿cómo pueden decir que el libro no lo has escrito tú?

—No lo sé, mamá. No lo sé.

—Pero esto hay que denunciarlo. No pueden manchar tu nombre así. No saben el gran esfuerzo que has invertido en tu novela. La de horas que has dedicado a escribirla.

—Ya se cansarán. No quiero hablar más del tema, me duele mucho la cabeza. ¿Podemos olvidarnos de esto?

—No, no podemos. Tenemos que solucionarlo. No te pueden acusar de plagio. Habla con la editorial y explícaselo. Me niego a que piensen que eres una tramposa y que…

—¡Mamá, para ya, por favor! ¡Te he dicho que quiero olvidarme de esto ya! ¡No seas igual que ellos!

Miren recuerda aquella conversación con su madre como si se hubiera producido hace solo unos minutos. La presión y la sensación de asfixia eran similares a las de ese instante. Tiene

mucho calor. Se dirige al frigorífico y saca una botella llena de agua que lleva una etiqueta con su nombre. Está muy fría. Da un trago y observa cómo Eva y Saúl entran en la casa. Detrás de ellos lo hace Vicky, que camina con la mirada perdida.

—Tía, ¿estás bien? —le pregunta Natalia, a la que no ha visto llegar—. Tienes muy mal aspecto.

Miren la observa, pero no contesta. No escucha lo siguiente que ella le dice. Le falta el aire y la visión se le nubla. De repente, se desploma. Su cuerpo choca violentamente contra el suelo, junto a los pies de la *influencer* . Fulminada. Sin vida.

CAPÍTULO 4

Alexis

Viernes, 12 de julio de 2019. Primer día en el campamento

«Este campamento marcará un antes y un después para algunos de vosotros…»

El tono que emplea Fernando Godoy al hablar en el vídeo hace que a Alexis se le iluminen los ojos. Sin duda, ese hombre sabe motivar a su audiencia.

—Aquí estáis diez de los jóvenes menores de veintitrés años más prometedores del país. Os hemos elegido de una lista previa de cien, a conciencia, por distintos factores. Sois especiales. Os vemos capaces de mejorar en vuestro terreno y afrontar el desafío de subir el siguiente escalón. Podéis convertiros en grandes líderes, todavía más influyentes de lo que sois. En personas capaces de guiar a toda una generación. Para mi equipo y para mí, sois el futuro, los mejores, y os quiero a mi lado.

Alexis se sobreexcita al oír la arenga de su anfitrión. Se le ha puesto el vello de punta. Él es un ganador nato. Siempre se ha esforzado para ser el primero. Jamás se ha conformado con el segundo puesto, del que se dice que no se acuerda nadie. Es su mentalidad desde que era un niño. Ser uno por los que Godoy y su gente han apostado le motiva muchísimo.

—Yo estoy ya muy mayor. Tengo las rodillas de cristal de Bohemia, el reúma me está machacando y me duelen hasta las uñas de los pies cuando me levanto por las mañanas. En conclusión: me he transformado en un viejo —continúa diciendo Godoy en el vídeo antes de hacer una pausa y acercar la cara a la cámara—. Pero no voy a andarme con rodeos, vamos al grano. Lo que deseo es que uno de vosotros ocupe mi lugar. No ya, evidentemente. Pronto. El imperio que he creado, la sexta fortuna más grande del país, debe quedar en las mejores manos. Esa es la razón por la que estáis aquí. Para formaros, conoceros un poco más y que me convenzáis de que

estáis preparados para el gran desafío. Estudiaremos vuestro potencial, vuestra manera de comportaros y el interés que mostréis durante estas semanas. Nosotros os daremos todos los mimbres y a vosotros os toca elaborar la cesta. ¿Cómo? Eso ya es cosa vuestra.

¿Formar parte del imperio Godoy? ¿Es un sueño? ¡Ni se lo había imaginado!

El joven mira a su derecha y después a su izquierda. Está rodeado de rostros conocidos, gente muy buena en lo suyo, que serán sus rivales en esa competición. Pero no tiene dudas: él será el elegido, la persona que coja las riendas del imperio Godoy cuando el viejo dé un paso atrás. ¡Es la sexta fortuna del país! Demostrará a todos que Alexis García no es un simple *gamer* . Que está perfectamente capacitado para ir mucho más allá. No le tiene miedo a nada ni a nadie.

—A pesar de lo que os estoy diciendo, y de lo goloso del premio final, no lo afrontéis como una guerra entre vosotros. No se trata de eso —advierte Fernando Godoy torciendo un poco el labio al sonreír—. En este campamento vais a conocer a un buen número de personalidades que os contarán sus experiencias en el sector al que pertenecen. Grandes estrellas de las que a lo mejor ni siquiera habíais oído hablar. Absorbedlo todo. Preguntad. Tirad del hilo. Que se queden con vuestras caras, porque, aunque yo solo elija a uno, esta es la mejor oportunidad que vais a tener en vuestra vida para entrar y formar parte de la élite. De la élite de verdad, no de la del postureo ni de la que os encontráis por ahí en una noche de fiesta, entre canapés de sucedáneos de caviar y música de David Guetta.

Durante unos minutos, Fernando Godoy le explica al grupo cómo van a convivir en aquel lugar, en mitad de la naturaleza, alejado de la civilización. Cada uno dispondrá de su bungaló individual con cuarto de baño. Hay trece en total: diez para los invitados y otros dos en los que se alojan los coordinadores, Gema y Martín. El decimotercero lo han convertido en una biblioteca, que también dispone de una mesa de billar. En la casa principal, en la que están reunidos en ese momento, harán las comidas y las reuniones con las personalidades que vayan a

visitarles, una cada día, de lunes a viernes. El campamento además cuenta con varios espacios para pasar el tiempo libre: un campo de tiro con arco, una pista de pádel y otra de tenis, un picadero para montar a caballo y una enorme piscina abierta las 24 horas del día.

—Lo único que no vais a tener en este maravilloso lugar es conexión a Internet. Era una de las condiciones que os exigimos para venir y que decidisteis aceptar. Queremos que vuestros cinco sentidos estén en el campamento y seáis capaces de soportar tres semanas sin redes sociales, WhatsApp o teléfonos móviles. Si pasara algo importante en vuestras casas, Gema o Martín os pondrían al día y estaríais informados de todo al instante. La crueldad tiene un límite. Somos malos, pero no tanto.

A la izquierda de Alexis, una de las chicas del grupo levanta la mano. Fernando Godoy le pide que la baje y espere a que termine el vídeo. Se trata de una joven con el cabello oscuro y ensortijado. Es de las que Alexis no conoce. Tiene una expresión inteligente y los ojos grandes y muy vivos. Seguro que será una de sus contrincantes más fuertes. ¿A qué se dedicará?

—El campamento dispone de dos jardineros, Pedro y Ana, de dos cocineros, Rita y Rogelio, y de tres personas que se encargan de mantener impolutas las instalaciones, Agustín, Marcelo y Laura. También tenemos a Sixto, que se ocupa de los caballos. Cuando acabemos esta reunión, os los presentaré a todos. Ya conocéis a los coordinadores, Gema y Martín, que son como mis ojos y mis manos aquí dentro y me informarán de todo lo que pase. Seguid sus instrucciones al pie de la letra y hacedles caso. A ellos y a todos mis trabajadores. No toleraré ni una sola falta de respeto. El que meta la pata en este sentido, será expulsado inmediatamente. Y sed puntuales, por favor. No soporto a la gente que llega tarde. Yo vendré de lunes a viernes con los invitados y me volveré a ir con ellos cuando terminen su participación. Los fines de semana los tenéis para vuestras cosas y no habrá charlas. El personal del campamento llegará a las nueve de la mañana y se marchará cada día a las siete de la tarde, excepto los viernes, que se van a las tres, y los fines de semana, que tienen libres. Ellos no

viven aquí, Gema y Martín sí que se quedarán con vosotros también los sábados y domingos.

La dinámica del campamento parece muy clara: formación, disciplina y puntualidad. Alexis asiente con la cabeza, sin despegar la vista de la pantalla en la que continúa hablando Godoy. De pronto, se siente observado. De reojo, comprueba que Lucía Castillo, la *influencer,* lo está mirando. A ella sí la conoce, incluso ha entrado en sus redes sociales y ha visto sus fotos. No puede negar que está muy buena. Una tentación de tres semanas. Pero él no ha ido allí para enamorarse o enrollarse con nadie. Su objetivo es otro.

—Creo que no se me olvida nada —dice Godoy mientras repasa una libreta azul—. ¡Ah, sí! Lo último. Muy importante. No se os ocurra intentar salir del campamento. No hay nada en treinta kilómetros a la redonda, solo vegetación y animales salvajes que pueden ser peligrosos si se sienten amenazados. Si os agobiáis de estar aquí o decidís no seguir con nosotros, avisadnos y os llevaremos a casa al día siguiente. Pero no tratéis de iros por vuestra cuenta. ¡Sería un suicidio!

Alexis no piensa marcharse de allí hasta que no pasen las tres semanas. ¿Quién en su sano juicio dejaría escapar esa oportunidad? Seguro que surgirán momentos de bajón y echará de menos a su familia o su actividad en el canal de YouTube. Pero la recompensa es tan grande que merecerá la pena cualquier sacrificio que tenga que hacer durante esos días. Cualquiera.

—Ahora sí, me despido. Espero que vuestra estancia en el campamento sea satisfactoria, disfrutéis con esta gran experiencia y aprovechéis al máximo lo que os estamos ofreciendo. Como os he dicho al inicio del vídeo, este campamento puede marcar un antes y un después para algunos de vosotros. Gracias, chicos, por vuestra atención. Ahora, el Fernando Godoy del presente, y en directo, os responderá a las preguntas que tengáis. ¡Hasta luego!

El hombre vuelve a acercarse a la cámara y guiña un ojo antes de que la imagen se funda a negro. Gema pulsa el *stop* del reproductor y todos se fijan en Godoy, que se ha vuelto a poner de pie. Lleva consigo la libreta azul que aparecía en el

vídeo. El hombre mira a los chicos y acto seguido se da una palmada en la frente.

—Se me ha olvidado comentar algo en la grabación. Cada uno de vosotros recibirá seis mil euros al finalizar el campamento, como os expliqué en la carta de invitación que os enviamos. Eso sí, si alguien se marcha por voluntad propia, o es expulsado por saltarse las reglas, automáticamente perderá todo el dinero. Esta cantidad es una especie de dieta para compensar los días que no estáis dedicados a lo vuestro. Para algunos será mucha pasta y para otros solo una propina. Aunque mi padre, minero de profesión, siempre lo decía: dinero es siempre dinero, una peseta o cien mil.

A Alexis esa cantidad no le viene nada mal, ya que últimamente ha tenido muchos gastos. Pero, aunque no hubiera cobrado por estar allí, habría ido de todas formas.

—Bien, ahora podéis preguntarme lo que queráis —dice Godoy, que saca un pañuelo de la chaqueta y se seca el sudor de la frente—. Miren Libano, tú habías levantado la mano antes. ¿Qué querías?

Todos se giran hacia la escritora, que se pone nerviosa al sentirse el centro de atención. Alexis tampoco la reconoce por el nombre. Nunca había visto a esa chica.

—Tengo que entregar mi nuevo libro dentro de un mes y medio y no sería demasiado sensato estar estas tres semanas sin trabajar. ¿Me podríais facilitar un portátil para escribir? Aunque no disponga de conexión a Internet. Con que tenga procesador de texto me conformo. No me he traído el mío por el aviso de la invitación de que nada de aparatos electrónicos. Aunque sí tengo el *pendrive* con la novela.

—Por supuesto, te prestaremos un ordenador. No queremos que, por nuestra culpa, tu editorial se enfade contigo o no cumplas con tus plazos previstos. Luego te lo llevará Martín al bungaló.

La chica le da las gracias y sonríe tímidamente, pero satisfecha. Alexis comprende entonces por qué no le suena de nada esa joven: es escritora. Él no suele leer. De hecho, el último libro que terminó fue un cómic de Astérix y Obélix

cuando tenía diez u once años. Lo suyo son los videojuegos, a los que prácticamente dedica todo su tiempo. Se ha convertido en profesional de lo que más ama y en 2019 ya ha aparecido en la lista de los quince *gamers* españoles con más seguidores en YouTube.

—¿Más cuestiones? ¿Dudas? ¿Peticiones? —pregunta de nuevo Fernando Godoy, que parece que va analizando uno por uno a sus invitados.

—¿Hay máquina de condones en el campamento o nos vais a dar algunos?

Las palabras de Natalia Ruiz provocan un murmullo entre sus compañeros y le sacan una sonrisilla traviesa a Godoy, que mira a Gema. Esta asiente con la cabeza.

—Cualquier cosa que necesitéis se la podéis pedir a ellos —responde Fernando refiriéndose a sus dos coordinadores—. Si necesitas preservativos, los tendrás a tu disposición. Aunque deberías haberlos traído de casa.

—No, si ya tengo. He venido preparada. Pero por si acaso.

—Perfecto entonces. Mujer prevenida vale por dos. ¿Más preguntas?

Alexis conoce también a Natalia. Es otra *influencer* con una gran legión de seguidores en sus redes sociales. Su Instagram está repleto de fotos en ropa de baño o lencería. ¿Esa chica no tiene pareja? Seguro que ha hecho la pregunta de los condones para hacerse notar. Pues con él no tiene ni una oportunidad. Le gusta mucho más Lucía, que está sentada con ella en uno de los sofás. Aunque no pasará nada ni con una ni con otra.

—¿Podemos usar todas las instalaciones cuando queramos? —interviene ahora Eva, tras levantar la mano.

—Por supuesto. Para eso están. Mientras que sea en tu horario libre —contesta Godoy, que vuelve a secarse el sudor de la frente con el pañuelo—. Tienes el campo de tiro a tu disposición. Encontrarás los arcos y las flechas en el bungaló número 13, el que usamos como biblioteca.

—Genial, me encanta el tiro con arco, aunque hace tiempo que no practico.

—Sabemos de tu afición, Eva. En realidad, sabemos muchas cosas de todos vosotros. Tenéis pocos secretos para nosotros. Ninguno, siendo exactos.

El hombre se incorpora y se coloca de nuevo delante del grupo, que lo contempla atentamente. Godoy muestra su dentadura postiza en una sonrisa que dura varios segundos. Luego sigue hablando.

—Estábamos tan interesados en encontrar a los diez candidatos perfectos y nos hemos tomado este proyecto tan en serio que hemos recopilado toda la información posible sobre vosotros. Hemos hecho los deberes, ¿verdad, Gemita?

—Verdad, señor Godoy.

—Martín, hazles una demostración a los chicos para que comprueben que no miento.

—Claro, señor Godoy. —El joven se aclara la voz, carraspea y comienza a recitar como si se lo hubiera aprendido de memoria—: Sabemos que a Eva le encantan el tiro con arco, como ya ha dicho ella, los girasoles y cantar bandas sonoras de Disney. A Saúl le apasiona el chocolate blanco, Edimburgo y la NBA. Miren es experta en constelaciones y estrellas y adicta al café, que toma solo y sin azúcar. ¡Ah! Y es alérgica a los frutos secos. Luis va a misa todos los domingos y se ha leído la Biblia entera cinco veces. Odia el marisco. A Vicky le gustan mucho los gatos, utiliza lentillas azules y su color preferido es el negro. Óliver escucha casi diariamente a la banda Franz Ferdinand, ama los tacos mexicanos y su serie preferida es *Sherlock Holmes* . La de Benedict Cumberbatch, por supuesto. Jorge usa un cuarenta y cuatro de pie, se vistió de pirata en los últimos carnavales y se ha hecho cuatro tatuajes. El último, una jota mayúscula en el tobillo. Natalia sueña con presentar su propio programa de televisión, le apasiona esquiar y su país preferido es Grecia, al que se escapa cada verano. A Lucía le dan pánico las arañas, le encanta el agua con gas y le encantaría vivir en Estados Unidos.

Todos se quedan boquiabiertos después de la exhibición de Martín. Por lo que parece, están muy bien informados de quién es quién en aquel grupo. El único desconcertado es Alexis, que

no ha oído nada sobre él. El *gamer* levanta la mano y Godoy inmediatamente le da permiso para hablar.

—Falto yo. No me habéis nombrado. ¿Soy invisible?

—Para nada, querido Alexis —contesta Fernando mostrándole la libreta—. Tenemos más de quince páginas sobre ti. Te gusta la tarta de manzana, eres un gran fan de las historias de fantasmas y espíritus y… de pequeño te castigaron varias veces por ser demasiado competitivo. Hasta le clavaste un bolígrafo en la mano a un compañero de clase que te ganó una partida del FIFA en la consola.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Correcto. Fue hace mucho tiempo, y yo soy de los que piensan que todos merecemos segundas oportunidades. ¿No opináis lo mismo?

—El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

—Exacto, Luis. Todos cometemos errores, aunque algunos sean más graves que otros y merezcan un mayor castigo.

CAPÍTULO 5

Luis

Viernes, 19 de julio de 2019. Octavo día en el campamento

—Está muerta —asegura Natalia, que ha sido la primera en agacharse y tomarle el pulso a Miren.

El resto de los chicos rodea el cuerpo inerte de la escritora. Luis también se arrodilla para dar fe de lo que la *influencer* ha dicho. Se lo confirma a los demás y reza un padrenuestro en voz baja junto al cadáver.

—Dios mío. ¿Y ahora qué hacemos? —pregunta muy nerviosa Lucía, a la que se le saltan las lágrimas—. ¿Dónde están Gema y Martín?

—Los he estado buscando y no los he encontrado —responde Saúl contrariado—. Esto es de locos.

Durante unos segundos, nadie habla. La confusión reina en la casa. Ninguno sabe qué debe hacer. Unos se han quedado petrificados y no son capaces de reaccionar, mientras otros se han alejado del cuerpo.

—¿Qué le ha pasado? ¿Cómo ha fallecido? —pregunta Eva, que ha sido una de las que ha optado por apartarse.

—Ninguno de nosotros somos médicos —contesta Natalia sacudiéndose las manos—. Le habrá dado un infarto al corazón. O yo qué sé. No tenía buena cara.

—Esta tarde estaba muy tensa —interviene ahora Jorge—. He estado hablando con ella y le preocupaba mucho su novela. No era capaz de escribir. No le salía nada. Se sentía muy presionada. Pensaba que no iba a terminar el libro a tiempo.

—No me extraña —indica Luis con voz tenue—. Esta chica, en realidad, era una farsante.

Todos se giran y observan al joven que acaba de hablar. Este se ajusta las gafas y apoya la espalda contra la puerta de la

casa.

—¡Cómo te atreves a decir algo así! —grita Jorge, que se acerca a Luis amenazante—. ¡Acaba de morir! ¡Respeta a los muertos!

—Yo respeto a los muertos. Soy cristiano. Pero Miren Libano no debería haber formado parte de este campamento. Ella no escribió el libro que le ha dado tanto éxito.

—¿Qué? ¿Cómo sabes tú eso?

—No es ningún secreto. Está en Internet. Es algo que se viene comentando en algunos foros literarios desde hace varias semanas. Muchos aseguran que ella no era la autora real de *La casa de las muñecas rusas,* un libro, por cierto, que me gustó bastante cuando lo leí.

—¿Lo plagió?

—Sí, Eva, lo copió de Wattpad. Lo que pasa es que el original estaba en euskera y nadie se dio cuenta hasta un tiempo después de salir publicado en papel.

—No me lo creo —protesta Jorge desconcertado—. Y si eso es cierto, ahora da lo mismo. Tenemos que hacer algo con… con su cuerpo.

—Vamos a llevarla a mi bungaló hasta que aparezcan Martín y Gema —propone Saúl dando un paso adelante—. ¿Quién me ayuda?

Todos se miran, pero ninguno accede a colaborar con el saltador de pértiga.

—¡No podemos tocar el cuerpo! —exclama Lucía muy alterada.

—¿Por qué? No la vamos a dejar aquí en medio.

—Debemos llamar a la policía y que ellos se encarguen de todo —insiste la *influencer* temblorosa.

—Claro, ¿con qué móvil damos el aviso?

—En alguna parte tienen que estar los nuestros —le responde Lucía a Saúl, que no para de temblar—. Tenemos que buscarlos por el campamento.

—Seguramente no estén aquí. Se los habrán llevado a otra parte —comenta Alexis.

—Pienso lo mismo. Lo que hay que hacer es encontrar a Martín y a Gema y que ellos llamen a la policía o avisen a Godoy —indica Luis, que abre la puerta de la casa—. Voy a sus bungalós, a ver si están allí.

—Te acompaño —dice Óliver, que se une a él de inmediato.

Los dos chicos salen de la casa sin esperar la aprobación del resto del grupo. Cuando se han alejado un poco, Luis le hace una pregunta al joven moreno de nariz aguileña que va a su lado.

—¿Tú qué piensas? ¿Ha muerto de manera natural?

Óliver se acaricia la barbilla antes de contestarle. Ese chico es un experto en asesinatos, sin haber terminado todavía la carrera de Criminología. Con veintidós años, tiene un canal de YouTube con más de un millón de suscriptores en el que ha analizado concienzudamente cerca de quinientos casos de desapariciones, muertes y homicidios cometidos en todo el mundo.

—Tengo mis dudas. Quizá no —responde Óliver con su inconfundible acento. Aunque llegó hace diez años a España proveniente de Veracruz, no ha perdido su deje mexicano—. Pero eso significaría que uno de nosotros la ha matado y que hay un asesino en el grupo.

—¿Y si ha sido alguien de la organización?

—Es otra posibilidad. Aunque no hay que precipitarse. Soy totalmente contrario a opinar sin saber y sin tener pruebas. Vamos a partir de la premisa de que Miren ha muerto por algún fallo de su cuerpo. Un infarto, un problema respiratorio o una cuestión de ese tipo.

—Rezaré por que haya sido así.

Luis se persigna y en voz baja dice «amén». Espera que el alma de esa joven se haya salvado y descanse en paz.

—Yo dejé de creer en Dios hace mucho tiempo —suelta Óliver al ver el gesto de su compañero—. Le pedí ayuda

muchas veces y nunca me escuchó.

—Dios te escucha siempre, pero no puede intervenir en ciertas situaciones. Aunque te aseguro que cuida de nosotros y que está presente en cada rincón.

—¿Tú lo sientes?

—Por supuesto. En cada instante. Por eso me convertí en un fiel seguidor.

—Es extraño ver en España a un chavo de tu edad tan creyente.

—No es tan raro. Conozco a mucha gente joven que tiene fe y cree en Dios. A mí me escriben todos los días desde todas partes.

Luis Barbero, al cumplir los dieciséis años, abrió una web en la que se encargaba de recopilar milagros que la Iglesia católica había aceptado a lo largo de su historia. En el último lustro, la influencia de aquel segoviano había ido creciendo, y muchas personas le contaban sus propios casos, algunos de ellos desconocidos o que la Iglesia no había hecho públicos, para que los tuviera en cuenta y se hiciera eco de ellos. Pero Luis no se conformó con esa labor. Poco a poco fue utilizando su página para hablar de Dios y de su palabra. Se convirtió en un joven evangelizador que utilizaba Internet como plataforma. Su trascendencia era tal que hasta el Vaticano lo citó para conocerlo.

—Qué padre. Eres un gran referente para esas personas. Una especie de apóstol.

—No exageres. Los apóstoles fueron doce y dieron su vida por Jesús —dice Luis sonriendo, ajustándose una vez más las gafas—. Lo que pasa es que a veces necesitas encontrar a personas que piensan lo mismo que tú. Yo simplemente me ofrezco a escucharlas y a charlar con ellas de algo que tenemos en común.

—Yo sigo sin ver nada claro que Dios exista, güey.

—Es tu decisión y la respeto, pero Él está con nosotros. Te lo aseguro.

—¿Dios sabe lo que le ha pasado a Miren?

—Dios lo sabe todo, Óliver. Absolutamente todo.

Los chicos llegan al bungaló número 11, Villa Elisa, donde se aloja Martín. Luis llama hasta en tres ocasiones, pero no obtiene respuesta.

—¿Dónde se habrá metido esta gente?

—Se supone que deben estar en alguna parte del campamento —responde Óliver, que se acerca hasta la ventana del bungaló—. No se ve nada, la persiana está echada.

—Es muy extraño.

—Vamos al de Gema, a ver si tenemos más suerte.

Óliver se dispone a tocar la puerta del bungaló número 12, Villa Gabriela. Sin embargo, de inmediato se da cuenta de que no está cerrada, solo encajada.

—Está abierta. ¿Qué hacemos? ¿Entramos?

Luis duda un instante, pero termina asintiendo con la cabeza. Ambos entran con cierta cautela. Encienden la luz y no encuentran a nadie en el interior.

—Podrían habernos avisado de que se iban a ir —protesta Luis, que camina hasta el cuarto de baño para cerciorarse de que Gema no está allí—. ¿Será esto una especie de prueba?

—¿Qué prueba?

—Dejarnos solos el fin de semana para ver cómo se comporta el grupo.

—Si es así, espero que haya cámaras y se enteren de lo que ha pasado con la pobre Miren.

—Yo también he pensado en lo de las cámaras. Pero no he visto ninguna en el recinto.

—Yo tampoco las he visto —comenta Óliver, que se fija en un papel que hay sobre la cama de Gema. Lo coge y llama a Luis.

—¿Qué es eso?

—¡Una lista! ¡Con nuestros nombres y a lo que nos dedicamos! También hay palabras en mayúsculas, escritas a mano, junto a cada uno.

Integrantes del Campamento Godoy

Victoria García (empresaria) — TRAIDORA

Saúl Márquez (atleta) — ASESINO

Lucía Castillo *(influencer)* — MENTIROSA

Alexis García *(gamer)* — VIOLENTO

Eva Moliner (actriz) — MALA MADRE

Óliver Alfaro (estudiante de Criminología) — EXTORSIONADOR

Jorge Salcedo (cantante) — ADICTO

Miren Libano (escritora) — IMPOSTORA

Luis Barbero («predicador») — PECADOR

Natalia Ruiz *(influencer)* — INFIEL

CAPÍTULO 6

Natalia

Viernes, 12 de julio de 2019. Primer día en el campamento

Hace un sol de justicia, y lo que más le apetece ahora mismo es darse un baño en la enorme piscina que le han enseñado hace un rato. ¿Llama a Lucía para que la acompañe? Nunca le ha caído demasiado bien esa *influencer,* pero allí necesita aliados. Gente de confianza, por lo menos durante los primeros días.

A Natalia le ha tocado el bungaló número 10, uno de los más alejados de la casa principal, Villa Teresa. Ha dado la casualidad de que su habitación tiene el nombre de su madre. ¿O lo han hecho a propósito? Esa gente parece que no da puntada sin hilo y lo tiene todo muy bien estudiado. Será un campamento entretenido.

Se pone un minibikini rojo y se cubre con un pareo de cintura para abajo. Se mira en el espejo y se guiña el ojo. Está tremenda. Nadie podrá evitar caer rendido a sus visibles encantos, aunque para la mayoría será ver, pero no tocar. Se coloca bien el sostén y se excita. Le apetece darse un buen revolcón con alguien. Lleva dos semanas sin sexo de ningún tipo y necesita olvidar a su ex, con el que acaba de romper. Un clavo que saque al clavo más estúpido con el que ha estado. Se atrevió a engañarla. A pesar de que ella también le fue infiel. Tres veces. Él se lo buscó. Que se joda. Está segura de que lo que más le molestó a ese capullo no fue que le pusiera los cuernos, sino que dos de sus líos fueran con chicas. Típico pensamiento retrógrado de machito ofendido. ¿Quién, en el siglo XXI, cree en esa tontería de la heterosexualidad?

Está bien sola. Pero ahora necesita compañía.

Mete la mano en el cajón de un mueblecito que hay al lado de la cama y alcanza un preservativo, que se guarda en la copa derecha del bikini. Se calza unas sandalias del mismo color que el traje de baño y se apresura a salir de la habitación. En

lugar de ir a la piscina o en dirección a la villa número 3, donde reside Lucía, camina unos metros hasta el bungaló número 11. Llama y espera impaciente a que le abran. Martín no tarda en aparecer. El joven coordinador la mira de arriba abajo sorprendido.

—Hola, vecino. ¿Puedo pasar? Necesito hacerte algunas preguntas sobre el campamento.

—Ahora tengo una reunión con Godoy y todos los empleados para…

—Será poco tiempo. Es muy urgente. Por favor.

Martín resopla y deja que Natalia entre. La chica se da cuenta de que esa habitación es mayor que la suya. Incluso la cama es un poco más amplia.

—¡Ey! ¿Por qué tú tienes un bungaló más grande que el mío?

—Los privilegios de ser coordinador.

—Eso es trampa —protesta la *influencer,* que se sienta en la cama sin pedir permiso—. ¿De qué más ventajas dispones?

—Podemos elegir el postre.

—¿Y nosotros no? ¡Qué injusticia!

La chica pone morritos y apoya la barbilla en una mano, en un gesto infantil. Luego, da un golpecito en la cama para invitar a Martín a que se siente junto a ella. El joven accede a regañadientes. Durante unos segundos se sostienen la mirada hasta que el coordinador rompe el silencio.

—¿Qué querías preguntarme sobre el campamento?

—¿Nos podemos bañar desnudos en la piscina?

—¿Eso era tan urgente?

—Sí, porque voy a darme un baño ahora. Se puede, ¿no? Estamos en nuestro tiempo libre. Y hace mucho calor.

—Puedes bañarte en la piscina, aunque es mejor que no te quites el bikini.

—¿Te gusta? —dice Natalia, que se pone de pie. Aparta el pareo y se coloca delante de Martín, a escasos dos metros—. Lo he diseñado yo.

—Lo sé, he visto las fotos en tu Instagram. Es muy bonito.

—¿Las has visto? ¿Me *stalkeas* ?

—Solo he hecho mi trabajo: obtener toda la información posible de cada uno de vosotros. En vuestras redes sociales nos facilitáis mucho la tarea.

—Interesante. ¿Y qué más cosas sabes sobre mí?

La chica se arrodilla y coloca sus manos en las piernas de Martín. Este trata de no perder la compostura, aunque Natalia no se lo está poniendo fácil.

—Lo que dije antes en la reunión de presentación: te gusta viajar a Grecia, quieres ser presentadora de televisión, te gusta esquiar…

—¿Cuántos tatuajes tengo?

—Dos. Una diabla en el tobillo derecho y un trébol en el cuello, que te lo cubre el pelo.

—Muy bien. Estoy impresionada. ¿Y mi cumpleaños?

—El 3 de abril… Natalia, me tengo que marchar.

—Espera un poco, anda —susurra la joven trepando por el cuerpo del coordinador—. Puedo enseñarte más cosas de mí de las que ya sabes. ¿No te apetece investigar?

La pregunta coincide con el acercamiento de sus bocas. La *influencer* saca la lengua y lame suavemente los labios de Martín. A continuación, saca el preservativo del bikini y se lo muestra con una sonrisa seductora. Pero el coordinador del campamento frena el ímpetu de la joven. Da un brinco y se aleja de ella.

—Lo siento. Esto no puede ser. Me pareces un cañón y me siento halagado por tu interés, pero tengo pareja.

—No te estoy pidiendo matrimonio ni que te enamores de mí. ¿Cuál es el problema de echar un polvo rápido?

—Que yo soy fiel. Tú has roto con tu chico hace poco y yo estoy enamorado. Así que, por favor, márchate.

—¿Cómo sabes que he roto con mi novio? No lo he puesto en ninguna red social y creo que él tampoco.

—Ya te he dicho que sabemos mucho sobre todos vosotros. No solo usamos las redes sociales como fuente.

Natalia chasquea la lengua y se pone de nuevo el pareo. Aquello no ha salido como esperaba. No suelen darle calabazas de esa manera. Le ha molestado el rechazo de Martín, pero se niega a rogarle.

—Tú te lo pierdes —le dice forzando una sonrisa.

Lanza el preservativo al suelo y se marcha del bungaló número 11. Rápidamente, entra en el suyo y sacia su deseo sexual en un par de minutos. La rabia, en cambio, no se le pasa. ¿Quién en su sano juicio no querría liarse con ella? ¡Si se lo ha puesto todo en bandeja! ¿Pareja? Seguro que es la otra coordinadora. Es guapa y tiene el pelo bonito. ¿Cómo se llama? Sí, Gema. ¿Llevarán mucho juntos?

La chica decide olvidarse de lo que ha sucedido en Villa Elisa y pasar página. No sabe si volverá a intentarlo más adelante, cuando se conozcan más. Quizá llegue una oportunidad mejor. Coge una toalla y se dirige a la piscina. Ahora tiene aún más calor. Allí no está ninguno de sus compañeros. Solo ve a uno de los empleados que le han presentado antes, al que saluda con la mano. El hombre, calvo y con barba, que rondará los cincuenta y tantos años, se la queda mirando. Está acostumbrada, aunque en ese instante se siente incómoda, por lo que no tarda en lanzarse al agua. Bucea unos segundos y, cuando saca de nuevo la cabeza a la superficie, se encuentra con que aquel tipo está agachado en el borde de la piscina observándola.

—Me suena tu cara. ¿No sales en la tele? —le pregunta el señor con un marcado acento catalán.

—No, no salgo en la tele —responde Natalia mostrándose poco agradable con él.

—¡Ah! Pues me eres muy familiar. A lo mejor de una de las series esas que ve mi hija. *Élite* creo que se llama.

—Ojalá, pero no. No actúo en *Élite* .

—¡Pues juraría que te he visto antes! *Mare de Déu.*

Aquel hombre no tiene pinta de ser uno de esos típicos cincuentones babosos. Ahora que lo ve de cerca, su rostro le causa cierta simpatía.

—Algunos dicen que me parezco bastante a Ester Expósito. Las dos somos rubias y con los ojos claros.

—¿Ester Expósito? Ni idea, *noia* .

—Es una actriz muy famosa, una de las protagonistas de *Élite* .

—Yo solo conozco a Maribel Verdú y a Carmen Maura. De las demás no me sé el nombre. ¡Lo mío es el campo!

El hombre suelta una carcajada y se aleja de la piscina canturreando. Natalia lo sigue con la mirada. Qué personaje tan particular. Seguro que su hija sí sabe quiénes son ella y Ester Expósito, pero no va a insistir. Mete la cabeza bajo el agua y bucea hasta el extremo más profundo. Toca la pared con ambas manos y emerge. Entonces piensa en algo que antes le ha dicho Martín. Le aseguró que tenía prisa porque se iba a reunir con Godoy y todos los trabajadores. En cambio, aquel empleado sigue allí. ¿Es que el coordinador se la quería quitar de encima cuanto antes? Tal vez intuyó sus intenciones desde el primer segundo. Maldita sea.

—Ya veo que no has desaprovechado el tiempo —le dice una voz femenina, que escucha a su espalda—. ¿Está buena el agua?

Gema hace el mismo recorrido que antes realizó el trabajador del campamento. Se aproxima hasta el borde de la piscina y se agacha delante de Natalia.

—Sí. Muy buena.

—Yo me daría un baño también, pero estoy de servicio.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las doce de la mañana del 2 de agosto, cuando venga el autobús a por vosotros.

—¿Y no te puedes bañar en la piscina?

—En principio no nos dejan. Pero estamos intentando convencer al jefe. La piscina es para vosotros. A no ser que alguno se esté ahogando y nos veamos obligados a tirarnos al agua para salvarlo.

—Si quieres finjo que me ha dado un tirón y te lanzas a por mí.

Gema sonríe y vuelve a incorporarse. Natalia la observa con detenimiento. Sí, definitivamente es muy guapa y tiene un pelo liso y castaño precioso. ¡Por no hablar de su culo perfecto! No le extraña que Martín esté enamorado de ella.

—¿Qué te ha parecido el campamento? —le pregunta la coordinadora, que se sienta en una tumbona a la sombra.

—Muy bien. Tenía mis dudas cuando recibí la invitación, pero ha superado mis expectativas.

—Debes sentirte afortunada. Te hemos elegido de una lista infinita de chicos de tu edad.

—¿Y por qué a mí y no a otros *influencers* ?

—Eso me lo reservo. No puedo revelar nuestros secretos.

—Sabéis mucho de nosotros, ¿no?

—Muchísimo. Más de lo que te puedes imaginar.

A Natalia no le suena demasiado bien el tono que emplea Gema. ¿A qué se referirá? No imaginaba que aquella gente escarbaría tanto en su vida. Aunque es imposible que lo sepan todo.

—¿Tienes ahora una reunión con Godoy y los trabajadores? —le pregunta la *influencer,* que nada hacia la escalera.

—La hemos tenido ya, justo después de charlar con vosotros, mientras deshacíais el equipaje y ordenabais vuestras cosas. Los empleados y Fernando pronto se marcharán. ¿Cómo lo sabías?

—Antes me he encontrado con Martín y me ha dicho que teníais pendiente una reunión. Pero he debido de entenderle mal.

—O él no se ha explicado bien. A veces le pasa.

—¿Os conocéis desde hace mucho tiempo?

—Desde septiembre del año pasado. Fernando Godoy nos contrató a los dos para ser los coordinadores del campamento y ayudarle a elaborar la lista de los que ibais a venir.

—Parece simpático. Y está muy bueno.

Natalia observa expectante la reacción de Gema. Pero esta no se inmuta. Simplemente, sonríe tranquila.

—Es muy mayor para ti, ¿no?

—¿Cuántos años tiene? ¿Treinta?

—Veintiocho ha cumplido hace poco.

—¡Ah! Solo me saca seis años. Eso no es nada —dice la *influencer,* que sale de la piscina. Nota cómo Gema la mira sin parpadear, como un niño a un trozo de tarta.

—Pasa de Martín. Con ese cuerpazo puedes conseguir algo mucho mejor —comenta la coordinadora, que le entrega una toalla—. Nos vemos dentro de un rato para comer. Bienvenida al campamento.

Los ojos de Natalia no pierden detalle del *short* de Gema mientras se aleja. El sol sigue pegando con fuerza en aquel lugar de los Pirineos. Sin embargo, la *influencer* siente otro tipo de calor. La misma sensación que tenía antes. Suspira y mira hacia donde está el trabajador con acento catalán, que barre las hojas de los árboles que han caído en el camino. No puede ser. Suelta la toalla en el suelo y de nuevo se lanza de cabeza a la piscina. Aquel campamento promete ser muy interesante. Y eso que no ha hecho más que comenzar.

CAPÍTULO 7

Vicky

Viernes, 19 de julio de 2019. Octavo día en el campamento

Han cubierto el cuerpo de Miren con un mantel que han encontrado en la cocina mientras deciden qué hacer. Gema y Martín continúan desaparecidos y, para colmo, ahora tienen esa extraña lista acusadora que Óliver y Luis han traído y que estaba en la cama de la coordinadora.

Vicky se sienta sola en uno de los sofás. Escucha que el resto discute, algo que le resulta familiar. Se crio entre gritos e insultos. Hasta que su padre se fue de casa, hace ya cuatro años y medio. Se quedó con su madre, su hermana mayor y sus tres gatos. En esa época todavía estaba en el instituto, donde le hacían *bullying* cuando la obligaban a ir. Nunca dijo nada en casa. Llegaba de clase y se encerraba en su habitación a escuchar música. Fue el mejor antídoto para esos momentos en los que a veces prefería no estar viva.

Su predilección eran los grupos coreanos. El *k-pop* la atrapó, aunque su hermana la llamara friki. Fue tanta su pasión que empezó a buscar gente en Internet con sus mismos gustos. Enseguida se dio cuenta de que los fans de esos artistas eran millones. Pero ella quería ser la mejor, la que más supiera sobre ellos. Incluso aprendió el idioma por su cuenta para escribir a sus nuevos ídolos.

—Estoy hundido —le dice Jorge, que se acerca hasta ella—. ¿Puedo sentarme a tu lado o prefieres estar sola?

—Siéntate.

—Pobre Miren. Solo tenía veinte años. Le quedaba toda la vida por delante.

—Nadie sabe cuándo le va a llegar su momento.

—Me refiero a que era muy joven parar morir.

Vicky no piensa lo mismo, aunque opta por no llevarle la contraria. ¿Joven para morir? Ella también tiene veinte años. La muerte no tiene edad ni sentimientos.

—No me lo puedo creer todavía. Hace un rato estaba hablando tranquilamente con ella. Me estaba contando lo complicado que le resultaba concentrarse aquí y la presión a la que se veía sometida con la nueva novela. Y ahora…, ahora está muerta. Muerta. No lo concibo. Estoy en *shock* .

La chica ni siquiera mira a su acompañante mientras este se desahoga. Tiene la impresión de que está sobreactuando, que no es completamente sincero. En realidad, eso le ocurre a menudo con todo el mundo. Piensa que la gente no se muestra tal y como es. La hipocresía y la falsedad predominan en las personas. Por eso prefiere a los gatos.

—En fin, una tragedia —concluye Jorge, tras apartar de sus ojos un par de lágrimas—. ¿Has visto esa lista? ¿Qué dice de ti?

—Que soy una traidora —responde Vicky con evidente desgana.

—¿Y es verdad?

—Todos hemos traicionado a alguien alguna vez. Así que podría decirse que sí. ¿Tú eres un adicto?

—Fumaba bastante. Lo dejé una semana antes de venir al campamento.

La respuesta de Jorge no convence demasiado a Vicky. Sin embargo, no indaga más. Se queda en silencio, mirando hacia ninguna parte, mientras escucha al cantante explicarle lo malo que es el tabaco para su profesión. Aguanta casi dos minutos el insufrible monólogo. Parece que ya se ha olvidado de la fallecida. El discurso dura hasta que Luis se acerca a ellos.

—Vamos a llevar el cuerpo de Miren a su bungaló. Hemos encontrado la llave de su habitación en un bolsillo de su pantalón. En media hora nos reuniremos todos aquí para hablar de la situación. No os vayáis muy lejos.

—¿No cenamos? —pregunta Vicky levantándose del sofá.

—¿Cómo puedes pensar en comer en estas circunstancias? —le pregunta Jorge alzando la voz.

—Tengo hambre. No he merendado.

Su sinceridad parece que no agrada a los dos chicos, que no le vuelven a hablar. La joven se dirige hasta el frigorífico y saca una bandeja llena de lonchas de queso. Se come un par de ellas y da un trago a una botella de agua etiquetada con su nombre. Desde ahí contempla cómo entre Saúl, Luis y Alexis levantan a pulso el cuerpo de Miren y lo sacan de la casa. Eva y Lucía los acompañan.

—¿Crees que alguien se la ha cargado? —le pregunta Natalia, que también ha cogido una loncha de queso y la botella de agua con su nombre.

—No lo sé. Como has dicho antes, ninguno de nosotros es médico.

—¿Has leído su libro?

—Sí, cuando salió. Me lo compré en digital. *La casa de las muñecas rusas* se hizo muy conocido.

—¿Lo plagiaría?

—Es probable. A mí no me gustó. Aunque nunca se lo dije.

—Yo no lo he leído. Prefiero *Harry Potter* .

Victoria se gira hacia ella cuando se refiere a uno de sus personajes literarios preferidos.

—¿Eres fan de J. K. Rowling?

—Por supuesto. Antes de que me crecieran las tetas ya me los había terminado todos —contesta Natalia, que mastica el queso con la boca demasiado abierta—. ¿Qué pasa? ¿Que por ser rubia, subir fotos a Instagram en bikini y estar buena no me puede gustar leer? Tienes demasiados prejuicios, amiga.

—Yo no pienso eso.

—Te voy a confesar una cosa: me descargué tu aplicación en el móvil y me creé un perfil.

—¿De verdad?

—Sí, hija, sí. Hasta conocí a un tío al que le encantaba Harry Potter y estaba buenísimo. Pero era demasiado friki para mí. Me juró que competía en un equipo de *quidditch* .

A Vicky le hace gracia lo que Natalia le cuenta y le entra la risa. Sin embargo, se contiene. Ese es el objetivo de la aplicación que creó y que tanto éxito ha tenido en el mundo: encontrar a gente tan friki como tú y que tenga los mismos gustos, por muy raros o particulares que estos sean.

—Siento que no saliera bien lo tuyo con ese chico. En la aplicación no podemos controlar eso.

—¡No te preocupes! Solo quedamos tres o cuatro veces para liarnos. A los pocos días conocí a mi exnovio, que la tenía más grande que él y hacía mejores fotos. Aunque a ese sí que no le gustaba leer.

—La vida sin libros debe de ser muy triste.

—¡Peor es sin sexo! Por cierto, tú eres lesbiana, ¿verdad?

La pregunta de Natalia coge desprevenida a Vicky, que se pone nerviosa y se sonroja. No consigue articular dos palabras seguidas con sentido. Natalia se da cuenta y se disculpa por la intromisión.

—Perdóname. No quería ponerte en un compromiso. A mí me da igual con quién te metas en la cama. Era simple curiosidad. Si eres lesbiana, bien. Si eres hetero, bien. Si eres bi, perfecto también. Seas lo que seas y cómo seas, está bien. Eso de las etiquetas es un coñazo.

—Bueno, yo…

—¿Sabes qué palabra pone en la lista al lado de mi nombre? —la interrumpe Natalia—: «Infiel». ¿Y lo he sido? Sí, varias veces. ¿Me arrepiento? Pues de algunas infidelidades sí y de otras no. Pero ya no puedo dar marcha atrás. No es como una enfermedad que se pueda curar. Son cosas del pasado, con las que una tiene que convivir. Lo hecho, hecho está, que dice mi madre Teresa. Me hubiera molestado más que me hubieran calificado como puta o zorra, dos palabras supermachistas. Pero no, han puesto «infiel». Eso es señal de que esa lista la ha escrito una mujer. ¿Tú qué piensas?

—No lo sé.

—Ya te digo yo que ha sido una chica —insiste Natalia—. Los tíos son lo peor. No te puedes imaginar la de comentarios llamándome de todo que tengo que borrar en cada foto de Instagram. Solo porque salgo en bragas o en bikini. ¡Y en TikTok es todavía peor! Me llaman puta por perrear o mover el culo. Es increíble lo que tenemos que aguantar las mujeres. Vamos para atrás, como los cangrejos.

Vicky no dice nada. Ha visto los vídeos de Natalia en TikTok y también las fotos que sube a Instagram. Y es verdad que había pensado que algunas veces se pasaba de la raya. ¿Era una *influencer* o una exhibicionista que aprovechaba su influencia para enseñar hasta donde las redes sociales le permitían? Recuerda haberlo comentado con Jazmín, su ex mejor amiga virtual, una colombiana a la que conoció en un foro dedicado a la banda femenina coreana Blackpink. Ella había criticado duramente a la *influencer,* a la que acusaba de tener muy poca clase y de vender su cuerpo por un puñado de *likes* . Y estaba de acuerdo con su opinión, como en casi todo. Es una pena que ya no se hablen. A veces la echa de menos, pero la vida es así. Su relación de amistad empezó a torcerse en aquella conversación por Skype.

—¿Que has registrado la aplicación a tu nombre?

—Sí. Se me ocurrió a mí la idea. Es lo justo.

—¡Pero yo te ayudé a confeccionarla! ¿Ya no te acuerdas de la cantidad de horas que le dedicamos juntas?

—No fueron tantas, Jazmín. Hablábamos de eso, como de muchas otras cosas. El trabajo ha sido mío, prácticamente entero.

—No me puedo creer lo que estás haciendo, Vicky. No te reconozco. Estoy muy decepcionada ahora mismo.

—No te preocupes. Si esto funciona y da dinero, te llevarás una parte.

Sin embargo, eso no sucedió. Frikidates fue una revolución en Internet y empezó a generar ganancias rápidamente. Victoria García dejó la carrera de Filosofía y comenzó su etapa

como empresaria de éxito. Una empresaria ambiciosa que se olvidó de su amiga colombiana Jazmín, a pesar de que esta insistió una y otra vez en recibir una parte del pastel.

—Algún día la vida te devolverá lo que me has hecho. Te has convertido en una persona indeseable. Eres una traidora.

Esas fueron las últimas palabras que le había dedicado Jazmín un par de semanas antes de que Vicky acudiera al campamento. Como siempre, hizo captura al privado que había recibido en Instagram y bloqueó la nueva cuenta de su antigua mejor amiga. Había hecho lo mismo en otras diecisiete ocasiones. También la tenía bloqueada en Twitter y la había eliminado de Skype. Es curioso que la palabra «traidora» haya sido la que han utilizado en esa lista para descalificarla.

—… Y, si por mí fuera, solo habría mujeres en el mundo.

Es lo último que escucha Victoria de boca de Natalia, que ha hablado durante tres o cuatro minutos sin que le prestara atención. Sin despedirse ni decirle nada más, se aleja de ella y sale de la casa principal, en la que dentro de poco tendrán una reunión para hablar de lo que está pasando. ¿Y qué es realmente lo que está pasando?

Su bungaló es el número 1, Villa Noelia. Entra en la habitación y se va directa al cuarto de baño, donde se encierra. Abre el grifo del agua caliente y la deja correr. El espejo, poco a poco, se va empañando. No le gusta verse. Ella no es atractiva como Natalia, ni guapa como Lucía o Eva. Ni siquiera se ve mejor que la estúpida esa de Miren. ¡Miren, la impostora! Se quita las lentillas azules y vuelve a mirar el espejo con sus pequeños ojos marrones. El cristal está cubierto completamente de vapor. ¿Lesbiana? Ni siquiera ella lo sabe. No siente ningún tipo de atracción sexual por nadie. ¿Eso es una ventaja o un inconveniente? Leyó en Internet que existen personas que son asexuales. Hasta el momento, ese asunto no le ha preocupado. ¿Y ahora?

Vicky vuelve a ponerse las lentillas azules mientras tararea *Kill this love,* de Blackpink. Se empapa la cara con el agua caliente y a continuación escribe con la mano izquierda en el espejo empañado:

Soy una TRAIDORA

CAPÍTULO 8

Jorge

Viernes, 19 de julio de 2019. Octavo día en el campamento

Se muere por un cigarro. Hace dos semanas que lo dejó y hasta ahora no había sentido la necesidad de fumar. Por suerte, ha llevado al campamento un paquete de Marlboro y un mechero, por si acaso; para momentos como ese. Jorge abre el armario en el que guarda la maleta. En uno de los bolsillos interiores esconde el tesoro. Se enciende un pitillo, da una larga calada y suelta una bocanada de humo. Se siente algo culpable, aunque no se arrepiente. Disfruta aún más de la siguiente calada. Había olvidado el placer que le supone ese ritual. Sin embargo, su adicción más peligrosa es otra.

¿Se referirán a ella en esa lista?

Una vez que ha terminado de fumarse el cigarro, regresa a la casa principal, a la que acaban de llegar los que han llevado el cuerpo de Miren a su bungaló. Es Saúl el que les pide que se sienten en la mesa en la que comen. Jorge se gira hacia la derecha y ve una silla vacía. Es la que solía ocupar la escritora. Le sacude un escalofrío por todo el cuerpo y desvía enseguida la mirada hacia la izquierda, donde encuentra el agradable rostro de Lucía, que le sonríe tímidamente. Traga saliva y después suelta un resoplido. La reunión empieza.

—¿Estamos todos? —pregunta Saúl, que ha decidido ejercer de líder del grupo—. Ya hemos dejado a Miren en la cama de su habitación cubierta con una sábana. Es un momento horrible, confuso, pero tenemos que organizarnos de alguna forma.

—¿Organizarnos para qué?

—Por lo que hemos podido comprobar, ni Gema ni Martín se encuentran en el campamento, Natalia. Estamos solos. Solo nosotros nueve. Tenemos el cadáver de una compañera en un

bungaló y debemos hacer algo. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—¿Y qué sugieres? —interviene Jorge.

—No lo sé. Por eso nos hemos reunido, para escuchar las propuestas de todos y decidir cómo actuar. ¿Tú qué piensas?

—Que esto es de locos. ¡Ha muerto una chica delante de nuestros propios ojos! ¿Cómo se puede superar eso?

La voz de Jorge ha sonado demasiado estridente. Él mismo se ha percatado. Está muy tenso. Va a volver a decir algo, pero Alexis se le adelanta:

—¿Y si vamos en busca de ayuda? A lo mejor encontramos a alguien que pueda echarnos una mano.

—Nos dijeron que no saliéramos del campamento bajo ningún concepto, que era muy peligroso —le responde Óliver al *gamer* —. Además, casi es de noche. Ni siquiera sabríamos por dónde ir. Nos perderíamos.

—Yo tampoco lo veo claro —añade Saúl—. No hay nada en treinta kilómetros. Ninguno de nosotros conoce la zona y podemos molestar a algún oso o a otro animal salvaje y ponernos en peligro. Como nos advirtieron, alejarnos del campamento solos y andando es un auténtico suicidio.

—¿Entonces? ¿Tenemos que esperar al lunes a que lleguen Godoy y los empleados?

Todos se miran, pero nadie responde a la pregunta que hace Jorge. Al joven cantante le tiembla el labio, algo de lo que le avisa Lucía en voz baja. Es un tic que le entra cuando está muy nervioso.

—Miren no se va a mover de su bungaló —comenta Natalia, que se levanta de la silla y camina hacia el frigorífico—. Suena muy fuerte decirlo, pero está muerta y no podemos hacer nada para que resucite. Así que mi opinión, si sirve de algo, es que superemos como mejor podamos el fin de semana, hasta que alguien aparezca y se lleve el cadáver.

—Suena terriblemente frío. Parece que no te importe.

—A ver, Jorge, la conocía solo desde el viernes pasado. Tampoco es que tuviera una gran relación con ella. No éramos mejores amigas. Me da un poco de pena, pero ¿qué quieres que te diga? La vida es así.

—Podríamos hacerle una especie de funeral en su bungaló —apunta Luis, que sostiene en la mano un pequeño crucifijo.

—Ni siquiera creía en Dios —protesta el cantante, despeinándose el flequillo—. No me puedo creer que tengáis tan poca empatía con una persona que acaba de perder la vida. ¿Alguno se ha planteado que podrían haberla asesinado?

—¿Quién iba a querer matar a Miren? —pregunta Eva desconcertada.

—En la lista aparece el nombre de uno de nosotros con la palabra «asesino» al lado —indica Jorge, cada vez más alterado.

Todos se giran hacia Saúl, que también se pone de pie y niega con la cabeza.

—Esa lista es una mierda. No os creáis nada, por lo menos en mi caso. No soy un asesino.

—¿Y por qué te acusan de serlo?

—No lo sé.

—¡Venga ya! Estoy convencidísima de que lo sabes perfectamente —asegura Natalia—. A mí me llaman «infiel» y lo he sido. Miren, por lo visto, plagió el libro que la hizo famosa y la califican como «impostora». No sé, chicos. Parece que esa gente ha investigado muy bien sobre todos nosotros. Los demás ¿qué decís? ¿Tiene relación de lo que se os acusa con algún episodio turbio de vuestra vida?

De nuevo se miran unos a otros, hasta que Alexis decide hablar:

—Yo no me considero una persona violenta, a pesar de lo que contó Godoy en la presentación. Lo del chaval al que le clavé el bolígrafo en la mano fue un hecho aislado.

—A mí me llaman mala madre. ¡Pero ni siquiera soy madre! —grita Eva—. Aunque… tuve un aborto hace un par de años.

—¿Abortaste?

—Sí, Luis. Aborté. ¿Iré al infierno?

—¿Lo veis? ¡A eso me refiero! —exclama Natalia golpeando la mesa con ambas manos—. ¡De una manera u otra, todos cometemos errores! ¡Esa lista está hecha con mucho sentido! Jorge, ¿tú no fumabas antes de entrar aquí? ¡Te consideraban un adicto al tabaco! Y tienes cara de que seguramente algún porrito te has liado, ¿verdad?

—Nunca he fumado marihuana.

—¿En serio? Pues yo sí. Y no me arrepiento. ¡Soy infiel y consumidora de maría!

La carcajada de Natalia retumba por toda la casa. La *influencer* no deja indiferente a ninguno de sus compañeros, que se quejan de su risa histriónica. Jorge es el que peor se toma su comportamiento. Molesto, se levanta de la mesa y se marcha de la casa principal. Fuera ya es noche cerrada. Se escucha el ulular de algún búho, y la temperatura sigue bastante alta. Camina deprisa hasta el bungaló número 7, Villa María. Entra y se sienta en la cama. Desconsolado, se pone a llorar.

—Hola, me llamo Jorge. Tengo veintiún años y…, bueno, dicen que no controlo lo que bebo.

—¿Y estás de acuerdo?

—No. Por supuesto que controlo. No soy un alcohólico.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque mi representante me ha obligado. Soy cantante. Si no venía, se acabó mi aventura en el mundo de la música.

—Me alegro de que hayas hecho caso a tu representante. Bienvenido.

Alguien llama a la puerta del bungaló un par de minutos después. Jorge se limpia las lágrimas con los dedos y se apresura a abrir. Se trata de Lucía. La chica le pregunta si puede pasar y este acepta. Los dos se sientan en la cama.

—Has estado llorando.

—No es nada. Me ha dado un bajón. No te preocupes.

—A veces, Natalia puede ser una auténtica bruja. Pero no es mala persona. De verdad.

—Esa tía no tiene empatía ni corazón. ¡Cómo puede actuar de esa manera después de la muerte de Miren! ¡Aunque no fuera su amiga o le cayera mal!

—Ella es así.

—Pues que cambie, joder. No vive sola.

Lucía suspira y le pasa una mano por la espalda. Le acaricia el pelo y apoya la mejilla en su hombro.

—Nos vamos a terminar volviendo todos locos —susurra la chica—. Yo que estaba tan ilusionada con este campamento…

—Y yo. Para mí esto era una prueba. Pero todo se ha ido a la mierda.

—¿Has vuelto a fumar? —pregunta Lucía, que ve la colilla de un cigarro encima de la mesa.

—Sí, lo necesitaba. Me he puesto muy nervioso. Mejor esto que…

Jorge no termina la frase. Se pone de pie y recoge los restos del cigarro. Va hasta el cuarto de baño y arroja la colilla al váter.

—La lista me señala como una mentirosa —dice Lucía mientras observa cómo Jorge abre el armario y saca una cajetilla de Marlboro de una maleta—. Y es verdad.

El joven le ofrece un cigarro, que la joven no acepta. Lo enciende y se sitúa junto a la ventana abierta, para no molestarla con el humo.

—Todos mentimos. No es un gran pecado.

—Mis mentiras fueron continuadas y se repitieron durante bastante tiempo. Sé a lo que se refiere el que ha hecho la lista.

—¿A qué?

—Compré seguidores en Instagram y también me hice cuentas falsas para comentar mis propias fotos y que pareciera

que empezaba a tener éxito en Internet.

—Te dio resultado.

—Sí, es verdad. Los principios son complicados. No imaginaba que podría llegar a donde he llegado. Hice lo que estuvo en mis manos para convertirme en una *influencer* popular. Soy culpable.

—No lo veo como algo tan grave.

—Ahora me avergüenzo un poco, pero en su momento lo vi claro —continúa reflexionando Lucía con un tono de voz calmado—. La gente en Instagram se fija en el físico o en el número de seguidores que tienes. Mi físico no era espectacular, como el de Natalia u otras chicas. Necesitaba que el número de fans creciera lo más rápido posible para darme a conocer.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¡Si eres preciosa! ¡Y menudo cuerpazo tienes!

—Gracias. Ahora estoy mejor que hace unos años. Pero no era suficiente. No, no lo era.

Las palabras de Lucía le traen a la mente otras que escuchó en el pasado. Prácticamente calcadas.

Estaba sentado al piano, delante de su padre. Ese día se sentía bien. Sus dedos fluían en las teclas y estaba bordando un nocturno de Chopin. Cuando terminó, se peinó el flequillo y miró a aquel hombre de gesto sereno y expresión ruda en busca de su aprobación.

—No está mal, Jorge. Pero no es suficiente. Debes hacerlo aún mejor.

—¿Qué? No puedo hacerlo mejor.

—Sí que puedes. Todo en la vida se puede mejorar. No lo olvides.

¿Cómo olvidarlo? Si no paraba de decírselo. Para él nunca era suficiente. Ni siquiera cuando le enseñó aquella maqueta que había grabado a escondidas.

—Está bien, hijo. Tienes mucho talento, pero habría que hacer algunos ajustes. Esto no es nada comercial. Te ayudaré a que sea perfecto.

Y su padre se convirtió en su mánager. Sabía lo que era mejor para él. Luego llegaron la discográfica, el éxito, los fans y… la adicción al alcohol. Bebía mucho. Demasiado. Y eso lo condicionó todo. Si quería llegar a lo más alto y recuperar el control de la situación, debía solucionar su problema. Y ahí su padre, que también era su agente, lo obligó a tomar medidas. No habría música si no paraba de beber. El joven terminó aceptando y empezó a ir a reuniones de gente con la misma adicción que él.

Han pasado seis meses y cuatro días sin beber ni una gota de alcohol. Aunque la presión de su padre y su insatisfacción perpetua siguen ahí. Ese campamento lo alejaría de él tres semanas. ¡Tres semanas sin ser esclavo de nadie!

Tres semanas que no llegarían a completarse porque Jorge Salcedo aparecería muerto en la piscina esa misma madrugada de julio, cuando se acababa de iniciar el noveno día en el Campamento Godoy.

CAPÍTULO 9

Eva

Sábado, 13 de julio de 2019. Segundo día en el campamento

Abre la ventana entre bostezos y se encuentra con otro día soleado. Una suave brisilla le da en el rostro, e inspira el inconfundible aroma a naturaleza que allí se respira. Parece imposible que haga mal tiempo en aquel rincón de los Pirineos. Sin embargo, cuando llegue el frío, todo estará cubierto de nieve durante meses.

Eva se ha despertado pronto. No quería que se le pegaran las sábanas el primer día, a pesar de que no tienen hora fija para levantarse los fines de semana. Se viste de forma cómoda, porque después de desayunar tiene planeado hacer un poco de ejercicio y probar el campo de tiro con arco. Hace tiempo que no practica, aunque es un deporte que le entusiasma. Aprendió a lanzar flechas para el rodaje de una serie en la que ella interpretaba a la hija de un famoso arquero, una especie de Robin Hood de la Edad Media. Apenas contaba con trece años.

La actriz se dirige hasta la casa principal desde Villa Aurora, el bungaló número 5. En la mesa ve desayunando a las dos *influencers* . Se sorprende, ya que pensaba que serían las últimas en salir de la cama. Se culpa por sus prejuicios y las saluda amablemente.

—Hay hecho café, por si te apetece —le dice Lucía, que se está comiendo una tostada con aguacate.

—¿Somos las primeras?

—Eso parece. No hemos visto a nadie más.

Eva se sirve un café con leche y también se prepara un par de tostadas, aunque ella solo les echa aceite y sal. Se sienta en la mesa con las otras dos chicas y da el primer mordisco al pan.

—Oye, ¿qué tendría que hacer para salir en una serie o en un programa de televisión? —le pregunta Natalia, a la que ya conocía de ver sus fotos y vídeos en Instagram y TikTok, aunque nunca habían hablado hasta entonces.

—Imagino que tienes representante.

—Claro, desde hace más de un año.

—Él es quien debe moverte por las productoras y buscarte los *castings* .

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

—No es nada fácil. Debes prepararte muy bien. No consiste solo en ponerte delante de una cámara y ya está.

—Yo creo que tengo un don para la interpretación. Me sale natural. ¡Ya me he puesto millones de veces delante de la cámara para mis vídeos! Tengo mucha experiencia.

Eva agacha la cabeza y da otro mordisco al pan. Prefiere no decirle nada. Ella lleva actuando desde los ocho años y siempre piensa que tiene mucho margen de mejora. Ha dado clases de todo tipo para su formación y ha tenido que pasar mil y una pruebas. Nadie sabe lo duro que es ese mundo hasta que no está dentro.

—Ayer, uno de los trabajadores me confundió con Ester Expósito. No le culpo, al pobre. Somos clavaditas, ¿verdad?

Lucía casi se atraganta con su tostada al escuchar a Natalia, y Eva aguanta la risa como puede. ¡Menudos humos se gasta esta chica! Sin embargo, no va a discutir con ella. Se muerde la lengua y bebe de su taza, mientras que la *influencer* habla de sus virtudes y comenta lo bien que lo haría presentando un programa de televisión.

¿Por qué ese café está tan amargo?

Eva se pone de pie y va hacia el frigorífico. Mira la fecha de la leche que está abierta y se da cuenta de que ha caducado.

—¡Joder! —se queja, y da un trago al bote de agua que lleva su nombre escrito en una etiqueta—. Mierda. ¿Quién ha dejado esto aquí?

—¿Qué te pasa? ¿Te ha sentado algo mal? —le pregunta Saúl, que ha entrado en la casa y acude hasta ella con los cascos puestos.

—La leche que le he echado al café estaba caducada.

—¿En serio?

La sonrisa burlona del joven le gusta y no puede negar que tiene unos ojos muy bonitos. Además, le ha caído bien, algo que no puede decir de la mayoría del grupo. Es verdad que ella es muy especial para hacer amigos, pero algunas de las personas con las que va a compartir esa experiencia no le dan buena espina o le parecen demasiado prepotentes.

—Sí, caducó hace tres días. Espero no ponerme mala.

—Eso es que nos quieren matar. Seguro que alguien la ha colocado en la nevera a propósito.

—¿Tú crees?

De nuevo esa irónica sonrisa que la ha atrapado desde el primer momento que lo vio. Saúl saca una botella de zumo de melocotón y se echa en un vaso. Pone pan a tostar y espera a que esté listo sentado en la mesa donde se encuentran las *influencers* . Eva no le quita ojo mientras se sirve otro café, esta vez sin leche.

—¿Qué escuchas? —le pregunta Natalia al atleta, al percatarse de que lleva un auricular puesto.

—Música.

—¿Sí? ¿No me digas?

—Pero no es reguetón, ni esas mierdas que oyes tú, con las que perreas en tus vídeos. Esta es música de calidad.

Natalia le enseña el dedo corazón y se levanta de la mesa soltando algún insulto entre dientes. El chico la observa hasta que se marcha de la casa. Lucía va tras ella riéndose.

—Has sido un poco borde —le dice Eva, que se sienta a su lado con la taza de café humeante en las manos—. Te va a coger manía a la primera de cambio.

—Solo pretendía hacerle una broma. Tampoco ha sido para tanto.

—Se lo ha tomado regular.

—Luego le pediré perdón.

—Ahora no me atrevo a preguntarte qué es lo que estás oyendo.

—Queen. ¿Te gusta?

Los ojos celestes de Eva se abren de par en par. ¿Ha dicho Queen? Su mente viaja en el tiempo hacia aquel extraño día en el que su vida dio un vuelco.

Su madre estaba escuchando *The show must go on* en el despacho cuando entró para hablar con ella. Le había dado muchas vueltas.

—He decidido no tenerlo.

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente.

—¿Por qué no?

—Porque no, mamá. ¿Vendrás conmigo al hospital o se lo digo a mi hermana?

—¿Lo has meditado bien? Esto no es como…

—Está todo más que meditado.

—Pero ¿qué piensa tu novio? ¿Él tampoco lo quiere?

—Ya no estamos juntos. Lo hemos dejado. Es una decisión mía, además. Se trata de mi cuerpo. ¿Me acompañarás o no?

Su madre finalmente decidió ir con ella a la clínica, pero desde ese día no la miró de la misma forma. A su padre y al resto de las personas que sabían lo de su embarazo les contaron que había tenido un aborto espontáneo. Todos la arroparon y estuvieron a su lado. Aunque pocos conocían la verdad.

—¿Le has vuelto a echar leche caducada al café? Te has puesto pálida.

Eva tarda un instante en reaccionar a las palabras de su compañero de campamento. Sonríe y mueve la cabeza negándolo. Bebe un poco e intenta recuperar fuerzas.

—No me has dicho si te gusta Queen —insiste Saúl, que se quita el auricular.

—Era el grupo preferido de mi madre.

—¿Era? ¿Ya no lo es?

—Mi madre murió el año pasado.

—Vaya. Lo siento mucho. Soy un bocazas.

—No es culpa tuya. No sabías nada —le disculpa Eva—. La vida sigue adelante, como bien decía Freddy Mercury en su canción, ¿no?

El joven asiente y le da un gran mordisco a su tostada, a la que también le ha puesto aceite y sal. Los dos se quedan en silencio unos minutos mientras terminan de desayunar. En ese tiempo entran en la casa Luis, Óliver y Jorge. Los tres charlan animadamente sobre algo relacionado con un crimen. Eva no les presta demasiada atención. Se ha quedado sin ganas de hablar. Durante los rodajes, ha adquirido la capacidad de aislarse de todo para concentrarse, aunque esté rodeada de mucha gente.

—Fue uno de los casos más raros que recuerdo —dice Óliver, que se sienta en la mesa después de echarse cereales en un tazón—. Lo analicé en mi canal y está en el top tres de visualizaciones y de *likes* .

—¿Y estaba implicado el señor Godoy? —pregunta Jorge repleto de curiosidad.

—No directamente. Él era el dueño del restaurante en el que sucedió. Aunque dijo no saber nada de aquel tema.

—Me parece muy fuerte.

—El señor Godoy no debe de ser un santo, pero hay que estar muy enfermo para hacer algo así —añade Luis ajustándose las gafas—. Solo un loco se atrevería a comportarse de esa manera.

Saúl, que está fregando el plato y el vaso que ha usado en el desayuno, escucha la conversación de sus tres compañeros. Se seca las manos con un trapo y va hacia la mesa. Eva continúa sentada, con la mirada perdida, como si estuviera en otro lugar.

—¿De qué habláis? ¿Qué hizo el señor Godoy? —pregunta el atleta, que se muestra muy interesado.

—Él nada —responde Óliver—. Ni siquiera lo imputaron. Fue un cocinero que trabajaba en uno de sus restaurantes. Mató a un hombre, lo escondió en una cámara frigorífica y se fue deshaciendo de él poco a poco. Lo cocinaba y servía como si fuera pollo.

—¡Joder! ¡Menuda historia! ¿Es eso real?

—Neta. Estuve investigando aquel tema para mi canal. No os podéis imaginar la cantidad de información que existe sobre casos de este tipo.

Eva entonces sale de su burbuja y escucha al cuarteto de chicos que habla de aquel caso tan extraño del cocinero que daba de comer carne humana a los clientes. Ella también lo conocía y sabía que Fernando Godoy era el dueño del restaurante en el que sucedieron los hechos.

—La gente no está bien de la cabeza —comenta Luis, que pone un pequeño crucifijo sobre la mesa—. ¿Quién es quién para quitarle la vida a un ser humano? Aunque Dios es bondadoso y lo perdona casi todo, espero que ese tipo y todos los que son como él estén ardiendo con el diablo en el infierno.

Eva se queda mirando fijamente a Luis. Le gustaría preguntarle si ella también iría al infierno por lo que había hecho. Fue lo que le dijo su madre después de salir de la clínica en la que abortó. Que ambas serían castigadas. No le dio importancia a sus palabras hasta que la mujer falleció meses después. Un coche se la llevó por delante cuando cruzaba un paso de cebra y luego se dio a la fuga.

CAPÍTULO 10

Óliver

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

En el silencio de la noche, los gritos de horror de Natalia se oyen por todo el campamento. Óliver, que tiene en las manos *La metamorfosis* de Kafka, sale apresuradamente de su habitación. Alexis llega un poco después que él a la piscina. Enseguida también aparecen Eva y Saúl.

—Es… es Jorge…, está ahí. Aho… ahogado —balbucea la *influencer,* que se cubre la boca con las manos.

Saúl se quita la camiseta y se lanza al agua. Acto seguido, Óliver hace lo mismo. Los dos chicos nadan en paralelo hacia el cantante.

—Parece que está muerto —les confirma Saúl mientras comprueba su pulso en el cuello.

Todo el grupo se concentra alrededor de la piscina. Se escucha el llanto de Lucía, y Natalia no para de repetir que ella estaba dando un paseo porque no tenía sueño y le resultó extraño que alguien se estuviera bañando a esas horas de la madrugada. Las dos parecen las más nerviosas y afectadas.

—Ándale. Hay que sacarlo del agua —le dice Óliver a Saúl.

Entre los dos, desde el interior de la piscina, con la ayuda de los que se han quedado fuera, llevan a cabo la tarea. Colocan el cuerpo del joven cantante en el suelo bocarriba y Alexis intenta reanimarlo durante unos segundos. No hay nada que hacer: Jorge ha fallecido. Los ocho se alejan unos metros y forman un corro en torno a una de las farolas encendidas del campamento.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Eva.

—A lo mejor le ha dado un infarto —responde Óliver—. Pero es imposible saberlo.

—Esto no puede ser casualidad —comenta Alexis consternado—. Dos muertos con tan poca diferencia entre uno y otro.

—¿Sugieres que a Miren y a Jorge los han matado?

—Yo no sugiero nada, Natalia. Pero esto no es normal.

Lucía, que continúa muy nerviosa, suelta un grito de desesperación. Da unos pasos hacia atrás y se apoya en un árbol.

—¿Todos vamos a morir? ¡Porque yo no pienso dejar que nadie me mate! ¡Soy muy joven todavía y tengo muchos planes en mi cabeza que quiero cumplir!

—Tranquilízate, güey. Nadie va a matarte —le dice Óliver, que es de los más calmados del grupo—. No demos nada por sentado. No sabemos qué les ha pasado a Miren y a Jorge. Además, la muerte de uno no tiene que estar relacionada con la del otro.

—Yo pienso que los han asesinado, ¿no es obvio?

—No, no está claro, Natalia —le lleva la contraria el mexicano.

—¿Que no está claro? ¿Cuántas posibilidades hay de que dos personas jóvenes mueran en el mismo sitio por causas naturales? Yo te lo digo: cero.

—Quizá han muerto envenenados por comer algún fruto silvestre de la zona o algo por el estilo. Sería una posibilidad sin tener que recurrir a la idea de que alguien los haya asesinado —indica Saúl.

—¡Qué me estás contando! —le grita Natalia—. ¿Frutos silvestres? ¿En serio? Eres más tonto de lo que pensaba.

—Y tú eres una maleducada. Yo no te he insultado.

—Ni yo. Simplemente, te he definido. ¡Hay que tener muy poco cerebro y ser muy estúpido para pensar eso! ¡Envenenados por frutos silvestres! ¿De verdad?

El saltador de pértiga va a volver a replicarle, sin embargo, siente la mano de Eva en el hombro para que no siga la

discusión. Se da la vuelta y opta por no responderle otra vez.

—A ver, estamos todos muy tensos. Es normal, dadas las circunstancias. Pero no debemos perder los papeles —les pide Óliver a sus compañeros—. Vamos a la casa y allí hablamos más tranquilos.

—¿Y qué hacemos con Jorge? —pregunta Lucía.

—De momento, podemos dejarlo aquí. No tenemos la llave de su bungaló.

—A lo mejor está con su camiseta y sus zapatillas. Las he visto antes en una de las tumbonas de la piscina —señala Natalia.

Efectivamente. La llave de Villa María se encuentra debajo de la camiseta de Jorge. Los chicos llevan el cuerpo del cantante hasta su habitación y después se reúnen en la casa principal. Son las cuatro y diez de la madrugada.

—Ya solo quedamos ocho —susurra Vicky, que no había pronunciado ni una sola palabra hasta ese momento.

—Parece esa novela de Agatha Christie, *Diez cerditos* —dice Natalia, que abre el frigorífico y coge su botella de agua, de la que da un buen trago.

—«Negritos». *Diez negritos* —le corrige Victoria.

—Lo que sea. Me entran escalofríos de pensarlo. ¡Nosotros también éramos diez!

—¿Y si están recreando la novela? —dice Lucía temblorosa —. Yo no quiero morir.

—¡Eso es! ¡Formamos parte de una especie de juego macabro basado en esa historia! ¡Van a acabar con todos!

Óliver niega con la cabeza al escuchar el diálogo catastrofista de las dos *influencers* y se sienta en uno de los sillones de la casa.

—Soltando este tipo de cosas no vamos a solucionar nada. Al contrario, nos pondremos más nerviosos. No seamos alarmistas ni nos montemos películas. Esto no es una novela de Agatha Christie, por favor. Seamos sensatos.

—Han asesinado a dos personas. ¡Tú tienes horchata en las venas! ¿Cómo quieres que estemos? —protesta Natalia, que también se sienta en el sofá.

—No tenemos pruebas de que Miren y Jorge hayan muerto asesinados.

—Pero es una posibilidad muy alta —comenta Alexis—. Y si es así, el culpable puede ser uno de nosotros ocho.

—Insisto en que no es momento para especular ni hacer acusaciones. Tenemos que estar tranquilos —repite Óliver.

—¿Y esperar al siguiente muerto? A lo mejor eres tú el asesino y quieres que bajemos la guardia para aprovecharte.

—¡No mames! ¿Qué estás diciendo, Natalia?

—¿No estudias Criminología y hablas de crímenes en YouTube? Te has hecho famoso por eso. ¡Habrás visto cientos de asesinatos!

—Neta, pero solo para hacer los vídeos del canal y los que tratamos en clase. Evidentemente, nunca he matado a nadie.

—Claro, tú eres más un extorsionador, como pone en la lista.

—Eso creo que viene por… algo que me sucedió con… una persona. Fue hace mucho tiempo. Estaba empezando en YouTube y no tenía ni un euro. Descubrí algo comprometido de alguien investigando un caso y le pedí dinero a cambio de no publicarlo.

—Qué cabrón. ¿Te salió bien la jugada? —quiere saber Natalia.

—No. Ese chavo era igual de pobre que yo. No aceptó mi chantaje.

—¿Y publicaste el vídeo?

—No, no lo hice. Preferí dejarlo pasar y me puse con el siguiente caso. ¿Contenta?

Natalia no responde. Óliver resopla y se levanta del sillón. Él también parece que se ha agobiado un poco con las preguntas de la *influencer* . Camina con los brazos cruzados por la casa

mientras observa a los demás. Es Eva la que ahora toma la palabra:

—Si es verdad que Miren y Jorge han sido asesinados, cosa que está por ver y que no me termino de creer, ¿por qué el culpable tiene que ser uno de nosotros?

—¿Y quién más podría ser? —pregunta Natalia algo más calmada.

—Alguien de fuera. Ayer por la tarde, Saúl y yo estábamos en el campo de tiro con arco y vimos un helicóptero amarillo que sobrevolaba el campamento.

—Yo también lo vi —dice Vicky tímidamente—. Estaba asomada a la ventana y apareció, aunque se alejó enseguida.

—A nosotros nos extrañó. Durante toda la semana no había visto ninguno. Pensamos que estaban haciendo un rescate o alguna misión por el estilo —apunta Saúl.

—Posiblemente fuera así. Pero ahora, después de lo que ha pasado, su presencia me parece, al menos, sospechosa —vuelve a comentar Eva.

Luis se persigna y saca del bolsillo del pantalón su pequeño crucifijo, que coloca sobre la rodilla. En voz baja, reza una oración.

—¿Dios no te puede decir qué está pasando? —le pregunta irónica Natalia.

—Él tiene cosas más importantes que hacer —responde el joven, que se quita las gafas para limpiarlas—. ¿Y Gema y Martín? ¿Pueden tener algo que ver con todo esto? Llevan unas cuantas horas desaparecidos.

—Eso también es muy extraño —reconoce Saúl—. Su ausencia ha coincidido con las muertes de nuestros compañeros. ¿Dónde habrán ido? ¿Por qué no nos han avisado de que se iban a marchar?

—Y la lista, no nos olvidemos de la lista —añade Natalia—. Puede ser la clave de lo que está ocurriendo.

—Yo no le haría caso a ese panfleto.

—¿Por qué, Saúl? ¿Porque dice que eres un asesino?

—Porque miente. Yo no soy un asesino. Lo he repetido un montón de veces.

—Seguro, cariño. Aquí todos somos culpables de lo que se nos acusa, de una manera u otra: yo he sido infiel, Miren una impostora, Jorge un adicto, Eva una mala madre, Alexis un violento… Óliver extorsionó a un tipo. ¿Alguno más quiere admitir su pecado? ¿Luis?

El aludido no responde y se aparta del grupo mientras recita una nueva oración en voz baja. Natalia suelta otra de sus risas nerviosas.

—Estoy cansada. Necesito dormir —dice Lucía mientras se frota los ojos—. Pero no quiero estar sola en mi habitación.

—A mí tampoco me apetece estar sola —indica Eva.

—¿Y si dormimos por parejas? —propone Alexis—. Podemos mover los colchones de un bungaló a otro si alguien no desea compartir su cama.

—Me parece bien. Somos cuatro chicos y cuatro chicas. ¿Parejas mixtas? ¿O no sois capaces de conteneros si estáis a solas con alguien del otro sexo? —pregunta Natalia, que suelta un silbido—. Aunque, sinceramente, no doy por hecho que todos seáis heterosexuales. Yo no lo soy, por si alguno se lo pregunta. Me gusta todo, aunque creo que ha quedado claro en lo que llevamos de estancia. Venga, animaos. ¿Alguien más quiere salir del armario del Campamento Godoy?

Nadie sigue el juego de la *influencer* ni responde a la pregunta. Es Óliver el que propone cómo organizarse:

—A mí me vale madre dormir con un chico que con una chica. Somos todos adultos. ¿Os parece bien si apuntamos los nombres en papelitos y lo echamos a suertes?

CAPÍTULO 11

Luis

Sábado, 13 de julio de 2019. Segundo día en el campamento

Sus pequeños ojos oscuros se fijan en la chica que sube por la escalera de la piscina y se escurre el cabello empapado. Le gusta su sonrisa y le entusiasma cada una de las curvas de su cuerpo. Luis se esconde detrás de su libro y disimula cuando Lucía se dirige hacia él.

—¿Por qué no te bañas? El agua está buenísima.

Buenísima está ella. ¡Por Dios! Trata de que no se le note el nerviosismo que le provoca cuando le habla. Está prácticamente desnuda, solo cubierta por ese pequeño bikini rosa que le tapa lo justo. Traga saliva y vuelve a centrarse en las páginas del libro.

—No tengo calor.

—¿No? Pues debemos rondar los treinta grados.

—Veraneé muchas veces en el sur cuando era pequeño. Allí estarán pasando de los cuarenta ahora mismo.

—Qué horror. Yo también he estado en Sevilla y en Córdoba en julio y es un horno —dice Lucía, que se sienta en otra tumbona—. ¿Eso es la Biblia?

—Sí. Suelo leerla de vez en cuando.

—¿En serio? Nunca me ha interesado.

—¿No crees en Dios?

—No mucho, la verdad. Aunque tampoco me considero atea. Pienso que tiene que haber algo, pero no sé el qué.

Luis se muerde el labio e intenta no mirar demasiado a Lucía. No desea parecer un salido, pero es complicado no prestar atención al escote de su bikini. En las páginas del libro sagrado para los cristianos tiene el antídoto.

—El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre.

—¿Qué es eso?

—Está en Tesalonicenses, uno de los libros que forman parte de la Biblia.

—Suena raro. A otra época. Una muy lejana.

Al chico se le escapa una leve risa y vuelve a observar de reojo a la *influencer,* que se ha tumbado para tomar el sol. ¿Cómo va a aguantar tres semanas así?

—¿Qué hacéis? —les pregunta Miren, que camina hacia ellos con el portátil en las manos—. ¿Os habéis bañado?

—Yo sí. El agua está perfecta.

—¿Sí? Igual me viene bien desconectar un poco y darme un chapuzón. No consigo concentrarme en la nueva novela.

—¿Es parecida a *La casa de las muñecas rusas* ? —pregunta Luis, que cierra la Biblia y la deja debajo de la tumbona.

—¿La has leído?

—Sí. Cuando salió. Me gustó bastante.

El joven busca una reacción en la escritora. Es conocedor de lo que se dice en Internet. En algunos foros aseguran que Miren Libano plagió aquella historia de otra escrita en euskera. Misteriosamente, la presunta obra original desapareció de Wattpad. Ni la editorial ni la escritora se han pronunciado al respecto. Tampoco ha habido nadie que haya reclamado los derechos de autor de la novela.

—Muchas gracias. No esperaba encontrar aquí a un lector.

—¿De qué va? —pregunta Lucía, que hace visera con la mano para ver a la escritora y que el sol no la ciegue.

—Es muy interesante —se anticipa a responder Luis—. Va sobre un crimen que se produce en una casa repleta de

muñecas rusas. Dentro de cada una de esas muñequitas se esconde una letra que, puestas de una manera determinada, dan la solución al caso.

—Lo has resumido muy bien. Y sin *spoilers* .

—Tiene muy buena pinta. No leo mucho, pero cuando acabemos el campamento prometo comprar el libro.

—Gracias, Lucía. ¿Te importa que deje el ordenador aquí? Voy a darme un baño.

—Claro que no. Aprovecha.

La escritora se quita la camiseta y el pantalón corto para quedarse solo con un bañador negro. Luis la observa con detenimiento, pero no le atrae nada. Quizá es porque esa chica no le cae bien. Está convencido de que ella no escribió su novela y que no debería estar allí, con los demás. Pero ¿quién es él para juzgarla o destapar su secreto? Él también tiene cosas que esconder. Como lo que sucedió hace aproximadamente un año. ¿Se arrepiente?

—¿Y si nos vemos un día de estos?

—Nunca quedo con nadie que haya conocido por Internet.

—Vamos, Luis. Me encantaría darte las gracias en persona por todo lo que has hecho por mí. Gracias a ti, me he acercado más a Dios.

El chico tuvo muchas dudas antes de aceptar aquella proposición, pero acabó accediendo a reunirse con ella. Lo hizo en una iglesia de las afueras de la ciudad, a una hora en la que no solía ir gente.

—¿Tienes novia, Luis? —le pregunta Lucía, después de un rato en silencio en el que el chico ha vuelto a intentar leer un versículo de la Biblia mientras ella toma el sol.

—Bueno… No.

—Has dudado. ¿Qué pasa? ¿Hay algo por ahí?

—No, no hay nada.

Luis la observa y ve que está sonriendo. Después, sus pequeños ojos oscuros repasan una vez más su cuerpo

semidesnudo. ¿Debe dar gracias a Dios por ponerla en su camino o reprocharle por acercarle la tentación una vez más?

—¿Crees que de aquí saldrá alguna parejita? Me parece que solo Saúl tiene novia oficial. Natalia me ha confesado que ha roto con su ex hace muy poco.

—No lo sé. Es complicado.

—¿A ti te gustaría encontrar el amor?

—¿En el campamento?

—En el campamento o en cualquier parte. ¿Te apetece enamorarte?

El joven se ajusta las gafas y piensa en la respuesta. Apenas llevan allí veinticuatro horas y no le ha dado tiempo a conocerlas bien, pero de las cinco chicas que hay en el campamento solo le interesa Lucía. Es la única que le llama la atención, aunque ella nunca se fijaría en un chico como él. Seguro que tiene mil y un pretendientes.

—¿Tú estás enamorada?

—Una pregunta no se contesta con otra pregunta, Luis. ¿Lo sabías?

—Bueno, yo…

—Es una broma, hombre —dice Lucía riéndose—. Sí, estoy enamorada. De la vida. Aunque me encantaría encontrar a alguien con quien compartirla. Y hacer viajes juntos. Me encanta viajar. ¿A ti?

—Supongo que sí. No he viajado mucho.

—Mi meta es irme a vivir a Estados Unidos. Estoy enamorada de Los Ángeles y de Nueva York. Sería un sueño.

Él no ha ido tan lejos. Solo ha estado en Portugal y en Italia, cuando lo llamaron del Vaticano. Aunque tiene seguidores por todo el mundo que le escriben para hablarle de Dios y de sus experiencias. Personas como ella, la brasileña que estaba de vacaciones en España, que deseaba conocerle a toda costa. Con la que quedó en la iglesia de las afueras de la ciudad.

Se llamaba Wenda, que le explicó que significaba «joven luchadora». No sabía su edad, aunque era evidente que tenía unos cuantos años más que él. Su piel era negra y su pelo rizado, igual de oscuro. Una mujer preciosa que le dio dos sonoros besos en la mejilla y hasta le hizo una reverencia cuando se conocieron en la casa del Señor. Estaban solos; nadie más que ellos.

—No me puedo creer que esté contigo. Me he imaginado este momento tantas veces. Has cambiado mi vida, querido Luis.

El joven se sentía abrumado. Nunca pensó, cuando abrió su página en Internet, que podría causar ese impacto en la gente. Sin embargo, esa imponente brasileña ha insistido en conocerle. ¡Prácticamente se lo ha rogado!

La pareja se sienta en una de las bancas de la iglesia, en la parte derecha, bastante cerca del altar. La cadera de Luis está pegada a la de Wenda y eso le pone aún más nervioso. Puede oler su perfume de jazmín y sentir el aire caliente que sale de su boca. El chico deja que ella hable mientras se fija en sus labios gruesos y carnosos. Los lleva pintados de un rojo suave muy elegante y seductor.

—Tienes que venir a conocer Bello Horizonte. Es un sitio encantador. Te presentaré a todos mis amigos. ¿Sabes que les he hablado mucho de ti? ¡Es que eres muy grande, querido Luis!

Lucía lleva varios minutos sin decir nada. Lo último que le ha contado es el deseo de que su marca crezca y funcione bien para luego marcharse a Estados Unidos. Luis pronuncia su nombre en voz alta, pero no obtiene respuesta. La chica se ha dado la vuelta y parece que se ha quedado dormida. El joven entonces se fija en la parte de abajo del bikini. Es imposible quitarle ojo.

—Tiene buen culo, ¿eh?

Luis se gira sorprendido y ve a Miren, que acaba de salir de la piscina. Lo ha pillado in fraganti mirando fijamente el trasero de la *influencer* .

—No lo sé.

—Claro que lo sabes. No has parado de mirárselo.

—No es verdad.

—Por supuesto que es verdad. Eres un tío y los tíos hacéis esas cosas. Sobre todo cuando pensáis que nadie os ve.

No le gusta el tono que la escritora está empleando. ¿Para qué se mete? ¿Tiene envidia de la *influencer* o qué? Esa impostora habla demasiado. Le fastidiaría que Lucía se despertara y escuchara lo que está diciendo. Si se ha fijado ha sido sin querer. Además, no es asunto suyo.

—Me voy a mi habitación hasta la hora de la comida.

—De acuerdo. Hasta luego.

Luis se levanta y se aleja de la piscina. Segundos más tarde, oye cómo Miren le comenta algo a Lucía, que parece que se acaba de despertar. No se vuelve a mirarla. Ya ha tenido suficiente por esa mañana. Le gusta esa chica, pero debe controlar sus impulsos. Si no, le tocará pedir perdón a Dios otra vez.

—Me siento muy bien aquí contigo. Ha merecido mucho la pena venir a verte —le dice Wenda, que no deja de sonreír—. ¿Quieres que tomemos algo en otro sitio? La iglesia me impone un poco.

No quiere ir a otro lugar. Está bien allí. Solos. Sin nadie alrededor. Wenda es una mujer hermosa y ha ido hasta esa iglesia solo para verle. Sus labios son muy llamativos y el escote de su vestido le excita. ¿Es por eso por lo que le sudan las manos y el corazón le va a mil por hora? ¿Está excitado? Eso es lo que parece. Cada vez más. Ya no escucha lo que la brasileña le dice, solo se fija en su boca.

Luis no espera más y se lanza encima de Wenda, sobre la banca de la iglesia. Trata de besarla mientras le abre los botones del vestido, dejando al descubierto un sujetador blanco. Ella intenta zafarse y grita. Le pregunta por lo que está haciendo y le repite varias veces que no siga. En cambio, el joven no puede parar. ¡Cómo va a hacerlo! ¿No es lo que quería? ¿No es para lo que ha ido a verlo? ¿Por qué se resiste

ahora? Sus manos se deslizan hacia abajo, hasta la entrepierna. Necesita tocar lo que tanto desea. En cambio, lo que encuentra es la rodilla de la mujer, que golpea su barbilla con fuerza. Luego le siguen un par de puñetazos en la cabeza y varios insultos en portugués.

—¡Luis! ¡Espera!

La que lo llama es Lucía. El chico se detiene y la contempla ensimismado. Es un ángel vestido de rosa. Lleva un libro en las manos, que le entrega.

—Toma, tu Biblia. Te la has dejado debajo de la tumbona.

—Ah, gracias. Soy muy despistado.

—De nada. Me voy a dar otro baño. Nos vemos en la comida. Hasta luego.

La joven *influencer* se despide sonriendo y corre de nuevo hacia la piscina. Luis la observa resoplando. Se humedece los labios y se ajusta las gafas. Qué complicado va a resultar contenerse durante tres semanas.

Muy complicado.

CAPÍTULO 12

Vicky

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Al final, el grupo hizo lo que Óliver propuso y las parejas quedaron configuradas por sorteo. Algunos, como Saúl o Alexis, se negaron al principio, pero terminaron accediendo. Vicky y Natalia pasarán la noche juntas en el bungaló número 1; Saúl y Lucía, en el bungaló número 3; Óliver y Luis, en el bungaló número 9; Eva y Alexis, en el bungaló número 5.

—¿Alguien quiere intercambiar su pareja? —pregunta Natalia, una vez hecho el reparto.

Ninguno de los chicos responde, aunque ella sabe que no todos están conformes con el resultado. Por ejemplo, está convencida de que a Saúl y a Eva les hubiera encantado dormir juntos. No paran de tontear, y eso que él tiene novia. A Luis, por su parte, le hubiera tocado la lotería de haberle salido el papelito de Lucía. A ese chico se le nota desde hace días que está muy pillado por la otra *influencer* del grupo. Pero nadie se atreve a contestar a su pregunta, así que lo dejan tal y como la diosa Fortuna ha decidido.

—¿Quieres que durmamos juntas en la cama o prefieres que traiga mi colchón? —le pregunta Natalia a Vicky, ya en el interior de Villa Noelia, después de que todos se hayan despedido.

La chica de las lentillas azules se encoge de hombros. Aunque prefiere dormir sola, no se pronuncia. De una manera u otra, la situación es muy extraña y novedosa para ella. Nunca ha compartido habitación con nadie. Ni siquiera con su hermana mayor.

—Mi bungaló está muy lejos, así que vas a tener el privilegio de acostarte conmigo. Las dos somos delgaditas; no estaremos demasiado incómodas.

—Eso espero.

—No te preocupes. Yo ni ronco. ¿Tienes lado preferido?

—Si puede ser, el izquierdo.

—Perfecto. Empezamos bien. ¡Eres como todas mis parejas! Yo prefiero el derecho.

La *influencer* suelta una de sus características carcajadas y comienza a quitarse la ropa. Vicky la observa sorprendida. Natalia se da cuenta y sonríe.

—¿Te importa que duerma desnuda? No tengo ganas de ir a mi habitación a por el pijama.

—Haz lo que quieras.

—¿Tú cómo duermes?

—Aquí en ropa interior y con una camiseta.

—Genial. Pues yo haré igual entonces. Me dejo las bragas y la camiseta. No te pondrás cachonda, ¿verdad?

Natalia se ríe viendo la expresión de confusión en la cara de la que será su compañera de habitación por esa noche. Se ha puesto colorada y ha empezado a tartamudear. Luego la *influencer* entra en el cuarto de baño canturreando el tema *Sin pijama* . Vicky se sienta en la cama y respira hondo. Odia esa canción. Podría asesinarla con sus propias manos en ese mismo instante. En cambio, debe reconocer que tiene su gracia y que no le cae del todo mal. Es transparente, a pesar de que siempre la esté poniendo en un compromiso. Antes le preguntó si era lesbiana y ahora esto.

La realidad es que siente envidia, y no de la sana, precisamente. Natalia tiene los ojos azules de verdad, no necesita usar lentillas. Daría lo que fuera por lucir un cuerpo como el suyo, repleto de sensualidad y de curvas perfectas. Con un físico así, todo sería más fácil y se acabarían los malditos complejos.

Se quita las lentillas y las guarda en su cajita, que deja sobre la mesa. Después se deshace del sujetador y del pantalón. Se tumba en la cama y se cubre con la sábana. Por mucho calor que haga, siempre se tapa para dormir. Inexplicablemente, está nerviosa.

Natalia sale del baño igual que ha entrado: tarareando ese tema que tan poco le gusta. Vicky la atraviesa con la mirada, pero la otra chica no se da cuenta. Deja el *short* y el sujetador encima de una silla y apaga la luz. Se mete en la cama y ocupa el lado derecho.

—¿Estás cómoda, Vicky?

—Sí, todo bien.

—No vamos a dormir mucho ya. Queda poco para que amanezca. Aunque no sé si voy a poder pegar ojo después de lo que ha pasado. Aún tengo en la cabeza la imagen de Jorge flotando en la piscina.

—Es una desgracia.

—Pero a ti no te da pena, ¿cierto?

—Sinceramente, no mucha. Eran dos personas con las que apenas he tratado esta semana. Aunque es terrible que hayan muerto —responde algo tensa.

—Eres muy reservada y poco sociable. Te he visto hablar poco estos días. ¿Has hecho algún amigo en el campamento?

—Bueno, la verdad es que no lo sé. No creo.

—En las redes sociales eres mucho más abierta, ¿no?

—Sí. Ahí no me da vergüenza ser yo misma. Y la gente me respeta.

Natalia ríe y se acerca más a su compañera de habitación, de la que percibe su nerviosismo. La coge de la mano y la acaricia por debajo de las sábanas.

—Si eres tú la asesina, yo podría ser la próxima víctima.

—¿Qué estás diciendo? ¡No soy una asesina!

—Tienes la oportunidad de matarme ahora mismo —continúa diciendo la *influencer,* que parece divertirse con la situación—. ¿Cómo lo harías? ¿Estrangulamiento? ¿Con un cuchillo? ¿Dándome un golpe seco en la cabeza?

—Estás loca. No voy a hacer nada de eso.

Natalia deja de acariciar a Vicky y, de improvisto, lleva las manos a su cuello. No presiona ni impide que esta respire. La dueña de Frikidates se perturba, pero no intenta liberarse.

—¿Y si fuera yo la que ha matado a Miren y a Jorge?

—¿Tú? ¿Por qué harías eso?

—No sé. Imagina que soy una asesina en serie y disfruto con la muerte de los demás. Aquí me lo habrían puesto muy fácil. Nadie puede escapar de este sitio. Estamos aislados y perdidos en medio de la montaña. Sin nadie alrededor.

Las manos de Natalia aprietan un poco más el cuello de Vicky, pero esta no tiene miedo. Es una sensación nueva para ella. ¿Ese es su fin? ¿Va a continuar presionando su garganta hasta que no pueda respirar? Cierra los ojos y escucha la voz susurrada de la otra joven, como si se tratara de un sueño.

—Te caían mal esos dos, ¿verdad? Ella era una farsante, una impostora, como está escrito en la lista. Hay que ser mediocre para publicar un libro que no es tuyo. Y él…, él era muy pesado. Además, cantaba fatal. No sé qué le veían sus seguidores. Y a saber cuál era su adicción real. ¿Drogas? ¿Alcohol? ¿Sexo? Ninguno de los dos merecía gestionar la fortuna de Godoy ni relevarle en su imperio. No deberían haber estado aquí. Eran las dos personas más débiles del grupo. Tú también lo piensas.

—Yo no pienso nada.

Los dedos de Natalia se hunden en el cuello de Vicky, que tose un par de veces y permanece con los ojos cerrados. Empieza a debatirse si eso está pasando de verdad o no. ¿Está rozando la inconsciencia por la falta de oxígeno?

—Yo nunca he matado a nadie hasta llegar a este campamento. Ni siquiera a un mísero mosquito. Pero si tú eres la asesina, querida Victoria García, y piensas asesinarnos a todos, este es el momento para acabar contigo. ¿Crees que debo seguir apretando?

—Haz lo que quieras.

—¿Estás segura de eso?

—Segurísima.

La osadía de Vicky divierte a Natalia, que deja de apretar de repente. La risa de la *influencer* se oye en la oscuridad del bungaló número 1. Luego se coloca de costado y le acaricia el pelo a su compañera de cama, que se deja hacer.

—¿Eres virgen?

—¿Qué? ¿A qué viene eso ahora?

—Mi teoría es que nunca has follado. Ni con tíos ni con tías. Ni siquiera sabes todavía si te gustan más unos que otros o eres igual que yo y le das a todo.

—No voy a hablar de mi vida sexual contigo.

—¿Qué vida sexual? ¡Si no tienes!

—¡Qué sabrás tú!

—Apuesto un millón de seguidores en Instagram a que ni siquiera te masturbas.

—¡Cállate, idiota!

El insulto infantil que suelta Vicky hace reír aún más a Natalia. La *influencer,* sin que la otra chica lo espere, hunde una mano bajo las sábanas y, con dos dedos, roza el centro de su ropa interior, deslizando el índice y el corazón de abajo arriba.

—¿Qué demonios haces? Tú no estás bien de la cabeza.

—Vamos a tocarnos. Me has puesto mucho. Quiero que follemos.

—No estás hablando en serio. Es otra de tus bromas estúpidas.

—¿Acaso esto es una broma?

Natalia coge la mano de Vicky, que no se resiste, y la guía hasta su entrepierna. Las dos sienten un escalofrío al mismo tiempo.

—No me gustan las chicas.

—Ni a mí la tarta de limón y anoche me comí dos trozos. Con lo que engorda, por Dios. Vamos, Vicky. Sabemos que

esto es lo que más deseas en el mundo. Deja tus miedos y los asesinatos para mañana.

Natalia besa su cuello y después le da un pequeño mordisco en la oreja. Insiste en que sus manos no se separen de su ropa interior.

—Mételos dentro. Lo necesito ahora mismo.

Vicky suspira. Está muy confusa, pero también excitada. Nunca le había pasado hasta ese momento. Obedece e introduce sus dedos en las bragas de Natalia, que gime una y otra vez sujetándose a las sábanas. No quiere que el resto del grupo se entere de lo que está pasando, así que le tapa la boca con la suya para contener sus alaridos. Ella también desea lo mismo que está haciéndole a la *influencer* . Se lo pide al oído y la otra joven acepta encantada. Sin embargo, Natalia prefiere usar la lengua. Vicky aguanta como puede el ímpetu de su compañera de cama. Es lo mejor que le ha pasado en las últimas semanas. Se esfuerza por no gritar, pero un par de gemidos se escapan de su boca sin control. Y después otro. Y otro. Bocarriba, con los ojos cerrados, el placer que siente es completamente nuevo para ella. Una cascada de emociones diferentes. Podría estar así toda la vida, pero no cree que tarde mucho en correrse. Sin embargo, casi fuera de sí, tiene la suficiente lucidez para darse cuenta de algo. Un objeto continúa escondido bajo la almohada. No quiere que Natalia lo descubra. Sería peligroso. Disimuladamente, lo agarra por el mango y lo impulsa debajo de la cama. De momento, ese cuchillo no será necesario.

CAPÍTULO 13

Saúl

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

En el bungaló número 3, Villa Mercedes, Saúl y Lucía sí que dormirán en colchones separados. El chico ha decidido llevar el suyo hasta la habitación de la *influencer* y no compartir cama con ella.

—No es nada personal. Midiendo uno noventa, necesito espacio —se había excusado el atleta, al que aquella idea sigue sin convencerle demasiado.

Realmente, no pasaría nada por dormir en la misma cama que Lucía. No solo por tener novia y ser incapaz de serle infiel. También porque la chica que le atrae del campamento es otra. Aunque no va a reconocerlo, ni tampoco que ha sentido celos de Alexis cuando sacó el papelito con el nombre de Eva. Lucía no está nada mal físicamente, pero su personalidad le da pereza. Desde el principio, las dos *influencers* no le cayeron bien. Tampoco le agradaron mucho el *gamer* o esa loca de Frikidates. Nueve días después, su parecer no ha cambiado demasiado.

—¿Apago ya la luz? —le pregunta Lucía, que lleva un pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes para dormir.

—Como quieras.

La chica pulsa el interruptor de la pequeña lamparita que está sobre la mesa, junto a la cama, y se quedan completamente a oscuras. Saúl coloca las manos en la nuca y cierra los ojos. Tarda unos minutos en dormirse. Cuando lo hace, se le aparece Jorge. Le cuenta algo que no consigue llegar a entender. Por su expresión, sabe que no es nada bueno. El cantante se evapora por arte de magia y la que ahora le habla es Miren, con su ordenador portátil bajo el brazo. Le sale sangre por la nariz y le da la sensación de que está muerta. Le

pregunta por su libro y ella le responde que no avanza. ¡Cómo va a avanzar si está muerta!

—Mi próxima novela va sobre el crimen de Valerio —le comenta Miren sonriente—. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

—No fue un crimen, fue un accidente.

—No mientas más, Saúl. Eres un asesino. Pero necesito que me cuentes más sobre lo que pasó esa noche. No estoy inspirada.

—No soy un asesino. Él se lo buscó.

—Nadie se busca morir asesinado. Jorge y yo tampoco.

—Vosotros me dais lo mismo. Ya no estáis en el campamento. ¡Yo no asesiné a Valerio Úbeda! ¡Fue un accidente!

—Los dos sabemos que querías que muriera.

—¡No! ¡No quería eso!

—Lo asesinaste. Reconócelo. Lo hiciste a sangre fría.

—¡Yo no quería matar a Valerio! ¡Se me fue de las manos! ¡Te prometo que no quería que muriese!

La luz de la habitación se enciende y Saúl se despierta sobresaltado, dando un brinco en el colchón. Está sudando y destapado. No recuerda lo que acaba de soñar, aunque tiene la impresión de que no ha dormido mucho tiempo.

—¿Una pesadilla? —le pregunta Lucía, que se sienta en la cama y se frota los ojos—. Estabas murmurando algo muy alterado. He creído entender que nombrabas a un tal Valerio.

—No me acuerdo de nada.

—¿No? Ha sido ahora mismo.

Saúl se pone de pie y le pide permiso para entrar en el baño. Lucía se lo da y también se levanta de la cama. El chico se mira al espejo y se echa agua fría en la cara. Le vienen a la cabeza *flashes* de lo que acaba de soñar. Valerio Úbeda nunca lo dejará en paz.

—A ver, gilipollas, escúchame bien lo que voy a decirte. No vas a impedir que tu entrenador se culpe de lo que ha pasado. ¿Entiendes? Si reconoces que has sido tú, te prometo que no me vuelves a ver el pelo.

Las instrucciones de su novia son claras. Después de decidir que va a confesar a la policía, ella lo ha llevado a la calle de al lado para imponerle lo contrario. Sara nunca habla en balde.

—Pero el pobre Evaristo no tiene culpa de nada. De hecho, él ha recibido un corte en el brazo por intentar defenderte.

—Tu entrenador se ha ofrecido a asumir la responsabilidad de lo que ha sucedido. ¡No vas a mandar tu carrera a la mierda por esto! ¡Llevo apoyándote desde hace tres años! ¡Tres años a tu lado viendo cómo fracasabas, cómo te rendías y cómo yo te levantaba una vez tras otra porque creía en ti y en tu talento! Si ese desgraciado ha muerto ha sido por su culpa.

—Me he pasado con él. No podía controlar la rabia. Lo he matado, Sara —admite llorando—. Yo no quería, de verdad que no quería.

La joven resopla, agarra la cara de su novio con las manos y lo mira fijamente a los ojos.

—Seguiremos trabajando tu agresividad, ¿de acuerdo? Pero ese tipejo no habría muerto si no hubiera intentado robarnos. Tenía un cuchillo, Saúl. Ha intentado clavármelo. Me has salvado la vida. Tú y Evaristo. Ahora, la que podría estar muerta, tirada en el suelo de ese callejón, sería yo. ¿Comprendes, cariño? No eres un asesino. Eres un héroe. Mi héroe.

Sara le da un beso en los labios y después le seca las lágrimas con un pañuelo de tela que saca de su bolso. Saúl se va calmando poco a poco y acaba cediendo a la petición de su novia y de su entrenador. Evaristo finalmente le explicará a la policía en la comisaría que él ha sido el que, por accidente, ha matado a aquel hombre en defensa propia. El saltador de pértiga quedará a salvo de cualquier condena y podrá continuar con su carrera deportiva.

—Saúl, ¿te encuentras bien? —le pregunta Lucía inquieta al ver que han pasado varios minutos desde que entró en el baño.

—Sí, ya salgo.

Saúl tiene los ojos rojos e hinchados, como si hubiese estado llorando. Se ha mojado el pelo y camina por la habitación arrastrando los pies descalzos. Sin decir nada, se tumba en su colchón, dándole la espalda a Lucía, que lo mira extrañada.

—¿De verdad que te encuentras bien?

—Estoy cansado. Vamos a dormir. Amanecerá muy pronto.

—Vale, buenas noches.

—Buenas noches.

La luz vuelve a apagarse y la pareja que comparte el bungaló número 3 se queda otra vez completamente a oscuras. Saúl no cierra los ojos en esta ocasión. Teme volver a tener pesadillas. Se coloca bocarriba, con las manos en la nuca, y escucha los sonidos de las montañas, a los que ya se ha acostumbrado. Le gustaría saber a qué pertenece cada uno. Le pesan los párpados. Debería relajarse y dormir un rato. El sábado se presenta complicado.

—¿Por qué te caigo mal? —escucha en cuanto cierra los ojos. La voz de Lucía llega en un hilo casi inaudible—. ¿Te he hecho algo?

El joven no responde, pero ella vuelve a preguntarle lo mismo unos instantes después.

—No me has hecho nada.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que no te gusta de mí?

—Nada en concreto. Solo es que… No sé. No tengo nada contra ti.

—Desde el principio me has mirado mal y eres muy seco conmigo. ¿Es porque soy *influencer* ?

Saúl suspira. No le apetece mantener aquella charla a esas horas de la madrugada. Pero parece que Lucía no se va a conformar hasta que obtenga una respuesta. Así que opta por no andarse con rodeos y ser sincero:

—No me gustan los *influencers* .

—¿Y eso? ¿Qué problemas tienes con nosotros?

—Muchos hemos trabajado muy duro para encontrar el camino en la vida. Le hemos dedicado miles de horas de esfuerzo a lo que nos apasiona, a cumplir nuestro sueño.

—¿Y yo no lo he hecho?

—No es lo mismo.

—¿Por qué no es lo mismo?

—Yo me mato entrenando. Día y noche. Con frío, lluvia o a cuarenta grados. El esfuerzo para saltar unos centímetros más y superar el listón requiere grandes sacrificios. Por no hablar de que la mayoría de mis compañeros y rivales no son reconocidos. Nadie les presta atención y los medios de comunicación pasan olímpicamente de ellos. En cambio, vosotros…

—Nosotros no trabajamos y solo nos hacemos fotitos, vídeos facilones y ya está, ¿no? —dice irónica Lucía, cada vez más encrespada—. Nuestros canales y nuestras cuentas en las redes sociales se llenan solos de contenidos. Mágicamente.

—Vuestro esfuerzo no es el mismo que el de la mayoría. El éxito os llega por tener una cara bonita, un buen cuerpo o porque sois amigos de otro *influencer* ya famoso. A mí y a mucha más gente nos molesta. Por eso, quizá, tú y Natalia no sois personas que me intereséis.

—Eres un capullo, ¿lo sabes? Un capullo lleno de prejuicios. Me juzgas sin conocerme. Y lo peor es que ni te planteas hacerlo.

—Lo siento. He conocido a muchos *influencers* durante estos meses y todos me han parecido iguales. Gente sin alma, ganando mucho dinero y que lo que intenta es lograr el mayor número de *likes* con el menor esfuerzo posible.

—Y ya todos somos así.

—Ni tú ni Natalia me habéis demostrado lo contrario.

—Natalia y yo somos diferentes. Muy distintas.

—Perdóname, pero os veo exactamente iguales. Solo que una es rubia y la otra castaña. Una habla por los codos y la otra cuando le dejan.

—¿Yo hablo cuando me dejan?

—Exacto. Cuando Natalia te da permiso.

Esa es la gota que colma el vaso. Enfurecida, Lucía enciende la luz y se levanta de la cama. Va hasta Saúl y le ordena que regrese a su habitación. No desea estar ni un minuto más con él. Este no se opone. También se incorpora y agarra su colchón para regresar al bungaló número 2. Abre la puerta y entonces escucha algo totalmente inesperado. Mira a la *influencer* y esta se encoge de hombros. A ambos se les escapa una sonrisilla al oír unos gemidos de placer que parecen venir de Villa Noelia.

—Por lo que se ve, otras se llevan mejor que nosotros dos.

Y después de reírse y comentar sus impresiones, Lucía le pide a Saúl que vuelva a entrar en su bungaló. El saltador de pértiga accede y coloca otra vez el colchón en el suelo. Ni ella desea pasar el resto de la noche sola ni él marcharse a la cama con el mal sabor de boca que le ha provocado la discusión. Firman la paz con un apretón de manos antes de apagar la luz. Aunque ninguno de los dos volverá a dormir en lo que queda de madrugada.

CAPÍTULO 14

Jorge

Sábado, 13 de julio de 2019. Segundo día en el campamento

No puede vivir un solo día sin música. Afortunadamente, a cada uno le han regalado un pequeño reproductor de MP4, aunque la lista de canciones es cerrada y todos tienen las mismas. Son las normas.

Jorge se ha sentado en una de las arboledas del campamento, bajo un pino, y oye *rock* de los noventa. En los cascos suena *Bed of roses,* de Bon Jovi, uno de sus temas preferidos, cuando ve a Miren caminar hacia él. No se conocían de antes, pero desde el primer momento han hecho buenas migas. Anoche se quedaron hablando hasta tarde en el bungaló de ella. Seguramente será de las personas con quien consiga establecer cierta amistad y continúen fuera su buena relación.

Se quita los auriculares cuando la escritora le habla:

—¿Qué estás haciendo aquí solo?

—Escuchar música y respirar aire puro. Hacía tiempo que no disfrutaba de la naturaleza y de mí mismo. Este sitio es estupendo.

—Sí, se está bien, aunque hace calor. No esperaba que las temperaturas fueran tan altas en esta parte de los Pirineos.

—Efectos del cambio climático. Por suerte, tenemos la piscina. Date un baño.

—Me bañé antes. Ahora no me apetece. Me ha entrado sueño y quizá me eche la siesta. Creo que he comido demasiado. ¿Tú qué vas a hacer?

—De momento, nada. Me voy a quedar aquí un rato. A ver si me viene alguna idea interesante para una canción.

En ese instante, Luis pasa por el camino que tienen delante, el que lleva a los bungalós. Al verlos, los saluda con un gesto

de la mano. Miren y Jorge le devuelven el saludo.

—No me gusta mucho ese chico —admite la escritora—. Y eso que me ha confesado que ha leído mi libro.

—¿Por qué no te agrada?

—No sé. Solo es una sensación. Antes lo pillé mirándole el culo a Lucía mientras estaba tumbada tomando el sol en la piscina. No se perdía detalle.

—Todos alguna vez le hemos mirado el culo a alguien.

—Ya. A lo mejor exagero, pero es lo que pienso de él. No me gustó cómo la miraba.

—Lucía está muy bien. No creo que sea el único que se haya fijado en ella.

—Es muy mona y tiene un cuerpo muy bonito, ya quisiera yo. ¿Tú te has fijado en alguien?

—Estoy chequeando al grupo primero. No quiero precipitarme, como de costumbre. ¿Tú has tenido algún flechazo?

—No, la verdad es que lo mío no es enamorarme.

—Entonces te pasa justo lo contrario que a mí. Me enamoro con demasiada facilidad y luego pasa lo que pasa —reconoce Jorge, que se peina el flequillo con las manos—. Ya te llegará el momento.

—No sé si alguien me aguantaría. Tampoco estoy segura de que yo aguante a nadie.

—Claro que sí, mujer. Solo hay que encontrar a la persona adecuada. Se supone que todos tenemos a nuestra media naranja en alguna parte.

—La mía igual está en China o en Namibia. Y ni es una naranja. A lo mejor tengo que buscar mi medio pomelo o mi media chirimoya.

El cantante se ríe, aunque a su mente acuden sus últimos intentos fallidos de pareja, y eso no le hace tanta gracia. Puede ser que le ocurra como a su nueva amiga y su amor verdadero se encuentre lejos, o sencillamente ni exista.

—Me voy a dormir, no quiero deprimirme —dice Miren, que se agacha para darle un beso en la mejilla—. Que las musas te acompañen.

—Ojalá. Nos vemos luego.

La chica se marcha de la arboleda y Jorge se queda un rato pensativo. ¿Dónde estará su amor para toda la vida? Eso le da para una canción. Sonríe y vuelve a ponerse los cascos. Casualmente, lo que está sonando es *Wind of change,* de Scorpions, un tema que ha tocado muchas veces en su piano. Demasiadas a escondidas. Cuando él no estaba en casa.

Más recuerdos.

—¿Qué haces, hijo? ¿Por qué tocas eso?

—Me gusta. Es un temazo de los Scorpions. He conseguido la partitura en Internet y…

—Siempre estás igual. Ponte con lo que te he mandado antes, anda. No pierdas el tiempo con tonterías.

Después, el calor del alcohol bajando por su garganta. Lágrimas. Y una sonrisa perdida entre las cuatro paredes de una habitación repleta de colores.

Jorge se seca los ojos con la camiseta. No está en el campamento para rememorar su angustia. Su misión es otra. Si se lo monta bien, podría ser la mano derecha de Godoy y así no dependería nunca más de las decisiones de su padre.

Se quita los cascos y respira hondo. Cierra los ojos. Trata de huir de él, de sí mismo. Sonríe. Poco a poco. Huir de esos pensamientos es la clave. Los recuerdos, al baúl.

Cuando abre de nuevo los ojos se siente mejor. Alza la mirada y ve a alguien en el camino de los bungalós. Martín silva alegremente mientras anda. Lleva un peto vaquero, una camiseta blanca de manga corta debajo y unas botas marrones bastante altas. ¿Es que él no tiene calor?

El chico se levanta y guarda el pequeño reproductor en el bolsillo de su *short* . Corre hasta el camino y se reúne con el coordinador del campamento.

—¡Hola, Jorge! —lo saluda afectuosamente Martín cuando se encuentran—. ¿No juegas con los demás?

—¿Están jugando a algo?

—Sí. Al Monopoly. Creo que ha sido idea de Natalia. Estaban varios organizándolo en la casa. Seguro que se picarán.

—No me han dicho nada, pero no me apetece. He estado sentado debajo de un árbol escuchando música y disfrutando de no hacer nada. ¿Tú a dónde vas?

—A ver a los caballos. ¿Me acompañas?

El chico asiente y, juntos, caminan hasta la pequeña cuadra donde se encuentran los animales.

—Los sábados y domingos, cuando no esté Sixto, les echaré yo un vistazo. El señor Godoy quiere que siempre estén atendidos. Los tiene muy mimados.

—Debe de quererlos mucho.

—Son como sus hijos. Creo que preferiría que nos pasase algo a nosotros antes que a alguno de sus caballos.

—¿Podemos montarlos?

—Claro. Son muy buenos y están acostumbrados —dice Martín sonriente—. Por lo que sé, os gusta montar a ti, a Eva, a Saúl, a Alexis y a Óliver.

—Nos habéis estudiado mucho.

—Muchísimo. No tenéis secretos para nosotros.

El coordinador le guiña un ojo y después le invita a que entre en la cuadra. Jorge se acerca primero al box en el que está el caballo negro, Napoleón. El animal acude hasta él y relincha.

—¿Puedo tocarlo?

—Sí, es un trozo de pan. Uno de los caballos más nobles que conozco.

Jorge coloca la mano sobre el hocico de Napoleón y comienza a acariciarlo. El animal no opone resistencia. Al contrario, parece que disfruta.

—El señor Godoy es un gran amante de la hípica. Tiene caballos de carreras y otros para la doma. A estos dos los ha traído aquí para que pudierais montarlos. Napoleón está retirado ya de todo y Cleopatra es su ojito derecho. Quería que la conocierais.

—¿Tú sabes montar?

—¿Yo? ¡Podría haber sido *jockey* profesional! —exclama Martín, que se acerca hasta la yegua—. Es broma. No soy tan bueno. Pero sí, me gusta desde pequeño. Mis padres me llevaban en verano a una granja escuela, donde aprendí.

—Yo también aprendí en una granja escuela.

—Lo sé, Jorge. Lo sé.

—Me lo imaginaba.

El coordinador le pide al cantante que le haga caso a Cleopatra para que no se ponga celosa de su compañero de cuadra.

—Son como un matrimonio. Viven juntos, aunque estén en boxes separados, y uno se queja cuando se le presta más atención al otro.

—Es muy bonita.

La yegua es blanca, con la crin y la cola negra. Es bastante más pequeña que el otro caballo, aunque igual de cariñosa.

—¿Quieres que te prepare a Napoleón para montar?

—¿Ahora? ¿Puedo?

—Por supuesto. Quédate con Cleopatra mientras. Voy a ensillar a Napo.

Jorge asiente y acaricia a la yegua blanca, mientras Martín se ocupa de todo lo demás. El chico se fija en el coordinador. Todavía no entiende cómo no tiene calor con ese mono vaquero. Se le marcan los bíceps cuando coge la silla de montar, y observa un pequeño tatuaje en el antebrazo izquierdo que no había visto hasta entonces. Son letras chinas coloreadas de azul. ¿Qué significarán?

Mientras mira a Martín, Jorge se percata de algo más. Detrás de él, en una esquina de la cuadra, hay una escopeta. Es la primera vez que ve un arma de ese tipo.

—¿Para qué tenéis armas de fuego?

Martín mira hacia donde Jorge señala. Chasquea la lengua y se dirige hacia la esquina en la que está apoyada la escopeta.

—Debería estar guardada en su sitio. Sixto no se habrá dado cuenta de dónde la ha dejado —protesta el coordinador, que coge el arma y la coloca en un estante de madera, a casi dos metros de altura—. La tenemos por si aparece algún animal salvaje en el campamento.

—¿Disparáis a los animales?

—No, solo los asustamos. Disparamos al aire. Yo no sería capaz de matar ni a una mosca.

—¿Y Sixto?

—Sixto y el resto de los empleados del campamento tienen órdenes de que no le pueden disparar a ningún animal, salvo que la vida de alguien corra peligro.

—¿Eso puede pasar?

—Estamos en medio de la naturaleza, Jorge, invadiendo su terreno. Todo puede pasar.

Jorge observa cómo Martín camina de nuevo hasta Napoleón. Lo ata con una cuerda a un poste de hierro para que no se mueva, y después le limpia el lomo con un cepillo. A continuación, le pone las almohadillas. Durante todo el proceso, el coordinador no deja de hablarle al animal, que parece muy tranquilo.

—Me da la impresión de que tienes mucha práctica.

—Sí, he ensillado caballos muchas veces —dice Martín satisfecho con su trabajo—. Ya solo falta la montura y la cincha para que puedas subirte a él.

—¿Me aceptará?

—Mientras no le cantes, todo irá bien.

Jorge abre los ojos como platos por lo que acaba de insinuar Martín, pero terminan riendo juntos. Ese tipo le cae bien. Y no puede negar que está bueno. Sí, muy bueno. También parece inteligente y muy simpático. ¿Es cosa suya o le ha hecho ojitos un par de veces? ¡No! ¡No piensa ilusionarse! O sí. Quién sabe. A lo mejor, su media naranja, kiwi o chirimoya no estaba tan lejos.

CAPÍTULO 15

Alexis

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

—¿Estás despierto?

Alexis abre los ojos y ve a Eva. La chica ya se ha vestido y se ha alisado el pelo, que le cae por los hombros. También se ha pintado los labios de rojo y se ha puesto colorete en las mejillas. Debe reconocer que está muy guapa, aunque su preferida sigue siendo Lucía Castillo, la *influencer* . ¿Cómo habrá pasado la noche con Saúl?—¿Qué hora es?

—Algo más de las nueve. Llevo un rato despierta. A las ocho ya no podía dormir más y me di una ducha. ¿Qué tal la noche?

—No ha sido la mejor de mi vida, precisamente.

Se ha desvelado varias veces en las pocas horas de sueño que han tenido. En ocasiones, ni distinguía el lugar en el que estaba. Ellos también decidieron acostarse en colchones separados y el *gamer* llevó el suyo desde su bungaló.

—Voy a desayunar. ¿Quieres que te espere y vamos juntos?

—No, adelántate tú. Primero tengo que pasar por mi habitación. Te veo más tarde.

—Vale. Te dejo entonces. Cierra la puerta cuando te vayas. Ya he cogido la llave.

Eva se marcha y Alexis se queda solo en Villa Aurora. Tarda unos minutos en incorporarse. Le duele la cabeza y no para de bostezar. Repasa mentalmente lo que sucedió ayer; todavía le parece un sueño. Sin duda, ese campamento está resultando muy diferente a lo que imaginó cuando recibió la invitación. Dos rivales menos, más posibilidades para que Godoy lo escoja a él. Necesita ser el elegido. Cada vez lo desea más y con más fuerza.

—Cuando te vi, pensé que no deberías estar aquí, que no encajabas —le reconoció Eva anoche, antes de irse a dormir —. Sin embargo, ahora creo que eres de los que más lo merece. Tienes enamorado a don Fernando.

Es cierto. Su relación con el millonario es muy buena. Lo ha felicitado varias veces por su compromiso y por ser uno de los que más participa en las charlas con los invitados que acuden al campamento. Toma apuntes, hace preguntas inteligentes y se deja ver. Justo lo que le pidieron el primer día. Ya no queda nadie que crea que el *gamer* sobra en el grupo, como pensaba la que ha sido su compañera de habitación esa noche y algunos más. Por muchos seguidores que tuviera y muy *influencer* que fuera, ¿quién en su sano juicio iba a colocar a un tipo que se gana la vida jugando a la consola al frente de la sexta fortuna del país?

Pero él es más que un simple jugador, es un ganador. Un inconformista. No como otros.

Alexis sale del bungaló número 5 cargado con el colchón. Entra en Villa Jimena y lo coloca sobre el somier. Suelta otro par de bostezos mientras se cambia de ropa y se prepara para afrontar aquel sábado, que se prevé difícil por lo acontecido hace unas horas.

En la casa principal están Eva, Óliver, Saúl y Lucía. Los cuatro desayunan en la mesa y se están riendo de algo. Le sorprende que haya ese ambiente alegre y distendido con dos personas muertas a escasos metros.

—¿Y esas risas? ¿Qué pasa? —les pregunta el *gamer* mientras se echa café en una taza.

—¿No las escuchaste anoche? —le dice Eva, que se levanta y se dirige al fregadero para lavar su vaso.

—¿A quiénes?

—A Natalia y a Vicky.

—No. No oí nada. ¿Qué hicieron?

Entre Eva y Lucía se lo explican. Saúl también va soltando algún comentario jocoso. Óliver y él son los únicos de los

presentes que no escucharon los gemidos provenientes del bungaló número 1.

—Seguro que no han pegado ojo en toda la noche —dice el saltador de pértiga, que también ha terminado de desayunar—. No creo que aparezcan por lo menos hasta la hora de comer.

Alexis no da crédito a lo que escucha. Bebe varios sorbos de su café con leche, en el que moja un par de magdalenas. Le sorprende que esas dos se hayan liado. Son como la noche y el día. Ahora comprende algunas cosas. Natalia fue la que hizo los papelitos del sorteo y la primera que eligió pareja. Le pareció que el que escogió tenía una esquina doblada. No le dio importancia. ¿Qué interés podía tener la *influencer* en pasar la noche con Vicky si casi no tenían relación? Ya sabe la respuesta.

—Y hablando de parejas, Martín y Gema siguen sin aparecer —indica Saúl.

—Espero que ninguno de los dos tenga que ver con lo que les ha pasado a Jorge y a Miren —comenta Eva.

—¿De qué manera podrían estar implicados?

—No sé, Óliver. Pero es demasiada casualidad que ellos hayan desaparecido justo cuando nuestros compañeros han muerto.

—Todo es muy extraño en general, pero debemos seguir conservando la calma —insiste el estudiante de Criminología —. Cuando todos estemos despiertos, podríamos formar grupos y echar un vistazo por el campamento. A ver si encontramos una pista de dónde pueden estar.

Alexis escucha atento la conversación mientras termina de desayunar. El cantante y la escritora no eran las personas a las que más cariño les tenía en el campamento. Tampoco los consideraba los rivales más fuertes. Aunque, sin ellos, Godoy tendrá dos opciones menos entre las que decantarse.

—Imaginemos que murieron porque alguien los asesinó. ¿Creéis que fueron envenenados? —pregunta Eva—. ¿Y los mataron de la misma manera?

—No podemos saberlo —responde Lucía—. ¿No?

—A mí me preocupa que haya algún veneno en el campamento y alguno más lo ingiera sin darse cuenta. O que alguien esté poniéndolo en los alimentos, en el agua o yo qué sé.

—Tranquila, Eva. No nos podemos volver locos con esto —le dice Óliver, que se acaricia el mentón—. Creo recordar que Miren era alérgica a los frutos secos. A lo mejor comió algo que no debía. Y tal vez a Jorge le dio un infarto mientras se bañaba. Pero no tenemos medios ni recursos para saber qué les pasó ni a uno ni a otro.

—Entonces tampoco podemos descartar mi teoría de los frutos silvestres venenosos.

—No, Saúl. Tampoco. No podemos descartar ninguna teoría, güey.

Alexis se acaba de comer una tercera magdalena y se bebe el café que le queda. Va hacia el fregadero y lava su vaso y la cucharilla que ha usado. Sus compañeros siguen conversando.

—Seguramente, el lunes, cuando llegue Godoy con los empleados y el próximo invitado, esto se termine. No creo que sigamos adelante —opina Eva.

—Claro. Avisará a la policía y se iniciará una investigación. Lo más probable es que den el campamento por finalizado. Han muerto dos personas en extrañas circunstancias y tendrán que averiguar qué ha sucedido —indica Lucía—. Sería lo más lógico.

—Menudo palo para don Fernando. Después de tantos meses preparándolo todo, sería muy raro que no eligiera a uno de nosotros para sus planes —dice Óliver—. Aunque cualquiera sabe qué pasará por su cabeza cuando se entere de lo que está ocurriendo aquí.

—¿Y si ya ha elegido a alguien?

—Es posible, Lucía. Pero el campamento dura tres semanas. No le ha dado tiempo a conocernos bien ni a nosotros a hacer méritos para formar parte de su empresa. Si esta historia se cancela, no sé lo que hará.

—A mí me parece que el favorito de Godoy hasta el momento es Alexis —comenta Eva girándose hacia el *gamer* —. Se le nota mucho.

Todos miran al joven aludido, que continúa de pie junto al fregadero. Este niega con la cabeza y sonríe nervioso.

—Los diez… Los ocho que estamos tenemos las mismas posibilidades. Yo no soy su preferido.

—No seas modesto. Lo estás haciendo muy bien. El hombre te tiene muy bien considerado y tu actitud ha sido muy buena —insiste la actriz—. De cualquier forma, sería una pena que esto acabase así y no se eligiese a nadie.

—Hay que hacerse a la idea de que eso puede pasar. Existen ciertas prioridades —dice Saúl, que camina hacia la puerta—. Tenemos que hablar y organizarnos. ¿Nos reunimos aquí en una hora? A ver si para entonces se han despertado los tres que faltan.

Las dos chicas y Óliver asienten y quedan a las once. Alexis, en cambio, no dice nada. Le está dando vueltas a lo que han hablado. ¿Y si las muertes de Miren y Jorge obligan a que se suspenda el campamento y Godoy no elige a nadie? No puede ser. Debe seleccionar a uno de ellos. Debe elegirle a él. ¡Para eso está allí!

Contrariado, se despide de sus compañeros y se marcha de la casa principal. En cuanto pone un pie fuera, ve que del bungaló número 1 salen Vicky y Natalia. La *influencer* va vestida completamente de amarillo, con un pantalón muy corto y el ombligo al aire. La otra chica, por el contrario, luce entera de negro y lleva pantalón y camiseta de manga larga. No puede evitar pensar en lo que le han contado antes. ¿De verdad que se han liado esas dos? ¿No se habrán equivocado? ¡Son tan diferentes! Él no escuchó nada, pese a desvelarse varias veces durante la noche.

Cuando se cruza con ellas, les da los buenos días y continúa caminando.

Apenas son las diez de la mañana, pero ya hace bastante calor. Está el día para darse un baño en la piscina. Sin

embargo, ahora no tiene el cuerpo para eso. Le preocupa que Godoy deje el premio desierto y elija a su sucesor de otra forma. Si es así, todos sus esfuerzos no habrán servido de nada.

—Señor, ¿puedo hablar con usted un segundo?

—Dime, Alexis. ¿Qué ocurre?

—Verá, le he estado dando vueltas durante todo el fin de semana a un asunto. Es sobre lo que dijo de mí el viernes durante la presentación.

—¿Lo de que le clavaste un bolígrafo a un compañero tuyo que te ganó una partida a la videoconsola?

—Exacto. Eso fue hace mucho tiempo. Era pequeño. Ni siquiera me acuerdo bien de lo que pasó. No quiero que ese hecho condicione su opinión sobre mí.

Fernando Godoy sonríe y le pone una mano en el hombro.

—Todos cometemos errores, Alexis. No me gustan las personas que se consideran perfectas. Ni tú ni ninguno de los que estáis aquí lo sois. Yo mismo me arrepiento de cosas que he hecho.

—Pero lo que sucedió con aquel chico no influirá en nada, ¿verdad?

—Hay cosas más importantes que te definen. Quédate tranquilo y esfuérzate para que yo vea lo bueno que eres.

Alexis llega a su bungaló. Se sienta y durante unos minutos repasa los apuntes que ha tomado esa semana. Tiene la libreta llena de consejos y datos muy interesantes que los invitados le han proporcionado en esos últimos días. Estaba siendo todo demasiado bonito para ser verdad. ¡Godoy tiene que elegir a alguien! ¡Es su obligación! Lanza el cuaderno al suelo y lo pisa.

Se ha puesto muy nervioso. ¿Y si el millonario se raja y cambia de opinión? Necesita respirar porque se está agobiando. Sale del cuarto y recorre el camino de los bungalós a toda prisa. Va hasta la cuadra, pero no tarda en regresar. Todavía está acelerado y enfadado por la situación.

Inconscientemente se detiene delante de Villa María. La puerta solo está encajada. La empuja con cuidado y enseguida contempla la figura de Jorge sobre la cama, cubierta por una sábana. La persiana está echada y no se ve demasiado bien. Enciende la luz y camina hasta el fondo de la habitación. Siente un fuerte impulso, que no puede remediar. Tiene la impresión de que está donde no le llaman, pero le da igual.

—Lo siento mucho —dice en voz baja, al destapar la sábana.

El *gamer* se encuentra con el rostro inerte del que fue su compañero de campamento. Su piel se ha puesto de un azulado bastante tétrico. El torso lo tiene desnudo, tal y como estaba cuando lo sacaron de la piscina. Presenta el mismo color que la cara. A Alexis le tiemblan y le sudan las manos, como cuando juega partidas importantes en la consola.

Entonces escucha un ruido a su espalda. Alguien más ha entrado en el bungaló. Se gira y descubre a Lucía, que jadea nerviosa. El chico al instante se fija en lo que sostiene en la mano izquierda. ¿De dónde ha sacado esa jeringuilla y qué va a hacer con ella?

CAPÍTULO 16

Óliver

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Después de desayunar, le ha pedido a Eva que lo acompañe y esta ha aceptado. Óliver y la actriz caminan juntos hacia la zona más alejada del campamento, en la que está la cuadra y el picadero.

—Mientras no aparezca Martín o regrese Sixto, tendremos que ocuparnos de los caballos —le comenta a la chica, a la que ha visto montarlos con destreza en un par de ocasiones.

Él también lo ha hecho. Le enseñaron de pequeño, cuando todavía vivía en Veracruz. No tiene grandes recuerdos de su vida en México, pero uno de ellos es ese. Su hermano mayor trabajaba a un hotel de Catemaco, en el que a los clientes les ofrecían la posibilidad de hacer rutas a caballo. Algunas veces se lo llevaba y le dejaba montar con él. Le encantaba recorrer los preciosos caminos que rodeaban la laguna que daba nombre a la ciudad, al sur del Estado.

—¿Sabes lo que hay que hacer? —le pregunta Eva, ya dentro de la cuadra.

—Más o menos. Limpiar los boxes para que estén cómodos y echarles agua y comida. Tú, si quieres, puedes cepillarlos mientras para que no se pongan nerviosos.

—Me has puesto los deberes más sencillos.

—Órale pues. Si quieres te dejo lo otro.

—No, no, gracias. Cepillarlos está bien.

Comienzan por Cleopatra, la preferida de Eva. La yegua se deja acariciar y cepillar por la actriz, al tiempo que Óliver se encarga de limpiar el box.

—¿Por qué te viniste a España? ¿No estabas bien en México?

—Creo que sí, era feliz allí, aunque los recuerdos se van difuminando. Un día mi mamá me dijo que teníamos que volar a España y acá me quedé con ella para siempre. No me dieron más explicaciones, ni yo las he pedido.

—¿Y tu padre y tus hermanos?

—Mi papá murió hace algunos años. Tengo dos hermanos y una hermana. Mis tíos, mis primos, toda mi familia viven todavía en Veracruz. Hablamos de vez en cuando por Skype. Solo nos hemos visto dos veces durante estos diez años. La última, para el funeral de mi padre, que viajé yo a México.

—¿No te da pena estar separado de ellos?

—Al principio sí, pero me he acostumbrado. Hoy en día, con las nuevas tecnologías, las relaciones a distancia son más sencillas. No se nota tanto la lejanía. Por suerte mi hermano mayor ha venido a pasar una temporada con nosotros.

El muchacho suelta una carcajada mientras coge un saco de heno que ve en una de las esquinas de la cuadra y lo mete en el box de Cleopatra, a la que Eva continúa cepillando. En el otro box, Napoleón relincha. Los dos sonríen.

—¡También habrá para ti, Napo! ¡Tranquilo! —grita Óliver al otro animal—. Es un celoso.

—¿Tienes pensado volver alguna vez a tu país?

—No lo sé. Primero tendré que escapar de aquí, de este pinche campamento —responde Óliver sonriente—. La muerte nos está acechando a todos.

—¿Por qué dices eso?

—Solo era una broma. Una estúpida broma. No tiene gracia.

—En México le tenéis un gran respeto a la muerte, ¿verdad?

—Sí, mucho. Aunque algunos la temen.

A él, en cambio, la muerte no le da miedo. Ha visto muchas. Se dedica a analizarlas en su canal de YouTube y a investigarlas en la universidad. Disfruta haciéndolo. Criminología es una carrera que le viene como anillo al dedo.

—¿Hay un asesino entre nosotros? —le pregunta Eva, tras pasar unos segundos en silencio—. A Miren y a Jorge los han matado, ¿verdad?

—Hay muchas papeletas para que sea así. Ya veremos.

—¿Y quién puede ser el responsable?

—¿Has sido tú?

—¿Yo? ¡No! ¡Claro que no! ¿Me ves matando a alguien?

—Tienes las mismas posibilidades que los demás. Los ocho somos sospechosos, Evita. Aunque sigo pensando que no hay que precipitarse y acusarnos entre nosotros. Eso terminaría con el orden y la paz en el grupo. El campamento se transformaría en una guerra, en una batalla campal. Dejemos que pasen las horas y veamos dónde nos coloca a cada uno. A lo mejor, alguien se equivoca y pronto se desvela el misterio.

—¿Y si hay más muertes?

Óliver no responde. Le da una palmada a Cleopatra en el lomo y sale de su box para dirigirse al de Napoleón. El animal lo saluda con un gran bufido.

—Está contento.

—Sí, creo que se ha alegrado de verme. Sabe que le daré comida. ¿Puedes cepillarlo mientras le traigo su saco de heno?

La chica asiente y, mientras acaricia al caballo, observa atentamente a Óliver. Es un tipo bastante atractivo. Alto, fornido, de hombros anchos y nariz prominente. Le recuerda a uno de esos actores de telenovelas mexicanas. Tiene el cabello negro, casi siempre engominado y echado hacia atrás. Suele llevar barba de tres días y se le marcan bastante los pómulos. Sus ojos oscuros no son demasiado expresivos ni grandes, y ofrecen una mirada sosegada. De alguien que suele tomarse las cosas con tranquilidad.

—Siendo estudiante de Criminología, y habiendo analizado tantos casos de asesinatos, seguro que has pensado mucho en lo que está pasando en el campamento.

—Obvio. Pero no creo que más ni menos que otros. ¿O es que tú no lo has hecho?

—Por supuesto. Aunque no tengo tu preparación ni tus conocimientos.

—Tienes intuición e inteligencia. Eres una persona a la que no se le escapa ni una, por lo que he visto estos días.

—No seas exagerado.

—La neta. Digo lo que pienso y veo. ¿Qué conclusiones has sacado?

—Pocas, la verdad.

—¿Cómo crees que ha muerto Miren?

—Envenenada. No se me ocurre otra cosa.

—Entonces, si es así, el que la envenenó ya lo tenía preparado con anterioridad.

—¿Hablas de antes de venir al campamento?

—¡Claro, güey! Si no, ¿cómo va a conseguir aquí el veneno? No habría sido algo improvisado. Lo habría planeado antes de entrar. Sabía que iba a envenenar a Miren o a cualquier otra persona —concluye Óliver, que extiende la paja con un rastrillo por el box de Napoleón—. ¿Y a Jorge? ¿Cómo crees que lo han asesinado?

—Tampoco lo tengo del todo claro.

—¿Fue dentro de la piscina o lo lanzaron al agua una vez que le habían quitado la vida?

—Mmm. Es complicado. Podría ser de ambas maneras.

—Imaginemos la escena ¿De qué forma podría haber sucedido?

La chica lo piensa durante unos segundos. Óliver la observa intrigado. Tiene curiosidad por conocer su opinión. Eva es una tía lista. No habla mucho y a veces parece que está inmersa en su mundo. Sin embargo, es más astuta y perspicaz de lo que da a entender. Sería una buena asesina para alguno de sus casos. Una actriz guapa, silenciosa y resolutiva, capaz de actuar sin dejar huellas. El personaje perfecto para cometer un crimen.

—Tengo una respuesta.

—Ándale.

—Sería algo así: Jorge se desvela porque no puede dormir por la muerte de su amiga Miren y sale de su bungaló a dar una vuelta. Ve luz en otra de las habitaciones y llama a la puerta. Es la habitación de su asesino. Las paredes son demasiado finas, así que ambos deciden alejarse e ir a la piscina a charlar, para no molestar a los demás. Puede que incluso cada uno vaya por su lado y se encuentren allí. Jorge tiene calor y decide darse un baño, por eso encontramos su ropa en una de las tumbonas. Y, mientras se baña, el asesino lo mata.

—¿Desde fuera o desde dentro de la piscina?

—Yo creo que el culpable también estaba dentro, aunque tengo muchas dudas.

—¿Se bañó con él?

—Sí. O no. No lo sé.

—¿Estrangulamiento?

—Puede ser. Pero eso descartaría a las chicas como sospechosas. Hay que tener mucha fuerza para estrangular a alguien, ¿no? De hecho, solo tú, Alexis o Saúl tendríais posibilidades. A Luis tampoco lo veo con fuerza para algo así.

—Conozco casos de mujeres que han estrangulado a hombres. Solo hay que saber elegir el momento oportuno y cómo apretar.

—Pero supongamos que ocurre dentro de la piscina. Ahí es todavía más complicado. Tienes que mantenerte en el agua y doblegar a alguien que es más fuerte que tú —indica Eva, que ha dejado de cepillar a Napoleón—. Sería difícil tanto para un chico como para una chica.

—Es posible entonces que no fuera estrangulado.

—¿Y si lo envenenó también? —sugiere Eva, que enarca una ceja.

—¿Le dio algo antes de que se metiera en la piscina y murió mientras se bañaba?

—Eso es. Ni siquiera necesitó estrangularlo. Puede que incluso Jorge se ahogara cuando el veneno empezó a hacerle efecto. Paralizó su cuerpo de alguna manera y ya no pudo hacer nada. Ni siquiera gritar.

Óliver asiente con la cabeza. Él está familiarizado con los venenos desde que era niño. De hecho, veía cómo los brujos de Catemaco utilizaban ciertas sustancias y brebajes para liberar los malos espíritus y las energías negativas de los que iban a visitarles. De pequeño, aquello le parecía magia. Cuando fue adulto y leyó sobre el tema, comprendió que no eran más que reacciones provocadas conscientemente por los hechiceros de la laguna. En realidad, lo que hacían no era más que drogar a las víctimas en un ritual y lo disfrazaban como si se tratase de un poder sobrenatural capaz de curar el alma. Pobres ingenuos.

—Si todo esto es como estamos diciendo, ¡menudo horror!

—Neta. La muerte nunca es un plato agradable.

—¿Y el motivo de los crímenes? ¿Cuál puede ser?

—Es difícil saberlo. No estamos en la mente de esa persona —responde Óliver, que anuda una bolsa de basura llena hasta arriba—. A lo mejor no les caía bien Miren ni tampoco Jorge.

—¿Una persona puede llegar a matar a otra porque no le caiga bien?

—Te sorprenderías de la cantidad de motivos absurdos y extraños por los que se cometen algunos crímenes. La mente de las personas es infinita, y todavía genera multitud de confusiones.

—Hablas como un criminólogo.

—No mames. Lo tomaré como un halago. Gracias.

—Mejor no me cuentes nada más —dice Eva, que se abraza a sí misma y mira su reloj—. Son cerca de las once. Tenemos que irnos.

La pareja se despide de los caballos y se dirige de nuevo hacia la casa principal. A la altura del bungaló número 7, Óliver le pide a Eva que se adelante porque tiene que pasar

primero por su habitación a lavarse las manos y cambiarse de camiseta. La chica continúa sola, mientras el estudiante de Criminología entra en Villa Alejandra. Va al cuarto de baño y se enjuaga la cara. Después se mira fijamente en el espejo y se da cuenta de que necesita afeitarse. Mañana lo hará sin falta.

Aunque no todo puede esperar al domingo.

Regresa a la habitación y se sienta en la cama. Estira un brazo y, de debajo del somier, saca un objeto. Lo alza y lo baja un par de veces. Lo mueve a izquierda y derecha. Repite el proceso en varias ocasiones, mientras camina por la habitación. Nada. Suelta un par de palabras malsonantes de origen mexicano y vuelve a guardarlo donde estaba. Ahora no tiene tiempo, son más de las once y han quedado en reunirse en la casa principal. Más tarde intentará encontrar cobertura para el móvil.

Malditos Pirineos.

CAPÍTULO 17

Natalia

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

—No le digas nada a nadie, por favor.

—¿De lo que pasó anoche? ¡Cariño, creo que se enteraron todos!

—¿Qué? ¿De verdad?

—Claro, Vicky —le asegura Natalia mientras le acaricia su larga cabellera negra—. Gritaste mucho y estas paredes son de papel de fumar. Por cierto, me he levantado con ganas de fumarme un porro. ¿Tú no tendrás por aquí algo de maría?

El rostro con el que Victoria mira a la *influencer* es un poema. Natalia no se corta y suelta una de sus carcajadas exageradas. La expresión de su cara le ha hecho mucha gracia. ¿Le está cogiendo cariño?

—No me puedo creer que la gente sepa que nos hemos liado. ¿De verdad que grité tanto?

—Muchísimo. Estabas desatada. Pero no tiene nada de malo. Somos libres y mayores de edad. Tú disfrutaste, ¿no?

—Bueno…, sí. Lo pasé… bien.

—Pues de eso se trata. Si hoy nos matan a alguna de las dos, eso que nos llevamos a la tumba.

—Eres un poco bruta.

Natalia vuelve a reírse y le regala un beso en la nariz. Van a ir a desayunar juntas, pero antes se acerca al bungaló número 10 a cambiarse de ropa. Regresa a los quince minutos vestida completamente de amarillo, con un pantalón tan corto que deja poco lugar a la imaginación. Vicky la observa sorprendida y la *influencer* le guiña un ojo.

—¿Te gusta?

—Es un conjunto bonito, pero prefiero el negro.

—Ya lo veo. Parece que siempre estás de luto.

Vicky prefiere no responderle y salen del bungaló. De camino se cruzan primero con Alexis y después con Lucía, a los que saludan brevemente. Ya en el interior de la casa, también intercambian unas palabras con Eva y Óliver, que van a la cuadra a dar de comer a los caballos.

—Me siento muy rara —susurra Victoria mientras se echa café en una taza.

—¿Por qué?

—Es como si todos me mirasen de una forma distinta.

—¡No te vayas a comer la cabeza todo el día con el temita! ¡Hemos follado! ¿Y qué? ¡Todo el mundo lo hace! ¡Y dicen que es muy sano!

Vicky le pide a Natalia que baje la voz. Saúl continúa allí y las está observando, aunque tiene los cascos puestos. La coge del brazo y la lleva junto al frigorífico.

—Mira, yo no sé si estos se han enterado o no de lo de anoche, pero no quiero darles más material para que hablen. Asunto cerrado.

—Pero si has sido tú la que ha dicho que se siente rara porque la miran de otra forma…

—Ya lo sé. Pues ahora digo que se acabó el tema. Como si nada hubiese pasado.

—Tú y yo sabemos perfectamente que algo pasó. Y bien que lo gozaste.

—Pues ahí se quedó. Entre tú y yo. En nuestras mentes. ¿De acuerdo?

Natalia hace un gesto como si se cerrara la boca con una cremallera. Luego abre el frigorífico y saca un pequeño tetrabrik de zumo de melocotón. Bebe de pie. Vicky, en cambio, se sienta en la mesa junto al saltador de pértiga. Unta mantequilla en una tostada y le da un mordisco.

—Chicas, hemos quedado aquí a las once. No faltéis —dice Saúl, que se ha quitado los auriculares.

—¿Para qué? —pregunta Natalia, que se sienta sobre la encimera de la cocina.

—Para organizarnos y hablar de cómo están las cosas.

—¿Otra vez? Mira que os gusta una reunión. Parecéis políticos.

—La situación es grave, Natalia. Debemos plantearnos qué hacer hoy. Gema y Martín continúan sin aparecer, y han muerto dos de tus compañeros de campamento. ¿No te parece motivo suficiente para reunirnos y tomar decisiones entre todos?

—Yo no tengo nada nuevo que aportar. Me he saturado. Hace un día estupendo y estoy muy blanca. Creo que me iré a tomar el sol mientras vosotros discutís lo que queráis.

Saúl niega con la cabeza y se levanta. Se dirige hasta donde está la *influencer* sentada y la mira desafiante.

—Eres muy egoísta. ¿Ya no te acuerdas de cómo gritabas anoche cuando encontraste el cuerpo de Jorge en la piscina?

—Anoche grité mucho y de muchas maneras —responde Natalia, que balancea los pies, sin parecer muy preocupada—. Seguro que me escuchaste. ¿Te ponen mis gemidos, Saulito?

—No tienes empatía.

—Lo que no tengo son ganas de perder el tiempo.

—¿Y si eres tú la próxima víctima?

—Tranquilo, no pienso probar ni un solo fruto salvaje de esos de los que hablas.

—Eres una estúpida.

—Y tú un gilipollas.

El chico emite un gruñido y se abalanza hacia ella con la mano levantada. Natalia cierra los ojos y gira la cara hacia un lado porque cree que el atleta va a golpearla. Sin embargo, lo

que Saúl aporrea con fuerza es la encimera. La joven grita asustada. También Vicky da un grito.

—No te pases ni un pelo conmigo. No soy un asesino, pero no consiento que me falten el respeto, y menos una niñata como tú. Así que ándate con mucho ojo con lo que dices. Si te metes en el fuego, terminarás quemándote.

—No tienes derecho a…

—Cállate ya. Me das dolor de cabeza. A las once tenemos una reunión aquí. Es algo para todos, pero haz lo que te dé la gana.

Saúl se da la vuelta y sale de la casa. Natalia tiene el corazón en la boca. Da un brinco para bajarse de la encimera y se sienta en la mesa, al lado de Vicky.

—¿Has visto eso? ¡Ese orangután me ha amenazado!

—Estoy alucinando todavía.

—¡Cómo se atreve ese troglodita a intimidarme de esa forma! ¡Menudo cabrón de mierda!

—Ha sido horrible. Pero cálmate.

—¡No puedo calmarme! ¡Ese tío me ha levantado la mano! —exclama Natalia fuera de sí—. ¡Me ha levantado la mano! ¿Quién se cree que es?

—Un imbécil.

—Esto no va a quedar así.

La *influencer* se pone de pie y sale de la casa caminando deprisa. Vicky va detrás de ella pidiéndole que no haga una locura. Natalia no la escucha. De su boca solo salen improperios e insultos.

La *influencer* se detiene delante de la puerta del bungaló número 2 y llama. Enseguida abre Saúl. Se ha quitado la camiseta y luce su cuerpo de atleta en todo su esplendor. Sin embargo, a la chica no le impresionan ni amedrentan sus músculos ni su casi metro noventa.

—Nunca más en tu vida vuelvas a hacerme eso.

—No te he hecho nada.

—Saúl, no me provoques.

—La única que provoca aquí eres tú. ¡Mírate!

—No te lo voy a decir más veces. Te juro que, la próxima vez que se te ocurra levantarme la mano, te mato.

—¿Como hiciste con los otros dos?

—Aquí el único asesino eres tú. No me he olvidado de lo que pone en la lista.

—Esa lista no tiene credibilidad alguna. En cambio, ¿quién fue la que encontró el cuerpo de Jorge en la piscina? ¿Y quién fue la última persona con la que habló Miren y al lado de quién estaba cuando cayó muerta en la casa?

—¡Qué dices! ¡Estás loco!

—En ambos casos estabas tú ahí. Bien situada. Sospechoso, ¿no?

—No estás bien de la cabeza. Tantos anabolizantes te han dejado tarado.

—Tienes mucho que esconder. Y no me refiero solo a los cuernos que le ponías a tus novios —dice Saúl sonriente, como si disfrutara de ese instante—. ¿O es que crees que no sé lo que está pasando en el campamento?

Natalia no aguanta más. Escupe en el suelo, junto a los pies del atleta, y sale corriendo por el camino de los bungalós. Es un esprint de casi cien metros, que termina en Villa Teresa. Se tumba en la cama y empieza a llorar. Vicky llega a los pocos segundos. Se coloca de rodillas junto a ella y la coge de la mano.

—No le hagas caso al impresentable ese. Es un gilipollas.

—Va a por mí. Me ha humillado. ¿No lo has escuchado? Quiere hacerme la vida imposible.

—Pasa de él. No merece la pena.

—Me ha culpado de las muertes de Miren y Jorge. ¡Encima de que me levanta la mano! ¡Nunca me había sentido así!

—A partir de ahora, ni le dirijas la palabra. Como si no existiera, Natalia.

—Ojalá sea la próxima víctima del asesino del campamento.

—No digas eso.

—¿Por qué? Después de lo que me ha hecho, se lo merece. Si no lo mata alguien, lo haré yo con mis propias manos.

Vicky se sienta en la cama y le aparta el cabello rubio de la cara. Le da un beso en la mejilla y otro en la frente. Luego la abraza.

—Estás muy tensa.

—Estoy cabreada, y el culpable es ese machito engreído que va de líder.

—No hablemos más de él, por favor.

—No puedo remediarlo, perdona.

—Vamos, relájate.

—Eso es imposible ahora mismo.

—Yo haré que te olvides del capullo de Saúl. Déjame que te demuestre lo que aprendí anoche.

Victoria se inclina sobre Natalia. La besa en el cuello y al mismo tiempo lleva la mano hasta su pantalón amarillo. La *influencer* siente que la chica introduce los dedos bajo su ropa interior y la empieza a acariciar.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le reprocha Natalia apartándole la mano.

—Me apetece repetir lo de esta madrugada. Prometo que no gritaré esta vez.

—No vamos a hacer nada ahora.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no —responde la *influencer* rotunda. Y le señala la puerta del bungaló—. Lo de tu habitación estuvo bien. Me gustó. Pero se terminó ahí. Es mejor que te vayas.

—¿Me estás hablando en serio?

—Cariño, fue un simple polvo, nada más. ¿Que se repetirá? Ni idea. Podría ser. O no. No quiero presiones.

—¿Podría ser? ¿Un simple polvo?

—¡Claro! ¿Qué pensabas? ¿Que me había enamorado de ti o algo así?

Vicky se levanta de la cama y sale de Villa Teresa sin dedicarle ni una palabra ni una mirada más. Natalia resopla y vuelve a tumbarse. Por lo que parece, otra vez le ha vuelto a romper el corazón a alguien. La gente no sabe distinguir entre sexo y amor.

Aunque le sabe mal. Esa friki le cae bien y anoche lo pasó genial. Necesitaba algo así. Mereció la pena manipular el sorteo y elegirla a ella.

¿Y ahora? Ahora debe decidir cuál será su siguiente movimiento. Y, sobre todo, tiene que planear una venganza contra Saúl. Ese cabrón debe pagar su insolencia y su atrevimiento. Sí, merece un buen castigo.

CAPÍTULO 18

Lucía

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

—¿Eso es una jeringuilla?

—Sí, la he encontrado en el césped que rodea la piscina. Un pájaro estaba cerca de ella y por eso la he visto.

Lucía camina hasta Alexis y le entrega el objeto. El chico lo analiza minuciosamente durante unos segundos.

—Creo que sé de quién es —comenta la *influencer,* que no quiere mirar hacia el cuerpo de Jorge—. Martín es diabético. Me lo dijo hace unos días. Se tiene que poner insulina. Me parece que es una de sus jeringuillas.

—¿Y por qué estaba tirada al lado de la piscina?

—Ni idea. Se le caería o la dejaría allí sin darse cuenta.

—¿Cuándo? La habríamos visto antes. Además, ¿crees que se pincharía en uno de los sitios en los que solemos estar más tiempo? Normalmente, eso se hace en privado. Yo ni siquiera sabía que era diabético.

La chica se encoge de hombros. En un alarde de valentía, se atreve a mirar de reojo el cadáver del cantante postrado en la cama del bungaló. No puede soportarlo. Le entran arcadas y corre a vomitar al cuarto de baño. Siente el estómago revuelto y no se encuentra bien. Le cuesta contener las lágrimas. Pero no le queda más remedio que seguir. Se enjuaga la boca y regresa junto al *gamer,* que está inclinado sobre el cuerpo inerte de Jorge. Esta vez opta por permanecer de espaldas y prefiere no mirar.

—Esto es increíble —dice Alexis emocionado.

—¿A qué te refieres?

—He tenido una intuición y… ¡Eureka! ¡He descubierto algo!

—¿Sí? ¿El qué?

—Si te fijas bien, hay un pequeño orificio en el cuello de Jorge. Un agujerito con una pequeña aureola roja en el lado derecho.

—No quiero volver a mirar el cadáver.

—Es como si le hubieran pinchado con una aguja. Todo encaja ahora. A Jorge lo han asesinado, ya no tengo ninguna duda. Y la jeringuilla que has encontrado es el arma del crimen.

—¿De verdad? ¿Lo han matado con esta jeringuilla?

—Sí, Lucía. Estoy casi seguro de que ha sido así. Es posible que lo hayan envenenado o le hayan introducido aire en la carótida. Una inyección de aire le habría hecho quedarse inconsciente y ahogarse. O bien producirle una embolia, que lo habría matado directamente.

—No me puedo creer lo que me estás diciendo. ¿Se confirma entonces que hay un asesino en el campamento?

—Todo hace indicar que así es.

—¡Tenemos que avisar a los demás!

—¡No! No hay que avisar a nadie de momento.

—¿No? ¿Por qué?

Alexis lleva la jerinquilla hasta el cuarto de baño, la envuelve en papel higiénico y la guarda en un cajón. Después, regresa junto a Lucía.

—Ya está más o menos claro que hay un asesino entre nosotros. Debemos jugar con esa información. Si se lo decimos a los demás, el asesino se enterará de que sabemos lo que ha hecho y nos pondremos en peligro.

—¿Y qué piensas que debemos hacer, entonces?

—Investigar por nuestra cuenta y estar alerta. Hay que observar a cada uno de nuestros compañeros y aprovechar la ventaja que tenemos.

—Eso es una locura. Sabrán que escondemos algo.

—Yo no les voy a decir nada y tú tampoco —insiste Alexis, que coge de las manos a la *influencer* —. Tenemos que ser listos, Lucía. No sabemos los planes de la persona que le ha hecho esto a Miren y a Jorge.

—¿A Miren también la han asesinado?

—Es obvio, ¿no?

La chica se pone las manos en la cabeza y empieza a andar de un lado a otro de la habitación. Murmura algo hasta que se para y mira a Alexis.

—Tenemos que salir de aquí para pedir ayuda.

—¿Y a dónde vamos a ir? ¡No tenemos móviles! ¡Ni hay gente alrededor a menos de treinta kilómetros! ¡Ninguno conocemos la zona! ¡Y hay animales salvajes por todos los Pirineos! Como dijo Godoy, irnos solos sería un suicidio.

—Pero quedarnos en el campamento es muy peligroso.

—No, si tenemos cuidado.

—Yo me quiero ir. Tengo miedo. ¡El asesino podría ser cualquiera!

—Quédate a mi lado y yo te protegeré.

—Estoy muy asustada.

—No permitiré que te pase nada. Seré tu sombra en el campamento. Pero debes estar tranquila y prometerme que no desvelarás lo de la jeringuilla.

La chica duda un instante. Finalmente, asiente con la cabeza y le da un abrazo. De alguna manera, se siente bien. Cuando se separan, se miran y sonríen.

—El objetivo es llegar al lunes. Cuando venga Godoy, le tenemos que contar lo que sabemos y nos pondrá a salvo.

—Quedan casi cuarenta y ocho horas para que regresen él y los empleados.

—Pues es lo que tenemos que aguantar. A lo mejor no hay más muertes y el asesino ya ha cumplido con lo que tenía pensado hacer.

—Esto es una pesadilla. ¿No hay otra alternativa? ¿No puedes estar equivocado?

—No creo. Parece evidente que a Jorge le han inyectado una aguja que ha terminado con su vida.

—¿Y si el culpable es Martín? La jeringuilla es suya. Y lleva desaparecido desde ayer con Gema —indica Lucía, cada vez más alterada—. ¿Y si los dos coordinadores han planeado matarnos a todos? ¿Y si también está implicado el señor Godoy?

—¡Cómo va a estar el jefe implicado!

—¿Por qué no? Lleva meses preparando esto. A lo mejor su intención es eliminarnos a todos.

—Eso no puede ser.

—Piénsalo bien —dice Lucía, cada vez más nerviosa—. Estamos en mitad de la nada, sin poder contactar con nadie, y completamente solos. Además, aparece una lista en la habitación de la coordinadora en la que se nos acusa a todos de algo. ¡No me digas que no suena extraño!

Alexis niega con la cabeza y examina su reloj.

—Son casi las once. Tenemos que ir a la reunión en la casa.

—¿Nos quieren castigar por nuestros pecados? ¿Es eso?

—Me parece algo inverosímil, Lucía.

—Nos han estudiado a fondo. Saben muchas cosas de nosotros. Seguro que piensan que somos malas personas y que no merecemos seguir viviendo.

—Eso no tiene lógica. Yo solo agredí a un compañero de clase hace mil años.

—Y yo simplemente he comprado seguidores y he hecho perfiles falsos en Internet para aumentar mi popularidad en las redes sociales. ¡Quería irme a vivir a Estados Unidos y trabajar allí mi marca! ¡Me ha costado mucho sa…!

El ruido de unos pasos interrumpe a Lucía. La pareja se gira hacia la entrada y contemplan a Luis, que ha entrado en el bungaló. Lleva la Biblia bajo el brazo.

—¿Qué hacéis aquí? Se os oye gritar desde el camino.

Lucía y Alexis se miran y ninguno de los dos sabe qué responder. El *gamer* decide hablar, viendo que su compañera es incapaz de articular palabra:

—Hemos venido a ver a Jorge.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Para qué?

—Lucía ha insistido —responde Alexis tratando de ser convincente—. Quería despedirse de él y no se atrevía a venir sola.

—Anoche, con todo el jaleo que se montó, no pude hacerlo. Nos hemos hecho muy amigos esta semana.

Luis examina a los dos chicos mientras se limpia las gafas. No les dice nada y se acerca hasta la cama. El cuerpo de Jorge está destapado. Se persigna y saca su pequeño crucifijo del bolsillo del pantalón.

—¿Queréis que recemos juntos?

—Vale. Pero date prisa. Tenemos una reunión de grupo a las once en la casa principal —le dice Alexis acercándose hasta él. Lucía va detrás con los ojos cerrados.

—¿Una reunión? ¿Para qué?

—Ahora te lo explico todo. ¿Rezamos?

Los tres entonan varias oraciones dedicadas al alma del cantante. Lucía prefiere no volver a mirar a Jorge. Mientras reza, piensa en la lista de sus pecados y en la cantidad de mentiras que ha dicho en su vida. Algunas inconfesables. De esas que no se le cuentan a nadie y que, por mucho que la hayan investigado, jamás sabrían los organizadores de ese campamento de los horrores.

Se maldice y le dedica a Jorge un último padrenuestro.

CAPÍTULO 19

Miren

Sábado, 13 de julio de 2019. Segundo día en el campamento

La temperatura a esta hora de la noche es perfecta para estar al aire libre mirando el veraniego cielo oscuro. Es lo que ha decidido Miren. Los otros se han reunido en la casa principal para conocerse un poco más o ya están descansando en sus bungalós. Ella ha cogido una silla y se la ha llevado al campo de tiro con arco.

—Estabas aquí —dice Jorge, que camina hasta la escritora —. ¿Te molesta si me siento a tu lado un rato? Todavía no tengo sueño.

—No, qué va. Ponte cómodo. No estaba haciendo nada relevante.

El joven se sienta en el suelo, se echa hacia atrás, apoyándose en las palmas de las manos, y estira las piernas.

—¿Mirabas las estrellas?

—Sí, el cielo está muy despejado esta noche. Es impresionante todo lo que se puede ver.

—Ayer, en la presentación, Martín dijo que eras toda una experta.

—Exageró un poco. Pero, sí, me gusta la astronomía. Cuando era pequeña, mi padre me llevaba a la montaña y me contaba historias sobre cada estrella. Él sí que era un auténtico experto. En casa tenemos un telescopio, que le regaló mi madre cuando cumplió los cincuenta.

—Vaya. Qué interesante.

—Sentarnos juntos en verano a mirar las estrellas es uno de los mejores recuerdos que tengo de él.

—¿Qué le pasó?

—Murió en febrero de hace cinco años. Le dio un infarto. Fue fulminante.

—Lo siento mucho. Mi madre también murió así. Sé lo que se siente.

—No sé si lo he terminado de superar. Lo que más rabia me da es que se ha perdido todo lo que ha venido con la publicación del libro.

—Estará orgulloso de ti, mirándote desde alguna de esas estrellas.

—Yo habría preferido que hubiera venido conmigo a los eventos y a las entrevistas, o que hubiera estado a mi lado cuando firmé el contrato con la editorial.

—Es duro perderlos, pero no podemos hacer nada. La vida es así de cruel —responde Jorge melancólico—. También me hubiera encantado que mi madre viniera a alguno de mis conciertos o viera a todas esas fans gritando mi nombre.

—¿La perdiste hace mucho?

—Solo tenía seis años cuando murió. Tengo lagunas en mi memoria de cómo era.

—Normal. Eras muy pequeño. Los recuerdos se distorsionan o se almacenan en tu cerebro en un sitio del que no pueden salir.

—Eso y que mi padre se casó de nuevo. No me llevo demasiado bien con mi madrastra. Creo que han hecho todo lo posible para que me olvide de mi madre.

—No creo que tu padre pretenda que te olvides de ella.

—Tú no conoces a mi padre…

La chica percibe la angustia que Jorge siente al hablar de su familia. No es nada fácil perder a tu padre o a tu madre siendo tan joven. Peor aún debe de ser si no te llevas bien con el que se queda. Ella, por suerte, siempre ha tenido el apoyo incondicional de su madre. Incluso en los momentos más complicados.

—Cambiemos de tema, por favor —dice el cantante, que mira al cielo—. ¿Qué estrellas puedo ver ahora?

—Las más fáciles de apreciar son esas tres que brillan tanto. Se llaman Vega, Deneb y Altair. Las llaman el «Triángulo del verano», aunque cada una pertenece a una constelación diferente.

—¿Cuáles? ¿Esas?

El chico señala hacia donde Miren le indica con el dedo. La joven le explica que esas tres están entre las veinte estrellas más brillantes de todo el firmamento. Además, sirven para localizar otras constelaciones, como Sagitario, situadas en el interior del triángulo invisible que forman.

—Vega pertenece a la constelación Lira y es de las más cercanas a la Tierra. Deneb es la estrella principal de la constelación del Cisne y es cien veces más grande que el sol. Y Altair es una estrella enana, que forma parte de la constelación del Águila. Es mi favorita, porque fue la primera que me aprendí.

—¡Sí que sabes de esto! ¡Martín no exageraba!

—Los conocimientos en astronomía son infinitos. Nunca se deja de aprender. Yo no sé prácticamente nada.

Eso es lo que le decía su padre cuando ella se asombraba de todo lo que él conocía sobre las estrellas y constelaciones. Se quedaba con la boca abierta escuchándole en mitad de la montaña o a su lado mientras le dejaba usar el telescopio.

—¿Qué te parecen nuestros compañeros? —le pregunta Jorge, después de un rato en silencio, mirando al cielo—. Son otro tipo de estrellas.

—Hay de todo. Aunque no sé si llegaré a congeniar con alguno.

—A mí me cae bien Lucía.

—Sí, es maja. Pero hablamos idiomas diferentes. Los productos de su marca, que yo personalmente no utilizaría, están chulos.

—Dentro del mundo *influencer* es quizá de lo más natural que hay —reconoce Jorge—. Me alegro de que Godoy la haya invitado. Parece bastante transparente.

A Miren esa chica ni le va ni le viene. No alcanzará a tener una amistad con ella, aunque respeta lo que hace. En el fondo, todos quieren gustar y llegar al máximo número de personas posible.

—Natalia Ruiz es diferente a Lucía Castillo. Necesita ser el centro de atención.

—Creo que es más inteligente de lo que da a entender —comenta la escritora—. Y más sensible. Va de dura por la vida y me da que no es para tanto.

—Es muy difícil determinar cómo es una *influencer* . Tengo la sensación de que están interpretando un papel todo el tiempo. Como si nunca pararan de posar o dejaran de grabar. ¿Qué es real y qué no?

—Me pasa igual que a ti. Siempre hay que leer entre líneas con ellos.

—No pienso que sea mala chica. Pero me agota un poco su manera de ser.

A Miren lo que le gustaría es tener su cara y su físico. Debe de ser increíble mirarse al espejo y verse como ella. Se irían de golpe todos los complejos. Aunque sabe que eso va a ser imposible y le tocará vivir toda la vida con ese aspecto.

—Otro al que no trago demasiado es Saúl —continúa diciendo Jorge—. Es cierto que apenas lo conozco, pero no lo querría en mi equipo. Lo veo muy competitivo y da la sensación de ser muy agresivo.

—A lo mejor es porque es deportista. Tiene genes de ganador y no soporta perder. Por eso te da la impresión de que su carácter es agresivo.

—A mí tampoco me gusta perder. Además, va de líder sin que nadie se lo haya pedido. No sé. Igual es solo cosa mía. ¿A ti te cae bien?

No lo ha pensado mucho. Le parece guapo, aunque demasiado alto. Ella que mide uno sesenta; a su lado se siente muy bajita. Lo ha visto por televisión varias veces, y no le ha causado mala impresión. Aunque, como dice Jorge, cuando Saúl habla es como si ordenase a los demás.

—Habrá que conocerlo más para opinar. Igual luego sois los mejores amigos del mundo.

—No creo. Pienso que me llevaré mejor con Óliver y con Alexis.

A Miren, el estudiante de Criminología le gusta. Le encanta su acento medio español medio mexicano. Es un chico atractivo, sin ser demasiado guapo. Y, cuando habla, el resto le escucha. Eso es señal de que tiene cosas interesantes que decir. A Alexis lo ha visto en YouTube comentando partidas de videojuegos. Lo considera igual de competitivo que a Saúl, aunque no es un líder, como el atleta. No cree que acaben siendo amigos.

—El canal de Óliver es una pasada. Me alegro de que esté aquí con nosotros. Esta mañana estuve hablando un rato con él y me hipnotizaba con su acento.

—Parece un buen tío —comenta Miren.

—¿Y Luis? ¡Menudo personajillo! Ahí donde lo ves, ¡estuvo hasta en el Vaticano! ¡Lo querían conocer!

Y es lector de ella. Se pregunta si sabrá lo que dicen en Internet del plagio de su libro. No termina de calarlo. Eso de que lo hayan invitado al campamento por su influencia religiosa no le agrada demasiado. ¿Tanto tiene en cuenta Godoy a un supuesto Dios?

—Yo no soy creyente.

—Ni yo tampoco. Pero hay que reconocer que tiene mucho mérito conseguir lo que él ha conseguido, Miren. Es un referente. El tío no se separa de su Biblia ni de ese pequeño crucifijo, que siempre lleva en el bolsillo y que saca de vez en cuando.

—A mí eso me da un poco de mal rollo.

—¿Por qué? No es más que fe. Que cada uno piense y crea lo que quiera.

—Por supuesto. Como si se quiere tatuar a Jesús en una cruz en el cuello —dice Miren intentando justificar su reacción—. Es solo que el que empiece a rezar en voz baja con el crucifijo en la mano, delante de mí, me provoca cierta animadversión.

—¿Animadversión? ¡¿No serás tú escritora?!

Jorge se ríe de una manera que a Miren le resulta exagerada. Él sí le gusta mucho, pero cambiaría sus comportamientos sobreactuados en momentos determinados. ¡Ah! ¡Y el flequillo! Seguro que si se cortara el pelo estaría mucho más guapo.

—Espero que no termine bendiciendo la mesa antes de las comidas.

—¡No le dejaremos! —exclama Jorge, que se ríe aún más—. Luis haría buena pareja con Vicky. Son los dos frikis del grupo.

—Yo también soy muy friki. No me excluyas.

—Victoria García, creadora y dueña de Frikidates, te supera por mucho, querida Cassandra Clare

Quizá Vicky sea la persona más parecida a ella, aunque esa chica todavía es más callada e introvertida. Son de la misma estatura y a las dos les gusta vestir de negro y los gatos. De hecho, piensa que, cuando sea mayor, vivirá rodeada de mininos con nombres de personajes de libros.

—Me costó aceptar la invitación de Godoy, porque venir aquí me obligaba a socializar con otras personas. Imagino que ella también ha tenido sus dudas.

—Tú eres mucho más sociable que Vicky.

—No sé. De momento, solo confío en ti.

—Lógico, cariño. Acabamos de empezar el campamento. Pero de mí no te fíes mucho.

—¿No? ¿Debo andarme con cuidado?

—Yo no confiaría en mí —sentencia Jorge, y Miren no sabe si está hablando en broma o en serio—. Soy muy complicado.

—Todos lo somos, de una manera u otra.

El chico va a decir algo más, pero se queda callado. Miren se da cuenta de que hay algo que le afecta en ese asunto, aunque no va a tirar del hilo. Si quiere hablar más, ya lo hará.

—Nos queda Eva. ¿Qué te parece? ¿Te da buena espina?

—Sí, aunque la noto algo distante con el grupo —responde Jorge, que se pone de pie para regresar a su bungaló—. He visto alguna serie en la que sale y me gusta mucho cómo actúa. También creo que se maneja bien en las redes sociales. Pero…

—Pero ¿qué?

—No sé. A lo mejor es cosa mía. La verdad es que no me ha caído mal. Sin embargo, hay ciertas actitudes que… ¡Mira, una estrella fugaz! ¡Una estrella fugaz! —grita el chico, dando pequeños saltos, mientras agarra a su amiga del brazo—. ¿La has visto?

—¡Sí! ¡Se ha visto muy clara!

—¡Corre! ¡Pide un deseo!

Miren cierra los ojos y piensa en algo que le encantaría que sucediese. Jorge hace lo mismo y ambos piden su deseo. No se lo revelan al otro para que no dé mala suerte y se realice. Sin embargo, esa suerte no estará de su lado y los dos morirán unos días después en ese mismo lugar. Ninguno verá cumplido lo que pidió en aquella noche de julio, en la que el «Triángulo del verano» brillaba en todo su esplendor.

CAPÍTULO 20

Eva

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Los últimos en incorporarse a la reunión son Luis, Alexis y Lucía, que llegan juntos. El resto ya se encuentra en la casa principal. Algunos se han sentado en la mesa. Otros han preferido la zona de sofás y sillones, como Eva, que tiene a Saúl a su lado. El atleta toma la palabra:

—En primer lugar, me vais a permitir que haga algo que he estado pensando un buen rato en mi habitación. Natalia, te pido disculpas. Se me fue la cabeza antes y no debí reaccionar así. Perdóname.

La *influencer,* que está sola en un sillón sentada con las piernas hacia arriba y la cabeza en el reposabrazos, se sorprende al escuchar a Saúl. Se sienta correctamente y se cruza de brazos. El saltador de pértiga continúa hablándole:

—Mi novia es psicóloga y entre los dos estamos intentando que frene estos impulsos, que son dañinos tanto para mí como para los que me rodean. He leído las anotaciones que me he traído al campamento y me he dado cuenta de que me he pasado contigo. Quería disculparme delante de todos, para que el resto también lo sepa.

Eva apoya la mano en su hombro y nota que tiembla al hablar. Sabía que su novia era psicóloga, se lo contó uno de los primeros días de convivencia, pero no que también era su paciente.

—Dicho esto, creo que todos tenemos que poner de nuestra parte para que las cosas funcionen lo mejor posible dentro de las dificultades que se nos han presentado aquí dentro en las últimas horas. Tú también, Natalia.

—Ya me extrañaba a mí que la disculpa fuera completa.

—Es completa y sincera. Pero nadie debe ir a su bola ahora mismo. Han muerto dos de nuestros compañeros y los coordinadores se han marchado. Hay que remar en la misma dirección, nos guste o no.

—Yo no voy en dirección contraria, Saúl. Antes solo te dije que no entendía el motivo de convocar otra reunión. Que prefería tomar el sol, algo que, por cierto, no estoy haciendo para estar con el grupo y hacer piña. Como tú me habías pedido, a pesar de que primero me levantaste la mano y después me acusaste de asesinar a Miren y a Jorge.

Eva contempla a Saúl, que agacha la cabeza y resopla. No sabía lo que había sucedido exactamente entre ellos. Natalia no es santo de su devoción, pero su amigo parece que perdió la cabeza en el desayuno.

—Ya te he pedido disculpas y estoy arrepentido. No volverá a suceder.

—Da lo mismo. Sinceramente, no creo que estés arrepentido, pero tampoco vamos a estar toda la mañana con esto. Que cada cual asuma sus actos y las consecuencias.

La tensión en la casa se puede cortar con un cuchillo. Nadie dice nada más hasta que Óliver habla:

—Estamos muy tensos por lo que ha ocurrido. Estos enfrentamientos son lógicos en circunstancias como esta. Aunque parezca mentira, solo nos conocemos desde hace poco más de una semana y todos tenemos nuestro carácter.

—Se puede tener carácter y no levantarle la mano a alguien ni acusarle de dos crímenes.

—Está claro, Natalia. Pero, como tú misma has dicho, no vamos a estar con estas pendejadas toda la mañana. Saúl te ha pedido perdón. A partir de ahora pensemos bien antes de actuar y, si no nos gusta algo de lo que dice alguien, debemos hablarlo con tranquilidad. Somos adultos para afrontar los problemas.

Las palabras de Óliver parece que no convencen a la *influencer,* que vuelve a contorsionarse. Apoya la cabeza en el

reposabrazos del sillón y alza las piernas, mientras masculla algo para sí misma.

—Es muy importante que no nos acusemos entre nosotros —dice Eva, que mira a Saúl y luego a otros miembros del grupo —. Intentemos convivir lo mejor posible, por lo menos hasta que venga alguien de fuera y nos saque de aquí.

—¿Por qué no nos vamos? —pregunta Vicky con cierta timidez—. Yo no quiero seguir en el campamento.

A los otros siete les llama la atención escuchar la voz de la joven que viste de negro. No suele decir nada en las reuniones que han mantenido y casi no participa en las charlas que dan los invitados.

—Porque no conocemos la zona y, como dijo Godoy, sería una insensatez y muy peligroso marcharnos solos —responde Saúl—. Acuérdate de que estamos en mitad del monte, rodeados de animales salvajes.

—Aquí dentro hay un asesino suelto que mata a personas. ¿Qué es peor?

—No es seguro que Miren y Jorge hayan sido asesinados.

—Eso no se lo cree nadie —contradice Vicky al atleta—. Yo no voy a acusar a ninguno, pero es obvio que uno de vosotros siete es el culpable.

—¿Nosotros siete? ¿Tú te excluyes, cariño? —dice Natalia irónicamente.

—Yo sé que no he matado a nadie.

—Yo tampoco lo he hecho. Además, no guardo un cuchillo debajo de la cama, como haces tú. ¿Para qué lo quieres? ¿Para cortar jamón?

Vicky no esperaba ese comentario. Se gira y aparta la mirada de la *influencer* . No solo la ha humillado en el bungaló, sino que ahora también la acusa delante del resto. Está avergonzada y la odia con todas sus fuerzas.

—¿Qué pensabas? ¿Que no me había dado cuenta? ¡Puedo follar y hacer otras cosas al mismo tiempo! —suelta Natalia, que ríe—. No fuiste muy discreta.

—Lo tengo para defenderme —susurra Victoria, cada vez más tensa.

—¿Tienes un cuchillo en tu habitación? —pregunta Alexis.

—Uno de esos de cocina, de los grandes. Aunque ya no está debajo de su cama. Me lo he llevado yo esta mañana a mi bungaló —confiesa Natalia—. Esto va para todos: si alguien quiere venir a mi habitación para asesinarme, que sepa que estoy armada.

—Es mejor que devuelvas ese cuchillo —le pide Eva.

—¡Ni de coña! ¡Y creo que los demás deberíais tomar medidas parecidas! Por una vez, Vicky hizo algo con sentido. La idea del cuchillo en la habitación es buena.

—¿Para qué? ¿Para que cada vez que creamos que alguien quiere hacernos daño nos liemos a cuchilladas?

—Tú haz lo que quieras, Eva. Pero yo no pienso ser la próxima víctima de ese criminal.

—¡Ni yo! Pero no podemos tener cada uno un arma en nuestra villa.

—Repito: haz lo que te dé la gana.

—¿Es que nadie piensa que es una locura llevar encima un cuchillo?

Eva se ha enfadado. Mira a Saúl, que guarda silencio y no le da la razón. Tampoco Óliver ni Alexis le llevan la contraria a Natalia. Ni siquiera Luis o Lucía replican a la *influencer* .

—Esto cada vez se está volviendo más peligroso. Alguien va a salir herido sin que tenga nada que ver con lo que está pasando.

—Solo usaré el cuchillo en defensa propia. Nada más.

—Si a Miren y a Jorge los mataron, por mucho cuchillo que hubieran tenido, no habrían podido hacer nada. ¡Lo más probable es que fueran envenenados! —grita Eva desesperada.

—A lo mejor el asesino cambia su *modus operandi* . ¿Se dice así, criminólogo?

Óliver asiente y se pone de pie. Camina hasta la zona frontal de la casa, donde todos pueden verlo. Pide silencio y que lo escuchen.

—A ver, amigos, Eva tiene razón. No podemos ir armados por el campamento. Alguien podría cometer un error y herir a alguno de nosotros sin motivo. Así que, Natalia, te ruego que traigas de nuevo el cuchillo a la cocina.

—No pienso devolverlo.

—Tendrás que hacerlo. Es por el bien de todos —insiste Eva, que se levanta del sofá y se acerca a ella.

—Primero está mi integridad física. Mi vida. Luego, vosotros. No voy a usarlo si no es necesario. No os preocupéis.

La *influencer* sigue en sus trece y no cede. Eva no va a permitir que se salga con la suya. Como si fuera un felino, en un movimiento ágil y rápido, se lanza encima de Natalia y mete la mano en el único bolsillo del pequeño pantalón amarillo. Antes se ha dado cuenta de que ahí guarda la llave de su bungaló. Se la arrebata y escapa corriendo de la casa principal. La joven rubia intenta salir detrás de ella, pero primero Óliver y después Saúl y Alexis se lo impiden.

—Sois imbéciles. ¿Pensáis que vais a impedir que me defienda? ¡Hay un montón de cuchillos más! —grita colérica Natalia, a la que el *gamer* sujeta por la cintura, cuando se dirige hacia el mueble en el que se guardan los utensilios de cocina.

El caos predomina en la casa principal durante los siguientes minutos. Mientras, Eva corre hasta el bungaló número 10. Entra en Villa Teresa y piensa en dónde habrá escondido Natalia el cuchillo de cocina. El primer lugar en el que mira es debajo de la cama. Se agacha y ¡bingo! Ahí está. Estira el brazo y lo coge. La hoja tiene más de treinta centímetros y está reluciente y muy afilada. Sin duda, con eso podría matar a cualquier persona y ni siquiera necesitaría hacer demasiada fuerza. En manos de esa chica, sería un auténtico peligro.

En realidad, en manos de cualquiera que no tuviera buenas intenciones.

Eva se dirige hacia la salida de la villa con el cuchillo en la mano cuando, de repente, a través de la ventana, que está abierta, observa que algo se mueve fuera. Le ha parecido que era una persona, aunque no lo ha visto bien. Va a la ventana y se asoma, pero no hay nadie en el camino.

Inquieta, se apresura a salir del bungaló número 10. Mira un lado y a otro. Continúa sin ver a nadie, salvo a Luis, que viene caminando desde la casa principal.

—Con ese cuchillo en las manos pareces realmente peligrosa. No me atrevería a llevarte la contraria —dice el joven, que se ajusta las gafas y saca la llave de su habitación, situada enfrente.

—Hace un momento he visto a alguien por la ventana del bungaló de Natalia —dice Eva aún confusa.

—¿A quién?

—No lo sé.

—¿No sería yo?

—No, estaba en la otra parte del camino, en dirección al campo de tiro con arco. ¿El resto sigue en la casa todavía?

—Sí, discutiendo con Natalia e intentando hacerla comprender que no debe llevarse un cuchillo a la habitación. Yo me he venido porque estoy un poco harto de todo.

—Te comprendo. También yo estoy cansada de esta situación.

—Tengo ganas de irme a mi casa, pero sé que no es posible.

—Debemos esperar al lunes, a que venga Godoy. Él nos dirá qué hacer.

—No sé si aguantaré. A lo mejor no le digo nada a nadie y me aventuro a irme yo solo.

—Es una locura. Te perderías y te pondrías en peligro.

—Si ando durante dos o tres días seguidos, seguro que me encuentro a alguien —indica Luis—. Dios me guiará.

—No seas kamikaze. No tendrías ninguna posibilidad de sobrevivir tú solo en la montaña. Ni siquiera Dios podría echarte una mano.

La conversación se interrumpe cuando oyen unos gritos. Los dos se giran y ven a Natalia protestando y soltando improperios. Va sola. La *influencer* se dirige hacia ellos dando grandes zancadas. Da la impresión de estar muy enfadada. No para de mencionar el cuchillo de cocina y lo que haría con él si se lo propusiera. De pronto, la chica vestida de amarillo se detiene en seco y señala hacia el final del camino de los bungalós. Luis y Eva se dan la vuelta y miran hacia donde indica. Delante de Villa Gabriela hay una joven tirada en el suelo. Los tres corren de inmediato hasta el bungaló número 12. Se quedan de piedra al comprobar que la que yace inconsciente es Gema, la coordinadora del campamento que había desaparecido.

CAPÍTULO 21

Gema

Jueves, 6 de septiembre de 2018. Diez meses y 6 días antes de comenzar el campamento

A las once menos diez de la mañana empieza a hacer bastante calor en Madrid. Gema entra en un altísimo edificio de la Castellana y sube en el ascensor hasta la planta diecisiete. Abre una puerta de cristal y se encuentra con un largo mostrador de recepción. Ya ha estado otras veces, aunque le sigue impresionando lo inmenso que es ese lugar.

—Buenos días. Vengo a ver al señor Godoy. Me está esperando —le dice a la joven que enseguida la atiende. Va perfectamente peinada y vestida, como si fuese una azafata de vuelo—. Mi nombre es Gema Lago.

—¿Me puede dejar su DNI, por favor?

Debe de ser nueva, porque no la conoce. La chica se lo entrega y observa cómo la recepcionista anota sus datos en un ordenador portátil. No se demora más de un minuto.

—El señor Godoy está reunido. Puede esperarle en aquella habitación. Yo misma la avisaré cuando pueda recibirla.

La muchacha le devuelve el DNI y le señala con la mano un saloncito situado casi al final de la planta. Gema camina hasta allí y se sienta en la primera silla que ve. Coge una revista de caballos que hay sobre la mesa y la ojea. Siempre le ha gustado la hípica, aunque hace tiempo que no monta.

Diez minutos más tarde, la misma chica de recepción le anuncia que Fernando Godoy ya está libre. Gema le da las gracias y le comenta que no hace falta que la acompañe. Conoce el camino.

El despacho de Godoy está situado justo en la otra ala del edificio. Son casi dos minutos los que emplea en llegar. Un señor alto, de pelo blanco recogido en una coleta, la espera en el pasillo. Luce elegante, con una camisa blanca abotonada

hasta arriba y un pantalón negro que le cae perfecto. Se nota que su ropa es cara. Los zapatos Salvatore Ferragamo que lleva deben de valer más de mil doscientos euros. A Godoy siempre le ha gustado vestir bien.

—Querida Gema, qué alegría volver a verte. ¿Cómo estás?

—Sobre todo intrigada.

Godoy se ríe y le da dos besos en las mejillas. Después la invita a entrar en el despacho. Se quedan en la antesala, donde se sientan en un sofá negro de piel.

—No estaba seguro de que vinieras.

—¿Cómo iba a negarme? Nadie le dice que no a Fernando Godoy.

—Últimamente, muchos reniegan de mí. El ser humano no tiene memoria. Algunos ya se han olvidado de lo que les he dado.

—A mí no me has dado nada.

—Tampoco te he quitado nada, Gemita —dice Godoy, que se desabrocha el último botón de la camisa y cruza las piernas —. Pero dejemos atrás el pasado. Tengo algo para ti que te entusiasmará. Un proyecto más que interesante.

Esa fue la única información que recibió por *e-mail* hace dos días, en la que se la citaba a las once de la mañana de ese jueves. Un proyecto muy interesante que seguro que le interesaría y que no podría rechazar.

—Bueno, no te andes con rodeos. Cuéntame. ¿De qué se trata?

—De un campamento en los Pirineos.

—¿En serio? ¿Vas a organizar un campamento para niños?

—No, no será para niños. ¡No los soporto! —responde Godoy riendo, aunque rápidamente se pone serio—. Quiero elegir a la persona que me reemplace cuando yo ya no dé más de mí. Me he hecho muy mayor y necesito sangre joven que asuma responsabilidades. Un sucesor.

—¿Y lo vas a elegir en un campamento? No entiendo nada.

—Te lo explico.

Durante más de un cuarto de hora, Fernando Godoy le cuenta a Gema la idea que ha tenido. En un terreno que tiene en los Pirineos, que está medio abandonado porque no pudo hacer allí el resort que pretendía, va a organizar un campamento. Invitará a los diez jóvenes menores de veintitrés años destinados a marcar una época en sus respectivos sectores. Deberán ser muchachos muy buenos en lo suyo y que ya cuenten con un gran seguimiento, aunque no quiere a gente totalmente contrastada, sino savia nueva a la que pueda instruir. Uno de esos chicos será la persona destinada a ocupar su lugar en un futuro no muy lejano.

—¿Vas a entregarle a un chaval *influencer* tus negocios y todo tu dinero?

—No, no es eso exactamente.

—Pues entonces lo he entendido mal.

—Quiero rejuvenecer la empresa que lleva mi nombre. Invertir en otras cosas: cine, televisión, centros de ocio… ¡hasta en videojuegos! Es el futuro, Gema. Me he cansado de la rutina empresarial, de la gente que me lame los zapatos y me hace la pelota a todas horas. Estoy harto de directivos, enchaquetados y oficinistas. He cumplido los setenta años y me apetecen otras historias que me hagan sentir vivo.

—Es muy arriesgado.

—No tiene por qué. Solo hay que elegir a la persona correcta. Y ninguna con las que trabajo en el día a día lo es. De eso estoy convencido.

—¿Cómo sabrás que uno de esos chicos está preparado para regenerar tu empresa? Yo no lo veo nada claro.

—Para eso estarás tú —dice Godoy sonriente—. Te conozco desde hace tiempo y sé de lo que eres capaz. Quiero que me ayudes y que coordines todo el proyecto.

—¿Qué? ¿Yo? No tengo formación ni sé nada de empresas.

—No te hace falta. Tienes instinto, inteligencia y recursos propios. Durante los próximos meses, tu trabajo será encontrar

a los diez chicos de todo el país que mejor puedan dirigir mi empresa en el futuro; a mi mano derecha.

—¿Me estás diciendo que te fiarás de lo que yo decida? ¿Yo elegiré a esos diez jóvenes?

—Sí. Con unas características que yo te daré y de las que hablaremos tranquilamente si aceptas. Primero harás una lista con cien candidatos y, de esos cien, escogerás finalmente a diez.

—Y tú elegirías al ganador.

—No lo llamaría «ganador», pero sí. Esa decisión será personal. Aunque estudiaré tus informes al milímetro, ya que también serías la coordinadora en el campamento.

—¿También coordinaría el campamento?

—Exacto. Si aceptas el trabajo, pasarías tres semanas con esos chicos en los Pirineos.

—Eso es una gran responsabilidad. No sé si sabré hacerlo.

—Tranquila, no estarías sola —dice Godoy, que mira su reloj —. En menos de cinco minutos aparecerá tu colaborador. Es muy puntual. Entre los dos lo haréis muy bien. Tenéis más o menos la misma edad y enseguida congeniaréis. Ya lo verás. Pero procura no enamorarte de él. Es todo un seductor.

La chica se sonroja. ¡No va a enamorarse de nadie! Respira hondo y sigue escuchando al magnate alabar al que podría ser su compañero de trabajo. ¡Qué locura es todo aquello! Hace dos días estaba totalmente perdida en la vida, sin saber qué hacer ni a dónde ir. Incluso había pensado en empezar de cero en otro país. Y ahora está a punto de iniciar una extraña aventura de mano de Fernando Godoy, una de las personas más ricas del mundo, al que conoció hace tiempo en difíciles circunstancias.

A las once y media, llaman a la puerta del despacho. La chica de recepción que antes la atendió aparece acompañada de un joven moreno, alto, vestido elegantemente con una chaqueta azul marino, pero sin corbata. Godoy se levanta para recibirlo y le da las gracias por venir.

—Te presento a Martín Díaz. A él ya le conté en su día todo lo que te he contado a ti.

—Encantado, Gema. Será un placer trabajar contigo.

El joven no le da dos besos, como pretendía ella, sino que extiende la mano para que se la estreche. Es un tío guapo, con muy buena presencia. Y huele estupendamente. Los tres dejan la antesala y entran en el despacho. Godoy ocupa su butacón presidencial detrás de una mesa de caoba y los chicos se sientan frente a él. Aquello ya se parece más a una reunión de trabajo.

—Gema todavía no me ha dicho que sí, Martín. Estaba explicándole el proyecto.

—¡Ah! Perdón. Pensaba que ya te habías decidido. Yo acepté antes de que terminara de hablarme del campamento.

—Es que todavía no le he dicho cuánto cobraría —bromea Godoy—. Aunque creo que aceptar o no mi propuesta no será una cuestión de dinero.

Fernando coge una pequeña libretita que tiene en un cajón de la mesa y escribe algo con un lápiz. Luego se la entrega a la chica, que abre los ojos como platos.

¡Cinco mil euros al mes! Ni en sus mejores sueños habría imaginado algo así. En los últimos dos años no ha parado de ir de bar en bar, trabajando mil horas como camarera.

—¿Qué te parece? Es negociable. Lo que vais a hacer os tendrá ocupados prácticamente las veinticuatro horas del día durante los próximos nueve o diez meses y también tendréis que aislaros tres semanas del próximo verano en los Pirineos.

—Menuda experiencia —dice Martín, que parece muy feliz.

Gema no sabe qué hacer. La oferta es irrechazable, como decía en el *e-mail* que recibió, pero le gustaría pensárselo. Sin embargo, teme que Godoy encuentre a otra persona mientras ella se decide.

—¿Cómo elegiríamos a los candidatos?

—Estudiándolos a fondo. Encontrando sus virtudes y defectos. Analizando sus redes sociales y a sus seguidores.

Explorando cómo ha sido su infancia, lo que han estudiado, las notas que han sacado y a las personas que forman parte de su entorno. Quiero saber hasta los empastes que llevan, el número de zapato que calzan o si les da miedo volar. No puede haber ni un solo secreto de ellos que no sepamos. Por lo menos, de los diez que elijamos finalmente.

—¿Y cómo vamos a descubrir todo eso?

—Rastreando lo que ellos quieran que sepas… y buscando más allá: donde ellos piensan que nadie puede llegar. Martín sabe muy bien de lo que estoy hablando.

CAPÍTULO 22

Luis

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

El grupo se ha reunido en el camino de los bungalós, frente al número 12. Gema descansa en su cama, en Villa Gabriela. Tiene pulso y su respiración es acompasada, aunque continúa inconsciente. No saben nada más. ¿Qué le habrá podido pasar y dónde ha estado?

—Iremos relevándonos para que no esté sola. Debemos cuidarla y estar pendientes de ella por si se despierta —dice Saúl rodeado de sus siete compañeros de campamento—. Yo me quedaré el primero. Podemos hacer turnos de una hora. ¿Os parece bien?

—A mí sí. Yo entraré la segunda —indica Lucía convencida.

Luis se queda mirando fijamente a la *influencer* . ¿Cómo le puede gustar tanto? Antes, cuando se la ha encontrado a solas con Alexis en la habitación de Jorge, le ha dado un bajón. Seguro que le gusta el *gamer* . O quizá el saltador de pértiga, con quien ha compartido la noche. Él es un cero a la izquierda, incapaz de llamar la atención de una chica como ella.

Se ajusta las gafas y escucha cómo cada uno se va asignando un turno para quedarse con la coordinadora. Él será el último, detrás de Natalia, que continúa quejándose de no se sabe qué historias. Está un poco harto de esa pesada. Qué gran diferencia existe entre las dos *influencers* del grupo. No hay color.

Apenas ha dormido pensando en Lucía. En sus pequeños bikinis y sus sonrisas celestiales. ¿Por qué Dios no le ha regalado ni siquiera la oportunidad de compartir habitación durante la pasada noche? Le tocó en el sorteo el mexicano, que ronca como el mismo demonio. Injusticias de la vida.

—Si se despierta, hay que avisar enseguida al resto —señala Saúl—. A ver si nos puede explicar qué está pasando aquí.

—¿Creéis que ella tiene que ver con las muertes de Miren y Jorge?

—No lo sé, Eva. Pero puede que sepa algo.

—A lo mejor no es culpable, sino una víctima más —apunta Alexis—. ¿Y si Martín es el responsable? Él no ha aparecido.

—Todo es muy extraño. Lo mejor es no hacer conjeturas y esperar a que Gema se despierte para que nos cuente lo que ha pasado —dice Óliver.

—Además, Gema sabe dónde están los móviles. ¡Podremos llamar a alguien para que vengan a por nosotros! —exclama Lucía.

—¿No llevaba su teléfono cuando la encontrasteis?

—No, Alexis. No llevaba nada encima. Solo la llave de su habitación en el bolsillo del *short* —responde Natalia, una de las que la descubrió tumbada en el suelo—. Esto no me huele nada bien. ¿Ha estado todo el tiempo en el campamento? ¿Qué le pasa? ¿Por qué duerme como una bendita y no hay quien la despierte? ¿Está enferma? ¿Drogada? ¿En coma?

Las preguntas de la *influencer* no reciben respuesta de ninguno de sus compañeros. Todos se miran entre sí, pero nadie se pronuncia.

—El caso es que parece tranquila y es mejor no molestarla. No sabemos si acaba de sufrir un *shock* o simplemente está agotada —dice Saúl mientras se separa del grupo—. Es la una, estaré con ella hasta las dos, que me relevará Lucía. Id preparando mientras la comida, por favor.

El saltador de pértiga entra en el bungaló número 12 y deja la puerta entornada. A Luis no le hace demasiada gracia que le den órdenes, pero prefiere eso a tener que asumir grandes responsabilidades en aquel lugar. Él también podría ser un líder como el atleta. De hecho, en realidad, seguro que tiene más admiradores y personas que lo siguen que ese creído de Saúl.

El grupo se dispersa. Algunos chicos se dirigen a la casa principal y otros hacia sus bungalós.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunta Luis a Lucía, a la que alcanza por el camino.

—No sé. Me duele todo el cuerpo. No me encuentro demasiado bien.

—Eso es por la tensión. Yo estoy un poco igual que tú. ¿Quieres que nos sentemos en alguna parte a escuchar música y relajarnos un rato?

Sabe que la respuesta será negativa, pero no pierde nada por intentarlo. Sin embargo, para su sorpresa, la chica sonríe y acepta.

—Me parece bien. Así hago tiempo hasta que empiece mi turno. Voy un momento a mi bungaló y nos vemos dentro de diez minutos en la piscina.

—Perfecto. Hasta ahora.

La joven acelera el paso y Luis la sigue con la mirada. Sus ojos no se apartan de ella hasta que siente que una mano se posa en su hombro.

—Te gusta mucho, ¿no? —le dice Óliver con su peculiar acento mexicano.

—¿Quién? ¿Lucía? Pues como a todo el mundo.

—Es muy guapa. No me extraña que estés loquito por ella, amigo.

—Bueno, lo normal. ¿A ti te gusta?

—Yo estoy enamorado de otra chava. Aunque todas las chicas del campamento son hermosas y tienen mucha personalidad.

¿Enamorado de otra mujer? No sabía que Óliver tuviera pareja. Nunca ha hablado de ella. Ni siquiera anoche, en la habitación, antes de irse a dormir. En realidad, no conoce mucho a ese estudiante de Criminología con gran éxito en su canal de YouTube. Solo que ronca muy fuerte. Si no le gusta Lucía, mucho mejor.

—Deberías decirle lo que sientes.

—¿Qué? No. ¡No siento nada especial!

—Mentir es un pecado, querido Luis.

—No estoy mintiendo. Me atrae Lucía, pero sin más.

—Sé que no dices la verdad. Se te nota demasiado, güey. El corazón se te va a salir del pecho, cabrón —insiste Óliver—. Aprovecha el momento. No sabes cuánto tiempo vas a estar con ella.

El joven resopla. El mexicano tiene razón. Quizá el campamento esté llegando a su fin y entonces lo más probable es que no se vuelvan a encontrar. Sin embargo, no se ve con ninguna posibilidad de gustar a la *influencer* .

—Un tipo como yo no tiene nada que hacer con alguien como Lucía. Es imposible.

—¿Bromeas? El amor no tiene reglas y mucho menos imposibles. ¡Era mucho más difícil que te llamaran del Vaticano para conocerte, güey!

A Luis se le escapa una sonrisa. Eso sí que era completamente impensable. Como todo lo que ha conseguido gracias a su web. Si está en ese campamento y ha conocido a Lucía Castillo ha sido gracias a que se han ido cumpliendo deseos imposibles.

—Mi consejo es que lo intentes. Al menos te quitarás la incertidumbre de no saber qué siente ella por ti. No puedo decirte nada más, amigo.

Óliver vuelve a palmear el hombro de Luis y después se aleja por el camino hasta Villa Alejandra. Es un buen muchacho, a pesar de sus ronquidos de búfalo.

No sabe qué hacer. Improvisará conforme vaya surgiendo, aunque sigue pensando que ser pareja de Lucía es imposible. Entra en su bungaló, se echa un poco de colonia y coge el reproductor y los auriculares que le han dado en el campamento. ¿Cuál será su canción preferida? Espera que no sea una de esas chicas que solo escucha reguetón. La verdad es que está un poco perdido en cuanto a música actual. Quizá Lucía le enseñe y lo ponga al día.

Cuando llega a la piscina, ella todavía no está. Se sienta en una de las tumbonas y saca su pequeño crucifijo. Lo acaricia y

reza en voz baja. Mira su reloj y comprueba que es la una y cuarto. Solo tienen hasta las dos. ¿Por qué se retrasa tanto?

Luis se impacienta. No puede parar de dar golpecitos con el pie en el suelo. La una y veintidós. Nada. No viene. ¿Le habrá pasado algo?

A la una y veinticuatro no aguanta más. Se levanta y regresa al camino de los bungalós. El de Lucía es el número 3. Llama a la puerta y espera. Tiene las gafas empañadas y le sudan las manos. No solo es por el calor; está muy nervioso.

No le abre. ¿Dónde se habrá metido?

Entonces, escucha risas. Provienen del bungaló de enfrente. Es el del *gamer* . Va hacia Villa Jimena y mira por la ventana. Lucía y Alexis están charlando y riéndose. No hay muchos centímetros de distancia entre los dos. Un gran sentimiento de ira lo invade. También siente como si le golpearan en el estómago.

Desearía matar a ese tipo en ese momento.

Precisamente Alexis se da cuenta de que Luis está mirándolos por la ventana. Mierda. Lo han pillado.

El *gamer* no tarda en salir del bungaló y parece enfadado. Lucía lo acompaña.

—Oye, tío, ¿qué estabas haciendo? ¿Nos espiabas?

—No…, no. Estaba ahí fuera… esperando. Había quedado con ella para…, y como no venía, me estaba preocupando.

—¡Joder! Perdona, Luis. Ha sido fallo mío. He venido a ver a Alexis para preguntarle una cosa y no me he dado cuenta del tiempo que había pasado.

—Habíamos quedado en… la piscina. Para… escuchar música.

—Sí, lo sé. Lo siento, de verdad. ¿Me das diez minutos y nos vemos en la piscina?

Otros diez minutos. Otros diez putos minutos. Luis agacha la cabeza y se coloca bien las gafas una vez más. Respira hondo

y, cuando mira a Lucía, hace como si no sucediese nada. Solo sonríe.

—Genial. Voy reservando dos asientos.

—Muy bien. Nos vemos ahora.

La joven se despide de él con la mano y no va hacia su bungaló, sino que entra otra vez en el de Alexis. El *gamer* la sigue y cierra la puerta. Después, Luis observa cómo echan la persiana de la habitación.

Le entran ganas de llorar. Le duele el alma en ese momento. Entre esos dos hay algo. Está muy claro. ¿Hasta cuándo van a ocultarlo?

Triste, envuelto en un millón de pensamientos negativos, camina hacia la piscina. Durante el trayecto se cruza con Natalia, que también parece que se dirige al mismo sitio. Ni se saludan. Luis se detiene y espera a que transcurran un par de minutos. No le apetece hablar con nadie.

Cuando está llegando a la piscina ve a la *influencer* quitándose la ropa. Esa chica es estúpida y a veces no la soporta, pero debe reconocer que tiene un cuerpo perfecto. Es incluso más exuberante que Lucía.

No quiere que lo vuelvan a pillar mirando donde no debe, así que se esconde detrás de un árbol. Está excitado.

Natalia se tumba y se desabrocha la parte de arriba del bikini, que deja debajo de la tumbona. Luis es incapaz de aguantarlo más y hunde su mano derecha en el pantalón. Aunque mira a la chica que toma el sol, en su mente encuentra a Lucía. Eso le excita aún más y no tarda en acabar.

Necesita ir a su bungaló. Se siente culpable por lo que ha hecho. No es la primera vez, ni la segunda. Siempre piensa que no está bien. Se arrepiente y le pide perdón a Dios. Luego recuerda que es humano y que nadie está libre de la tentación. Reza y lee algún capítulo de la Biblia. Es su consuelo.

Sabe que el que está ahí arriba lo va a perdonar. Haga lo que haga.

CAPÍTULO 23

Saúl

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Entra en la casa principal y algunos ya han terminado de comer o van por el postre. Le fastidia que no le hayan esperado. Después de pasar una hora en Villa Gabriela con Gema, Saúl se ha dado una ducha y se ha cambiado de ropa. Apenas son las dos y media. Pero varios de sus compañeros, por lo visto, tenían prisa.

—Hemos hecho una ensalada de lechuga, salmón y aguacate —le dice Eva, que sí ha esperado a que él llegue para comer —. Voy a preparar unos sanjacobos. Tienen buena pinta. ¿Quieres un par?

Saúl asiente. Los fines de semana les toca a ellos prepararse la comida. Los dos cocineros del campamento libran, como el resto del personal, aunque les dejan el frigorífico lleno, incluso con algún guiso que solo tienen que calentar.

—¿Gema sigue durmiendo? —le pregunta la actriz mientras vierte el aceite en la sartén.

—Sí, no se ha despertado ni un segundo. Ya está Lucía con ella.

—No entiendo qué le ha podido pasar.

—Yo tampoco. Tengo ganas de preguntárselo. Es desconcertante. Ni siquiera sabemos si necesita un médico.

—¿Tiene fiebre?

—Creo que no, pero no te lo puedo asegurar. No le he tomado la temperatura.

—Lo de este campamento da para un libro de Agatha Christie.

—También para un vídeo del canal de nuestro amigo Óliver Alfaro. Has estado con él antes, ¿no?

—Sí, dándole de comer a los caballos y limpiando la cuadra. Sabe mucho del tema.

—Es un tipo peculiar ese mexicano. ¿Te fías de él?

—Yo ya no me fío ni de mi sombra.

La respuesta de Eva es la lógica para la situación que están viviendo. Lo normal es que nadie se fíe de nadie. Además, en el campamento se van formando grupitos y se notan cada vez más las afinidades de unos y otros. Él, de la única que sigue encariñándose es de la chica que tiene al lado, que acaba de quemarse con el aceite caliente. Protesta mientras ríe. Realmente, es adorable.

—Me preocupa una cosa —le dice Sara en la cama tres noches antes de marcharse al campamento.

—Prometo que voy a estar tranquilo y no me voy a pelear con nadie.

—No es eso. Bueno, eso también. Pero confío en ti y en el trabajo de control que hemos hecho en estas últimas semanas. De todas maneras, te he dejado unas notas preparadas para que las leas si tienes algún problema.

—Muchas gracias. No las necesitaré.

—Por si acaso, Saúl. Así me tendrás presente durante esas tres semanas.

—¿Qué es lo que te preocupa, entonces?

—Que conozcas a otra que te guste más que yo.

—¿En serio? ¿A estas alturas me dices eso?

—Puede pasarte. A todos nos puede pasar algo así. Seguro que en ese campamento habrá chicas muy interesantes.

—Yo ya estoy con una chica muy interesante —susurra Saúl abrazándola por detrás—. No voy a serte infiel, Sara.

—El problema no es que me seas infiel. El problema es que te enamores.

Eva saca los sanjacobos de la sartén. Sirve dos en cada plato y le entrega el suyo a Saúl, que le da las gracias. Se sientan a

la mesa, donde todavía está Natalia. La *influencer* se mete medio plátano de golpe en la boca y se levanta sin decirles nada.

—Sigue muy enfadada conmigo. No va a perdonarme.

—Yo tampoco sé si te perdonaría si me levantases la mano —comenta Eva, que se echa ensalada en su plato—. Bueno, al final sí creo que te perdonaría. Aunque te pediría que no lo volvieras a hacer.

—Ha sido un gran error. Debo controlarme. Pero es que me saca de mis casillas.

—Da igual lo que haga, Saúl. No puedes amenazar a nadie.

—Te prometo que intento no perder los nervios.

—A mí no me tienes que prometer nada.

—No volverá a pasar lo de esta mañana, por mucho que ella me provoque o me falte al respeto. He actuado mal y soy consciente.

—¿Tu novia te está ayudando a aprender a controlarte?

—Sí, Sara es muy importante para mí. Formamos un buen equipo.

Empezaron a salir juntos cuando ella era todavía estudiante de Psicología. Se conocieron en la fiesta de la primavera que organizó una famosa marca deportiva. Sara iba con unas amigas de la facultad y él acudía como atleta representante de la firma. Se gustaron, intercambiaron móviles e iniciaron una relación que, poco a poco, se había ido consolidando, a pesar de que también habían pasado por varias dificultades serias. Una de las crisis más importantes fue cuando aquel tipo intentó atracarlos a punta de cuchillo en un callejón oscuro. Saúl consiguió reducirlo y lo mató a golpes. Su entrenador se autoinculpó para preservar la carrera de su pupilo y él quedó libre.

—¿Es mayor que tú?

—Dos años y pico. Yo cumpliré veintitrés en septiembre y ella acaba de hacer los veinticinco. He madurado mucho a su lado. No era más que un niñato cuando empezamos.

—¿Tenéis planes de boda?

Saúl mira fijamente a Eva, que juega con el pelo mientras pincha un trozo de aguacate. Desde que está en el campamento, apenas ha pensado en aquel día en el que su novia soltó la bomba.

—¿Y si nos prometemos? —le pregunta Sara después de que él le haya asegurado que es imposible que se enamore de otra.

—¿Prometernos qué?

—¡Casarnos, tonto! ¿Por qué no ponemos fecha de boda?

—¿Estás hablando en serio? ¿Quieres casarte?

—No digo ahora. Dentro de dos o tres años. Llevamos un tiempo viviendo juntos. Tú estás en un buen momento y yo también. ¿No te parece bien la idea?

Saúl no supo qué responder y Sara se enfadó. El enfado le duró hasta dos minutos antes de que su novio se marchase hacia el aeropuerto. Tenía que coger un avión que le llevara a Barcelona, donde lo recogerían en autobús para acercarlo al campamento en los Pirineos.

—Te han salido muy bien los sanjacobos.

—Me encanta cómo eludes las preguntas complicadas —responde Eva sonriente—. Yo no quiero casarme. Seguro que encontraré a alguien con quien compartir mi vida. Pero no me veo vestida de blanco. Eso solo me pasará en una serie o en una película.

—Estarías muy guapa de novia.

Eva se sonroja y se pasa el pelo por encima de la oreja, en un gesto que Saúl ya conoce bien. Suele hacerlo a menudo. También se le marcan los hoyuelos de las mejillas al sonreír y mira hacia arriba, como si le diera vergüenza lo que acaba de decirle.

—¿Te arrepientes de haber venido? —le pregunta la chica, todavía azorada por el comentario de Saúl.

—No. Creo que no.

—¿A pesar de lo que está sucediendo?

—Es horrible lo que ha pasado. No estamos hablando de cualquier cosa. Hemos visto morir a dos personas. A dos compañeros. Pero… quién sabe si la vida nos ha traído por este camino para cosas buenas.

—Si finalmente Godoy elige a alguien, a esa persona le cambiará la vida.

—Completamente. Aunque yo no tengo muchas esperanzas.

—¿No? ¿Por qué? Yo te veo bien posicionado.

Saúl niega con la cabeza y bebe agua. Está seguro de que su perfil no es el que busca el magnate para liderar su imperio empresarial.

—Alexis, Óliver y tú estáis en cabeza ahora mismo, y me aventuro a decir que desde el principio. No va a poner a un deportista al frente de su fortuna.

—¿Y entonces por qué estás aquí?

—De relleno, para que haya un poco de todo —responde Saúl riendo—. Tampoco veo con posibilidades a Vicky, Natalia o Luis.

—Yo pienso que los diez que empezamos el campamento teníamos las mismas probabilidades. Si nos seleccionaron es porque ven algo en nosotros que les llama la atención. Ten en cuenta que la lista inicial era de cien personas.

—No me veo, Eva. Y tampoco sé si quiero.

—¿Y eso? ¿No te gustaría formar parte de una de las mayores fortunas del país?

Saúl se encoge de hombros. Cuando aceptó la invitación para ir a los Pirineos no sabía lo que se escondía detrás. Para él es un premio envenenado. ¿Tendría que dejar la pértiga si resulta elegido? En una de las charlas que han tenido durante la semana les han asegurado que podrán seguir dedicándose a lo que cada uno hace. Sin embargo, el deporte exige una preparación y una disciplina que resulta muy complicado compartir con otras tareas. Él mismo tuvo que abandonar la universidad para centrarse en los entrenamientos y la

competición. Quería ser el mejor y eso significaba renunciar a otras metas.

—Es mucha responsabilidad —responde el joven tras pensar su respuesta unos segundos—. Soy feliz saltando listones con mi pértiga. Todavía puedo hacerlo mucho mejor y batir mi propio récord. Solo tengo veintidós años.

—¿Renunciarías entonces al premio de Godoy?

—No lo sé. Sería una locura renunciar a algo así. Pero también sería un fracaso personal acomodarme y no continuar mejorando en mi carrera como saltador.

—¿Ellos saben que piensas así?

—No. No quiero que me echen del campamento antes de tiempo.

Eva sonríe mostrando sus dos hoyuelos. Da un sorbo al vaso de agua y después coloca su mano encima de la de Saúl. Los dos se quedan mirándose un instante, hasta que la chica se confiesa:

—Yo tampoco quiero que te vayas antes de tiempo. Esto no sería igual sin ti.

CAPÍTULO 24

Vicky

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Todavía le duele lo que Natalia le ha dicho. Ha sido una ingenua. Con lo bien que estaba ella sin sentir nada por nadie… ¿Por qué su primer contacto sexual ha tenido que ser con esa *influencer* loca y egocéntrica?

Vicky no entiende nada. Hasta esa noche pensaba que era asexual y arromántica. Si es que ni siquiera le apetecía masturbarse, ni tenía un *crush,* como la mayoría de los chicos de su edad. Posiblemente, era la única de Frikidates que jamás había quedado para una cita con alguien con sus mismos gustos.

¿Por qué ahora no puede dejar de pensar en sus labios, en sus manos o en su sexo?

Le resulta imposible quitársela de la cabeza. Y el mayor problema es que quiere más. Sí, ahora necesita más. Pero ella no va a dárselo. Natalia es la última persona del planeta de la que debía engancharse. Estúpida.

Lo ha estado meditando y su tiempo en el campamento ha terminado. Ya ha hecho todo lo que tenía que hacer allí. Además, ahora ha aparecido Gema, que a saber de dónde ha salido y qué es lo que le pasa. No le cae bien, ni se fía de ella. Su instinto se lo dice.

Después de comer, va a su cuarto y coge una mochila del armario. La metió en su equipaje por si hacían excursiones o salían de senderismo. Nada de eso ha pasado. En cambio, ahora sí le va a servir. Guarda algo de ropa, su bote de agua y comida para el camino. Cuando llegue a la civilización, le pedirá a alguien que vaya a por el resto de sus cosas. Ir cargando con la maleta por la montaña sería una locura.

No va a avisar a nadie. ¿A quién le importa que ella se marche? No ha congeniado con ninguno de sus compañeros.

Ya lo esperaba, aunque cuando recibió la invitación tenía una remota esperanza de encontrar a alguien afín entre las personas con quienes iba a compartir esa experiencia. No ha sido así.

A pesar de que una se le ha metido en la cabeza.

Natalia, maldita Natalia. ¿Por qué no puede dejar de pensar en ella? ¿Por qué no paran de venirle *flashes* de lo que sucedió anoche? Se le pone la carne de gallina al recordar el momento en el que tuvo su primer orgasmo. Un escalofrío estremece su cuerpo. Es una de las sensaciones más increíbles que ha tenido en la vida. A la altura de cuando aquel artista coreano le escribió por Twitter. El sexo no es tan insignificante como creía.

Debe olvidarse de todo eso y ponerse en marcha. Solo faltan unas horas para que se haga de noche y le gustaría recorrer unos cuantos kilómetros antes de que empiece a ocultarse el sol. Lleva una pequeña linterna que se trajo de casa y pilas de repuesto. Pero prefiere caminar de día.

Sale de su bungaló, el más cercano a la casa y a la puerta principal. No ve a nadie. Es su oportunidad para marcharse. Va deprisa hacia la salida y cruza la verja que rodea el campamento. Tiene algo de miedo, pero debe irse de allí.

Lo primero es encontrar el pseudocamino por el que llegaron en el autobús. Eso le servirá de referencia. Se encuentra a un kilómetro o kilómetro y medio de allí. Aunque no está muy segura de la dirección que debe tomar. Si tuviera el móvil, enseguida lo averiguaría.

Durante los primeros minutos, se pregunta constantemente si lo está haciendo bien. Si eso será tan peligroso como dice Godoy o simplemente los quería asustar. Ella siempre pensó que no sería para tanto y que lo que el millonario pretendía era que nadie se planteara irse por su cuenta. Tenerlos controlados detrás de los muros del campamento.

—Los Pirineos son muy peligrosos si no conocéis muy bien la zona. No solo por que os podáis perder, que sería lo más normal, sino por lo abrupto que es el terreno. Existen tramos muy complicados que os costaría muchísimo atravesar a pie. Y

eso sin hablar de la cantidad de animales salvajes que viven por aquí.

Vicky investigó sobre la fauna de los Pirineos antes de acudir al campamento. Leyó que, si no se les hace nada, los animales no suelen atacar a las personas. Lo más importante es que no se sientan amenazados. De todas maneras, espera no cruzarse con ninguno por el camino y encontrar algún refugio antes de que se haga de noche.

Cuando lleva quince minutos andando, se detiene y bebe un poco de agua. Hace calor y le sobra la chaqueta negra que se ha puesto, aunque es muy finita. Pensaba que en mitad del bosque haría frío. Se la quita, se la anuda a la cintura y reanuda la marcha. Entonces oye un ruido cerca. Parecen pisadas.

La chica se asusta. ¿Será algún animal? ¿Y si Godoy tenía razón y salir sola era muy peligroso? ¿Debería haberse quedado en su bungaló?

Vicky mira a un lado y al otro inquieta. Trata de escuchar con atención, pero no puede determinar de dónde vienen las pisadas. Si sale corriendo, existe el riesgo de darse de bruces con el animal que se le está acercando. Espera que no sea un lobo ibérico, aunque ha leído que quedan pocas manadas y están en otra parte de los Pirineos. Tampoco le gustaría que fuera un jabalí. ¿Y si fuera un o…?

—¿A dónde crees que vas? —le grita una voz femenina a su espalda.

Vicky da un brinco, tropieza y cae al suelo. Su corazón va a mil por hora.

—¡Imbécil! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Eso pretendía.

Natalia le ofrece la mano y la ayuda a levantarse.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunta Victoria mientras se sacude el polvo de la ropa. Se coloca bien la mochila, que ha frenado el golpe en la caída.

—Porque te he visto salir y te he seguido. Quería saber de qué eras capaz y si no te ibas a volver a los dos minutos de marcharte.

—Ya ves que no.

—Estás peor de la cabeza que yo —dice Natalia con los brazos en jarra—. Venga, a casa, Dora Exploradora.

—No pienso volver al campamento.

—No vas a llegar a ninguna parte tú sola.

—Claro que llegaré. Seguro que encuentro algún refugio por el camino.

—O al guardabosques del oso Yogui. ¿No ves que es imposible salir de aquí a pie?

—Solo tengo que dar con el camino por el que vinimos en el autobús y seguirlo.

—Durante treinta kilómetros. Andando, de noche y con zonas en las que ni se distingue que es un camino. ¿No te diste cuenta por dónde fue el bus cuando nos trajo? ¡Si parecía que estábamos en Madagascar!

—No he estado en Madagascar.

—Yo tampoco, pero me encantaría. He visto las películas —comenta Natalia, que resopla—. ¿Esta huida a ninguna parte no será por la charla de antes?

—No tiene nada que ver. No aguanto más en el campamento.

—Vaya, sí que es por lo de antes. Soy más influyente de lo que imaginaba.

La sonrisa de Natalia molesta a Vicky, que no pierde ni un segundo más. Emprende la marcha y deja atrás a la otra chica, que va tras ella.

—Venga, perdona. Quizá he sido un poco brusca contigo. No es que no me gustes. Solo es que soy un alma libre y no quiero implicarme con nadie.

—Anoche estabas muy implicada.

—¿Nunca has tenido una noche loca? ¿Sexo por sexo? No, está claro que no. Qué cosas digo. Si hasta esta noche…

—¡Déjalo ya! ¡Por favor! ¡Y no me sigas!

—No voy a permitir que te vayas sola, Vicky. Tienes cero posibilidades de salir viva de la montaña. Y no me hagas la macabra broma de que en el campamento tampoco hay posibilidades de sobrevivir con un asesino suelto.

—Tú misma lo dices todo.

Natalia se ríe y acelera el paso para colocarse delante de la creadora de Frikidates. Tiene la respiración agitada y sonríe con sensualidad. Ya no lleva el conjunto amarillo de esa mañana, pero sí una camiseta muy ajustada blanca y un pantalón vaquero muy corto que la hacen terriblemente sexi. No va a caer esta vez, aunque se muere por comerle la boca y darse con ella un revolcón allí mismo.

¿Qué le está pasando? ¡Si hasta ahora no había sentido nada de esa forma por nadie!

—Estás en mi camino. Quítate, por favor.

—Vuelve al campamento conmigo.

—Ya no tengo nada que hacer allí. Quiero irme a mi casa.

—No vas a llegar a ninguna parte sola. Terminarás en el estómago de algún lobo hambriento o en el fondo de un terraplén. No seas tonta, Vicky. ¿Quién va a dirigir tu página de frikis si te pasa algo?

—No me va a pasar nada.

—Eres muy cabezota.

—En eso me ganas por goleada.

—Me encanta cuando te haces la dura. Me pone mucho.

—¿Qué? Estás fatal.

—¿Y si te prometo sexo del bueno como el de anoche? Una vez cada dos días. ¿Volverías conmigo al campamento?

La joven empresaria no puede creerse lo que Natalia le suelta así sin más. Para ella todo es un juego. ¡No se da cuenta

de que ha sido su primera experiencia sexual y que ha significado algo especial! Algo que ni sabía que existía.

Vicky chasquea la lengua y aparta del camino a Natalia de un empujón. Sin embargo, la *influencer* no se da por vencida todavía.

—Ya, en serio. No debí hablarte así. Me caes muy bien y me pareces una chica muy interesante. No quiero que te pierdas en la montaña y sentirme responsable.

—La responsabilidad es solo mía. No te preocupes por eso.

—No tienes ninguna posibilidad de sobrevivir. Estuve mirando en Internet y no hay nada alrededor en muchos kilómetros.

—Hay refugios.

—Pero no sabes dónde están.

—Encontraré alguno. Solo tengo que caminar y…

Otro ruido de pisadas alerta a las dos chicas, que se detienen y se miran en silencio. Vicky se da la vuelta, pero no ve nada. ¿Será otro de sus compañeros, que la ha seguido?

—Como sea un lobo, no voy a tener montaña suficiente para correr.

—No hay lobos en esta zona de los Pirineos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leí en Google.

—Me dejas más tranquila.

Entonces, de entre la maleza, contemplan a un animal que nunca habían visto tan de cerca. No es muy grande y aparentemente está tranquilo, aunque no se atreven a acercarse.

—¡Es un osezno! —grita Natalia emocionada—. ¡Pero si parece un peluche grande!

—¡No chilles! ¡Seguro que no está solo!

Efectivamente, el pequeño oso va acompañado. Su madre camina detrás de él, mucho más grande y con cara de pocos

amigos. Los dos animales se quedan parados y observan a las chicas con curiosidad.

—Dios. ¿Qué hacemos?

—No te muevas. Esperemos a que se vayan.

—¿Y si no se van? —pregunta Natalia, que coge el brazo de Vicky y lo aprieta.

—Cállate, ya. Vas a asustarlos y entonces será mucho peor. Esa osa puede medir casi dos metros si se pone de pie.

—¿También lo has leído en Google?

—Sí, también.

CAPÍTULO 25

Alexis

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Durante el turno de Lucía, de dos a tres, Alexis también está presente. En Villa Gabriela hablan sobre un montón de temas mientras vigilan a la coordinadora del campamento. Gema sigue igual, no ha habido cambios a esa hora. Continúa dormida, como si estuviese en una especie de sueño muy profundo del que no ha despertado ni un segundo. Óliver le da el revelo a la *influencer,* para que esta se vaya a comer. A las cuatro, será el *gamer* el que continúe la guardia.

Aunque se han contado muchas cosas sobre sus vidas, la cuestión de la que más han hablado ha sido de la muerte de Jorge y del pequeño orificio que han descubierto en su cuello. Solo ellos lo saben. Tampoco le han hablado a nadie de la aparición de la jeringuilla que encontró Lucía en la piscina y que han guardado en una estantería del cuarto de baño del bungaló del cantante.

La pareja come sola, aunque Luis ha aparecido varias veces en la casa principal. Hasta se ha sentado un rato con ellos. Alexis siente como si los estuviese vigilando y empieza a estar un poco cansado de ese tipo.

—Es un tío muy pesado.

—Un poco. Pero no tiene maldad. Es un buen chico.

—¿Confías en él? —le pregunta a Lucía mientras comparten unas natillas de vainilla caseras con galletas en el postre.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es muy extraño. Antes nos estaba espiando y tiene actitudes muy raras. Lo del crucifijo es alucinante.

—Sí, es verdad, eso me ralla un poco. Pero conmigo se porta genial desde el principio.

—Yo creo que se ha enamorado de ti.

—¿De mí? ¿Luis? ¡Qué va! Él solo está enamorado de Dios y de su Biblia. No le intereso de esa manera.

La risa de Lucía es muy dulce. Le encanta. Y aunque sigue repitiéndose que él está en ese campamento para convencer a Godoy de que es el mejor y el adecuado para ocupar su lugar, esa chica empieza a generarle cierta confusión. Tendrá que poner cuidado.

—Yo te digo que le gustas mucho. En cualquier momento, se te declara.

—Estás equivocado, Alexis. Antes hemos estado juntos en la piscina y ni siquiera me ha mirado. Y eso que he tomado el sol en bikini. Solo hemos escuchado música tranquilamente.

—El tío sabe disimular muy bien.

—¡No seas tonto! Si alguien le atrae serán Eva o Natalia. Aunque la que haría una buena pareja con él sería Vicky.

—¿Lo ves como el presunto asesino?

—No. Si hay un asesino en el campamento, no es él.

—Pareces muy segura. ¿Por qué no puede ser Luis?

Lucía coge una cucharada más de natillas y se queda pensativa. A Alexis le encantaría saber qué está pasando ahora mismo por su cabeza, pero no se lo pregunta. Mira el reloj y comprueba que solo quedan diez minutos para las cuatro. El tiempo se le pasa volando cuando está con ella.

—Yo creo que el culpable es Martín —suelta de repente la joven.

—¿Martín? Pero si ni siquiera está en el campamento.

—Eso no lo sabemos.

—¿Cómo que no?

—A lo mejor se ha escondido muy bien y no damos con él.

—Ayer lo revisamos todo centímetro a centímetro. No puede estar aquí.

—¿Has visto alguna vez la serie *Crimen en el paraíso* ?

—No, nunca. ¿Por qué?

Lucía le explica a Alexis que en un capítulo el asesino aprovechó un túnel secreto que estaba excavado desde hacía muchos años para llegar hasta la víctima y ocultarse después en él. Nadie lo vio ir hasta allí, a pesar de que había mucha gente alrededor y fue a plena luz del día.

—¿Piensas que hay un túnel en alguna parte del campamento?

—No lo sé. Pero ¿y un posible refugio bajo tierra? Fernando Godoy es una persona muy excéntrica. Lo veo capaz de hacer algo parecido.

—¿Para qué querría una habitación secreta?

—Para ocultarse de los animales o para espiarnos. ¡Yo qué sé!

—¿Y ahí es donde estaría ahora Martín?

—No solo él, también Gema habría pasado la noche en ese lugar—comenta Lucía, cada vez más entusiasmada por su teoría—. Imagina que ellos dos han planeado todo esto y están escondidos juntos en esa habitación subterránea. De repente, discuten por algún motivo. Ella decide salir y explicárnoslo todo, pero está tan agotada, drogada o lo que sea que se derrumba antes de contarnos lo que pasa. ¡Tiene sentido!

—¿Y por qué Gema y Martín querrían matar a Jorge y Miren?

—¡De eso no tengo ni idea! ¡No tengo todas las respuestas!

—Veo muchas carencias en tu teoría. Pero me gusta la imaginación que tienes. Podrías escribir una novela y ser la siguiente Miren Libano.

—No tiene gracia.

—Es cierto. Perdona, a veces se me va la mano con el humor negro.

Lucía se come la última cucharada de natillas con galletas y se levanta. Lleva hasta el fregadero lo que ha utilizado y empieza a lavarlo. Alexis acude a su lado y también friega lo

suyo. Sus codos se tocan y fingen que pelean por hacerse hueco. Eso lo ve Luis, que acaba de entrar otra vez en la casa principal. Tose para llamar la atención y los mira muy serio.

—¿Qué estáis haciendo?

—¿No lo ves? Jugando al parchís —contesta Alexis, que recibe un codazo de Lucía por su comentario irónico.

—¿Estáis juntos? ¿Os habéis liado?

—¿Nosotros? ¡No! —responde la chica, que se seca las manos en un trapo—. ¡No somos pareja! ¿De dónde te has sacado eso?

—¿Y qué si estamos liados? —interviene Alexis, que tiene en la mano el cuchillo que ha usado en la comida—. ¿Algún problema?

Las palabras del *gamer* sorprenden a uno y a otro. Lucía no entiende su reacción y Luis se queda de piedra. No se mueve ni gesticula. Solo acaricia el crucifijo que ha sacado del bolsillo.

—No eres nadie para preguntarnos eso —insiste Alexis malhumorado.

—Vivo con vosotros. Al menos por ahora. Tengo derecho a saber qué ocurre.

—Si nos hacemos novios o nos enrollamos es solo asunto nuestro. ¿Entiendes? Ya vale de perseguirnos y espiarnos. Estoy empezando a cansarme de verte a todas horas.

—Yo no os espío.

—¡Venga ya, Luis! ¡Apareciste en el bungaló de Jorge mientras estábamos nosotros dentro! Antes te vi mirándonos por la ventana de mi habitación y no has parado de entrar y salir de la casa mientras comíamos. ¡No te hagas el tonto conmigo! No cuela.

—Cada cosa tiene su explicación.

—La explicación es que te gusta Lucía y crees que yo puedo interponerme entre vosotros dos —dice el *gamer* con vehemencia—. Pero yo no soy el obstáculo, amigo. La

realidad es que a ella no le gustas. No siente nada por ti. Asúmelo.

—Alexis, por favor, no le digas nada más. Para.

Tocado y hundido. El mensaje ha sido rotundo. Luis asiente con la cabeza y se da la vuelta. Se marcha de la casa principal arrastrando los pies y apretando el puño izquierdo, donde lleva el crucifijo.

—¿Por qué lo has tratado así? —le pregunta Lucía muy molesta—. ¿Tenías que humillarlo?

—¿Cómo? Solo he…

—Solo te has impuesto a él, has marcado territorio, ¿no?

—¿Qué? ¡No! ¡No he querido hacer eso!

—¿Qué soy yo? ¿El premio de la partida?

—No he pretendido que te sientas así.

—Pues lo has conseguido. Enhorabuena.

Alexis, incrédulo, contempla como Lucía también se va.

La sangre le hierve por dentro. Por culpa de Luis, la chica se ha enfadado con él. Le fastidia tanto que lanza contra el suelo el cuchillo de la comida. La rabia le domina y le cuesta respirar con normalidad. No es la primera vez que le pasa en el campamento. También le ocurrió hace unas horas. En la piscina, con Jorge.

—Es demasiada mujer para ti.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Lucía no podría salir con un simple *gamer* . Ella quiere ir a vivir a Estados Unidos. Le encanta el glamur. Aspira a mucho más que a alguien como tú. Aunque Godoy termine eligiéndote, no estarías a su altura. ¿Sabes eso de que aunque la mona se vista de seda, mona se queda?

Alexis mira el reloj y se da cuenta de que le toca relevar a Óliver. Sigue muy enfadado por lo que ha ocurrido. En su cabeza, reproduce la charla que acaba de tener con Luis, las palabras que le ha dedicado Lucía y la conversación de anoche

con Jorge. Los sentimientos se le acumulan y las imágenes se le van amontonando. Se coloca las manos en las sienes y se las masajea. Jorge fue un auténtico capullo con él.

—¡Fíjate lo que te digo! Lucía saldría antes conmigo que contigo. Y no estoy mintiendo. Lástima que a mí no me gusten las mujeres, amigo.

—Tío, ¿has bebido?

—¿Yo? ¡No! Llevo muchos meses sin hacerlo. ¡Seis meses y mmm…! ¿Cuatro días?… Bueno, a lo mejor me he tomado una copita. O una botellita. ¡A la salud de mi difunta madre y del cabrón de mi padre!

—Estás muy mal, Jorge.

—¡Tengo motivos para estar mal! ¡Miren ha muerto, amigo! ¿A ti no te da pena o qué?

—No era la persona del campamento a la que más cariño le tenía.

—Insensible.

—He sido sincero.

—Has sido una rata. ¿No la habrás matado tú?

—¿Qué dices?

—Has sido tú. Joder, macho.

—Jorge, vete a dormir la mona y deja de soltar estupideces. Menudo resacón vas a tener mañana.

—Asesino. Tú la has matado. *Gamer* de mierda. Ahora lo veo claro.

No le dio pena que se ahogara en la piscina. Ninguna. Se lo merecía, tanto como la impostora de Miren, capaz de plagiar un libro para llegar al éxito y que también le dejó caer que un jugador de consolas no estaba capacitado para dirigir la fortuna de Fernando Godoy.

¿Quién era ahora el simple? ¿Quién era el que no estaba capacitado?

Alexis camina enfurecido hacia el bungaló número 12. Por un lado, desea encontrarse a Luis y ajustar cuentas con él, pero por otro prefiere calmarse antes de hacer ninguna tontería más. Tampoco quiere cruzarse con Lucía. No es el mejor momento. Luego irá a pedirle disculpas y a explicarle lo que ha intentado decirle. Ella le gusta mucho, aunque sus prioridades en el campamento sean otras.

Cuando llega a Villa Gabriela, observa que la puerta está abierta. Son algo más de las cuatro. Entra en la habitación y se sobresalta cuando no ve a Gema en la cama. Al que sí encuentra es a Óliver. El estudiante de Criminología está tumbado en el suelo. Y debajo de su cuerpo hay un gran charco de sangre.

CAPÍTULO 26

Óliver

Domingo, 14 de julio de 2019. Tercer día en el campamento

—¿Cuál es el caso más raro que has visto?

Óliver piensa durante unos segundos en la pregunta que le ha hecho Jorge. En su canal de YouTube ha hablado de más de quinientos sucesos. Empezó como una afición, después de leer una noticia en un periódico sobre «El crimen del rol». Le entró la curiosidad y lo investigó a fondo. Al concluir, se vio en la necesidad de contar lo que sabía del tema. Y entonces abrió el canal. Se sorprendió de las visualizaciones que tuvo durante la primera semana. Incluso un par de personas le preguntaron si iba a continuar subiendo con frecuencia vídeos de ese tipo. Respondió que lo intentaría y enseguida comenzó a buscar material de crímenes conocidos. Los siguientes fueron el asesinato de Anabel Segura, el caso del asesino de la tinaja y hasta se atrevió con Alcàsser, su vídeo hasta el momento más visto, con cincuenta millones de reproducciones. Sin darse cuenta, *Los crímenes de Óliver* se hizo viral y sus cientos de miles de seguidores de todo el mundo esperaban ansiosos la siguiente historia.

—He investigado algunos muy extraños. Los que me llaman más la atención son los que no encuentran al culpable. ¿Conocéis el caso del Carmel? Fue una auténtica locura en Argentina.

Durante varios minutos, Óliver le cuenta a Jorge y a Miren lo que sucedió hace diecisiete años en una urbanización de Buenos Aires. Una mujer apareció muerta en su casa, junto a la bañera. Aparentemente, parecía un accidente. Un mes después, tras la petición de un obstinado fiscal, se exhumó el cadáver enterrado en el cementerio de la Recoleta y descubrieron que tenía cinco balas dentro de la cabeza. La investigación policial fue muy complicada y alrededor se montó un gran circo mediático. Todo el mundo opinaba sobre

quién era el asesino de María Marta Belsunce. Unos culpaban al marido, otros, a los hermanos de la fallecida, y algunos, a un vecino problemático.

—Cuando traté el tema en el canal, varios seguidores que tenía en Argentina me dijeron que en aquellos días estaban más pendientes de lo que contaban en las diferentes televisiones y radios del país sobre este crimen que de su propia vida.

—Da para una buena novela —dice Miren, que ha escuchado muy atenta la historia.

—Yo, en cambio, no le escribiría una canción —comenta Jorge soñoliento—. ¿No hace demasiado calor? ¿Nos bañamos en la piscina antes de comer?

—A mí no me apetece, id vosotros. Luego nos vemos.

Óliver se levanta del sofá y sale de la casa. Echa de menos el canal de YouTube e investigar sucesos. Ha dejado programados un par de vídeos mientras está en el campamento, pero no podrá responder los comentarios ni atender las redes sociales. Entra en su bungaló y coge un libro que tiene sobre la mesa. Se ha llevado cinco. Cuando acabe con *Maldad bajo el sol,* de Agatha Christie, se pondrá con *La metamorfosis,* de Kafka.

Quince minutos más tarde, alguien llama a su puerta. Al abrir, se encuentra al coordinador.

—¿Qué onda, Martín? ¿Cómo estás?

—Asado. No entiendo que haga tanto calor en la montaña. ¿Tienes un minuto?

—Sí, claro, pasa. Ándale.

Óliver le invita a que ocupe la silla mientras él se sienta en el borde de la cama. Martín es más o menos de su estatura. Va vestido con una sencilla camiseta gris y un pantalón corto blanco. También se ha puesto una gorra negra y zapatillas deportivas.

—Tú dirás. ¿Ocurre algo?

—Iré al grano directamente para no hacerte perder el tiempo. ¿Tienes un móvil?

—¿Qué? ¿Un móvil? Claro. El que me requisasteis el viernes después de bajar del autobús. Un iPhone negro un poco viejo. Tengo que comprarme uno nuevo cuando regrese.

—Recuerdo ese móvil. Pero ¿no tienes otro teléfono en la habitación?

—No. ¿Por qué piensas eso?

—Esta mañana, cuando iba a la casa principal, creí escucharte hablar con alguien.

—Órale. Sería con alguno de mis compañeros. Han pasado varios por mi bungaló en lo que llevamos de domingo.

—Solo se te oía a ti. Me dio la impresión de que era como si mantuvieras una charla telefónica.

—No he platicado con nadie por celular, porque solo tengo el que me quitasteis el primer día.

Martín no está muy convencido de lo que le cuenta Óliver. Se le nota en la expresión de la cara. El mexicano se pone de pie y abre los brazos.

—¿Quieres buscar en la habitación? No me importa.

—Eso no sería muy adecuado ni demasiado ético.

—¿Por qué? Así te quedas tranquilo. Ándale. No tengo nada que ocultar.

—¿Sabes que, si estás mintiendo, tendré que informar a Godoy y podría suponer tu expulsión inmediata?

—Asumo las consecuencias. Pero no me va a expulsar porque no tengo ningún celular escondido en la habitación.

Martín asiente y también se levanta. Echa un vistazo a su alrededor y camina hacia el cuarto de baño. Óliver lo sigue. El coordinador mira en un pequeño mueblecito, que es el único lugar en el que podría estar el móvil. Solo encuentra productos de aseo, un peine, gomina y algunas cremas.

—Siento estar haciendo esto.

—No te preocupes. Solo cumples con tu trabajo.

—La única condición que os pusimos para venir fue que nada de comunicación con el exterior ni aparatos electrónicos. Si tuvieras un móvil, estarías engañando a la organización y a tus compañeros.

—No me gusta hacer trampas.

—A nadie nos gusta jugar con ventaja, pero a veces nos dejamos llevar por la tentación. Para nosotros es importante que respetéis las normas y que todos partáis con las mismas condiciones.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Quieres mirar en el armario?

El coordinador deja que sea el chico el que lo abra. Revisa los bolsillos de las chaquetas y de los pantalones. Luego inspecciona el cajón donde están los calcetines y la ropa interior. Después, el de las camisetas.

—¿Te resulta complicado estar sin teléfono? —le pregunta Martín mientras examina el interior de los zapatos.

—Como a todos. Aunque me he acostumbrado pronto.

—¿A quién llamarías si te diese la opción de usar el móvil?

—A mi madre, por supuesto. Ella sabe que estoy bien aquí, pero seguro que le encantaría escuchar mi voz y que yo mismo se lo dijera.

—¿La echas de menos?

—Mucho. Vivo con ella. ¿Cómo no voy a echarla de menos?

—¿Se ha quedado sola en casa?

—No, uno de mis hermanos ha venido a España a pasar un tiempo.

—¿Gael?

—Sí, Gael, el mayor —responde Óliver, que ya imaginaba que Martín conocería ese dato—. Si él no estuviera con ella, quizá no hubiera aceptado la invitación.

—Seguro que habrías encontrado la manera de venir.

—Es posible.

—No se puede dejar escapar una oportunidad como esta. Tú lo sabes.

El coordinador cierra el armario y busca un nuevo lugar en el que mirar. Tampoco encuentra el teléfono en los dos cajones de la mesa, debajo de la cama ni dentro de la almohada. En el marco de la ventana, en la maleta de Óliver o entre los libros que ha llevado al campamento no hay ni rastro del móvil.

—¿He superado la prueba?

—Sí, prueba superada. Parece que me equivoqué —reconoce Martín—. Siento mucho todo esto. Soy el primero al que no le gusta hacer este tipo de cosas.

—No pasa nada. Ya te he dicho que entiendo que es tu trabajo.

—Te compensaré. Me encanta hacer postres. ¿Cuál es tu favorito?

La pregunta del coordinador provoca la risa de Óliver. Le comenta que no hace falta, pero Martín insiste hasta que le saca que su postre preferido es la tarta de queso.

—No sé si tendremos aquí todos los ingredientes, ahora lo miraré. Si no, llamaré a Rita, la cocinera, para que me traiga mañana lo que necesito para prepararla. ¡Te vas a chupar los dedos!

—Bueno, cuando te pongas, avísame y te ayudo. También me gusta la cocina.

—Lo sé, Óliver.

—¡Neta! ¡Cómo no! Lo sabéis todo de nosotros. A veces se me olvida.

—Todo no, pero casi.

Martín vuelve a disculparse con el chico y se despide hasta la hora de la comida. Óliver regresa a la cama con el libro de Agatha Christie en la mano. Lee un par de páginas, pero se da cuenta de que no se está enterando de nada. No está concentrado. Suelta la novela encima de la cama y empieza a dar vueltas por la habitación.

Sí, no podía desaprovechar esa oportunidad, pero tiene demasiadas cosas en la cabeza.

—Hola a todos, mi nombre es Óliver Alfaro y soy mexicano, del precioso Estado de Veracruz, aunque vivo desde hace algunos años en España. He abierto este canal para contarles casos misteriosos de crímenes. Analizaré asesinatos famosos que ocurrieron por todo el mundo. Espero que les guste y que hagamos de este canal algo muy grande. No se olviden de suscribirse, por favor. Y dicho esto, empecemos. El primer suceso del que quiero hablarles es del asesinato de Carlos Moreno, un empleado de la limpieza que fue asesinado en 1994, en Madrid. Un caso que todo el mundo conoce como «El crimen del rol». ¿Qué sucedió? Ahora lo sabrán.

Óliver sale del bungaló número 6 y camina hasta el número 13, el que usan como biblioteca. Se asegura de que nadie lo ve antes de entrar. No ha faltado mucho para que Martín lo descubriese, aunque contaba con que no miraría detrás del espejo del baño. Era el escondite perfecto por si pasaba algo así. Afortunadamente, siempre ha sido muy precavido, pero deberá tener cuidado. Godoy y los suyos no se andan con tonterías.

No debe perder tiempo. Saca el teléfono del bolsillo, uno de prepago que compró dos días antes de viajar a los Pirineos, y lo enciende. A continuación, marca un número que se sabe de memoria. Responden al tercer bip.

—¿Bueno?

—Soy Óliver. Gael, dile a mamá que se ponga. Ándale. Date prisa.

—Ahora mismito. ¿Todo bien?

—Sí, solo que no les voy a poder llamar con mucha frecuencia. Estoy arriesgando demasiado y no quiero que me expulsen del campamento.

CAPÍTULO 27

Natalia

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

La osa y su cría se alejan despacio, aunque Natalia y Vicky no dejan de mirarlas hasta que desaparecen entre la maleza.

—Dios, ¿no es lo más increíble que has visto nunca? —dice la *influencer* muy emocionada—. ¡Hemos tenido a esos osos a menos de diez metros!

—Estoy temblando.

—¡Normal! Ha sido impresionante.

—Casi no puedo mantenerme en pie. Qué nervios.

—¡Menudo subidón de adrenalina!

—¿Me das un abrazo, por favor?

Natalia no duda y acepta la petición de Vicky. Las dos se juntan y permanecen abrazadas unos segundos.

—Espero que se te hayan quitado las ganas de excursiones por la montaña, Heidi. Hemos salido victoriosas esta vez, pero un oso de ese tamaño te suelta un zarpazo y despídete de la vida.

—No imaginaba que encontraría animales de estos por aquí.

—Es su casa. Estamos invadiendo su territorio. Seguro que hay más, y no tan amables como esa mamá osa y su bebé.

—Ya. Está claro que no he tenido la mejor idea.

—Tu idea ha sido horrible. Volvamos al campamento.

Natalia comienza a andar, pero Vicky no la sigue. La *influencer* se desespera y regresa sobre sus pasos.

—¿Por qué no te mueves? ¿Estás esperando a que venga otro oso?

—Antes de volver, quiero hablar de lo que pasa entre nosotras.

—¿Qué es lo que pasa?

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Por qué te has acostado conmigo?

—Me apetecía. Tenía ganas de echar un polvo.

—¿Y por qué me elegiste a mí? Soy la más fea de todo el campamento. Y tú puedes tener sexo con la persona que te dé la gana. Eres… eres preciosa.

Natalia se da una palmada en la frente. Coge del brazo a Vicky y reemprenden el camino de vuelta.

—No vuelvas a infravalorarte de esa manera.

—Solo soy sincera.

—En lo de que yo soy preciosa tienes toda la razón —bromea la *influencer* —. Pero tú también lo eres. A tu manera. Tienes tu propia personalidad y eso me encanta. Cuando estoy cerca de ti, siento una atracción enorme que pocos me han hecho sentir.

—Si te atraigo tanto, ¿por qué me has rechazado antes?

—Porque estaba con el calentón de la discusión con Saúl. Mi orgullo se sentía herido y solo quería descuartizar a ese machito estúpido.

—Y lo pagué yo.

—En cierta manera. Aunque tampoco quiero que te enamores de mí porque yo no quiero enamorarme de ti. Ni de ti ni de nadie.

—Yo no sé lo que significa estar enamorada —dice apenada Vicky—. Nunca había sentido atracción de ningún tipo. Hasta que te empecé a tocar anoche. Fueron sensaciones completamente nuevas para mí.

—Eso tiene otro nombre, cariño, y no se llama «amor».

—Ya, pero… no sé. Quería…, hoy quería estar contigo todo el tiempo.

Ahora es Natalia la que se detiene y mira fijamente a Victoria. Le entran ganas de besarla, pero sabe que no es conveniente. Así que se limita a acariciarle la mejilla y a darle las gracias.

—Vamos a cerrar esta conversación tan ñoña cuanto antes. Se me está subiendo el azúcar. Ya veremos cómo van las cosas en lo que queda de campamento, ¿vale?

—Bueno, si es lo que quieres, así será.

—Es lo mejor para ambas, Vicky. Con el paso del tiempo, te darás cuenta.

Natalia sabe que no ha convencido a la otra joven, que desde ese momento no vuelve a hablarle, salvo con monosílabos, para responderle a alguna pregunta. Parece ofendida, pero ella no puede ofrecerle más.

Cuando llegan al campamento, se dirigen directamente a la casa principal. Se extrañan, porque no hay nadie.

—Estarán todos en sus bungalós. ¿A quién le tocaba quedarse con Gema? —pregunta Natalia, que mira su reloj—. Creo que ha terminado el turno de Óliver y ahora estará Alexis con Gema. ¿Después vas tú?

Vicky no contesta. La *influencer* resopla y va hasta el frigorífico para beber agua fría. Da un trago de la botella etiquetada con su nombre y se sienta en uno de los sofás. Le duele la cabeza. Cierra los ojos y piensa en si sus *followers* la estarán echando de menos. ¿Y su familia? Seguro que están muy a gusto. Una extraña melancolía la sacude por dentro. No es nada sencillo ser como es ella. Vive entre toboganes. Siempre con intensidad y causando amor y odio por donde pisa.

Mira a Vicky, que se ha sentado en otro sofá diferente. Le da algo de pena. Tal vez debería haberse contenido y no lanzarse a por una presa tan frágil. Está sufriendo, y es por su culpa. Aunque no podía imaginar que se encaprichara de ella solamente por una noche de sexo.

—¿Te apetece que nos demos un baño en la piscina antes de que empiece tu turno?

—No.

—¿No tienes calor?

—No.

—Pues nada, chica. Me bañaré yo sola, que debemos de estar a treinta y tantos grados. ¿Vas a estar todo el tiempo así conmigo?

Esta vez ni siquiera recibe un monosílabo como respuesta. Lo ha intentado, y por lo que se ve aquello no tiene solución. De momento. No va a insistir más. Sale de la casa principal y va hacia su bungaló. Sin embargo, frente a Villa Alejandra, la habitación de Óliver, se encuentra a algunos de sus compañeros.

—¿Qué hacéis aquí?

—Gema ha atacado a Óliver —responde Lucía nerviosa—. Y luego se ha fugado. No sabemos dónde está.

—¡Qué dices! ¿Se encuentra bien?

—Solo ha sido un golpe.

Natalia entra en el bungaló y va hasta la cama, donde está el mexicano sentado. Eva, Saúl y Alexis lo rodean.

—¿Dónde estabas? —le pregunta la actriz en cuanto la ve.

—Vicky ha tenido la brillante ocurrencia de marcharse del campamento. Tuve que ir tras ella para convencerla de que no era lo mejor. Hemos visto hasta una osa gigante con su retoño. Pero luego os doy los detalles. ¿Y a ti qué te ha pasado?

Óliver se echa la mano a la cabeza y se toca el apósito que le cubre la herida.

—No estoy muy seguro. Estaba lavándome las manos en el cuarto de baño de Gema y he recibido un golpe por detrás. Cuando me he dado cuenta, tenía debajo un charco de sangre y Alexis repetía mi nombre mientras me zarandeaba.

—¡Joder! Necesitas un médico.

—Eva se ha atrevido a darme dos puntos en la cabeza. Todo está bien ya.

—¿Le has dado puntos?

—Sí, con aguja e hilo que me he traído de casa. Una que es precavida después de viajar tanto. Aunque no imaginaba que lo emplearía para esto —dice Eva, y mira sonriente a Óliver —. Es solo un apaño. Un profesional tendrá que tratarle bien la herida cuando salgamos de aquí.

—Esto es de locos. ¿De Gema no sabemos nada?

—No, nada —responde Alexis—. Cuando llegué a la habitación para relevar a Óliver, no estaba. Solo lo vi a él tumbado en el suelo.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

Todos se miran. En realidad, ninguno está seguro de cuál es la medida que deben tomar.

—Lo hemos estado hablando, pero no nos ponemos de acuerdo —responde el propio Óliver—. Unos piensan que debemos buscarla por la montaña y otros que debemos esperar al lunes, a que venga Godoy.

—¿Os he dicho ya que hemos visto una inmensa osa parda con su hijito a menos de dos kilómetros de donde estamos? ¡No podemos salir de aquí! ¡Es peligroso! ¡Seguro que hay más osos y otros animales salvajes cerca!

—Eso es lo que pienso yo. Pero no todos tenemos la misma opinión. Saúl y Alexis creen que hay que encontrar a Gema para aclarar lo que está sucediendo —indica el estudiante de Criminología señalando con la mirada a sus dos compañeros.

—¿Creéis que ella ha sido la causante de lo de Miren y Jorge?

—Tiene todas las papeletas —responde el *gamer* —. Si no, ¿por qué iba a huir del campamento y a agredir a Óliver?

—Pero no lo ha matado. Si fuera la asesina, no lo habría dejado con vida —apunta Natalia, que no lo ve nada claro—. No tiene demasiada lógica.

—La lógica brilla por su ausencia en este campamento. Están pasando cosas muy extrañas y hay muchas preguntas que no tienen respuesta —comenta Saúl—. Gema es la única

que podría darnos alguna solución. Por eso creo que debemos encontrarla. Nos podríamos organizar en pequeños equipos y buscarla por el bosque. No debe de andar muy lejos. Si antes de que anochezca no hemos dado con ella, regresamos y nos planteamos cómo pasar la noche. Pero es importante que todos estemos en la misma línea y no que cada uno vaya por su lado.

—No sé si estoy muy de acuerdo con ese plan —dice la *influencer* cruzándose de brazos.

—Yo tampoco. Podemos someterlo a votación —señala Óliver—. Que decida la mayoría. ¿Os parece bien?

Los cinco aceptan votar y acatar lo que salga. Eva llama a Luis y a Lucía para que entren en el bungaló y les explica lo que han determinado.

—Solo falta Vicky. ¿Dónde está?

—Voy a por ella —le responde Natalia a Eva—. Enseguida vuelvo. ¡No empecéis sin nosotras!

La *influencer* corre hasta la casa principal, pero Victoria no está allí. Por un momento, teme que haya vuelto a marcharse del campamento. Va hasta el bungaló número 1 y llama. Suspira aliviada al escuchar unos pasos en el interior. Sin embargo, la puerta no se abre.

—¡Estamos todos en la habitación de Óliver! Gema lo ha herido y se ha largado del campamento. Vamos a votar para ver qué hacemos. Tienes que venir.

—No quiero ir.

—Es obligatorio. No te puedes quedar al margen.

—Te he dicho que no quiero ir.

—Venga, Vicky, no seas infantil.

—Piensas que soy como una niña mimada ¿verdad?

—No, claro que no. Era una manera de hablar.

—Pues, para que lo sepas, mi vida no ha sido nada fácil. He sufrido mucho. Mi padre se largó de casa, nunca tuve amigos y nadie me ha tomado en serio.

—Yo te he tomado en serio, cariño. ¡Muy en serio! Si no fuera así, ¿para qué coño iba a ir detrás de ti y correr el riesgo de que me coma un lobo o un oso?

—Aquí no hay lobos y los osos no comen personas.

—Ya, ya. ¡Da lo mismo! El caso es que tienes que salir de ahí. O me enfadaré yo también.

Vicky no responde, pero la puerta se abre a los pocos segundos. Natalia contempla a una joven con los ojos irritados, el rímel negro corrido por la cara y la nariz roja como un tomate.

—Estás muy guapa.

—Mentirosa.

—No me digas que estás así por mí —le dice la *influencer,* que se echa las manos a la cabeza—. ¡Yo no merezco tus lágrimas!

—Ya lo sé. Soy estúpida.

—No eres estúpida. La estúpida soy yo. Pero no podemos empezar algo aquí. No estoy preparada para una relación.

—Solo quieres sexo y hacerme sufrir.

—Y tomar el sol en toples y bañarme en la piscina —responde Natalia sonriente—. Lávate la cara, anda. Tenemos que ir a votar. Igual nos toca volver a hacer una visita a la señora osa y a su hijo.

—¿Otra excursión por la montaña?

—Sí, amiga mía, otra.

—No sé si estoy preparada para eso.

—Yo tampoco, cariño. Pero en este campamento debemos estar preparadas para cualquier cosa que suceda. Cualquier cosa.

CAPÍTULO 28

Eva

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

El resultado final de la votación es de empate. Cuatro prefieren ir a buscar a Gema y otros cuatro creen que lo más adecuado es quedarse y esperar acontecimientos. Así que deciden que los que han elegido la primera opción formen dos equipos y salgan al bosque y que los otros permanezcan en el campamento vigilantes por si la coordinadora regresa.

Eva, Saúl, Alexis y Lucía son los que han votado salir. Se preparan durante unos minutos en sus habitaciones y se reúnen a las cinco en la puerta principal del campamento.

—Eva y yo iremos por la izquierda. Vosotros por la derecha —indica Saúl, que una vez más se reivindica como líder del grupo—. Si la encontráis, tened cuidado. No sabemos de qué es capaz. Y si se hace muy tarde, regresad al campamento. La montaña de noche es muy peligrosa.

—Tranquilo. Todo está controlado —responde Alexis—. Tened cuidado vosotros también.

—Lo tendremos. Suerte, chicos. Nos vemos dentro de un rato.

Saúl y Eva toman un camino y Alexis y Lucía van por el otro lado. La actriz se da cuenta de algo y se lo comenta a su compañero cuando se han alejado del campamento:

—¿No te parece que esos dos estaban un poco tensos entre ellos? No se hablaban.

—Sí, también lo he notado. Desde ayer, hay mucha tensión en general. Es normal. Yo me sigo arrepintiendo de lo que sucedió esta mañana con Natalia. Ni siquiera me mira cuando hablo.

—Dale tiempo.

—Lo que no puedo es dar marcha atrás. Le he pedido disculpas. Así que ya depende de ella. Aunque tampoco estoy demasiado preocupado por lo que pueda pensar de mí. Esa chica no está muy bien de la cabeza y va completamente a su ritmo.

—¿Piensas que ha visto a una osa de verdad?

—Cualquiera sabe. Pero estaba con Vicky, así que no creo que se lo hayan inventado.

—Espero que no nos la encontremos nosotros. Me moriría.

—Tranquila, esos animales solo atacan si los molestan. Si aparecen, solo tenemos que pasar de ellos y ellos pasarán de nosotros.

—¿Así de fácil?

—No, pero tengo que hacer todo lo posible para que no estés asustada —responde Saúl guiñándole un ojo—. Yo te defenderé.

—Igual soy yo la que tiene que defenderte a ti.

—¿Sin el arco y la flecha? Pierdes todo tu poder, Katniss.

—Sé algo de artes marciales. Tuve que aprender para un papel que luego no me dieron. Y te aseguro que, si nos toca correr, soy más veloz que tú.

—Ni en tus mejores sueños me ganarías en una carrera.

—Espera que aparezca un oso y lo comprobamos.

El pique entre ellos dura unos minutos, mientras se van alejando cada vez más del campamento. Caminan entre pinos negros y abetos que van cerrando y abriendo el camino a su antojo. En algunos árboles van dejando como señal trocitos de tela roja para orientarse y no perderse en la vuelta.

—Mira allí —dice la chica señalando al cielo, en una zona donde la arboleda no es tan espesa—. ¿Es un águila?

—Eso parece.

Un águila real sobrevuela sus cabezas. La pareja se queda un buen rato observándola, ensimismada, hasta que escuchan un

ruido. Los dos se giran rápidamente hacia la derecha.

—¿Qué ha sido eso?

Saúl no responde a la pregunta de Eva y le pide con un gesto que guarde silencio. La chica asiente, aunque afloran sus nervios. Los dos permanecen en posición de alerta. Expectantes a lo que pueda pasar. De nuevo, se oye un ruido. Esta vez llega desde la izquierda. Algo se mueve entre la maleza.

—Estoy muy nerviosa. ¿Qué crees que es?

—No lo sé. Tranquila, no pasará nada.

Las palabras de Saúl no la tranquilizan. Al contrario. Eva aprieta los puños y siente un escalofrío. También le pidieron tranquilidad aquella vez. El día que cambió su vida para siempre.

—No quiero hacerlo.

—Sí que quieres. De hecho, estás deseándolo. Te lo veo en los ojos.

—No es verdad. Quiero marcharme.

—No te engañes —le susurra en el oído y luego la besa en los labios—. Quieres esto tanto como yo.

—¿Y si me negara?

—Nadie se niega.

El aliento le huele a alcohol y le entran arcadas. Su rostro está excesivamente cerca y sus manos rugosas le tocan las rodillas.

—No quiero seguir. Por favor, ¿me puedo marchar?

—Tranquila, Eva, no pasará nada.

De repente, un conejo blanco salta delante de ellos. Es como un cohete que cruza de lado a lado. Va tan rápido que casi ni lo ven.

—¡Joder! ¡Qué susto! —grita Saúl, que resopla—. ¡Un conejo! ¡Un maldito conejo!

Sin embargo, la chica sigue inmóvil. El joven se acerca hasta ella al ver que no reacciona y le acaricia el brazo cariñosamente. Eva lo aparta y se acuclilla.

—¿Qué te ocurre? Solo ha sido un conejillo. ¿Te encuentras bien?

—No sé qué me ha pasado. Estoy algo mareada.

Saúl se agacha a su lado y saca un bote de agua de la mochila. Se lo entrega y Eva le da un pequeño trago. Poco a poco se recupera y su cara cobra mejor aspecto. Mira de nuevo al cielo y comprueba que el águila real ya no vuela por encima de ellos.

—Menos mal que no ha sido un lobo, un oso o un jabalí. Te hubiera dado un infarto. ¿Quieres que volvamos al campamento?

—No. Sigamos buscando a Gema.

—¿Estás segura?

—Sí. Habrá sido una bajada de tensión. No te preocupes.

—Vale, como quieras. Continuemos entonces —indica Saúl, que se incorpora. Le da la mano a Eva, que también se pone de pie—. A lo mejor, en lugar de con Gema, nos tropezamos con Alicia.

—¿Qué Alicia?

—La del País de las Maravillas. Ya hemos visto al conejo blanco que corría porque llegaba tarde.

La ocurrencia de Saúl le saca una sonrisa. Sin embargo, ya es la segunda vez que le dice algo que le hace recordar su pasado más difícil. La otra fue el sábado pasado, cuando apareció en la casa principal escuchando *Show must go on* de Queen, el grupo preferido de su madre.

—¿Crees que de verdad tenemos posibilidades de encontrar a Gema? —le pregunta Eva cuando se ponen de nuevo en camino. Quiere quitarse esos recuerdos de la cabeza lo antes posible y centrarse en lo que han ido a hacer.

—Sinceramente, lo veo casi imposible. No conocemos la zona y vamos completamente a ciegas. Pero hay que intentarlo. Tiene pinta de que ella sabe lo que pasa. Además, me apetecía pasar un rato contigo.

—Ya pasamos mucho tiempo juntos en el campamento.

—Solos, cada vez menos. Ni siquiera nos tocó dormir juntos anoche. ¡Y no me entiendas mal! ¡Tengo pareja! Pero me gustan nuestras conversaciones y escuchar tus opiniones.

—Solo digo tonterías.

—Para nada. Eres de las personas más sabias que he conocido.

Los halagos de Saúl la ponen colorada. Baja la mirada y sonríe.

—Me daba miedo que me dejaras de hablar o me trataras de manera diferente después de lo que ha sucedido esta mañana con Natalia. Intento controlarme, de verdad. Y he hecho grandes progresos últimamente.

—Bueno, no saquemos otra vez ese tema. Como has dicho, no podemos volver atrás. —Ella también lo sabe. El pasado es inamovible—. ¿Cuánto saltas con la pértiga?

—¿Mi récord? Está en cinco metros y setenta y cinco centímetros. Es la tercera mejor marca de todos los tiempos en este país.

—¿Y cuánto te queda para llegar al primer puesto?

—Seis centímetros. Ya lo he conseguido varias veces en entrenamientos. Creo que puedo lograrlo pronto en competición oficial. Me siento capaz.

—Lo lograrás. Estoy segura de ello.

—Si soy el elegido por Godoy, será mucho más difícil. Pero no te voy a dar la lata otra vez con eso. ¿Cuál es tu próximo proyecto?

—No tengo próximo proyecto. Rechacé un par de cosas antes de venir. Ahora mismo estoy libre como el conejo blanco que hemos visto antes.

—Te lloverán un montón de ofertas de papeles.

—No te creas. Está la cosa bastante mal. Ojalá el año que viene sea mejor. Le tengo mucha fe al 2020.

—Se habla de que caerá un meteorito.

—Si solo es eso, no me preocupa.

Los dos intercambian sonrisas y continúan varios minutos dialogando animadamente sobre lo que puede deparar el año siguiente. En el camino no vuelven a aparecer animales ni ruidos extraños. Eva piensa que es una pena que ese chico tenga novia, aunque no está muy segura de si se lanzaría y de que alguien como él fuera el adecuado. Saúl tiene ciertas similitudes con su expareja, con quien las cosas no terminaron nada bien. ¿Eso es una ventaja o un inconveniente?

Mientras charlan acerca de los invitados vip que los han visitado durante la semana, llegan a una pequeña explanada en la que descubren una casita de piedra.

—¿Y esto?

—Parece un refugio.

—Se supone que no hay gente en muchos kilómetros a la redonda. ¿Quién va a venir aquí? —se pregunta Eva sorprendida por el hallazgo.

—Vamos a averiguarlo.

El saltador de pértiga empuja la puerta, que está abierta, y la pareja entra en la casa de piedra. Consta de una sola habitación, en la que hay una cama de matrimonio y una cocina. También ven una mesa de madera y dos sillas. Al fondo, está el cuarto de baño.

—No está abandonada, como yo pensaba —dice Saúl—. Parece que ha venido gente hace poco. Está bastante limpio.

—¿Gema?

—Es posible. Mira.

El chico señala una bolsa que está en el suelo, en la que hay envoltorios y restos de comida. La cogen y la examinan.

—Esto es muy reciente. Posiblemente, de ayer o incluso de hoy.

—¿Pasarían aquí la noche Gema y Martín?

Saúl se encoge de hombros. Suelta la bolsa de nuevo en el suelo y camina por la habitación en busca de alguna pista. Eva hace lo mismo. Sin embargo, ninguno de los dos ve nada más que indique que los coordinadores hayan estado allí.

Fuera, por una de las ventanas del refugio, observan sus movimientos. Unos ojos que han visto de cerca la muerte. Aunque ni la actriz ni el atleta son conscientes de ello.

CAPÍTULO 29

Miren

Domingo, 14 de julio de 2019. Tercer día en el campamento

Mientras Jorge se baña en la piscina, Miren intenta escribir sentada en una de las tumbonas. Está acostumbrada a su portátil, pero poco a poco le tocará ir familiarizándose con ese que le han dejado en el campamento. De momento, le cuesta, y la historia no fluye como debería. Aunque su falta de concentración no se debe solo al cambio de ordenador.

Además del cantante, se han metido en el agua Lucía y Eva. Los tres juegan con una pelota y sus gritos la desconcentran. Demasiado alboroto. ¿Tendría que unirse a ellos o irse a otro lado a escribir?

La cabeza le pide que no se distraiga y escriba. Siente bastante presión por la nueva novela. Debe hacerlo muy bien para callar algunas bocas y tener satisfecha a la editorial. No le queda mucho tiempo de plazo. La entrega es después del verano y cada día debería avanzar en la historia.

—Hola. ¿Estás escribiendo? —le pregunta Gema, que se sienta a su lado.

—Lo intento, que ya es bastante.

—Seguro que se convierte en otro *best seller* . Me quedé asombrada con la cantidad de ejemplares que has vendido de *La casa de las muñecas rusas.* ¡Qué pasada!

—La editorial ha hecho un gran trabajo de distribución y promoción. Es muy buena, y me han puesto las cosas muy fáciles.

—No seas modesta. El mérito es tuyo. ¿A cuántos idiomas te han traducido ya?

—Italiano, polaco, chino y estamos a punto de cerrar con Rumanía.

—¡Genial! Me alegro mucho de que estés triunfando —dice la coordinadora, que mira hacia los chicos que se están bañando—. Tengo que leerlo.

—Cuando salgamos de aquí, te lo mandaré.

—No hace falta, mujer. Ya me lo compraré yo.

La sonrisa de Gema le da tranquilidad. ¿Sabrá lo que dicen por Internet? Si han investigado bien, se habrán enterado. No es complicado de encontrar. Solo hay que escribir su nombre en la barrita de Google. Una de las búsquedas más frecuentes que aparece es «Miren Libano plagio».

—¿De qué va la nueva historia? ¿Se puede contar?

—No puedo decir mucho, pero es una novela juvenil de misterio. Como la anterior.

—¿Muere gente?

—Van dos, por ahora.

—¡Me encanta! ¿Ya tienes claro el final?

—Más o menos. Sé quién es el asesino. Me quedan bastantes decisiones que tomar todavía. No está siendo sencillo enlazarlo todo y que tenga sentido.

—Debe de ser muy emocionante planificar un libro. A mí no se me da nada bien escribir. Yo quería ser chef. Es otra historia completamente distinta, aunque los cocineros también son muy creativos.

—¿Te gusta cocinar?

—Muchísimo. Viene de familia.

La joven escritora cierra la pantalla del portátil, que suelta en el suelo. Ella no sabe hacer ni una tortilla. Ni le gusta ni se ve capacitada. Aunque tampoco se veía preparada para escribir una novela y consiguió publicar la primera que terminó. La gente que la seguía en Wattpad la animó mucho y eso la motivó. Le gustaba ser conocida, pero en ese anonimato que da Internet. Los que la leían solo se preocupaban de que el siguiente capítulo estuviera disponible y de comentar lo que

les parecía. Si tenían que meterse con alguien, lo hacían con los personajes. Ella se quedaba en un segundo plano.

Ahora, en cambio, los ataques van directamente a la persona: a Miren Libano, la autora de la novela plagiada.

—¿Te dedicas a la cocina profesionalmente?

—No. Abandoné mis estudios. Antes de que el jefe me llamara para coordinar este proyecto, me ganaba la vida como camarera. Pero me hubiera encantado dirigir las cocinas de un gran restaurante. Esa era mi intención.

—Todavía estás a tiempo. Eres muy joven.

—Ya no tanto. Tengo veintiséis años. Quizá me anime a reiniciar mis estudios de cocina cuando acabe el verano.

—¿Cómo conociste a Godoy?

—Uf. Es una historia muy larga que prefiero no sacar del baúl de los recuerdos —responde Gema, que se pone de pie—. Esta piscina es fantástica. Me encantaría darme un baño, pero estoy de servicio. Aprovecha tú que puedes.

—No, no tengo ganas. Creo que me voy a ir a mi habitación a escribir o a descansar un rato. Estoy algo saturada y me duele la cabeza.

—Esto es muy intenso, ¿verdad?

—Sí, demasiado. No estoy acostumbrada a convivir con tanta gente.

—Intenta divertirte lo que puedas. También hay que disfrutar de los momentos libres. Por cierto, ¿has visto a Natalia?

—Después de comer, no. Se habrá ido a su bungaló.

La coordinadora asiente y le dedica una última sonrisa. Saluda a los que están en la piscina, que jalean su nombre, y se marcha. Miren se queda unos minutos más recostada en la tumbona. No se siente demasiado bien sin hacer nada. Debería ponerse a escribir y está claro que allí será imposible. También han llegado a la piscina Saúl y Alexis. Es hora de cambiar de sitio. Le dice a Jorge que se va a su bungaló a continuar escribiendo y que más tarde se verán.

De camino a su habitación no deja de pensar en cómo habrá conseguido Gema ser la mano derecha de Fernando Godoy. No parecía muy dispuesta a explicar cuándo y cómo se conocieron. Seguro que existen circunstancias especiales. Él es la sexta fortuna del país y ella una joven que trabajaba como camarera. ¿Cuál habría sido la conexión entre ambos?

Su instinto de escritora e investigadora hace que se plantee muchas preguntas constantemente, algo que suele terminar con respuestas insatisfactorias o poco agradables. En ocasiones, hasta se obsesiona con temas que no deberían ser de su incumbencia.

La curiosidad mató al gato.

Entra en Villa Daniela y se encuentra con que allí dentro hace mucho calor. Abre la ventana y asoma la cabeza. No corre nada de aire, y eso la agobia un poco. Entonces ve a alguien que se dirige a uno de los bungalós del final del camino. Óliver mira a un lado y a otro antes de entrar en la habitación que se usa como biblioteca. Su actitud le parece, cuando menos, extraña. ¿Está comprobando que no haya nadie alrededor? ¿Por qué?

La chica vuelve a salir de su bungaló y camina deprisa hasta el número 13. Se coloca bajo la ventana y escucha la voz del estudiante de Criminología.

—No, Gael, no podré platicar mucho con ustedes. Acá me lo tienen prohibido, ya lo sabes. ¿Puedes decirle a mamá que se ponga, güey? Órale, date prisa. Solo dispongo de un par de minutos.

¡Está hablando por teléfono!

No puede creérselo. Óliver se está saltando las normas del campamento. Tiene un móvil y charla con un tal Gael, que debe de ser su hermano, al que le ha pedido que le pase a su madre.

La organización ha sido muy clara al respecto: está prohibido todo contacto con el exterior durante esas tres semanas. Es como una especie de prueba de resistencia y de autocontrol. En pleno siglo XXI , el mundo se mueve a través

de las nuevas tecnologías, los móviles y las redes sociales. ¿Serían capaces de superar el reto diez de los jóvenes con más influencia del país, acostumbrados a estar veinticuatro horas al día con sus dispositivos electrónicos y pegados a la actualidad?

El castigo por incumplimiento es la expulsión inmediata.

Miren se plantea qué debe hacer mientras escucha a Óliver dialogar con su madre. Se le rompe el corazón al escucharlo preguntarle por su salud y por si se ha tomado la pastilla que le tocaba. Luego le da una serie de indicaciones que debe seguir. Se nota que es un joven muy atento y cariñoso. Incluso su acento se ha vuelto más mexicano. El primer día les explicó que, con el paso de los años, sin saber cómo, había cambiado su forma de hablar y el *tú* lo había sustituido por *usted* . Era algo que incluso su familia le recriminaba en broma.

Si avisa a alguno de los coordinadores y certifican que ese chico está usando un móvil, lo echarán del campamento. Un rival menos. Aunque no está allí para conseguir el gran premio que ha propuesto Godoy. No le interesa su imperio empresarial. No lo rechazaría, está claro, pero no se ve con posibilidades de ser la elegida.

La charla telefónica de Óliver con su madre termina de improvisto. No lo ha oído despedirse. Debe irse cuanto antes si no quiere que la descubra. Sin embargo, el joven se asoma por la ventana y la ve. Sus ojos coinciden y ambos son conscientes de la incómoda situación.

—¿Qué haces acá? —le pregunta el mexicano, que no parece muy sorprendido de verla.

—Nada. Me dolía la cabeza, hacía mucho calor en mi habitación y necesitaba aire. Te vi desde la ventana… y no pude remediar… seguirte.

—Intuía que había alguien. He escuchado cómo te movías.

—Tienes muy buen oído.

—Es el mejor de mis sentidos —asegura Óliver—. Ya conoces mi secreto, ¿no es así?

Miren no responde. Baja la mirada y asiente con la cabeza.

—No te estaba espiando. Ha sido circunstancial.

—Eso da lo mismo ahora. Sabes que tengo un celular. ¿Qué vas a hacer? ¿Se lo vas a decir a la gente del campamento?

—Te echarían si se enteran.

—Ya lo sé. Por eso he sido lo más discreto que he podido —responde Óliver, que cierra la ventana y sale del bungaló—. Mira, esto no está bien. Soy consciente. Pero mi madre está enferma y me preocupa. Solo la he llamado para saber cómo estaba.

—No te estoy juzgando.

—Solo te explico el motivo por el que uso otro celular. Sabía que me quitarían el mío y compré uno de prepago que escondí en la maleta.

—Eso te da ventaja en el campamento.

—Es una ventaja muy pequeña. No lo voy a usar todos los días. Solamente pensaba llamar de vez en cuando para comprobar que mi madre está bien.

—¿Gael es tu hermano?

—Sí, el mayor. Ha venido de México para pasar unos meses con nosotros. Que él esté con mi madre me ha permitido venir al campamento. No podía dejarla sola.

—¿Qué enfermedad tiene?

—Cáncer de mama.

—Joder, lo siento mucho.

—Se encuentra más o menos bien. Luchando cada día. Es una mujer muy fuerte.

—Seguro que sale de esta.

—Eso espero. No me gusta hacer trampas. Estoy totalmente en contra de saltarme las normas. En el campamento están al corriente de mi situación y me han dicho que, si la salud de mi madre empeora, me avisarán. Pero me quedo más tranquilo si hablo con mi hermano y con mi madre de vez en cuando. Aunque eso implique arriesgar mi futuro acá.

—Te entiendo perfectamente.

—Comprendería que me denunciaras. Pero piénsalo bien, por favor. Me juego mucho en este campamento. No por el premio en sí, sino por todas las personas a las que puedo conocer y que me pueden ayudar en el futuro. Es una oportunidad única para mí. El canal de YouTube va muy bien, pero da para lo justo.

Miren siente pena por ese chico. No tenía que haberle seguido y de esa forma no se habría enterado de que tiene un móvil a su disposición.

—No te preocupes. No le diré nada a nadie.

—Gracias. Padrísimo. No sabes cuánto te lo agradezco, güey. De verdad.

—No tienes nada que agradecerme. Lo importante es que tu madre se ponga bien.

Óliver sonríe. Se aproxima a ella y le da un abrazo. La chica no se lo espera y le impresiona sentirlo tan cerca. Nadie la abraza desde la última firma de libros que tuvo en la feria del libro de Madrid, a principios de junio.

—No le comentes a nuestros compañeros lo del celular.

—Descuida. No se enterarán.

—Aquí hay buen rollo, pero también he visto a personas muy competitivas. No creo que todos los chavos lo acepten de la misma forma que lo has aceptado tú.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—El tuyo también. Te lo prometo.

Miren tuerce el gesto y mira fijamente a Óliver, que le sonríe de oreja a oreja. El mexicano hace una especie de reverencia y se aleja silbando. La melodía que entona le resulta familiar. Se trata de *Twisted Nerve,* de la banda sonora de la película *Kill Bill* .

La escritora no entiende muy bien a lo que se ha referido con su promesa. ¿Es que él también cree que es una plagiadora de libros?

CAPÍTULO 30

Lucía

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Llevan más de veinte minutos caminando juntos y no han cruzado ni una palabra. Lucía sigue enfadada por el comportamiento de Alexis. ¿Por qué ha tratado así a Luis? No tenía derecho a hablar en su nombre. Ella era la única que podía decirle a ese chico si le gustaba o no. Siempre ha huido de los caballeros andantes que quieren salvar a la pobre e indefensa damisela del dragón. Si necesita ayuda, la pedirá. Mientras tanto, no hace falta que acudan a socorrerla.

El cielo se oscurece de repente. Las nubes cubren el bosque. Lucía nota el bochorno y se detiene a beber un poco de la botella de agua con gas que ha cogido. Adora esa bebida burbujeante e incluso una marca la hizo imagen de una campaña de publicidad. Alexis la observa a un par de metros. Al *gamer* se le escapa una sonrisa, algo que a ella le molesta.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Me acabo de dar cuenta de que tu mochila es exactamente del mismo color que tus zapatos. Estoy seguro de que no es casualidad.

—No, no es casualidad.

—¿Siempre intentas que todo vaya a juego?

—¿Por qué no? No tiene nada de malo ir conjuntada.

—Claro que no. Simplemente, me ha parecido divertido.

—No veo la diversión por ninguna parte, pero bueno. Tú sabrás de qué te ríes.

Lucía guarda la botella y ata un trocito de tela amarilla en la rama de un arbolito que tiene al lado. Así no se perderán y encontrarán fácilmente el camino de vuelta.

—No quiero que estés enfadada conmigo —le dice Alexis un par de minutos después de que se hayan vuelto a poner en marcha—. Metí la pata. Pero es que Luis es muy pesado y me estaba agobiando.

—Lo que tengas contra él es asunto tuyo. No deberías haberme metido en medio ni humillarlo de esa forma delante de mí.

—A lo mejor me he pasado un poco.

—Te has pasado mucho. ¿Y si tiene problemas de autoestima o se siente inferior a los demás?

—No creo. Se ve que es un tipo raro, pero no parece que le falte confianza. Al contrario, va un poco de sobrado. ¿No escuchaste lo que dijo ayer de Miren?

Alexis le recuerda que fue Luis el que mencionó que la escritora había plagiado su primer libro justo después de que muriera y el que pensaba que la fallecida no debería haber estado en el campamento con el resto.

—Además, me he dado cuenta de cómo os mira. No me gusta nada. Se le van a salir los ojos de las gafas.

—¿Nos mira a quién?

—A las chicas del grupo. Lo he pillado más de una vez. Traspasa la ropa con la mirada. Os radiografía.

—No seas exagerado.

—No exagero. Fíjate bien —insiste Alexis—. Tú eres su favorita.

—Ya estamos con eso otra vez.

—Es que es la verdad, Lucía. No sé cómo no te das cuenta.

—Antes he estado con él en la piscina y no lo he notado. Estaba pendiente de la música y de su Biblia. Me parece que le has cogido manía y ves cosas que no son.

—No quiero empezar a discutir de nuevo. Dejémoslo aquí.

—Muy bien.

La tensión se instala de nuevo entre ambos. Siguen caminando, sin apenas hablar, durante otros quince minutos. El cielo está cada vez más gris y hace más calor. Llegan a una explanada, cerca de un terraplén, y se paran a descansar. Desde aquel lugar tienen unas vistas maravillosas de la zona.

—¿Le has dicho a alguien lo que hemos descubierto antes? —le pregunta Alexis, que da un trago a su botella de agua.

—No. A nadie.

—¿Ni a Luis?

—Ni a él. He mantenido en secreto lo de la jeringuilla y el pinchazo en el cuello de Jorge, como acordamos.

—Cada vez tengo más dudas sobre lo que está ocurriendo.

—Yo tampoco lo veo claro. Que Gema apareciera de repente, atacara a Óliver y huyera sin ponerse en contacto con nadie me descoloca.

—Eso después de pasar un par de horas inconsciente o dormida —señala el *gamer* —. Todo me parece muy confuso ahora mismo, pero en alguna parte debe encontrarse la verdad.

Lucía no dice nada. Va hacia una roca, al borde del terraplén, y se sienta en ella para atarse los cordones de las zapatillas. Piensa en lo último que ha dicho Alexis: en alguna parte debe encontrarse la verdad. Ella ha mentido en numerosas ocasiones. No siempre ha sido sincera, sobre todo en las redes sociales. Pero, si algo quieres, tienes que hacer lo posible por conseguirlo. A pesar de que no siempre sea de la manera correcta o toque rebajarse para lograr tus propósitos. Estaba dispuesta a cualquier cosa para triunfar en Internet. Incluso a vender su alma al diablo.

—Deberíamos volver. Va a caer una buena —dice el chico mirando hacia el cielo—. Viene una gran tormenta.

—Eso parece. Aunque este sitio es bonito. No me apetece volver al campamento.

—Nos empaparemos si no nos damos prisa.

—Ya no da tiempo a llegar antes de que llueva. Estamos muy lejos. Relájate. Siéntate aquí conmigo. Disfruta de la

vista.

Alexis resopla y le hace caso. Va junto a ella y se sienta a su lado. Los dos contemplan el precioso paisaje que tienen delante, repleto de vegetación de diferentes especies.

—No me digas que prefieres Nueva York a esto —comenta el joven, al que le cae una primera gota en la frente.

—Mi sueño es vivir en Estados Unidos. Este sitio es maravilloso, pero no para siempre.

—¿Nueva York sería para siempre?

—No lo sé. Ojalá. Aunque tampoco me importaría vivir en Los Ángeles o en Chicago.

—Son ciudades muy grandes. Demasiada gente.

—Bueno, al final, te rodeas de quien quieres. A veces, solo diez personas pueden parecer muchas.

—¿Eso sentiste cuando llegaste al campamento?

—Realmente, no sé muy bien lo que sentí. He intentado adaptarme a las circunstancias y lo he hecho lo mejor que he podido. Aunque, para serte sincera, creo que las circunstancias finalmente me han superado.

Las lágrimas aparecen en los ojos de Lucía. Alexis se da cuenta y le pasa la mano por la espalda acariciándola. La chica no lo permite y se aparta. El resultado es el mismo en un segundo intento.

—No te aproveches de mi debilidad.

—Solo pretendía ser amable. Nada más —le dice el chico extrañado por la actitud de ella.

—Ya no te creo, Alexis. ¿Fuiste anoche a la piscina?

—¿Qué dices?

—Tu habitación y la mía están una frente a la otra. Te vi regresar de madrugada.

—¿Me viste?

—Sí. No podía dormir y la ventana estaba abierta porque tenía calor. Te escuché y me asomé. ¿Venías de la piscina? ¿De

estar con Jorge?

Lucía llora mientras habla. La lluvia empieza a caer con algo más de fuerza y moja sus cabezas. Espera una respuesta, que no tarda en llegar:

—Sí, estuve con él.

—Lo sabía, pero no me lo quería creer. ¿Lo mataste?

—No, yo no lo hice.

—Sí lo hiciste, ¿verdad? No me mientas más, por favor.

—No, te prometo que no. Jorge estaba borracho y empezó a insultarme, a decirme que yo no merecía estar en el campamento. Que era un simple *gamer*. También me acusó de matar a Miren. Me llamó asesino varias veces. Pero no le hice nada.

—Ya. Te fuiste sin más, ¿no?

—Eso es. No tenía sentido discutir con él y regresé a mi bungaló. Yo no lo maté.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué no nos contaste que estuviste con él en la piscina?

—Porque me daba miedo que sospecharais de mí. También yo me sorprendí al verlo muerto. No sabía cómo actuar. Pero te repito, Lucía: yo no lo asesiné. No sería capaz de algo así.

La chica mueve la cabeza y se seca las lágrimas con los dedos. Se pone de pie y mira hacia el bosque.

—Tu definición en la lista era «violento». Godoy contó en la presentación aquel episodio con el chico que te ganó una partida a la consola. Lo agrediste brutalmente.

—¡Eso fue hace mucho tiempo!

—¿Y quién dice que no lo has hecho más veces? Llevamos nueve días aquí y eres la persona más competitiva del grupo. Te he observado de cerca. Hasta has intentado competir con Luis por mí. No te ha importado humillarlo.

—Fue un error. Ya te lo he dicho. Luego me disculparé con él.

—Todo cuadra ahora. He descubierto cómo eres realmente. Me das miedo.

—Estás en un error, Lucía. No soy como piensas.

Pero la chica no atiende a sus palabras. Tiene una teoría que no admite discusión. Ha encontrado la verdad.

—Te diste cuenta de que había un minúsculo orificio en el cuello de Jorge y dedujiste rápidamente que le habían pinchado con la jeringuilla que encontré en la piscina.

—¡Era obvio! ¡Solo había que encajar las piezas!

—Y me pediste que no se lo contara a ninguno de nuestros compañeros.

—¡Para no alertar al asesino! —exclama Alexis bajo la lluvia—. ¡Todo tiene una explicación, Lucía! ¿No lo ves?

—El agujerito no se veía. ¿Cómo es posible que lo descubrieras?

—Porque tuve una corazonada después de que me enseñaras la jeringuilla. ¡Tenía sentido que le hubieran pinchado en el cuello! ¡Y así fue! ¡Acerté!

Alexis se levanta y se queda mirando a su compañera de campamento, que tiembla y llora. El agua resbala por sus mejillas, mezclándose con sus lágrimas.

—Lucía, por favor. Tienes que creerme. Yo no maté a Jorge. Ven, dame un abrazo y olvidémonos de este mal rato.

—Sí lo mataste. Y también acabaste con la vida de Miren, ¿verdad?

—No, te juro que no fui yo.

—Ella me dijo que habíais discutido. Que querías ser el elegido a toda costa.

—Sí, discutimos. Pero fue porque Miren me veía como un simple *gamer* . Lo mismo que decía Jorge. Yo quise convencerlos de que no era así.

—¡Y los mataste!

—¡No! ¡Claro que no!

—Fuiste tú. Acabemos con esto de una vez. Reconócelo.

—No puedo reconocer algo que no he hecho. Abrázame, por favor.

La *influencer* coloca las manos en el abdomen. Se siente exhausta. No para de temblar y de llorar. Ve cómo Alexis se le acerca tendiéndole los brazos. Quiere abrazarla. Como aquel tipo de Internet, que deseaba quedar con ella para abrazarla y besarla. Uno de tantos hombres al que le enseñó su cuerpo desnudo, al que le envió su ropa interior o un mechón de pelo. Uno de esos tipejos que le dieron el dinero suficiente para comprar seguidores en las redes sociales o aquel vestido de la marca más cara que le quedaba como anillo al dedo. Señores que solo buscaban cinco minutos de placer al otro lado de la pantalla o un fetiche de su «Desconocida Favorita», como se hacía llamar. Nunca supieron quién era ni su nombre. Ni vieron su rostro detrás de una máscara. Jamás lo habló con nadie. Mintió a su familia y a sus amigas respecto a la procedencia de sus nuevas adquisiciones: regalos de las empresas para que los mostrara en las redes. Ni siquiera dio pistas sobre lo que hacía en la soledad de su habitación. Su alma vendida al mismísimo diablo. Afortunadamente, eso y todo lo que vino después se acabó y salió bien. Los comienzos nunca son fáciles. Hoy es todo lo que quiso ser. ¿Quién no se ha comido alguna vez un poquito de su orgullo y ha puesto en venta sus principios?

—Empecemos de nuevo, Lucía. Tú me gustas y no quiero que nos enfademos más. Hagamos borrón y cuenta nueva. Dame un abrazo, por favor.

—Lo siento.

Todo sucede muy rápido. La chica avanza con decisión hacia Alexis, como para abrazarle. En cambio, lo que hace es propinarle un empujón con todas sus fuerzas. El *gamer* no lo espera y pierde el equilibrio. Su cuerpo se despeña desde la parte más alta del terraplén, en mitad de aquella tormenta de verano en el interior de los Pirineos.

CAPÍTULO 31

Luis

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

La lluvia arrecia en el campamento. Luis está muy preocupado por Lucía, que hace ya más de dos horas que se marchó con Alexis. Desde que se fueron, no ha parado de comerse la cabeza. Estaban enfadados y no se hablaban. Seguro que han hecho las paces mientras buscan a Gema. A lo mejor se están liando bajo el aguacero. Esa idea le saca de quicio. ¿Por qué no se ha ofrecido él a salir? Podría haber pasado un tiempo precioso con ella y quizá confesarle lo que siente. Aunque las palabras del estúpido *gamer* las lleva clavadas en el corazón.

«… Pero yo no soy el obstáculo, amigo. La realidad es que a ella no le gustas. No siente nada por ti. Asúmelo.»

¿Debería hacerle caso y asumirlo? Ya sabía que sus posibilidades con Lucía eran remotas, pero escucharlo de boca de otro le ha dolido más de lo que imaginaba. Y con ella delante. Se ha sentido humillado. Destrozado. Pero no quedará así. Se la devolverá a Alexis tarde o temprano. A pesar de que la venganza es un pecado que Dios no tolera.

El silencio reinante solo es alterado por el estruendo de los truenos y el machacón ruido de la lluvia. Mientras Vicky y Natalia se encuentran en sus habitaciones, Luis y Óliver están en la casa principal. El mexicano se ha tumbado en uno de los sofás y de vez en cuando se queja de que le duele la cabeza.

—¿Quieres que te traiga una pastilla?

—No, gracias. Me he tomado antes una. Estoy esperando a que me haga efecto.

—¿Te duele mucho?

—Un poco. Pero no es nada grave, güey.

—Voy a preparar café. ¿Te apetece?

—Pues sí. La verdad es que me apetece. A ver si me espabilo un poco, que estoy atontado. Muchas gracias.

Luis prepara café para los dos. Mientras espera a que esté listo, se asoma a la ventana para comprobar si regresan Lucía y Alexis. Continúan sin aparecer, y eso acentúa su tensión. No es normal que todavía no hayan vuelto, con la que está cayendo.

—Te noto nervioso, amigo —le dice Óliver—. ¿Te preocupan nuestros compañeros?

—Un poco. Se estarán empapando con esta tormenta.

—Es solo agua. Luego una ducha caliente y como nuevos. Seguro que están bien.

Él no lo ve tan claro. Aunque, en realidad, la única que le preocupa de verdad es Lucía. Sobre todo, le fastidia que esté con Alexis. Su intuición le dice que algo ha pasado entre los dos. No puede dejar de imaginar numerosas escenas en las que se besan y se meten mano.

Debe dejar de pensar en ellos o terminará volviéndose loco.

El café sube y le sirve una taza a Óliver, que lo pide solo y sin azúcar. Luis sí se echa leche y un par de terrones; le gusta dulzón.

—¿Piensas que habrán encontrado a Gema? —le pregunta el mexicano después de dar el primer sorbo a su bebida.

—Es muy complicado. En estas condiciones, todavía más.

—Por eso yo voté esperar aquí. No creo que den con ella. El bosque es muy grande. Espero que hayan hecho caso a nuestros consejos y hayan ido dejando marcas por el camino para no perderse.

Fue Óliver el que recomendó a las dos parejas que se llevaran unas telas que habían encontrado en la casa principal y que cada minuto fueran atando un trozo a algún árbol o arbusto. La montaña puede ser muy traicionera y es fácil que el rastro se pierda.

—No entiendo muy bien lo que ha sucedido con Gema —comenta Luis, que se quita las gafas. Los ojos le pican y se los

restriega con las manos.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A todo lo que ha pasado con ella en estos dos días. Primero desaparece con Martín, luego aparece en condiciones extrañas y se queda como inconsciente. Y, de repente, se despierta, te golpea en la cabeza y vuelve a desaparecer. ¿No es raro su comportamiento?

—Normal no es, está claro.

—¿Con qué te atacó?

—¡Neta! Pues la verdad es que no lo sé. Estaba de espaldas y no lo vi —responde Óliver, que intenta hacer memoria—. No ha aparecido ningún objeto manchado de sangre en mi habitación.

—El golpe te lo dio con algo tuyo que viera en el bungaló o con algo que ella llevara encima. No hay más posibilidades.

—Es una buena reflexión, güey. No he echado nada en falta, pero lo comprobaré después. A lo mejor se ha llevado alguna cosa y no me he dado cuenta.

—¿Y por qué ha huido? Si regresó de donde quisiera que estuviera, no tiene sentido que luego se vuelva a marchar sin darnos explicaciones e hiriendo a uno de los chicos que ella misma eligió para formar este grupo.

—¿Tendría miedo de algo?

—O de alguien. ¿Martín?

Óliver da otro sorbo al café, que todavía está caliente, y se queja una vez más de la cabeza cuando se echa hacia atrás en el sofá.

—La desaparición de Martín es también muy misteriosa.

—¿Dónde estará? —se pregunta Luis en voz alta, sin esperar una respuesta del otro joven—. Si los coordinadores están implicados en lo que está pasando aquí, significaría que Godoy también puede formar parte de la trama.

—No creo que ese hombre haya planeado nada de esto.

—¿Por qué? Tú mismo analizaste en tu canal de YouTube un caso en el que salió su nombre.

—Sí, pero fue circunstancial. Él no tuvo culpa de nada. Simplemente, era el dueño del restaurante en el que ocurrió el suceso.

—El del cocinero que mató a una persona y se deshizo luego del cuerpo sirviéndolo como plato a los clientes.

—Exacto. Godoy fue el primer sorprendido en aquel suceso y colaboró en todo momento con la policía. El cocinero aseguró que Fernando no tenía nada que ver y que había actuado por su cuenta. Todo quedó muy claro en el juicio y en ningún momento se sospechó del magnate.

—¿Te imaginas que hubiera sido Godoy el responsable? ¿El escándalo que se hubiese formado?

—Neta. Ya fue un gran escándalo en su época, aunque haya quedado en el olvido.

—Es que no fue solo un crimen. Hablamos de comer carne humana. Es muy grave.

—Sí, pero todos los días pasan historias parecidas en el mundo que rápidamente ocupan el lugar de la noticia anterior. En esta vida, querido Luis, todo tiene fecha de caducidad. Incluso nosotros, güey. No tardaremos en pasar al rincón de los olvidados. Por muy importante que sea la huella que dejemos.

Luis reflexiona sobre lo que acaba de decir Óliver. Él ha sido muy importante para mucha gente. Ha ayudado a cientos de personas a encontrar el camino, a descubrir al verdadero Dios y a mostrarle sus milagros. ¿Tan efímera será su labor? ¿No quedará para siempre?

—Solo tengo veintidós años. Me quedan cosas por hacer —dice el joven, que se coloca las gafas y vuelve a mirar por la ventana de la casa principal.

—Eres un buen chamaco, Luis. Te aprecio, aunque no tengamos el mismo concepto sobre Dios.

—¿Eso significa que, si eres el asesino, no me matarás?

—Estamos solos. Ahora sería un buen momento para hacerlo, cabrón.

—Ya, pero todos sabrían que habrías sido tú e irían a por ti.

Óliver sonríe. Bebe el último sorbo del café y deja la taza encima de la mesa. Un instante después, la puerta de la casa se abre. Aparece Natalia, que lleva puesto una especie de impermeable amarillo con capucha. Se lo quita y lo cuelga en el respaldo de una de las sillas.

—Pensaba que no iba a parar de llover nunca —dice la *influencer* mientras se arregla el pelo con las manos—. ¿No han vuelto estos?

—No. Ninguna de las parejas ha regresado todavía —responde Óliver, que se levanta—. El café me ha venido genial. Voy a ver si leo un rato y me termino de espabilar. Estoy en mi *room* , para cualquier cosa.

—Espera un momento —le pide Natalia—. ¿Vamos a dejar los cuerpos de Miren y Jorge en sus habitaciones? Llamadme psicótica o lo que queráis, pero cuando he pasado por el bungaló número 8 me ha venido un olor muy raro. Y he pensado que…, bueno, ya sabéis.

—¿Y qué podemos hacer?

—No entiendo mucho de estos temas, pero ¿cómo estarán esos cadáveres el lunes? Si es que alguien aparece el lunes, que está por ver. Con este calor, igual se han descompuesto y el olor invade todo el campamento. O aparecen bichos. Yo qué sé.

—Cuando llegue el resto, lo platicamos. A ver qué piensan —dice Óliver—. Aunque creo que no debemos tocar nada más hasta que venga el señor Godoy.

—No quiero encontrarme mi bungaló lleno de gusanos.

—Tranquila, Natalia. Eso no pasará.

El mexicano sale de la casa principal y Luis se dirige a los sofás, no sin antes mirar de reojo a la *influencer,* que se ha sentado en una de las sillas de la mesa. Lleva una falda

bastante corta y una camiseta ceñida. Esa chica no le cae bien, pero debe reconocer que le pone. ¿Y a quién no?

—Oye, ¿tú crees que debemos enterrar a los dos que han muerto?

—No lo sé. Esto no es un cementerio.

—¿Y qué más da eso? Si lo digo para que esto no se llene de insectos ni huela mal. Esos dos ni siquiera eran creyentes. Imagino que les daría igual lo que hicieran con ellos después de morir.

—Seguro que alguna preferencia tendrían. Si no ellos, sus familias. Hay que respetarlo.

—Si el asesino me mata a mí, quemadme. Así no os daré problemas. Organizáis una buena fogata y me echáis a la brasa directamente.

—Suena fatal.

—¿Lo de que me maten o lo de que me queméis?

La risa histriónica de Natalia molesta a Luis. Va a reprenderla, pero cuando se gira hacia ella descubre que está sentada de tal forma que ve su ropa interior blanca bajo la falda. Traga saliva y se da la vuelta. Se ha puesto muy nervioso. Esa chica es tan estúpida como excitante. Y se maldice por tener esa clase de pensamientos. En el fondo, no deja de ser un hombre. Un pecador, como decía la lista. Jesucristo también se enfrentó a numerosas tentaciones.

¿Se comportará así a propósito? ¿Es que se le está insinuando? A lo mejor, antes, en la piscina, se quitó el bikini sabiendo que él la estaba mirando.

Luis vuelve a fijarse en Natalia, que sigue hablando sobre bichos y cadáveres. No se está enterando de nada de lo que la *influencer* cuenta. Solo es capaz de mirar hacia un sitio.

«Por Dios, si cada vez está más abierta de piernas. Eso solo puede indicar una cosa.»

El joven se levanta convencido de lo que piensa. Nota la misma excitación que antes en la piscina, pero ahora no se conforma con hacerlo todo él solo. Ella está pidiendo a gritos

que sea una tarea de dos. Es muy evidente. Quiere lo mismo que él.

El deseo le desborda. Se coloca enfrente de la chica, muy cerca, hasta huele el aroma su perfume, esperando una última señal para lanzarse.

Esta vez no está cometiendo un error como aquel día con Wenda.

Sin embargo, Natalia da unos golpecitos con las manos sobre la mesa y cruza las piernas, tapando el triángulo blanco que durante un buen rato ha dejado al descubierto. Sonríe maliciosa y hace una pregunta que frena por completo las ganas de Luis:

—Y a ti, ¿qué te gustaría que hiciéramos con tu cuerpo si te matasen en el campamento?

CAPÍTULO 32

Saúl

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

La tormenta cesa y ya se sabe que después siempre llega la calma. Saúl y Eva han esperado dentro de la casa de piedra a que escampe. Las nubes se van retirando poco a poco, aunque lo que no se ha marchado todavía ha sido el bochorno que durante todo el día se ha instalado en esa parte de los Pirineos.

—Estoy sudando —dice la chica cuando llevan diez minutos andando—. Creo que ahora hace hasta más calor que antes.

—Es posible.

—Ya no me queda agua.

—Toma un poco de la mía.

Saúl se detiene y saca la botella de su mochila. Eva bebe con ansia. El chico la observa y piensa que ha tenido mucha suerte de encontrar a alguien como ella en el campamento.

—Perdona por haberme bebido tu agua —se disculpa Eva, que le entrega de nuevo la botella casi vacía.

—No pasa nada. No tengo sed.

—Es algo que me sucede a menudo. Me siento como deshidratada. Pierdo las fuerzas y noto como mi cuerpo se afloja.

—Debes cuidarte. Tal vez estás baja de defensas.

—Cuando acabe el campamento, iré a hacerme un chequeo. También me pasó algo parecido en el último rodaje.

—Puede ser por la tensión. Aunque no soy médico para hacerte un diagnóstico acertado. Por cierto, ¿cómo has sido capaz de coserle la herida a Óliver? ¿No te ha dado reparo?

—Bueno, un poco. Pero había que hacerlo y ninguno parecíais dispuesto —responde la chica recuperada—. Tengo

un curso de primeros auxilios. Y, aunque no es lo mismo, hace poco realicé un taller de costura.

—No me lo digas, ¿para un papel?

—¡Exacto! ¡Para una serie de épopca! Veo que ya me vas conociendo.

—Dime algo para lo que no te hayas preparado.

—Mmm… Para hacer de astronauta.

Saúl suelta una carcajada al escuchar a Eva, que también se ríe. Siente que forman una buena pareja. Le encantaría mantener esa amistad tan especial cuando acabe el campamento, aunque sabe que será difícil. Por la distancia, porque los dos van a estar muy ocupados y, sobre todo, por Sara.

Se ponen de nuevo en marcha siguiendo las marcas que antes han ido dejando. La lluvia ha embarrado el terreno y les cuesta más caminar.

—¿Habrán encontrado Lucía y Alexis a Gema? —pregunta la chica mientras rodean un gran charco.

—Ojalá. Necesitamos respuestas con urgencia.

—A lo mejor ha vuelto al campamento.

—Lo comprobaremos enseguida. No falta mucho para llegar.

—¿Cuánto habremos andado? ¿Dos kilómetros? ¿Tres?

—No lo sé. Pero imagina recorrer treinta kilómetros para encontrar la civilización. Godoy tiene razón. Es un suicidio intentar irse del campamento solos y caminando.

Eva asiente a lo que dice Saúl. Si a alguien se le ocurre irse antes del lunes, cuando se supone que volverán Godoy y los trabajadores, estará cometiendo un gran error. Los han aislado completamente en mitad de la montaña y todo el grupo debe ser consciente de esas circunstancias.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal? —le dice Eva dubitativa.

—Adelante. Dispara.

—¿Por qué crees que en la lista que apareció en el cuarto de Gema te acusan de ser un asesino? No es cierto, ¿verdad?

Saúl estaba seguro de que, tarde o temprano, Eva le preguntaría por ese asunto. Era lo natural y no le coge de sorpresa. Sin embargo, no sabe muy bien qué responderle. ¿Qué versión le da?

—No, no es cierto. No soy un asesino. Aunque…, bueno, un día pasó algo, de lo que no estoy orgulloso, que acabó mal.

—¿Se puede contar? Yo no te voy a juzgar.

El saltador de pértiga duda. Si le cuenta la verdad, se arriesga a que ella la desvele algún día y que todo se complique. Además, quedó con Sara y con su entrenador en que jamás hablarían con nadie de lo que en realidad sucedió esa noche. Su carrera y su futuro están en juego. Pero tampoco quiere mentirle o ignorar la pregunta que le ha hecho. Le parece una persona en quien confiar.

Finalmente, se decide:

—Hace unos meses, una noche después de competir, iba por la calle con mi entrenador y mi novia, y nos atracó un tipo que llevaba un cuchillo. Lo desarmé y, desafortunadamente, el hombre murió.

—¿Murió? ¿Cómo?

—Accidentalmente. Fue una desgracia.

—Madre mía. ¿Fuiste a juicio?

—No. Yo no —responde Saúl, al que le vienen innumerables recuerdos a la mente—. Mi entrenador, Evaristo, se declaró culpable y lo juzgaron a él.

—Pero ¿fuiste el responsable de la muerte del atracador?

—Como te he dicho, fue un accidente. Le golpeé para quitarle el cuchillo y poner a salvo a Sara y a mi entrenador. Pero se dio en la cabeza y… falleció al instante.

Saúl no es capaz de contarle a Eva que no fue un solo golpe. Cuando aquel tipo estaba ya desarmado y tirado en el suelo,

continuó pateándolo con rabia. Uno de esos impactos fue mortal y acabó con la vida de Valerio Úbeda.

—¿Mentiste a la justicia y a la policía?

—Yo no quería, pero fue lo que me pidió mi entrenador. Estaba en juego mi carrera. Acababa de batir mi récord personal y se habría formado un gran revuelo en torno a mí. Los medios de comunicación me habrían machacado y la gente ya no me vería con los mismos ojos. Cada noche se me aparece ese hombre en sueños y he aprendido a vivir con la culpa de lo que ocurrió. Aunque no es fácil. Pensaba que venir al campamento me ayudaría a desconectar un poco, pero no ha sido así.

Eva no dice nada. Sigue caminando en silencio. Saúl espera su veredicto, aunque le da miedo escuchar una opinión negativa de su boca. Quizá debería haber sido más precavido y no darle tantos detalles del suceso.

—Comprendo por lo que estás pasando. Debe de ser muy duro —dice la joven, a la que no aprecia reproche en su tono de voz.

—Sí, es duro, no te voy a engañar. Y sé que me perseguirá para siempre. Pero pasó, y Sara me ayuda a superarlo.

—Eso os une más, ¿no?

—De alguna forma sí. Además, estaba aquella noche conmigo y sabe lo que sucedió. No tuve que explicárselo ni inventarme excusas. Lo vio con sus propios ojos.

—Me alegro de que ella esté a tu lado y te ayude. Debes de quererla mucho.

—Hemos tenido nuestros problemas, también. Pero, bueno, como todas las parejas. Ella me analiza e intenta que mejore algunos aspectos de mi personalidad. Es lo que tiene salir con una psicóloga.

Eva responde con una sonrisa condescendiente. A Saúl no le gusta dar pena, al contrario, le molesta. No quiere que ella lo vea de otra forma a partir de ahora.

—Hay algo que no me cuadra. Si no salió a la luz que tú matases accidentalmente a ese hombre, ¿cómo lo sabía la persona que hizo la lista que apareció en el bungaló de Gema?

—Yo no soy un asesino, Eva.

—Lo sé. No me he explicado bien. Me refiero a que está claro que esa acusación es porque ellos están al corriente de que eres el autor, involuntariamente, de la muerte del que os atracó aquella noche. ¿Cómo se enteraron?

El chico también se lo ha preguntado desde que vio la lista, pero no ha encontrado la respuesta. La verdad de los hechos solo la sabían dos personas más: su entrenador y su novia.

—No sé cómo lo supieron o si me han calificado así al azar. Prefiero no darle más vueltas al tema. Lo que te puedo asegurar es que no soy un asesino y que ojalá aquello no hubiese pasado.

—¿Este asunto lo hablasteis alguna vez por WhatsApp?

—Claro. En WhatsApp tratamos el tema varias veces.

—Me da la impresión de que la organización del campamento no solo estudió nuestras redes sociales e investigó nuestros entornos. Es posible que tuvieran acceso a información privada.

—¿Cómo?

—Tal vez hayan entrado en nuestros móviles y correos electrónicos.

—¿Crees que trabajan con *hackers* ?

Eva se encoge de hombros y da un brinco para evitar un charco en mitad del camino. Saúl se ha puesto muy nervioso. Si desde el campamento han entrado en su teléfono o han leído sus *e-mails,* puede estar metido en un buen lío.

—¿Es legal usar datos que se han obtenido de esa manera?

—Creo que no. Pero no soy especialista. Podemos hablarlo luego en grupo, a ver si alguien sabe más sobre el tema.

—Prefiero no sacar mi caso delante de nuestros compañeros. No me fío de ellos.

—Tranquilo, yo tampoco. Solo expondríamos lo de los *hackers* como una hipótesis, de manera general.

A Saúl la idea de Eva no le gusta demasiado. Teme que alguien empiece a tirar del hilo y saquen conclusiones o se vuelva a alterar si lo acusan de ser un asesino. Hace grandes esfuerzos por controlarse, pero no siempre lo consigue. De hecho, en esos nueve días en el campamento ya se ha pasado varias veces de rosca.

—¿Has oído eso? —le pregunta Eva después de quitar un trozo de tela roja de un arbusto.

—No. ¿Otro conejo?

—Ni idea. Pero hay algo por ahí.

Los dos miran hacia la derecha y escuchan otro ruido. Entonces ven a Gema entre los árboles, a unos cincuenta metros. La coordinadora sale corriendo de inmediato en dirección contraria a la que se dirigen. Eva está a punto de perseguirla, pero Saúl la detiene.

—Deja que vaya yo tras ella. Si lo hacemos los dos, nos estorbaremos. Toma mi mochila, así podré correr más rápido. Nos vemos luego en el campamento.

El atleta no permite que Eva le replique. Le da un beso en la frente e inicia la persecución por el bosque. Si consigue alcanzar a Gema, muchas de sus dudas podrían quedar resueltas. Pero, para adentrarse en la montaña, no solo hace falta ser rápido. Y de eso Saúl pronto iba a darse cuenta.

CAPÍTULO 33

Jorge

Domingo, 14 de julio de 2019. Tercer día en el campamento

El baño en la piscina ha sido divertido, aunque a Jorge le ha faltado alguien para que fuera completo. No va a ilusionarse. Es más, cree que él tiene pareja. ¡Joder, pero si ni siquiera sabe si le gustan los chicos, las chicas o ambos! ¿Y si se lo pregunta? No, no puede ser tan directo. Mejor ir viéndolas venir. No quiere chascos.

Hice lo posible por volar lejos.

Escondí mis recuerdos,

exigí marcharme cuerdo.

Pero me atrapaste en tus espejos.

Se le ocurre el estribillo para una canción mientras se ducha en su bungaló. Desnudo, y todavía mojado, corre a escribirlo en la libreta que siempre se lleva a todas partes. Jorge es todavía de los que utiliza lápiz, principalmente, porque es fácil que termine borrando sus ideas.

Es un tema dedicado a su padre, repleto de reproches y remordimiento. ¿Lo entenderá?

Se seca con una toalla y no deja de pensar en cómo empezar la canción. Tiene la melodía en la cabeza. A la discográfica no le gustaría, y a su padre tampoco. Van de la mano, siempre tomando las decisiones importantes. Está seguro de lo que él le diría. Algo parecido a lo que le soltó aquella vez, cuando le presentó una letra en la que se refería a la pérdida de su madre.

—Está bien, Jorge. Pero le falta algo de chispa para que llegue al alma de tus seguidoras. No es lo que quieren oír. Esto suena a que te han roto el corazón, a que estás triste. Melancólico. Y tus seguidoras desean verte feliz. Ya haremos un disco de penas cuando todos seáis más maduros. Ahora

escribe algo bonito, en lo que se note que estás enamorado de la vida.

Enamorado de la vida, justo así se llamó uno de sus *singles* . Ese que odia con todo su ser cuando lo canta en los conciertos. Ese que tiene doce millones de reproducciones en YouTube y setenta millones en Spotify. Preferiría estar muerto a volver a cantar esa bazofia edulcorada, con tamborcitos y trompetitas de fondo. ¿A Kurt Cobain también le hicieron pasar por eso?

Mientras se viste, tararea la canción que está naciendo en su mente. Esa que no aparecerá en ningún disco y a la que no darían el visto bueno su padre ni la discográfica. En momentos como ese, se serviría una copa y agarraría su guitarra. Pero ya no bebe y está orgulloso de ello. Eso no significa que alguna vez no le apetezca echar un trago. Se acuerda de su madre y sonríe con tristeza.

Ataviado con una camiseta con el bello rostro de la Britney Spears de principios de siglo, unos *shorts* vaqueros y unas sandalias de hebilla, sale de Villa María. Está anocheciendo y ya se divisan algunas estrellas en el cielo despejado de los Pirineos. Ayer aprendió lo que era el «Triángulo del verano» gracias a Miren. Ha congeniado bien con la chica escritora, aunque son muy diferentes. Está seguro de que de ahí saldrá una buena amistad.

—¡Jorge! —lo llama alguien a su espalda. Es la voz de Martín. De repente, se pone un poco nervioso—. ¿Vas a la casa?

—Sí, tengo hambre. Voy a meter prisa a los otros para que cenemos pronto. No quiero irme a dormir muy tarde.

—Claro. Mañana nos toca madrugar. A las diez estará aquí el señor Godoy con el primer invitado.

—¿Sabes quién es?

—Por supuesto. Yo mismo he colaborado en el calendario de visitas. Lo tenemos todo muy bien planificado.

—¿Y no me lo puedes decir?

—Lo siento. Información confidencial.

El coordinador sonríe mostrándole su perfecta y blanca dentadura. A Jorge se le cae la baba. ¡Cómo puede estar tan bueno! Debe tener cuidado con sus sentimientos o pronto no tendrá remedio.

Los dos caminan juntos hacia la casa principal.

—Entiendo. Queréis que sea una sorpresa y que no sepamos quién viene a vernos hasta que no esté aquí, ¿no es así?

—Exacto. Algunas personas no son muy conocidas, aunque todas forman parte de la élite del campo al que se dedican. A otras sí las conoceréis, y os vais a caer de culo cuando aparezcan. Espero que aprendáis mucho y absorbáis todo lo posible de cada una de estas grandísimas personalidades. ¡Y que os marchéis del campamento con una buena agenda de contactos!

—Eso es lo más importante.

De nuevo, la sonrisa de Martín. ¿Y si le dedica una canción? Esa sí que les gustaría a su padre y a la discográfica, porque hablaría de sentimientos, mariposillas en el estómago y un flechazo de verano. Lo pensará, aunque la inspiración no está muy de su parte últimamente.

—¿Qué tal el baño en la piscina? Me ha dicho Gema que lo estabais pasando muy bien.

—Sí, es verdad. Ha estado guay.

—Cuando el señor Godoy me contó que aquí había una piscina, pensé que no tenía mucho sentido. No imaginaba que pudiera hacer tanto calor.

—Yo tampoco lo creía. Siempre he asociado los Pirineos al frío y la nieve.

—Pues ya ves que no es así. Eso sí, aquí en invierno sería imposible estar. Moriríamos congelados.

—No tengo intención de regresar en esas fechas.

—Yo tampoco.

Los dos sonríen y entran en la casa principal, en la que ya están algunos de los chicos del grupo. También se encuentra

allí Gema, que enseguida se acerca a ellos y le da un beso en la mejilla a Martín. A Jorge le molesta ese gesto cariñoso. Sigue pensando que son pareja y que todo lo que se ha imaginado del coordinador haciéndole ojitos y medio tirándole los tejos es una simple fantasía.

—He estado preparando la cena con Natalia y Lucía. ¿Os apetecen croquetas caseras y una buena ensaladilla rusa?

—Por mí, perfecto —responde Martín, que parece entusiasmado con el menú.

—¿Y tú, Jorge? ¿Qué dices?

—Odio la ensaladilla. Pero me comeré un par de croquetas.

—¡Vaya! ¡Lo siento! —exclama la joven dándose una palmada en la frente—. Si lo tengo en mis anotaciones sobre ti. ¡No te gusta la mayonesa!

—Debo de ser la única persona en el mundo a la que le pasa eso.

—Tranquilo, yo detesto el chocolate. Soy otro *rara avis* —comenta Martín, que le sonríe.

Esa sonrisa le entusiasma, aunque después mira a Gema y de nuevo le entra el bajón. Si son novios, habrá perdido toda la ilusión y la esperanza de que el coordinador se interese por él. Uno de los grandes reclamos que ha encontrado en el campamento.

—Voy a preparar unas tostas con queso y anchoas. He leído en alguna parte que te encantan.

—No te molestes, Gema. De verdad.

—No es molestia. El fin de semana que viene preparáis vosotros la cena, ¿de acuerdo?

Martín da su conformidad con un grito bastante exagerado y los dos coordinadores se ríen. Jorge no es capaz de sonreír más. Le da la sensación de estar en mitad de una serie norteamericana de esas de buen rollo entre compañeros de piso. Él le gusta mucho, pero a ella le empieza a coger un poquito de manía.

Al final, su cena consiste en tres croquetas y una tosta de anchoas y queso. Se bebe una Coca-Cola *light* y de postre se come un plátano. Algunos de sus compañeros van a ver una película antes de irse a dormir, pero a él no le apetece. Se siente triste. Apático, sin ganas de nada. Sale de la casa principal y camina hasta su bungaló. Al menos se acostará pronto, como pretendía.

Media hora más tarde, sin haberse dormido aún, llaman a la puerta. Da un respingo y se emociona pensando en que puede ser Martín, pero enseguida rebaja su optimismo. Lo más probable es que sea alguno de sus compañeros para pedirle pasta de dientes o vete tú a saber qué. Se levanta de la cama nervioso y abre.

Ni uno ni otros. A la que se encuentra es a Gema, que le pide pasar. Jorge accede y los dos se sientan en la cama.

—No te quitaré mucho tiempo de sueño.

—Tranquila. Me cuesta dormirme. Tú dirás.

—Solo llevamos aquí tres días, pero creo que ya empezamos a conocernos un poco mejor. Me he dado cuenta de que esta noche no estabas demasiado feliz. ¿Va todo bien?

No esperaba el interés de la coordinadora. ¿Fingido o real? Por lo menos ella ha sido capaz de preguntarle, cosa que no ha hecho el otro. Era muy evidente que, durante la cena, no había estado a gusto.

—Me habrán sentado mal las anchoas.

—Te he visto así antes de comértelas —dice Gema sonriente —. Puedes hablar conmigo, Jorge. Entiendo que esta es una gran oportunidad para vosotros y que muchos pagarían por pasar estas tres semanas en el campamento que ha organizado Fernando Godoy. Pero también es comprensible que tengáis cambios de humor, bajones y momentos malos. Estamos aquí para ayudarte e intentar echaros una mano en todo.

—No me pasa nada grave, de verdad. Soy así. El cantante de la montaña rusa.

Así se llamaba otro de los temas que no consiguió el visto bueno de su padre y la discográfica. Una canción en la que

explicaba cómo solía sentirse desde que empezaron los grandes éxitos y también los grandes fracasos, sobre todo a nivel personal. Una balanza agridulce, difícil de gestionar.

—¿Puedo irme tranquila, entonces?

—Sí, todo está controlado. Gracias.

—Muy bien. Pero, si tienes algún problema, háblalo con Martín o conmigo.

Jorge asiente y agradece el interés de Gema. Aunque no piensa acudir a ninguno de los dos para contarles batallitas. Es una cuestión suya. Además, no existe una fórmula mágica para paliar lo que le sucede.

—¿Quién vendrá mañana a charlar con nosotros? —le pregunta el joven, para salir de aquella conversación que poco más le puede aportar.

—No te lo puedo decir.

—Venga, si solo quedan unas horas. No se lo diré a nadie. Te lo prometo.

—Lo siento, Jorge. Si Godoy descubre que revelo información confidencial, me echa.

—¿Es muy estricto?

—Mucho. Y hace bien. Este es su proyecto, estamos aquí con su dinero y tiene todo el derecho del mundo a ser estricto.

—Parece un buen hombre.

Gema no dice nada más. Se levanta de la cama y se despide del chico, que se queda otra vez en la soledad de su habitación, Jorge piensa en Martín. Tendría que haberle preguntado a la coordinadora si son pareja. No se ha atrevido. Sin embargo, no parece que haya dudas respecto a eso.

Se lamenta de haber vuelto a hacerlo. Es demasiado enamoradizo, demasiado propenso a los flechazos. Lo exagera todo. Y luego llegan las canciones que no puede cantar a sus seguidores porque su padre y la discográfica no se lo permiten.

Así es él. Y tal vez esa sea su última oportunidad de encontrar la improbable felicidad.

Se acuesta bocarriba y mira el techo de la habitación. Donde quiera que esté, espera que le perdone todos sus errores. Seguro que lo hace, aunque para él ya no es suficiente. Cierra los ojos y habla en voz baja:

—Mamá, no te alejes mucho. Sé que pronto estaré contigo.

CAPÍTULO 34

Vicky

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Se ha quedado profundamente dormida. Vicky ha tenido pesadillas con osos y con su antigua amiga colombiana, Jazmín, a la que traicionó. Podría haberle dado una parte de lo que ha conseguido gracias a Frikidates, pero no se merece tanto como para eso. Simplemente la ayudó un poco y se le ocurrieron un par de detalles útiles. ¿Quién logró que la aplicación tomara forma y se hiciera tan grande? Ella. Nada más que ella. Bueno, aquel empujoncito fue bienvenido.

«I love Frikidates. I love this app.»

Siete palabras. Siete putas palabras bastaron para que todo saltara por los aires y las descargas se multiplicaran por mil. Todo gracias al poder de aquel cantante coreano, al que convenció una de sus mejores amigas para que escribiera ese mensaje en Twitter, en una loca noche londinense en la que se les fue la mano con el saque y el tequila.

—¡Lo va a hacer! —le escribió en coreano Sook, a la que había conocido en un foro de intercambio cultural España-Corea—. ¡Y gratis!

—¿En serio?

—Sí, está con el móvil ahora mismo. ¡Dice que le encanta la aplicación!

—Madre mía. No me lo creo.

—Créetelo, Vicky. ¡Vas a ser muy famosa!

Y de repente sucedió. Hyun-Soo Nam, uno de los componentes de una de las bandas más famosas del mundo *k-pop,* puso el tuit y su vida cambió. Bendita locura, bendito concierto en Londres y bendita Sook. ¡Frikidates se convirtió en una *app* universal y gente de todo el mundo se inscribió!

Vicky decidió abandonar la carrera de Filosofía, porque no podía con las dos cosas. Empezó a ganar dinero y se hizo adicta a las redes sociales. Atendía diariamente a sus miles de seguidores, que crecían cada día gracias a la aplicación. Se mostraba divertida y dicharachera al otro lado de la pantalla. Sin embargo, a pesar del éxito, seguía siendo la misma persona introvertida y triste en la vida real. No era capaz de salir de la espiral negativa en la que estaba envuelta desde niña. Hasta estuvo a punto de no aceptar la invitación del campamento. Pero su madre y su hermana la convencieron.

Ya han pasado nueve días desde que la recogió un autobús en el aeropuerto y la llevó hasta los Pirineos. Y no es la misma. Han sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo que han hecho que cambie. Sí, se siente otra persona.

Se durmió sobre la cama sin destapar. Todavía lleva la misma ropa con la que fue al bosque. Se despereza y abre la ventana para airear la habitación. El suelo está mojado y hace menos calor. Comienza a oscurecer, aunque todavía queda un buen rato hasta que se ponga completamente el sol. Por el camino de los bungalós, no ve a nadie. ¿Habrán regresado ya los que se marcharon a buscar a Gema?

Se cambia rápidamente de ropa y sale de la habitación. No le apetece demasiado encontrarse con algunos de sus compañeros. No tiene ganas de hablar de su intento de fuga ni de los osos que vio en la montaña. Solo desea caminar un rato, desentumecer las piernas y disfrutar del airecito fresco que está corriendo ahora mismo. No se dirige a la casa principal, sino hacia la otra parte del campamento. Está vacía, parece una ciudad fantasma. No se oye nada, salvo el graznido de algún pájaro y el viento moviendo suavemente las ramas de los árboles.

No le desagrada esa soledad. Le recuerda a la de su casa cuando no están su madre y su hermana. Aunque también siente algo de pánico y no puede evitar permanecer en alerta. Seguro que, en cualquier instante, aparece Natalia por algún lado y le da un susto. Pero eso no sucede.

—¿Ya has llegado?

—¿Cómo dices?

—Que si te has corrido, joder.

—Sí, sí. Eso creo. ¿Tú?

—Claro. Pero… me apetece más. ¿Seguimos?

No le dijo que no. Ella también quería continuar. Otro asalto sobre la cama en el que sus gemidos y los de Natalia fueron más intensos, más ruidosos. Ambas se deseaban. Nunca había experimentado algo parecido. Su primer orgasmo, y había sido con una chica y en aquel campamento. ¿Es lesbiana? ¿Bisexual? ¿Una hetero que necesita experimentar? Dichosas etiquetas. Era más fácil cuando no sentía nada. Miente, no era más sencillo, pero no tenía que cuestionarse sus sensaciones. Y mucho menos sentía aquel hormigueo incómodo. Un calentón continuo que ha hecho que se masturbara de nuevo antes de dormir la siesta. Ella sola, recordando lo de anoche. No ha sido igual que con la *influencer,* pero le ha gustado.

Sin darse cuenta, llega al final del camino de los bungalós. Observa la puerta del número 13, abierta de par en par. Es la única que no necesita llave, pero suele estar encajada. A lo mejor Natalia se encuentra en el interior. Entra, pero no hay nadie. Vicky recorre el cuarto despacio, examinando detenidamente cada una de las ocho estanterías que ocupan casi toda la habitación. A pesar de que le encanta leer, no ha ido demasiadas veces por allí. Se fija en unos tomos marrones. Son las obras completas de Sherlock Holmes. Nunca ha leído a Conan Doyle, pero le interesa. Alcanza uno de los cuatro libros y echa una ojeada. Entonces la puerta del bungaló se cierra de improvisto. Rápidamente, la chica se gira. No hace el suficiente viento como para que haya sido consecuencia de una ráfaga de aire.

—Natalia, ¿eres tú? —pregunta en voz alta.

Nadie contesta, y se asusta un poco. Le vienen a la cabeza las muertes de Miren y Jorge. No debería ver tantas series policiacas. Vuelve a mencionar a la *influencer,* pero no obtiene respuesta. Camina hacia la entrada y abre la puerta. Se asoma y mira a ambos lados. Todo continúa igual que antes; no ve a ninguno de sus compañeros.

—¿Me estáis gastando una broma?

El viento la despeina. Se le hiela la sangre. Tiene la impresión de que alguien la observa. Lo mejor será que regrese a su bungaló o a la casa principal. Probablemente, los que se marcharon ya hayan vuelto y estén hablando del tema de la coordinadora. ¿Habrá aparecido, o seguirá vagando por las montañas?

Antes de irse, Vicky coge un libro de Sherlock Holmes de la estantería. Necesita tranquilizarse un poco, porque está bastante tensa. Podría quedarse un rato en su cuarto leyendo hasta la hora de cenar. Es un buen plan, aunque tiene en mente otro mucho mejor. Pero ese no depende solo de ella. ¿Y si Natalia está ahora en su bungaló? Al llegar a la altura de Villa Teresa, duda en si llamar a la puerta o pasar de largo. Tampoco quiere ser pesada. Se separaron después de la reunión que mantuvieron hace unas horas en la habitación de Óliver y no han vuelto a hablar. Quizá a ella también le apetezca pasar un rato juntas. O lo mismo le recrimina que vaya a verla. Le ha dejado las cosas muy claras. Debe andarse con cuidado para no tensar más la cuerda o la perderá para siempre. No desea otra bronca. Esa chica es totalmente indescifrable.

Finalmente, el temor al rechazo se impone y decide no llamarla. Toda su vida ha tenido miedo a los demás. Pocos, exceptuando a su madre y a su hermana, han conseguido conocerla bien, principalmente porque ella no lo ha permitido. Sook y Jazmín estuvieron cerca, pero no lo suficiente para descubrir ciertas cuestiones que marcaron parte de su vida. A Natalia tampoco le contará lo que le sucedía de niña.

—¡Tu hija está loca! ¡Mira lo que dice!

—¡No hables así de ella! ¡Vas a asustarla!

—¿Y qué quieres? ¿Que me vaya a tomar copas con el militar que ha estado en su habitación contándole que conoció a Hitler? ¿O con el domador de leones que durmió a su lado el otro día para protegerla de los fantasmas? La niña está como una maldita cabra.

—Son fantasías inocentes. Tiene mucha imaginación. Su cociente intelectual es muy elevado y le cuesta relacionarse

con los niños de su edad.

—Lo que tiene es un problema mental tan grande como la catedral de Burgos.

—Solo es una niña de diez años. Se le pasará con el tiempo.

—¿Sabes cómo se le pasaría de verdad? Con un buen par de hostias. Así seguro que se le iban los pájaros de la cabeza.

—No te atrevas a tocar a Vicky. Si le pones la mano encima, te prometo que te mato.

—¿Tú a mí? Estás igual de loca que ella. ¡Ha salido a ti! Cualquier día cojo la puerta y me marcho de esta puta casa para siempre.

—Ojalá lo hagas. ¡Ojalá! ¡Todas seríamos más felices!

Vicky tiembla al recordar las continuas peleas entre sus padres, con las que ha soñado muchas veces. Ella fue el centro de sus discusiones en innumerables ocasiones. Su gran inteligencia le permitió comprender la situación. Simplemente, tenía que acostumbrarse a convivir con esas personas que veía. Algunas incluso le explicaron que estaban muertas. Pero, sobre todo, lo que no debía hacer era hablarle a nadie de aquello. Cada vez que sacaba el tema en casa, su padre le gritaba que estaba loca y que la iba a encerrar en un hospital para dementes, y su madre la defendía. Era horrible. No lo soportaba y se metía en su habitación, de la que no salía durante horas y horas. Su cuarto se convirtió en un fortín. Hasta que una noche, hace más de cuatro años, aquel hombre desapareció y jamás volvió a saber de él. Fue un alivio, aunque le apenaba que las cosas hubieran salido de esa manera. Le hubiera encantado tener una familia feliz.

Curiosamente, cuando su padre se marchó, también se fueron las alucinaciones, aunque el daño ya estaba hecho.

Resignada, continúa caminando hasta llegar a su habitación. No se quita a la *influencer* rubia de la cabeza. Se maldice por no ser más valiente, pero especialmente por no poder controlar sus sentimientos, esos que durante tanto tiempo han estado aletargados.

¿Es hora de darle la vuelta a su vida? ¿De dejarse llevar más por lo que su corazón le pide a voces? Lo que está muy claro es que aquel campamento va a marcar un antes y un después, tal y como predijo Fernando Godoy. Ha nacido una nueva Vicky.

Saca la llave del bolsillo y la introduce en la cerradura de su bungaló. No usan tarjetas magnéticas ni códigos digitales, como emplean ya la mayoría de los hoteles. Utilizan las llaves de metal de siempre, que además son bastante pesadas.

Cuando está a punto de entrar en Villa Noelia, percibe que alguien se le acerca. Vicky se gira para mirar y ve como esa persona se abalanza sobre ella. No es capaz de reaccionar. Lo siguiente que experimenta es un pinchazo muy fuerte cerca del corazón. Y después otro. Y un tercero, que se hunde en su piel. No le da tiempo a gritar o a defenderse. Tampoco se le pasa toda la vida por delante en un instante ni su alma se dirige hacia una luz.

Victoria García, dueña y creadora de Frikidates, cae muerta en el suelo. Le han clavado un objeto punzante en el pecho. Su cuerpo inerte es arrastrado hasta el interior de su bungaló.

—Descansa en paz, loca de los demonios.

CAPÍTULO 35

Óliver

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Aunque le duele la cabeza, como consecuencia del golpe recibido, Óliver ha logrado terminar de leer *La metamorfosis* de Kafka. Es la cuarta vez que lo acaba y siempre encuentra algo nuevo entre sus páginas. En esta ocasión, más que el contenido del libro, recordará su lectura por el lugar en el que lo ha leído. Nunca imaginó que pudiera estar en un sitio así, rodeado de personas que marcan tendencia y son referentes en sus diferentes mundos. Él no es como ellos. Tiene el hándicap de ser extranjero y no ha conseguido tanto dinero como la mayoría de sus compañeros. Solo cuenta con su canal de YouTube; ni siquiera trabaja con marcas. Pero eso le da lo mismo en ese instante.

De los cinco libros que metió en la maleta, ya ha dado buena cuenta de dos. El tercero será de Stephen King. Hace unos meses leyó *Mr. Mercedes* y ahora se animará con *Quien pierde paga,* la segunda parte. Espera que le guste tanto como el primero.

Solo ha pasado cuatro páginas cuando llaman a la puerta. Óliver se apresura a abrir y se encuentra con Natalia. Parece alterada.

—¿Has visto a Vicky? No la encuentro por ninguna parte y estoy empezando a preocuparme. Esta chica no para de darme disgustos —dice la joven, que se atropella con las palabras.

—¿No está en su habitación?

—No. He pasado un rato llamando y no me abre.

—A lo mejor está dormida.

—O no me quiere abrir. Aunque he sido lo suficientemente pesada para despertarla o para que me haga caso. Es muy extraño.

—¿Temes que se haya vuelto a ir?

—Es casi de noche. Y ha visto a dos osos. No creo que se haya arriesgado de nuevo a marcharse del campamento.

—¿Entonces? ¿Dónde puede estar?

La chica se encoge de hombros. Camina hacia el interior de la habitación y se sienta en la cama.

—He mirado en la casa principal y en el bungaló número 13. También en lo de los caballos, aunque creo que a ella no le gustan, así que era poco probable que estuviera allí.

—¿Has preguntado a los demás?

—Solo a Luis, que no sabe nada. Lucía, Alexis y Saúl no han vuelto todavía, que yo sepa. Eva acaba de regresar del bosque y se está duchando. Dice que tiene cosas que contarnos en la cena.

—¿Qué cosas?

—Ha preferido que estemos todos para hablar. Parece importante.

—¿Y dónde ha dejado a Saúl?

—No sabe nada de él. Por lo visto, se separaron en la montaña y aún no ha regresado.

—No mames. ¿Por qué se han separado? Es muy peligroso.

—Ni idea. Imagino que luego nos lo explicará.

—¿Quieres que te ayude a buscar a Vicky? No estoy haciendo nada importante.

—Vale. Gracias.

La pareja regresa al bungaló número 13 y también revisan las pistas de pádel y de tenis, la cuadra y la piscina. Después llaman otra vez a su habitación y, al no recibir respuesta, se dirigen a la casa principal. Allí se encuentran con Saúl, que está bebiendo de su botella de agua junto al frigorífico. Cuando ve a Natalia y a Óliver, se seca la boca con la mano y suelta un resoplido de alivio.

—Uf. Estaba completamente seco. Me moría por un trago de agua.

—¿Has llegado ahora?

—Sí. Hace un par de minutos. Lo siento, no he podido alcanzar a Gema. Corrí tras ella, pero le perdí la pista enseguida. He vuelto antes de que se hiciera de noche.

—¿Has visto a Gema en el bosque? —pregunta Óliver sorprendido.

—Sí, ¿no os lo ha contado Eva?

—No hemos hablado aún con ella —responde Natalia mientras mira por las ventanas de la casa—. Me dijo que quería que estuviéramos todos para contarnos algo.

—¡Ah! Pues ya os lo cuento. Gema estaba en el bosque, pero salió corriendo cuando nos vio, y he sido incapaz de seguirla por la montaña. Debe de conocer muy bien el terreno.

—¿No habrás visto también a Vicky, por casualidad?

—No. La última vez fue antes de irnos. ¿No sabéis nada de ella?

Natalia niega con la cabeza y se derrumba en el sofá. Se pone las manos en la cabeza y masculla algo entre dientes.

—No parece que esté en el campamento —dice Óliver más calmado que la *influencer* —. Lo más probable es que se haya vuelto a ir.

—No puede ser. No cometería otra vez el mismo fallo.

—¿Y dónde está?

—¡Yo qué sé, mexicano! ¡Si lo supiera, no estaría tan preocupada!

Natalia se pone de pie y mira de nuevo por la ventana de la casa. Alguien se acerca, aunque no es Vicky. La *influencer* ve como Eva abre la puerta y entra.

—Fenomenal. Estáis casi todos ya aquí —dice la actriz, que tiene el pelo mojado y va vestida con *shorts* y camiseta de tirantes—. ¿Y los demás?

Es Óliver el que le cuenta que Vicky no aparece, que Luis está en su habitación y que Alexis y Lucía aún no han llegado. A continuación, Saúl le explica rápidamente que no ha conseguido dar con Gema en el bosque; que la perdió en cuanto se separaron. Los cuatro se sientan en la mesa e intentan analizar la situación.

—Es muy extraño que Alexis y Lucía no hayan regresado de la montaña. Espero que estén bien y no se hayan perdido —indica Eva—. ¿Y Vicky se ha vuelto a ir sola del campamento?

—¡No se ha ido a ninguna parte! —protesta Natalia alzando la voz—. Está un poco loca, pero no es tonta. ¡Ya vio lo peligroso que podía ser!

—¿Entonces está en el campamento?

—La hemos buscado por todas partes y no la hemos encontrado.

—¿Habéis mirado en su habitación? —pregunta la actriz desconcertada.

—No hay nadie en su bungaló —responde Natalia, que empieza a estar harta de repetir lo mismo tantas veces—. La he llamado varias veces y no contesta. No está en su cuarto.

—Pero ¿has entrado?

—¿Cómo voy a entrar si está la puerta cerrada con llave?

—¿Habéis mirado por la ventana?

—Tiene la cortina echada. Como siempre.

Mientras Natalia contesta a las preguntas de Eva, Luis llega a la casa y se une al grupo. No tiene buen aspecto. Es Saúl el que lo advierte y se lo dice.

—Me duele bastante la cabeza y el estómago.

—Eso será por algo que has comido —comenta Óliver—. Quizá te ha sentado mal el café que tomaste antes. Estaba bastante fuerte.

—No me encuentro muy bien. Me he tumbado un rato en la cama, pero no se me ha pasado el malestar. Por cierto, ¿dónde

está Lucía?

—Aún no ha regresado del bosque. Tampoco Alexis.

—Joder. Seguro que se han perdido. Tendría que haber ido yo con ella —dice Luis, que se palpa la frente para tomarse la temperatura—. ¿Salimos a buscarlos?

—Está a punto de anochecer. No es lo más conveniente —le advierte Saúl.

—Tenemos linternas, ¿no? No podemos dejarlos solos.

—A lo mejor encuentran un refugio como el que hemos visto nosotros —interviene Eva, que centra la atención de todos sus compañeros—. Saúl y yo descubrimos una casita de piedra a unos dos kilómetros o tres de aquí.

—¿En serio? ¿Y estaba vacía?

—Sí, Natalia. Aunque nos dio la impresión de que alguien había estado allí recientemente. Había restos de comida.

—Está claro que Gema y Martín pasaron la noche en ese refugio —asegura la *influencer* .

—Es posible. Pero no lo sabemos con certeza.

Óliver se pone de pie y mira por una de las ventanas de la casa. Luego regresa a la mesa, donde Eva continúa explicando cómo es el refugio y dónde se encuentra más o menos ubicado.

—Órale. Debemos organizarnos —dice el mexicano cuando la actriz deja de hablar—. Alexis y Lucía no han vuelto y Vicky ha desaparecido. Quizá tendríamos que volver a hacer grupos y dividirnos para encontrar a nuestros compañeros. Somos cinco. Tres podrían ir al bosque y dos se quedarían aquí pendientes de su regreso, rastreando cada rincón del campamento.

—Esto no tiene sentido.

—¿El qué no tiene sentido, Natalia?

—¡Nada! ¡Joder! ¡Nada! ¿Es que no lo veis?

La chica es ahora la que se levanta de la silla y comienza a caminar por la casa haciendo aspavientos con las manos.

—Han muerto dos personas en circunstancias misteriosas. Seguramente asesinados. De uno de los coordinadores no sabemos nada, y la otra, que aparece de manera extraña, te golpea a ti y huye corriendo cuando ve a Saúl y a Eva en el bosque. Lucía y Alexis no vuelven de la montaña y Vicky… no da… no da señales de vida. E insisto… ¡No se ha ido a ninguna parte! ¡Pero tampoco la encontramos aquí dentro! Es para volverse locos.

—Tienes razón, estamos viviendo una pesadilla, pero no hay que perder la calma.

—¡Deja de decir eso, por favor! ¡No puedo calmarme! —le grita Natalia a Óliver—. ¡Esto es un juego macabro organizado por la gente que nos ha traído aquí! ¡Están jugando con nosotros! ¡Todo estaba planificado desde el principio!

—¿Crees que Godoy y su equipo están detrás de lo que está sucediendo?

—¡Por supuesto! Ya no tengo ninguna duda. ¡Y como le hayan hecho algo a Vicky…!

—Yo no lo veo tan claro —la contradice Óliver—. Ni siquiera estoy seguro de que las muertes de Miren y de Jorge no hayan sido una desafortunada casualidad.

—¿Todavía piensas que no los han asesinado? Yo flipo contigo, mexicano. ¿Tú no estudias Criminología? ¡Eres el primero que debería estar seguro de que no han sido muertes accidentales!

—Por eso mismo, Natalia. Hasta que no haya pruebas reales, no puedo dar algo por cierto y definitivo. De momento, solo son indicios.

La chica vuelve a ponerse las manos en la cabeza y grita dos palabras malsonantes que retumban en la casa.

—Sean o no muertes accidentales o provocadas por alguien, lo de Gema no tiene explicación. Tampoco la desaparición de Vicky —señala Saúl.

—Todo tiene explicación, querido amigo. Distinto es que nosotros no lo comprendamos o no lleguemos a entender qué

está pasando. Pero seguro que hay una respuesta lógica para todo esto.

—Suenas como un filósofo con resaca —suelta Natalia, que sonríe irónica—. Godoy y los suyos son los responsables de esta película de miedo. No tengo pruebas, pero tampoco dudas. Y hasta que no encuentre a Vicky sana y salva…

En ese instante, se abre la puerta de la casa y los cinco se sobresaltan. Todos contemplan a Lucía, a la que le castañean los dientes y le tiembla todo el cuerpo. Tiene las rodillas cubiertas de barro y la ropa empapada y sucia.

—¡Dios mío! ¿Dónde estabas? ¿Qué te ha pasado? —le pregunta Natalia, que corre hacia ella—. ¿Y Alexis?

—No lo sé —responde Lucía sin levantar la cabeza—. No me acuerdo muy bien de nada.

CAPÍTULO 36

Lucía

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

A Lucía la acompañan a su bungaló Luis y Eva. En su habitación, se lava y se cambia de ropa antes de echarse en la cama. La *influencer* ha repetido varias veces que no recuerda muy bien lo que ha sucedido en las últimas horas. Tampoco sabe dónde está Alexis. Se vio sola de repente y se limitó a seguir como pudo los trozos de tela que había dejado por el camino, hasta que finalmente encontró el campamento.

—Pero ¿Alexis se separó de ti en algún momento?

—No lo sé, Eva. Tengo grandes lagunas en mi mente.

—¿Y no sabes qué le ha podido pasar o dónde puede estar?

—Ya te ha dicho varias veces que no se acuerda —interviene Luis molesto por la insistencia de la actriz—. Se acabaron las preguntas. Ahora tiene que descansar.

El joven tose y se toca la frente, que tiene muy caliente. Su aspecto continúa sin ser demasiado bueno.

—A ti tampoco te iría nada mal un descanso.

—Yo estoy perfectamente. No te preocupes por mí.

—Tengo unos sobrecitos efervescentes que van muy bien para el resfriado. Están dentro de un neceser amarillo, en el cuarto de baño. Coge uno y échatelo en un vaso con agua.

—No hace falta.

—Sí te hace falta, Luis. No seas cabezota.

El chico termina accediendo a regañadientes y va hasta donde Lucía le indica. Luego sale de la habitación, con el sobre en la mano, en busca de un vaso en el que verterlo. Las dos chicas se miran cuando se quedan solas. Eva va a hacerle otra pregunta, pero la *influencer* se anticipa. Parece afectada.

—Tengo un mal presentimiento.

—¿Un mal presentimiento? ¿De qué tipo?

—Creo que Alexis es el asesino de Miren y de Jorge.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

Durante un par de minutos, de manera caótica y acelerada, Lucía le explica a Eva que la noche anterior vio al *gamer* regresar a su bungaló desde la piscina, donde Alexis le había reconocido que discutió con Jorge. También le cuenta lo de la jeringuilla, el pequeño orificio en el cuello del cantante y la promesa que le hizo de no decirle nada a los demás sobre aquel descubrimiento.

—Me dejas de piedra —reconoce Eva cuando Lucía termina de hablar—. ¿Se lo has contado a alguien más?

—No. Solo a ti.

—¿Él es el asesino, entonces? ¿Estás segura?

—No tengo ninguna duda. Me fastidia mucho, porque me caía bien.

—¿Y no sabes dónde puede estar ahora?

—No, no lo sé. No me acuerdo de cuándo nos separamos en la montaña. Creo que me senté un rato en el suelo bajo la lluvia. Pero ya estaba sola. No soy capaz de recordar nada más.

—No te preocupes. Te irás reponiendo poco a poco y seguro que pronto recuperarás totalmente la memoria. ¿Quieres que hablemos con los demás sobre lo que me has dicho de Alexis?

—Espera a que me recupere un poco, por favor. Seguro que me hacen muchas preguntas y me terminaría agobiando. No estoy para interrogatorios. Que quede entre las dos de momento.

—De acuerdo. ¿Necesitas algo más?

—Irme a casa.

—Eso me da que hasta que no venga Godoy el lunes no será posible. Debemos tener paciencia.

—Ya lo sé, Eva —dice Lucía resignada apretando los puños —. ¿Qué tal os fue a vosotros en la montaña? ¿Encontrasteis a Gema?

—Sí, la vimos en el bosque. Saúl corrió tras ella, pero no consiguió alcanzarla. También dimos con un refugio en mitad de la montaña. Tal vez fue donde se escondieron anoche ella y Martín.

—¿Por qué estarán actuando así? No lo comprendo.

—Yo tampoco. Ninguno de nosotros lo entiende. Pero lo cierto es que están pasando muchas cosas raras en este campamento.

—¿Alexis podría estar aliado con los coordinadores?

Eva no responde porque observa cómo Luis entra en el bungaló. El joven se dirige a la cama de inmediato y le da la mano a Lucía, que se la coge y la acaricia.

—¿Te encuentras mejor?

—Estoy bien. Me he puesto un termómetro y no tengo fiebre, así que no hay que darle más importancia.

—Seguro que el sobrecito te viene estupendamente.

Lucía y Luis se sonríen ante la atónita mirada de Eva, que no comprende muy bien lo que está pasando allí. Es evidente que a ese chico le gusta la *influencer* desde que empezó el campamento, pero ¿desde cuándo ella le corresponde de esa manera?

—Voy a ver qué hacen nuestros compañeros. Hasta luego — comenta Eva, que nota que sobra en esa habitación.

—Muy bien. Si hay novedades, avísame, por favor.

La actriz asiente y se marcha de Villa Mercedes dejando sola a la pareja, que sigue cogida de la mano. Lucía juguetea con los dedos de Luis, que no puede parar de taconear con el pie derecho.

—¿Seguro que no estás enfermo?

—Seguro. Me duelen un poco el estómago y la cabeza, nada más. Ahora lo más importante es que tú recuperes las fuerzas y

te pongas bien —le dice Luis, que se sienta a su lado en la cama, sin soltarle la mano—. Me gusta estar así contigo.

—¿Te gusta mucho?

—Sí —reconoce el chico tímidamente.

—A mí también me gusta.

—¿De verdad?

La chica vuelve a asentir y se acerca la mano de Luis a los labios. La besa y sonríe. El joven se quita las gafas y se restriega los ojos. Cuando se coloca de nuevo las lentes, saca fuerzas y le habla emocionado:

—Yo… creo que… me he enamo…

—Shhh. No vayas tan rápido, por favor —le pide la *influencer,* que le coloca un dedo en la boca y no le permite terminar la frase—. Poco a poco. Acabamos de conocernos.

—Pero yo tengo muy claro lo que siento por ti.

—Esto tiene que ir despacito, Luis. No quiero que nos precipitemos.

—¿Yo te gusto?

Lucía responde con una sonrisa y aprieta su mano. Luego le pide que se tumbe junto a ella y la abrace por detrás. Luis obedece entusiasmado. La joven cierra los ojos cuando lo siente pegado a su cuerpo.

—¿Estás cómodo?

—Estoy en el paraíso. Me quedaría así toda la vida.

Lucía respira hondo y se encoge un poco más haciéndose un ovillo. Siente a Luis detrás excitado. Pero eso ahora es lo de menos. Si hace falta tomará medidas, pero de momento tiene controlada la situación. No como hace un rato, en la montaña, después de empujar a Alexis por aquel precipicio.

Ni siquiera se atreve a mirar por el terraplén, pero no le queda más remedio que hacerlo. Tiene que comprobar si está vivo o no. Se asoma, pero desde allí no puede ver nada. No

sabe cuántos metros habrá hasta abajo, aunque lo más probable es que no haya sobrevivido a la caída.

Se sienta en el suelo temblorosa. La lluvia no cesa y sus lágrimas tampoco. Entonces escucha un grito. Se levanta sorprendida y regresa hasta el borde del precipicio, por donde ha caído el joven. No puede ser, está vivo.

—¡Lucía! ¿Dónde estás? ¡Lucía!

El joven grita su nombre una veintena de veces. Es un quejido en el que se percibe el dolor y el miedo. Un sollozo fúnebre. La chica se tapa los oídos; no quiere escucharlo más. No le responde. Camina de un lado para el otro sin saber muy bien qué hacer, con las manos cubriéndose las orejas. Ha sobrevivido a la caída, aunque debe de estar muy malherido.

—¡Lucía! ¡Por favor! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame, por Dios!

No lo aguanta más. Se va a volver loca. Debe tomar una decisión rápidamente. Mira a su alrededor y ve una piedra redonda, del tamaño de una pelota de tenis. La coge y, decidida, busca el camino para llegar hasta el fondo del terraplén, donde sigue gritando Alexis.

—¿Qué me dices? ¿Te animarías? —le pregunta Luis, que cada vez la abraza con más fuerza.

—Perdona, ¿a qué te refieres? —responde la chica desconcertada. No sabe de lo que le está hablando.

—¿No me has escuchado?

—Me he debido de quedar dormida unos segundos. Estoy muy cansada. ¿Qué es lo que me estabas diciendo?

—No pasa nada. Ya hablaremos del tema cuando te hayas recuperado.

—No, no. Dime, por favor. Me he perdido solo un instante. ¿De qué hablabas?

Luis dibuja una mueca de fastidio en su cara. No le ha sentado nada bien que Lucía no le estuviera prestando atención. Pero ella es consciente del embrujo que causa en él e insiste una vez más. Finalmente, el chico se da por vencido y retoma la conversación:

—Te decía que, cuando salgamos de aquí, si te apetece y lo ves oportuno, podríamos buscar un piso y compartirlo. En plan…, no sé, como quieras llamarlo. No pongamos etiquetas.

—¿Irnos a vivir juntos?

—¡Sí! ¿No te parece una buena idea?

—Pero, Luis, si…

—Te parece una idea horrible.

—¡No! ¡Bueno, no sé! ¡Esto no me lo esperaba! —exclama Lucía, que se da la vuelta y se encuentra con el rostro del joven a escasos centímetros—. Te he dicho antes que no quiero precipitarme. Necesito tiempo y recuperarme de todo lo que estamos viviendo aquí.

—Es porque no te gusto. No hace falta que pongas más excusas. Lo entiendo. Tú estás enamorada de Alexis.

Lucía suspira y se sienta en la cama. Se recoge sobre las piernas y agacha la cabeza. Luego mira a Luis y sonríe con tristeza.

—No estoy enamorada de Alexis.

—Está muy claro que sí.

—Te equivocas. Me gustas tú.

—No es verdad. Mientes, como pone en la lista.

—Es cierto, soy una mentirosa, pero en esto tienes que creerme —dice Lucía con voz dulce y embriagadora—. Me encantaría que fuéramos más que buenos amigos y me gustaría demostrártelo. Pero antes tienes que ayudarme a hacer algo. Algo muy importante.

CAPÍTULO 37

Natalia

Lunes, 15 de julio de 2019. Cuarto día en el campamento

Se han levantado pronto y todos se encuentran ya en la casa principal. Ese lunes es el primer día en el que acudirá un invitado a darles una charla. Desconocen la identidad de la persona, pero no tardan en averiguarla, ya que Godoy llega antes de lo previsto. Con él vienen todos los trabajadores del campamento y también una mujer no muy alta, de unos cuarenta y tantos años. Tiene el pelo castaño, cortado hasta los hombros, y va vestida con un traje de chaqueta oscuro muy elegante y zapatos de tacón.

—¡Chicos! ¿Estáis todos? —pregunta Fernando Godoy, en el centro de la casa principal, mientras revisa a ojo que no falte nadie—. Tengo el honor de presentaros a la gran Judit Polgár, la mejor jugadora de ajedrez de todos los tiempos. No os imagináis el privilegio que tenéis de que esté hoy aquí.

La húngara saluda con una leve reverencia, haciendo un gesto con la mano. Luce una bonita sonrisa, que mantiene todo el tiempo. El grupo aplaude y Natalia incluso se permite dar un grito de bienvenida. Godoy se lo recrimina, aunque de una manera divertida. El hombre le comenta algo al oído a Judit sobre la *influencer,* que le hace reír.

—Hemos llegado pronto. Así que voy a enseñarle el campamento mientras desayunáis y os terminái s de preparar. A las diez nos vemos aquí. Judit tiene cosas muy interesantes que contaros —comenta Fernando, que también va vestido con un traje, aunque sin corbata, y se ha vuelto a recoger el cabello blanco en una coleta—. ¡Ah! ¡Por cierto! Os he traído churros, que Rogelio o Rita os calentarán en el horno, porque se han enfriado por el camino. Además, aunque haga calor, también os hemos preparado chocolate a la taza para el que le apetezca. ¡No diréis que no os cuidamos! Pero no os acostumbréis; esto

es por ser el primer lunes de campamento. ¡Que aproveche y sed puntuales!

Otro aplauso generalizado celebra la buena idea del magnate, que segundos después sale de la casa principal acompañado por Judit Polgár.

No todos toman chocolate con churros en el desayuno. Saúl y Vicky prefieren algo más ligero, aunque Natalia insiste en que deberían darse una alegría de vez en cuando. La *influencer* bromea con Alexis y Lucía, a los que incluso les mancha la cara con chocolate, recordando un juego que hacía cuando era pequeña.

—Debo reconocer que este hombre me ha vuelto a sorprender. Es un genio —dice la *influencer,* que habla con la boca llena—. ¿Vosotros conocéis a esa mujer?

—Judit Polgár es una leyenda y un auténtico referente para todos los que nos gusta el ajedrez —responde Miren muy ilusionada—. Estuvo entre los diez mejores jugadores del mundo y venció a todos los grandes de su época: Kasparov, Karpov, Anand…, incluso a Magnus Carlsen.

—No sé quiénes son esos. El ajedrez no me interesa. Prefiero la oca.

Las palabras de Natalia llegan a los oídos de Gema, que acaba de entrar en la casa. Va hacia ella y coloca las manos en sus hombros.

—Te aseguro que vas a alucinar con Judit. Es una suerte que Godoy la haya convencido para que venga a hablar con vosotros.

—¿Convencer? ¿Los invitados no cobran?

—De eso no puedo darte información, Natalia.

—Vamos, que sí. ¡Y se lo merecen! Porque venir hasta aquí para dar una charla a diez chavales tiene su mérito. Espero que al menos le dejen darse un baño en la piscina.

—No creo que se bañe, pero, si ella quiere, tiene la piscina disponible.

—Yo puedo prestarle un bikini, aunque no sé si será de su estilo.

Gema niega con la cabeza y termina riéndose con las palabras de Natalia. La *influencer* da el último mordisco al churro que se está comiendo y le propina un beso en la mejilla a Lucía, a la que mancha de chocolate.

—Aunque Judit sabe un poco de español, hablará en inglés. Sé que todos más o menos controláis bastante bien el idioma, pero por si acaso yo iré traduciendo. Así no os perderéis nada de lo que dice.

—¿También eres traductora? —pregunta Natalia acabándose el chocolate—. ¿Hay algo que no sepas hacer?

—Viajé mucho de niña y viví en algunas ciudades de Europa. Por eso soy prácticamente bilingüe.

Gema les cuenta que, de pequeña, pasó largas temporadas en Londres, Milán, París o Viena. Sus padres cambiaban continuamente de país de residencia, hasta que se asentaron definitivamente en Madrid, la ciudad en la que nació.

—Eres la mujer perfecta. Yo me casaría contigo mañana mismo —le dice Natalia, que la mira embobada.

—Déjate de tonterías y recoge tus cosas si has acabado ya —responde la coordinadora muerta de la vergüenza, pero sonriente—. Terminad de desayunar y en quince minutos nos vemos todos de nuevo aquí. No lleguéis tarde, por favor.

Natalia le guiña el ojo a Gema antes de que esta salga de la casa, pero no recibe ningún gesto cómplice de vuelta. Luego lava su vaso y se acomoda en uno de los sofás. Lucía se acerca a ella y se sienta en el reposabrazos.

—Estás muy loca, tía.

—¿Por qué? No he hecho nada malo esta vez, ¿no?

—Le has tirado los tejos a la coordinadora.

—¡Qué va! ¡Solo estaba bromeando! No se lo habrá tomado en serio.

—Pues yo me lo he creído.

Natalia mira a Lucía y le hace una señal con el dedo.

—Tienes chocolate en la cara. También un poco en la nariz.

—¡Por tu culpa! Voy a lavarme.

—Date prisa. Solo quedan diez minutos para que empiece la charla. Y ya llegaste tarde el día de la presentación.

Lucía le suelta un insulto en voz baja y se marcha corriendo de la casa. Natalia sonríe y saca los cascos del bolsillo de su *short* . Se los pone y elige *Amorfoda* de Bad Bunny en el pequeño reproductor. Esa canción le trae recuerdos de todo tipo. Sonaba el día que cortó con su último novio y también antes de serle infiel por primera vez. ¿Dolor? ¿Remordimientos? Simplemente, la vida. El tiempo no es para perderlo ni para dedicarlo a pensar en lo que pudo ser de otra forma. Es su filosofía, la que aplica desde siempre con los demás y consigo misma. La que seguirá teniendo en cuenta en ese campamento. Aunque sabe que ella, probablemente, tiene menos posibilidades que la mayoría de sus compañeros de ser la elegida por Godoy. ¿Eso le preocupa? Sí y no. No va a cambiar, pero tampoco quiere renunciar al premio tan suculento que le ofrece aquel viejo millonario tan simpático. Tendrá que jugar sus cartas y aprovechar sus puntos fuertes.

La charla comienza a su hora. Todos han sido puntuales, incluso Lucía, la última en incorporarse al grupo. La historia de Judit Polgár encandila a los chicos. A lo largo de esa mañana les explica cómo fue su infancia, ligada completamente al ajedrez. Sus padres hicieron una especie de experimento sociológico con ella y sus dos hermanas mayores, a las que intentaron convertir en genios desde que nacieron. No fueron al colegio y tuvieron una educación planificada en casa. Se convirtió en la maestra internacional más joven de la historia, con apenas quince años, superando al mítico Bobby Fisher. Y fue la única mujer capaz de colocarse en el *ranking* de los diez mejores del mundo. En un deporte que, a finales de los ochenta y en la década de los noventa, era de hombres, ella demostró que una chica podría derrotar a cualquiera y hacerse un hueco en la élite de los grandes campeones.

—Yo era una adolescente que deseaba convertirse en la mejor. Me daba igual competir con hombres o con mujeres. Tenía un gran respeto por el juego y por todos mis adversarios, quizá el que alguna vez ellos no tuvieron conmigo. Infravalorarme por ser mujer y joven fue el error de muchos de ellos. Les gané a todos durante mi carrera y conseguí que me valoraran y hasta que me temieran en el tablero.

Judit les termina contando que no juega profesionalmente desde el 2014, que es madre de dos maravillosos hijos y que ahora se dedica a su fundación, en la que el ajedrez es un elemento integrador. Ella y sus hermanas intentan que las diferencias entre los niños sean las menores posibles y que nadie se sienta como se sentían ellas cuando comenzaron.

A Natalia ese mensaje la emociona e incluso se le caen algunas lagrimillas mientras aplaude apasionadamente. Esa mujer es inspiración pura. Se acerca a saludarla e intercambian algunas frases en inglés. Todo el grupo lo hace. Ha sido una primera charla sublime y, si alguien tenía alguna duda sobre la eficacia y el valor de aquel campamento, la visita de Judit Polgár la ha solventado.

Godoy se muestra muy satisfecho con el efecto que ha conseguido gracias a la ajedrecista húngara, y sonríe de oreja a oreja. Natalia va hacia él aprovechando que está solo en una esquina de la habitación.

—¿Tiene un par de minutos? Me gustaría hablar con usted.

—Sí, pero tutéame, por favor. Me haces sentir viejo y solo tengo setenta años. Vamos fuera, que estaremos más tranquilos.

La chica asiente y juntos salen de la casa principal, mientras el resto charla animadamente con la invitada.

—Dime, Natalia. ¿De qué se trata?

—Sin rodeos. Con sinceridad, don Fernando, ¿por qué estoy aquí? —pregunta directamente la joven, que parece nerviosa.

—Por lo mismo que los demás.

—Yo no tengo la capacidad de mis compañeros.

—Por supuesto que sí. Te hemos visto cualidades suficientes para que te hagas cargo de todo cuando llegue el momento.

—Solo soy una simple *influencer* que sube fotos a Instagram, se marca unos bailecitos en TikTok y negocia con las marcas. Ni siquiera tengo conocimientos empresariales ni sé cómo funciona un negocio.

—Ni yo te pido que los tengas. Lo que necesito lo posees. Te lo aseguro.

—Yo no estoy tan segura.

El hombre mira a los ojos a la chica que, en ese momento, no desprende la fuerza y seguridad de la que siempre hace gala.

—Los diez que estáis en este campamento habéis sido seleccionados de entre miles de jóvenes y, en última instancia, de una lista de cien. Mi equipo ha hecho un gran trabajo de investigación y recopilación de datos. Sabían lo que busco. Te conozco muy bien, Natalia, como si fueras mi nieta.

—¿Nieta? Ahora el que se hace mayor a sí mismo es us…, eres tú.

—Es la realidad. Tengo muchos años y, por edad, podría ser tu abuelo —responde el hombre sin perder la sonrisa—. Eres una chica muy inteligente que ha sabido encontrar su sitio en las redes sociales, un mundo complejo y despiadado, como el de las empresas y negocios que gestiono. Te has convertido en un referente para muchas jóvenes, como en su día lo fue Judit Polgár.

—No me puedo comparar. No le llego ni a la punta del taconazo ese que lleva. Ella sí que es inspiradora.

—Y tú, Natalia. Tú también lo eres. Solo hay que ver el fervor que despiertas entre las chicas de tu edad y cómo aguantas la presión de todo lo que te dicen. Quiero a una persona como tú a mi lado. De verdad. En estas tres semanas, empápate de todo lo que te cuenten y demuéstrame de lo que eres capaz. Como hizo Judit y como han hecho todas las personas que van a venir a veros. Muestra tu compromiso y créete que eres tan buena o mejor que el resto de tus compañeros. Yo confío muchísimo en ti.

—Me vas a emocionar.

—Tu facilidad para emocionarte, para vivir las cosas al máximo, es otro de tus puntos fuertes —indica Godoy enarcando las cejas.

—Me tienes muy estudiada.

—Más de lo que imaginas. Así que no te preocupes. Estás aquí porque te lo mereces. Ahora solo te toca demostrarme que harás todo lo posible para ser la elegida cuando termine el campamento.

CAPÍTULO 38

Eva

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

—No puedo más. Voy a entrar en su habitación —dice Natalia, que ha vuelto a revisar todo el campamento buscando a Vicky sin éxito—. ¿Alguien viene conmigo?

Eva, que prepara en la cocina unos sándwiches para cenar, levanta la mano. También lo hace Óliver, que está leyendo sentado en un sillón.

—¿Cómo lo vamos a hacer? Las puertas de los bungalós son muy duras como para echarlas abajo —dice la actriz mientras se limpia con un trapo—. ¿Tenéis alguna idea?

—Podemos intentarlo con una tarjeta. Lo he visto hacer alguna vez en YouTube —comenta la *influencer* —. Se introduce en la ranura y se desliza arriba y abajo hasta que se abra. Suele ser muy eficaz.

—Yo también conocía ese método. De hecho, he hablado en mi canal de algún caso en el que el criminal ha entrado de esa manera en la casa de su víctima —señala Óliver, que se pone de pie y se reúne con sus compañeras—. Órale. ¿Vamos entonces?

Los tres salen de la casa principal y van hasta la habitación de Vicky, que es la primera del camino. Ninguno tiene una tarjeta a mano, así que Eva se ofrece a acercarse a su bungaló a por una. Se dirige hasta Villa Aurora lo más deprisa que puede. Entra en la habitación y se encamina directamente al armario donde guarda su bolso. Lo abre y saca el monedero, en el que están las tarjetas. Elige una que la acredita como socia de FNAC y otra bancaria de débito, por si acaso no funciona la primera. Se las mete en el bolsillo trasero del *short* y se dispone a regresar junto a Natalia y Óliver. Entonces, escucha un ruido de pisadas. Alguien entra en su habitación y cierra la puerta. La chica se sorprende al ver a Alexis. Está

repleto de heridas y magulladuras por todo el cuerpo. Lleva un brazo en cabestrillo y tiene una gran hinchazón en la frente, que le causa impresión.

—¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo te has hecho todo eso?

—No hables muy alto, por favor. No quiero que Lucía sepa que estoy aquí.

—¿Por qué?

—Porque piensa que soy el asesino del campamento. Es muy importante que no se entere de que he vuelto. Ella ha sido la que me ha hecho esto.

Con ese aspecto no parece peligroso, pero Eva no se fía. Así que, disimuladamente, retrocede unos pasos y se coloca cerca de la lámpara que está sobre la mesita, al lado de la cama, por si tiene que agarrarlo y golpearle.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Sí, me empujó por un barranco. Estoy vivo de milagro —dice el joven, que se sienta en la silla dolorido—. No le digas a nadie que estoy aquí, por favor. Tengo que pensar.

—¿Pensar en qué, Alexis?

—En qué hacer. Si Lucía les cuenta a todos que soy el asesino y me encuentran, estoy perdido. Aunque yo no soy el culpable.

—A mí ya me lo ha dicho. Cree que mataste a Miren y a Jorge.

—Joder. ¿Lo ves? ¿Se lo ha contado a alguien más?

—No lo sé. Me parece que no.

—Yo no he matado a nadie. Te lo juro, Eva.

—Ella está segura de que sí. Me ha dado una serie de pruebas que te culpan. Sin embargo, no recuerda muy bien lo que pasó en la montaña.

—¿Que no lo recuerda?

—Eso es lo que nos ha contado.

—Estoy seguro de que miente. ¡Claro que lo recuerda! Me acusó de los asesinatos, discutimos y me tiró por un terraplén. Desde abajo, grité su nombre y le supliqué para que me socorriera, pero no lo hizo. Le rogué que me ayudara y pasó de mí.

Eva continúa en alerta mientras Alexis habla. A pesar de que en ese estado no podría hacerle daño, no pierde de vista el flexo. Es el único objeto que tiene al alcance de la mano para defenderse si llegara el momento.

—No me lo puedo creer. ¿Te abandonó?

—Sí, me dejó solo en el bosque después de haberme empujado por ese barranco. No miento. Después perdí el conocimiento. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente bajo la lluvia. Cuando me desperté, sentía muchísimo dolor y casi no me podía mover. He llegado al campamento hace cinco minutos. Aunque, si te soy sincero, ni siquiera sé cómo lo he conseguido. Estoy destrozado y seguramente tenga alguna fractura.

Eva observa al chico, que mira hacia el suelo y se queja de dolor en las costillas. Puede que se haya roto algún hueso o que algunas de sus heridas sean considerables. Pero tiene prisa y ahora mismo no puede ocuparse de él.

—Natalia y Óliver me están esperando. Quédate aquí y no te muevas. Volveré lo antes posible e intentaré curarte lo que esté en mi mano. Aunque necesitarás un médico.

—¿De dónde vamos a sacar un médico? ¡Si no podemos ni salir de aquí!

—Ya lo sé. Túmbate e intenta relajarte. Vuelvo en unos minutos.

La chica escucha el último lamento de Alexis y se marcha de la habitación. Parece que ha sido sincero en lo que le ha contado, pero en ese campamento no se puede fiar de nadie. ¿En quién confía? ¿En Lucía o en el *gamer* ? A lo mejor, en ninguno de los dos.

—Sí que has tardado. Empezábamos a preocuparnos —le dice Natalia cuando la ve llegar—. ¿La has traído?

—Sí, dos. Toma.

Eva le ofrece las tarjetas a la *influencer,* que solo coge la de socia de FNAC. Se acerca hasta la puerta y la coloca en la ranura. La desliza arriba y abajo en repetidas ocasiones, pero no se abre.

—Mierda. No funciona.

—Déjame a mí —le pide Óliver.

El estudiante de Criminología también realiza varios intentos sin lograr el objetivo. Eva también prueba, con la misma suerte que sus dos compañeros.

—Estoy hasta los ovarios de todo —protesta Natalia, que se sienta en el suelo apoyando la cabeza en la pared del bungaló número 1—. ¿Dónde coño se ha metido esta chica?

—Alexis ha vuelto al campamento —suelta de repente Eva, a la que los otros dos miran atónitos—. Está en mi habitación ensangrentado, lleno de moratones y heridas. Dice que Lucía lo empujó por un barranco.

La actriz narra exactamente lo que el *gamer* le ha explicado hace unos minutos. Natalia y Óliver la escuchan asombrados.

—Voy a ir a por hielo a la casa y cogeré antiinflamatorios del botiquín. Haré lo que pueda para que le duela lo menos posible y rebajar las zonas que tiene hinchadas. Pero seguro que tiene alguna fractura y con eso no podemos hacer nada. Sin un médico, la cosa se puede poner muy fea esta noche.

—¿Y si de verdad es el asesino? ¡Está en tu habitación!

—Aunque lo sea, en ese estado no es peligroso. No está fingiendo.

—Debemos hablar todos con él y con Lucía —dice Óliver después de hacer un último intento para abrir la puerta del bungaló de Vicky.

—No sé si es buena idea juntarlos a los dos.

—Es hora de poner las cartas sobre la mesa. Voy a avisar a Lucía mientras tú vas a por el hielo y los medicamentos.

—¿Y Vicky? ¿Ya no la buscamos más? —pregunta Natalia, que se incorpora—. Tenemos que abrir esta puta puerta.

—No sabemos si está dentro o si se ha marchado del campamento, que es lo que yo sigo pensando. Luego lo probaremos de otra manera.

Las palabras de Óliver, lejos de tranquilizar a Natalia, la ponen más nerviosa. La chica da un grito y aporrea con fuerza la puerta de Villa Noelia.

—Yo me quedo aquí. Voy a seguir intentándolo. Sé que no se ha ido a ninguna parte y me da miedo encontrarla dentro de su habitación, porque si está ahí significaría que le ha pasado algo grave.

—No adelantemos acontecimientos ni seamos pesimistas.

—Deja ya esa pose, Óliver. Me da miedo que a mi amiga le haya pasado algo y tengo todo el derecho del mundo a comportarme como lo esté sintiendo.

—Neta. Es que no vale de nada perder los nervios y alterarse antes de tiempo.

—Pues yo estoy alterada y muy nerviosa. Lo que tienes que hacer es callarte un poco y no opinar sobre lo que los demás hacemos. ¿Vale?

Al mexicano se le nota que no le gusta el tono que Natalia ha usado con él. Sin embargo, se contiene y se marcha sin decir nada.

—Algunas veces deberías tener más mano izquierda —comenta Eva.

—Entonces no sería yo. Estoy un poco harta de él. Prefiero expresar lo que siento que callarme y morderme la lengua. Es mi forma de actuar.

—Tú sabrás lo que haces. Me voy, que Alexis me espera. Suerte con la puerta.

Eva sale corriendo y entra en la casa principal. Primero va al cuartito interior, que usan de almacén, donde les contaron el primer día que estaba el botiquín para las urgencias. Coge unas cuantas cajas de pastillas que cree que le pueden ser útiles,

gasas y algún desinfectante para las heridas. Luego se dirige al frigorífico y mete hielo en una bolsa. También se lleva un par de servilletas de tela para embolsarlo y que el contacto no sea directo con la piel. Le enseñaron de pequeña que el frío puede quemarte si no lo aplicas adecuadamente.

Se apresura para llegar a su habitación lo antes posible. En el camino, saluda de nuevo a Natalia, que continúa intentando abrir la puerta de Vicky con la tarjeta. También ve luz en el bungaló de Saúl. Se pregunta qué ha estado haciendo el saltador de pértiga en las últimas horas. No lo ve desde que regresó de la montaña. Seguramente, se habrá estado duchando y descansando un poco. Está tentada de llamarle para que la acompañe, pero prefiere ahorrarse explicaciones de momento. No puede perder más tiempo.

Cuando llega a su bungaló, Óliver la espera en la puerta.

—¿Has hablado con Alexis? —le pregunta la chica jadeante por la carrera.

—No. He preferido no hacerlo hasta que tú llegaras. Ni siquiera he llamado.

—¿Y con Lucía? ¿Le has dicho algo?

—He ido a su bungaló, pero no me ha abierto. Tampoco Luis estaba en su habitación.

—¿No? Qué raro.

—Este es el campamento de las cosas extrañas. A saber dónde pueden estar ahora esos dos. Espero que no se hayan atrevido a ir al bosque.

—Más líos. Sabía que iban a ser tres semanas diferentes, pero no de esta manera.

El estudiante de Criminología se encoge de hombros y ayuda a Eva con las bolsas. La chica abre la puerta y se encuentra a Alexis tumbado en la cama. No sabe si está dormido. Camina despacio hacia él, con Óliver detrás, tratando de no hacer ruido. De pronto, se escucha un grito. Es de Natalia, que ríe a carcajadas y celebra algo con vítores y palabras malsonantes. El *gamer* se despierta y se asusta al ver al mexicano dentro del cuarto. Va a pedirle explicaciones a Eva, pero se calla al oír

más gritos. Estos son completamente diferentes. Son alaridos desgarradores que indican desesperación y dolor. Gritos que solo se escuchan cuando a una persona le arrancan un trozo del corazón.

Y es que Natalia acaba de descubrir el cadáver de su querida Vicky en el suelo de Villa Noelia.

CAPÍTULO 39

Alexis

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Han pasado casi dos horas desde que Natalia descubrió el cuerpo sin vida de Vicky tirado en el suelo del bungaló número 1. La primera reacción de la *influencer* fue la de arremeter contra sus compañeros. No dejaba de acusarlos y de amenazar a todo el mundo. Para ella, el asesino de su amiga es alguien del grupo. Ha jurado que lo descubrirá y que se vengará. Poco a poco, tras darle un tranquilizante, se calma y consiguen convencerla para que se marche a descansar un rato a su habitación. Eva la acompaña para que no esté sola.

En la casa principal, Saúl y Óliver han escuchado el relato de Alexis, que les ha contado su experiencia con Lucía en la montaña. El *gamer* está acostado en uno de los sofás, repleto de vendas, gasas y tiritas. Después de ponerse hielo en las partes de su cuerpo más hinchadas y de tomarse los antiinflamatorios, se encuentra un poco mejor, aunque continúa sintiendo bastante dolor y un gran agotamiento tanto físico como mental.

—Deberías irte a tu habitación a dormir —le dice Saúl, que le acaba de traer más hielo para que se lo aplique en la rodilla derecha, que tiene muy inflamada.

—Con todo lo que está pasando, cualquiera se va a dormir tranquilo.

Y es que no solamente han encontrado el cadáver de Vicky con un punzón de hielo clavado en el pecho. Luis y Lucía son ahora los que han desaparecido, aunque Saúl afirma que los vio desde la ventana caminando juntos hacia la puerta del campamento.

—Pues tienes que descansar, amigo —le advierte Óliver—. No sé cómo eres capaz de mover un músculo después de haberte caído por un barranco, güey.

—Suerte. Simplemente, he tenido suerte.

—Todavía no puedo creerme que Lucía te haya hecho eso.

—Yo tampoco. Ahora que todos sabéis la historia, quiero hablar con ella para aclarar las cosas. ¿Creéis que volverán o se han marchado definitivamente?

—No tengo ni idea. Pero si han decidido emprender la aventura de irse de aquí solos, no van a llegar a ninguna parte y están arriesgándose a que les pase algo en el bosque —responde el mexicano, que se sirve café recién preparado en una taza—. No tienen ni una posibilidad de salir bien parados.

Alexis piensa en lo que dice Óliver. Él tampoco ha salido beneficiado. Le habría gustado que las cosas hubieran transcurrido de otra manera, pero las circunstancias han ido siendo cada vez más adversas. Estaba ilusionado cuando Godoy les contó lo del gran premio que se escondía tras la invitación que había recibido para estar allí durante tres semanas. Nada menos que la gestión de su fortuna. Él lo quería, lo necesitaba. A cualquier precio. Precio que ahora mismo está pagando con intereses.

—Es increíble lo que estamos viviendo aquí. Solo quedamos siete. O cinco, si Lucía y Luis se han marchado del campamento de manera definitiva —comenta Saúl, que también se echa café en un vaso—. Es como si estuviera en una nube. ¿No os pasa?

—En una nube muy negra —responde Alexis.

—La muerte forma parte de la vida y no hay que temerla —añade Óliver—. Eso es lo que me decía mi padre cuando yo era pequeño. Quizá por eso la tengo tan interiorizada y me he dedicado a hacer vídeos sobre crímenes, en algunos casos verdaderamente deleznables.

—Tendrás que grabar uno sobre lo que está pasando en el campamento.

—Sin lugar a dudas, amigo. Si salgo con vida, que está por ver.

El comentario del mexicano va medio en broma, pero Alexis se estremece al oírlo. Él ya ha estado cerca de la muerte hace

un rato, cuando Lucía lo tiró por el terraplén. ¿Y si hay una próxima vez?

—Uno de nosotros siete es el culpable —dice Saúl—. Por una vez, estoy de acuerdo con Natalia. Pero se me hace imposible asumirlo. No os puedo ver a ninguno de vosotros como un asesino. Aunque tengo la certeza de que alguien miente y que está aguardando el momento adecuado para actuar de nuevo.

—Yo prefiero no hacer quinielas ni suposiciones —indica Óliver—. No voy a acusar a nadie directamente.

—¿Y si eres tú?

—Pues podría ser yo, Alexis. Aunque también podrías ser tú.

—Yo tengo coartada en el caso de Vicky. Estaba buscando a Gema por la montaña. Cuando me fui estaba viva y cuando regresé ya la habían asesinado. De momento, no tengo el poder de la bilocación.

—Tal vez haya más de un asesino —dice Óliver con tranquilidad después de beber de su café—. Dos personas que están colaborando para lograr el mismo fin. Tu coartada es perfecta para Vicky, pero podrías haber matado a Miren y Jorge. Ahí no tienes coartada.

—¿Me estás acusando?

—No, era un simple supuesto basado en la realidad.

—Yo no he hecho nada. No he matado a nadie.

—Yo tampoco, cabrón. Pero tú has planteado que podría ser yo el culpable y yo planteo que podrías serlo tú, con ayuda de alguien más. Pero son solo palabras. Ninguna teoría está basada en hechos demostrables. ¿Algún día sabremos la verdad? Ya veremos.

Alexis no dice nada más. Aquella charla se está convirtiendo en un combate dialéctico entre el mexicano y él, en el que está en desventaja. El dolor le incomoda y no puede pensar con claridad.

—Como has dicho antes, es mejor no hacer quinielas —interviene ahora Saúl—. Cada uno tendrá sus teorías. Está

muriendo gente y alguien es el responsable. No sé si hay un asesino o dos, ni los motivos de estos crímenes. Lo único que sé es que no voy a ser la próxima víctima. No lo voy a permitir.

—A mí no me da miedo la muerte, pero tampoco quiero morir —dice Óliver—. Todos tenemos que estar alerta. No nos fiemos ni de nuestra propia sombra.

En eso sí coincide Alexis con el mexicano. A partir de ahora, no se fiará de nadie. Ya confió en Lucía y casi pierde la vida. Tendría que haber sido más listo y averiguar qué es lo que ella pensaba de él.

—Me voy a ver a las chicas —anuncia Óliver, que se acaba el café —. Espero que Natalia no se haya vuelto loca del todo y esté tranquila. En cualquier momento, coge otro cuchillo de la cocina y termina con lo que queda del grupo.

—No sabía que era tan amiga de Vicky. Anoche las escuché pasándoselo bien, pero no imaginaba que se hubiera encariñado tanto con ella.

—Aquí se vive todo con mucha intensidad, Saúl. Veinticuatro horas en el campamento son como diez días en la realidad.

Después de fregar su taza y colocarla dentro del armario, Óliver sale de la casa principal. Cuando se marcha, Alexis hace un esfuerzo por incorporarse y le habla con preocupación a Saúl:

—Es él. Estoy seguro.

—¿Que es qué? ¿El asesino? ¿Óliver?

—Sí. ¿No has visto su frialdad? Es como si nada de esto le afectara.

—Es su carácter. Está acostumbrado a ver crímenes.

—No en primera persona y de forma tan directa. No sé, creo que se comporta de forma extraña —insiste Alexis—. Estudia Criminología. Sabe mucho más que todos nosotros juntos de asesinatos.

—Seguro que es así, pero yo no veo tan claro que sea el culpable.

—Tú mismo lo has dicho antes, Saúl. Uno de nosotros ha matado a Miren, a Jorge y a Vicky. Yo no lo he hecho y no veo a Eva o a Natalia capaces de algo así. ¿Y tú? ¿Tienes algo que ver con las muertes de nuestros compañeros?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces? Solo nos quedan él y… Luis.

—Y Lucía. No te olvides de ella.

—Tampoco pudo ser Lucía. Estaba conmigo en la montaña cuando asesinaron a Vicky. No le dio tiempo a hacerlo.

—Pudo empujarte por el barranco, volver rápido al campamento y asesinarla.

—Según cuenta Natalia, cuando Lucía llegó, ya estaban buscando a Vicky desde hacía un buen rato. No es posible.

—¿Y Luis?

—Es la otra alternativa. Aunque no lo considero tan inteligente como para cometer tres crímenes sin que nadie se dé cuenta.

—No creo que para cometer estos asesinatos haya que ser tan listo —dice Saúl mientras friega el vaso en el que se ha tomado el café—. A Miren, posiblemente, la envenenaron. A Jorge lo mataron en la piscina, de madrugada, cuando estaba solo. Y a Vicky también la sorprendieron en su habitación cuando no había nadie con ella. No veo a un gran estratega detrás de estos crímenes. Más bien a alguien que aprovecha muy bien las oportunidades que se le presentan.

Alexis no está del todo de acuerdo con el atleta. Si todavía no saben quién es el responsable de las muertes de sus compañeros es porque se trata de un tipo inteligente. Alguien con un plan bastante bien elaborado y ejecutado. Como lo que hace él en cada partida que juega.

Va a contrarrestar la opinión de Saúl cuando la puerta de la casa se abre. Desde el sofá, ve como Lucía y Luis entran y se quedan mirándolo con la boca abierta. Es la chica la que da un

grito y lo insulta. Va hacia él, pero Saúl rápidamente se pone en medio.

—¡Qué haces! ¡Es el asesino de Miren y Jorge! —exclama la *influencer* muy alterada.

—¡Yo no he matado a nadie! En cambio tú, mira cómo me has dejado. Me tiraste por el barranco. ¡Estoy vivo de milagro!

—Fue por tu culpa. Te resbalaste y te caíste al vacío.

—¿Qué? ¡Me empujaste a propósito! ¡Y luego no quisiste ayudarme cuando te lo pedí!

—¡Eres un mentiroso! ¡Y un asesino!

Lucía intenta esquivar a Saúl para acercarse a Alexis, pero el atleta no la deja. Luis, por su parte, contempla la escena desde la puerta muy tenso, pero sin intervenir.

—He hablado con todos y les he contado lo que ha sucedido. También les he explicado que tú me acusaste de ser el asesino del campamento por una serie de supuestos que interpretaste mal.

—Yo no he interpretado nada mal. Las pruebas son muy claras.

—¿Sí? Entonces dime, si yo estaba contigo en la montaña, ¿cómo me las habría ingeniado para matar a Vicky?

—¿Qué? ¿Han matado a Vicky?

Saúl asiente con la cabeza. La chica da unos pasos hacia atrás. Se ha puesto pálida. Encuentra rápidamente a Luis, que la abraza con fuerza.

—Le han clavado el punzón de picar el hielo en el pecho. La encontró Natalia hace un par de horas tirada en el suelo de su bungaló —añade el *gamer* .

Alexis no se fija en Lucía mientras habla, sino en la reacción de Luis. No parece demasiado impresionado ni nervioso con la noticia. Al contrario. Tiene la sensación de que hasta medio sonríe satisfecho. ¿Es por el abrazo de la chica?

—Dios mío. Qué horror.

—Yo estaba en el bosque cuando ha pasado. Así que, por favor, no me llames más asesino, porque no tengo absolutamente nada que ver con ninguna de las muertes de nuestros compañeros.

—¿Cómo se encuentra Natalia?

—Mal —responde Saúl—. Hemos tenido que darle un Valium. Ahora está en su habitación descansando. Eva se ha quedado con ella.

Lucía sigue pegada a Luis, que la abraza por la cintura y le coloca las manos en el abdomen. A Alexis le molesta que estén tan juntos. Actúan como si fueran pareja. ¡Pero eso no es posible! ¿Cómo van a tener una relación esos dos?

—¿Y vosotros dónde habéis estado? —pregunta Saúl después de unos segundos en los que ninguno dice nada—. Os vi salir del campamento. El bosque es muy peligroso de noche.

—Teníamos ganas de dar una vuelta y escaparnos un poco de este sitio. No hay nada de peligroso en eso —responde desafiante Luis—. Somos mayorcitos. ¿Hay algún problema?

Alexis está a punto de responder, pero no lo hace. El dolor en las costillas se intensifica cada vez que se altera. Le encantaría machacar a ese tipo, que ahora le da un beso en la cabeza a Lucía. Le enerva. No lo comprende. Todavía entiende menos cuando el siguiente beso de Luis es cerca de la boca de la *influencer* . Mira a Saúl, que también está sorprendido. Hay algo que se han perdido y que debe servir de explicación.

Lo que no tiene todavía explicación es que tres de sus compañeros de campamento estén muertos. Las respuestas a ese enigma parecen aún bastante lejanas.

CAPÍTULO 40

Luis

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento
Hace unas horas…

«… Me encantaría que fuéramos más que buenos amigos y me gustaría demostrártelo. Pero antes tienes que ayudarme a hacer algo. Algo muy importante.»

Mientras mete una linterna en la mochila, Luis fantasea con lo que Lucía le ha dicho. Le ha prometido que se lo contará todo cuando llegue el momento. Ahora tiene que prepararse para ir al bosque. Le ha preguntado por el motivo de la partida, pero tampoco se lo ha querido explicar. Demasiadas incógnitas. Sin embargo, confía en ella. Quiere hacerlo, por lo menos. Necesita creer en la palabra del que ya es el amor de su vida.

Sí, sí, ha escuchado bien. No es un sueño: a ella le encantaría que fueran más que buenos amigos. ¡Algo así como una pareja! ¿Novios? Solo con imaginarlo le da un subidón. Es increíble que una chica como ella quiera estar con alguien como él. ¡Qué dirán ahora todas esas que lo rechazaron!

«Luis, yo solo te veo como un buen amigo.»

«Luis, lo siento, pero no me gustas.»

«¿Qué? ¿Tú y yo? Imposible, Luis.»

Ninguna le llega a Lucía a la altura de los zapatos. Cuando regrese del campamento, se hará una foto con su amada *influencer* y se la mandará por correo electrónico a todas esas creídas de mierda para las que no era suficiente.

Cambia las chanclas que suele llevar por unas zapatillas deportivas, más adecuadas para andar por el bosque. Se cuelga la mochila a la espalda y se pasa por la casa principal para coger su botella de agua fría y una con gas para Lucía. Listo. Va hasta el bungaló número 3 y llama. La chica no tarda en

abrirle. Se ha vestido con una camiseta blanca ajustadísima, con la que se le marca mucho el pecho. Uf. ¿Y si dejan la salida por la montaña para otro momento y hacen el amor hasta que no les queden fuerzas?

No, ahora no procede excitarse, aunque no es fácil el autocontrol. Todo a su tiempo.

—¿Estás preparado? ¿Lo has cogido todo? —le pregunta la joven, que también lleva su mochila colgada a la espalda.

—Sí. Tengo una botella de agua con gas guardada para ti. Pídemela cuando la necesites.

—Perfecto. Muchas gracias, Luis.

La sonrisa de Lucía es de lo más bonito que ha visto nunca. Él no es de romanticadas de ese tipo, se fija en otras cosas primero, pero debe reconocer que lo tiene enamorado desde que la vio sonreír por primera vez. Un flechazo en toda regla.

—¿Sabes exactamente a dónde nos dirigimos?

—Sí, lo sé. Tú sígueme.

La seguridad con la que la chica responde le sorprende. Por la tarde, ella estuvo fuera buscando a Gema con Alexis. ¿Querrá volver a algún lugar en concreto por el que ya ha pasado antes?

Salen del campamento sin avisar a nadie. Es otra de las cosas que Lucía le ha pedido. Si alguno de sus compañeros se enteraba de que iban a marcharse, les habría puesto pegas.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunta Lucía, ya fuera del campamento.

—Sí, lo que me he tomado me ha sentado muy bien.

—Esos sobrecitos son mano de santo.

—Nunca mejor dicho. ¿Y tú cómo estás? ¿Vas recuperando la memoria?

La chica no contesta y sigue caminando, como si no le hubiera preguntado nada. A Luis le extraña esa actitud, pero no quiere molestarla. Para él ya es muy importante que lo haya elegido para ayudarle en algo de lo que todavía no le ha

hablado. Sigue confiando. Sin embargo, el silencio que hay entre ambos le incomoda. Quiere escucharla hablar mientras caminan. ¿Qué tema de conversación puede sacarle?

—¿Dónde piensas que puede estar? —le pregunta por fin.

—¿Qué? ¿De quién me hablas?

—De Vicky. Es muy raro que haya desaparecido, ¿no?

—Sí. Es muy raro.

A Luis le parece que la *influencer* está distraída. A lo mejor es porque no quiere perderse por el bosque y está concentrada en seguir un camino determinado.

—Esa chica es extremadamente particular.

—Yo no la habría definido mejor.

—A ver, yo también soy un tío muy particular. No nos engañemos. Me dedico a hablar de milagros en una página web y de evangelizar a la gente vía Internet. ¡Y mira mi aspecto! Parezco uno de esos informáticos de las películas americanas.

Su comentario la hace reír y eso le lleva al mismo cielo. ¡Está haciendo que su amor se ría! Él, que nunca ha sido gracioso ni simpático.

—A mí no me pareces un informático —dice Lucía todavía riéndose.

—¿No? ¿Y qué te parezco?

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—¿Vas a ser muy cruel?

—No mucho —responde la joven, que suelta una carcajada —. Yo no te conocía cuando llegamos al campamento. No sabía quién eras. Sin embargo, tu cara me resultaba familiar.

—A lo mejor me habías visto en alguna parte. He salido varias veces en la prensa. Quizá en las noticias, cuando me invitó el Vaticano.

—No lo sé. Pero te me asemejaste a un personaje de cómic.

—¿A un personaje de cómic? ¿Y eso es bueno o malo?

—Malo no es, *comic man* . Era un tipo con gafas como las tuyas que andaba siempre en su mundo y se dedicaba a atracar bancos.

—¿Un atracador de bancos?

—¡Sí! Pero luego les daba el dinero a los pobres.

—Una especie de Robin Hood.

—Exacto. Me encantaban esos cómics cuando era pequeña.

—No los conozco. Pero bueno, al final, no salgo perdiendo en esa comparación.

La chica sonríe y se detiene. Le muestra a Luis un arbusto, en el que hay un trozo de tela amarilla.

—¿Es de las que dejasteis antes?

—Sí, esto indica que vamos por el buen camino.

—Me tienes en ascuas. ¿No me puedes contar algo más de lo que vamos a hacer?

—De momento, no. Espera unos minutos y te lo explicaré todo. ¿Me das un poco de agua?

Luis saca la botella de Lucía y se la entrega. La chica da un buen trago, sedienta. Unas gotas le caen en la camiseta, algo que no le pasa desapercibido. Sabe que no tiene que mirarla de esa manera. Debe respetarla. Así que rápidamente aparta la vista mientras ella guarda la botella en su mochila. Espera que no se haya dado cuenta de lo que observaban sus ojos.

—¿Alguna vez has tenido una relación seria? —le pregunta Lucía cuando empiezan a caminar de nuevo.

—¿A qué te refieres con seria?

—A pareja consolidada. No solo a alguien para enrollarte cuando sales por ahí o vas a alguna fiesta.

—Salgo muy poco. La web me tiene ocupado todo el día. Tampoco me gustan demasiado las fiestas ni las discotecas.

—Eres un chico tranquilo.

—Según para qué cosas.

—No pasa nada, si a mí también me gusta estar en casa.

—Estoy seguro de que sales mucho más que yo.

—A veces no me queda más remedio. Se hacen buenos contactos de noche. En galas, eventos o de copas —comenta Lucía, que ve otro trozo de trapo en un matorral y se lo señala a Luis—. Entonces, nunca has estado con nadie en serio.

—De la forma que dices, no.

Ni de esa forma ni de otra. En realidad, le da vergüenza admitir que jamás ha estado con ninguna chica. Su experiencia solo ha sido a través de Internet. A algunas les ha tirado la caña sin éxito; otras, simplemente le sirvieron de satisfacción sexual, aunque ni ellas mismas lo sabían. El único contacto físico que tuvo fue con la brasileña de la iglesia, Wenda, y desde ese día no quiso saber nada más de quedadas con gente a la que había conocido en la red. Era más seguro detrás de la pantalla.

—Realmente, yo no he estado con muchos chicos, comparado con algunas de mis amigas. Últimamente, me cansa. Solo van a lo que van. Además, se les ven las intenciones desde el primer minuto.

—Los tíos somos así.

—No todos, está claro. Pero en el mundo *influencer* hay bastantes picaflor, como yo les llamo. En los eventos siempre ocurren cosas. Luego, te despiertas a la mañana siguiente y te arrepientes.

Luis agacha la cabeza. No le gusta lo que oye. Él no tiene ningún tipo de experiencia mientras ella las ha ido amontonando. ¿Con cuántos habrá tenido sexo? Pensarlo le duele. No puede imaginársela dándose el lote con alguno de esos guaperas de Instagram o YouTube.

—¿Por qué no me cuentas ya qué hacemos en la montaña a estas horas? —le pregunta Luis muy serio.

No quiere seguir hablando de relaciones serias ni no serias. Lo que ella haya hecho en el pasado no le es indiferente, pero prefiere ignorarlo y no ahondar más en el asunto. Ahora solo le importa que salgan juntos de ese campamento. Él sí que le

promete tratarla bien y no ir solo a lo que va la mayoría de los tíos. Aunque sus ojos se despisten y de vez en cuando se detengan en su camiseta blanca ajustada.

—Vamos a por Alexis —contesta Lucía sin rodeos, para su sorpresa.

—¿A por Alexis? ¿Sabes dónde está?

—Sí. Se ha caído por un barranco. No se lo he dicho a nadie.

Durante unos minutos, la chica le cuenta su versión de lo que ha pasado mientras buscaban a Gema. Está convencida de que el *gamer* es el asesino del campamento y temía ser su siguiente víctima. Luis no da crédito a lo que escucha.

—¿Le empujaste?

—No sé muy bien qué sucedió. Me abalancé sobre él, resbaló y se cayó por un terraplén bastante alto. Pero seguía vivo. Gritaba mi nombre desde abajo. Sollozaba como un niño. Era bastante patético.

—Dios mío, Lucía.

—Bajé a verlo. Estaba muy malherido y, cuando llegué hasta él, se había quedado inconsciente. Yo llevaba una piedra en la mano. Mi intención era acabar con su vida, pero no me atreví. Fui incapaz de darle el golpe definitivo.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, Luis. Completamente. Y no me da pena. Él es el que ha asesinado a nuestros compañeros. No tengo ninguna duda. Seguramente habría seguido matando al resto. Tú o yo podríamos haber sido los siguientes.

—¿Y qué quieres que haga? ¿No habrás pensado que…?

—Yo no he sido capaz. Soy una cobarde y me faltan agallas. Necesito que tú lo hagas. A ti te perdonará tu Dios. Y yo te estaré agradecida por siempre.

La *influencer* sonríe de una manera que hasta ahora Luis no había visto. Entonces nota sus labios calientes rozando los suyos. Luego la lengua en el interior de su boca. Aquel beso

ya es lo mejor que le ha pasado jamás. Son apenas quince segundos de absoluto placer, que le hace levitar.

—Está bien. Lo haré. Por ti —dice el joven envalentonado y repleto de energía.

—No es por mí, Luis. Es por todos. Alexis terminaría matándonos uno por uno al grupo entero. Estoy segura de eso.

El chico asiente. El amor de su vida le ha pedido algo inesperado y que conlleva cometer el mayor de los pecados. Una tarea por la que luego le tendrá que rezar a Dios y pedirle perdón. Ya lo dice el quinto mandamiento de las tablas de Moisés: «No matarás». Pero ¿acaso el Todopoderoso no le pidió a Abraham que matara a su hijo? Tiene que hacerlo por ella. No deja de pensar en sus labios. En ese beso que le ha dado, durante el que no podía ni respirar. Haría lo que fuese por otro momento igual. Quiere mezclar su saliva y saborear su boca otra vez. ¡Mucho más! Cuando acabe su misión, la acostará en mitad del bosque oscuro y le hará el amor. Su primera vez será especial y con la persona más maravillosa del universo.

¿Quién se va a reír ahora de él? ¡Quién!

Sin embargo, cuando la pareja llega al sitio en el que el *gamer* debería estar malherido, se encuentra con que allí no hay nadie. Enseguida contemplan las huellas de sangre que ha dejado por el camino, que van hacia el campamento, donde lo encontrarán minutos más tarde.

—¿Sigues queriendo que Alexis muera? —le pregunta a Lucía en el regreso.

—Por supuesto. Es él o nosotros, Luis. Que no se te olvide.

CAPÍTULO 41

Gema

Lunes, 15 de julio de 2019. Cuarto día en el campamento

La visita de Judit Polgár ha sido un auténtico éxito. Los chicos han pasado una gran mañana con ella y han descubierto a una mujer excepcional. Cuando Gema se lo planteó a Godoy, no tenía ninguna duda del impacto que la ajedrecista podría tener en el grupo, sobre todo, entre las chicas. La historia de una mujer capaz de hacerse hueco en un mundo dominado por los hombres merecía ser contada.

Martín y ella se despiden del jefe y de la jugadora después de comer. Aunque está feliz por el resultado de la primera visita, algo le sucede. Su compañero se da cuenta.

—¿Todo va bien, Gema?

—Sí. El día ha ido genial. Aunque ya lo imaginaba. Vi un reportaje sobre Judit y me pareció una persona increíble, con una vida de película. Ha sido una suerte que su fundación se haya pasado por España y Godoy la haya convencido para que viniera.

—Y si todo ha ido tan bien, ¿por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara tengo?

—La de alguien que está preocupada.

—Es mi forma de ser. ¿Después de tantos meses juntos todavía no me conoces?

—Por eso mismo. Te conozco bien y sé que te pasa algo.

Gema suspira. No, no la conoce tan bien. Ella no se lo ha permitido. Y tampoco sabe lo que le está pasando por la cabeza en ese instante. Pero meterse en ese tipo de conversaciones con Martín no tiene demasiado sentido.

—¿Sabes qué me ha preguntado Fernando antes de irse? —le dice el joven mientras caminan hacia sus bungalós.

—No, ¿el qué?

—Que para cuándo la boda.

—¿Qué boda?

—¡La nuestra! —exclama el coordinador, que suelta una carcajada—. Quiere ser el padrino.

—Ese hombre está fatal. Igual nos pide que nos casemos en el campamento y ejercer de maestro de ceremonias.

Precisamente, como si lo hubieran invocado, el móvil de la chica suena y aparece el nombre de Godoy en la pantalla. Gema mira a Martín, que la apremia para que lo coja.

—¿Fernando? ¿Todo bien?

—Sí, sí. Todo perfecto —responde el hombre, que parece muy feliz—. Ha salido un primer día soñado. Muchas gracias por vuestra ayuda. Habéis estado fantásticos.

—De nada. Me alegro de que estés tan contento.

—¿Oye? ¿Gema? ¿Me escuchas?

La joven responde que sí, pero Godoy no la oye a ella. Examina su teléfono y comprueba que apenas tiene cobertura. La llamada se corta definitivamente, aunque el millonario vuelve a llamar.

—¿Fernando? ¿Me escuchas ahora?

—Sí, sí, ahora mejor. Si algo malo tienen los Pirineos es esto —protesta Godoy—. Maldita cobertura.

—Te decía que me alegro de que las cosas hayan ido como planeamos.

—Hemos empezado muy bien. Ahora ya tenemos a los chicos en el bote.

—Mañana van a alucinar cuando vean que Ibai Llanos es el segundo invitado.

—Seguro que también les encantará. Para muchos es una gran referencia y alguien a quien admiran.

—Fernando, no te escucho muy bien. La cobertura es horrible.

—No te preocupes, cuelgo ya. Solo te llamaba para decirte que vayas a hablar con Natalia cuando puedas. Antes hemos estado charlando y la he visto algo desanimada. Piensa que no tiene el nivel de los demás para estar en el campamento.

—Muy bien. Tendré una conversación con ella.

—Perfecto. Gracias, Gema. ¡Ah! ¡Otra cosa!

—Fernando, no te oigo.

—¿Me oyes? ¿Gema?

—Ahora, dime. Aunque se te escucha entrecortado.

—Hay que concretar algún asunto de lo de este fin de semana. Mañana lo hablamos mejor en persona. Todo sigue en pie, tal y como estaba planeado —indica Godoy—. No les digáis nada a los chicos.

—Así lo haremos. ¿Fernando?

La conexión vuelve a cortarse, aunque la coordinadora ya ha tomado nota de las dos cuestiones de las que su jefe quería hablarle.

—¿Con quién tienes que hablar? —le pregunta Martín, que ha oído las respuestas que Gema le ha dado a Godoy.

—Con Natalia. Por lo visto, tiene dudas de su presencia aquí.

—¿Quieres que vaya yo?

—No, déjame a mí. Es una de las que yo elegí. Además, no vaya a ser que vuelva a intentar liarse contigo, como el viernes.

—Ya sabes que no pasó nada. Le dije que estaba enamorado.

—¿Y lo estás?

Martín no responde, solo sonríe.

—¿Por qué pensará Fernando que tú y yo estamos juntos? —pregunta el joven cuando se detienen al lado del bungaló número 10.

—Creo que en el campamento todos lo piensan.

—¿Sí? Pues no nos han visto darnos ni un simple beso.

—Pero ya sabes lo que pasa cuando un chico y una chica jóvenes y guapos trabajan juntos. Se da por hecho que tienen una relación.

—¿Soy guapo?

—Mucho. Y lo sabes.

La chica le guiña el ojo y luego le da una palmada en el trasero. Martín no se lo impide. Se despide de ella y entra en su bungaló, Villa Elisa. Gema resopla y cambia totalmente el semblante de su rostro. Vuelve a ponerse seria. No quiere que Natalia la vea así. Ensaya una sonrisa, como ha aprendido a hacer, y aguarda unos segundos antes de llamar a la puerta del bungaló de la *influencer* .

—Hola, Gema —la saluda sorprendida la joven cuando la ve.

—Hola, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Claro. Los momentos que tú quieras. Eres bienvenida a mi palacio.

Las dos entran en Villa Teresa y se sientan en la cama, que está sin hacer.

—Te ofrecería un café, pero no nos dejáis traernos la cafetera a la habitación. Tampoco tengo bebidas alcohólicas ni refrescos.

—Estoy bien así, gracias.

—¿A qué debo tu presencia? ¿He hecho algo mal otra vez? Te prometo que no era yo la que anoche se bañó desnuda en la piscina.

Es curioso, pero esa chica, que podría no caerle bien por su forma de ser, le gusta. Fue su primera elección en la lista final. Tiene algo que le llama mucho la atención, que ya percibió en sus redes sociales. ¿Carisma? ¿Descaro? ¿Sinceridad? No está muy segura, pero su personalidad la ha atrapado.

—No has hecho nada malo. Aunque no te bañes desnuda en la piscina, por favor —responde Gema aguantándose la risa—. Vengo a verte porque Fernando Godoy me lo ha pedido.

—Vaya, el viejo te ha hablado de nuestra charlita privada. Mira que le insistí en que no se lo contara a nadie.

—Me lo ha contado a mí, que para eso estoy aquí.

—Si, en realidad, no es nada. Un pequeño bajón de autoestima.

—¿Tú? ¿Autoestima baja? ¿Bromeas?

—Ya ves. Soy una joven insegura y que duda de sus posibilidades como el noventa y nueve por ciento de la gente de mi edad. ¡Sorpresa!

—Perdona si te he ofendido.

—Para nada. Me encanta que hayas venido y que quieras hablar conmigo. ¿Te han dicho alguna vez que tienes unos ojos increíbles?

Gema se sonroja. A su lado, siempre se pone nerviosa. ¿Por qué?

—Déjate de tonterías —dice la coordinadora riendo—. ¿Quieres contarme lo que te sucede? No quiero que estés mal.

—Ya te he dicho que no ha sido nada. El señor Godoy ya me ha asegurado que tengo las mismas oportunidades que el resto de ser elegida para gobernar su imperio. ¡Soy candidata al anillo de poder!

—Es la verdad. Si no, no estarías aquí. No es por tu cara bonita, si es lo que te preocupa.

—Gracias por el cumplido. Estoy acostumbrada a que lo primero que se tenga en cuenta de mí sea el físico.

—Nosotros no te seleccionamos por ese motivo.

—Vosotros sabréis. Yo si estuviera en el comité de expertos, no me habría elegido.

—¿Por qué dices eso?

La chica sonríe y desliza un dedo por la pierna de Gema, a la que se le pone el vello de punta al sentirlo.

—¿Yo te gusto? —le pregunta Natalia sin apartar la mano—. A mí me encantas. Me das muchísimo morbo.

—No sigas por ahí.

—¿Por qué? ¿Se enfadará tu novio? Yo no le diré nada. Te lo prometo.

—No tengo que darle explicaciones a nadie de lo que hago o no hago.

—¿Entonces? ¿Jugamos un rato?

La boca de la *influencer* muerde suave el labio de Gema, que no hace nada para impedirlo. Después siente cómo Natalia mete la mano por debajo de su camiseta y la acaricia cerca del ombligo. Despacio, sube hasta el borde de su sujetador.

—No puede ser —dice de pronto la coordinadora, que se pone de pie y se aleja unos metros—. No quiero seguir con esto.

—Vaya, otra que me rechaza. ¿No os gusto a ninguno o qué?

—No es eso. Eres una chica increíblemente sexi.

—Pues echemos un polvo y pasémoslo bien. El sexo es algo bueno y necesario. Libera toxinas.

A Gema se le escapa una risa nerviosa con la ocurrencia de la *influencer* . Natalia también se ríe, aunque vuelve a la carga. Se levanta de la cama y camina lentamente hacia ella. Se cuelga de su cuello y la besa en la boca. Esta vez, el beso dura un poco más. Sin embargo, la coordinadora se aleja nuevamente.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para hacer esto. Lo siento, de verdad. No es por ti.

Y, tras mirarla una última vez, sale del bungaló número 10. Se marcha de manera tan precipitada que no se da cuenta de que alguien las ha visto. Saúl estaba cerca de la ventana de la habitación cuando sus bocas se unieron. El secreto de aquel beso no está a salvo.

CAPÍTULO 42

Saúl

Sábado, 20 de julio de 2019. Noveno día en el campamento

Saúl se ha llevado a su bungaló el folio que encontraron en la habitación de Gema, en el que están escritos sus nombres. Tacha el de Jorge, luego el de Miren y por último el de Vicky. De los diez que empezaron el campamento solo quedan siete. Según la persona que elaboró aquella lista, han muerto una impostora, una traidora y un adicto.

Llaman a la puerta y rápidamente guarda el papel debajo de la almohada. Se trata de Eva, que tiene aspecto de cansada, aunque para él sigue siendo la chica más guapa de ese campamento.

—Natalia me ha pedido que la deje sola un rato —dice la actriz, que entra el cuarto y se deja caer en la silla—. ¿Qué haces?

—Nada. Pensar.

—Eso no es sano. ¿En qué piensas?

—En el lío en el que estamos metidos —responde Saúl, que permanece de pie y se apoya en la mesa.

—Es como el argumento de una película. Lo que pasa es que esto no tiene nada de ficción. Todo es real.

—Yo creo que alguien sí que está interpretando un papel.

—¿Sí? ¿Quién?

El chico mira su reloj y comprueba que son las doce en punto de la noche. También está agotado después de un día tan intenso.

—Lucía. Está muy rara.

—¿Por qué lo dices? He ido a ver a Natalia con Luis y la he encontrado como siempre. Parece recuperada después de su regreso de la montaña.

—Cuando ha llegado, se ha comportado de una forma muy extraña. Si no llego a interponerme, habría agredido a Alexis.

—Es que ella piensa que es el asesino. No ha parado de repetirlo.

—No creo que sea él —contesta Saúl, que camina por la habitación—. ¿Tú sabes si Lucía y Luis están juntos?

—¿Juntos? ¿Como pareja? ¡No! ¡Claro que no!

—Pues antes lo parecían. Él la abrazaba como si fuera su novia y ella se dejaba hacer. Además, Luis le ha dado un beso cerca de la boca, delante de mí y de Alexis.

—A Luis se le nota que le gusta, pero Lucía no está interesada.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque lo hemos hablado entre nosotras. Le cae bien, puede que sean buenos amigos, pero no saldría con él nunca. No es su tipo de chico.

Saúl no entiende el comportamiento de la *influencer* . Lo que dice Eva justifica aún más lo que piensa sobre ella. Vio lo que vio y está seguro de que hay algo entre los dos. No son imaginaciones suyas.

—A ella le gustan más los tíos como tú —continúa diciendo Eva—. Altos, fuertes, deportistas…

—¿Le gusto yo?

—Tú estás pillado. Tienes pareja fuera del campamento. Yo pensaba que terminaría con Alexis. Hacían buena pareja y llevaban unos días tonteando.

—Del amor al odio solo hay un paso.

—Sobre todo si hay crímenes de por medio y piensas que el chico que te gusta es el que los ha cometido.

—He estado hablando un rato con él y sigue sosteniendo que no tiene nada que ver con las muertes. Que Lucía ha sacado un montón de cosas de contexto —dice Saúl, que va hasta la cama, donde se sienta—. Alexis, de hecho, piensa que el responsable de todo es Óliver.

—¿Óliver? ¿Por qué?

—Por sus conocimientos en Criminología y porque se muestra muy frío y distante con cada asesinato.

—Yo creo que ese es el carácter del mexicano. Es así con todo.

—Eso le he dicho yo, pero no estaba de acuerdo conmigo.

—¿Y tú qué piensas? ¿A quién ves como el asesino del campamento?

—A Luis. Aunque después del comportamiento que ha tenido esta noche Lucía, también empiezo a sospechar de ella.

De repente, un grito interrumpe la charla entre Eva y Saúl. Los dos se miran y, sin decirlo, se temen lo peor. Salen corriendo de la habitación y se quedan delante de Villa Isabel. No saben qué ha sucedido ni de dónde ha llegado ese grito. Óliver, que se encontraba en la casa principal, se une a ellos.

—¿Quién ha gritado? —pregunta el estudiante de Criminología desconcertado.

—Parecía la voz de una chica —dice Saúl también confuso.

Segundos más tarde, se repite el grito. Los tres identifican rápidamente la voz de Natalia. Parece que proviene de la habitación de Alexis. Sin perder ni un instante más, se dirigen a toda velocidad hacia el bungaló del *gamer* . La puerta está abierta. La escena que ven les deja de piedra. La *influencer* tiene un cuchillo en la mano y acorrala al chico en una esquina de la habitación.

—¿Qué haces? ¡Suelta el cuchillo! —le grita Saúl, que es el primero en entrar en Villa Jimena.

—¡No! ¡Este asesino ha matado a Vicky!

—¡Te repito que no he sido yo! ¡Estaba en el bosque cuando la mataron!

—¡Mentira! ¡Has sido tú!

—Yo no he hecho nada. ¡Te has creído lo que te ha contado Lucía! ¡Ella es la que miente!

Saúl, Eva y Óliver se miran. Natalia ha vuelto a perder la cabeza. Deben actuar antes de que se lance con el cuchillo a por Alexis.

—Él no ha podido ser —comenta el saltador de pértiga acercándose despacio a ella—. Tiene razón.

—¡Cómo no! Un machito que se pone de parte de otro machito. ¡Sois todos iguales!

—No digas tonterías, Natalia. Alexis se cayó por un barranco en la montaña y es imposible que estuviese aquí cuando asesinaron a Vicky —insiste Saúl, cada vez más próximo a la *influencer* .

—Es verdad. No pudo ser Alexis —dice Eva, que avala la opinión de su amigo.

—Ha sido él —solloza la chica—. Ha sido él.

—No, Natalia. Alexis es inocente. Te lo prometo. Estaba en la montaña. A Vicky la mató otra persona.

—¿Otra persona? ¿Quién?

—No lo sabemos. Pero no ha sido él.

La *influencer* se queda mirando fijamente a la actriz, momento que aprovecha Alexis para salir corriendo y meterse en el cuarto de baño. Natalia no logra reaccionar. Está inmóvil, pensando en lo que le ha dicho Eva.

—¿Por qué no dejas el cuchillo y hablamos con tranquilidad? —le pide Óliver, que también se acerca hasta ella.

—Eso. Suéltalo. Estaremos todos más seguros y nadie se hará daño.

Natalia finalmente le hace caso a Eva y pone el cuchillo sobre la cama. Se sienta y se cubre la cara con las manos. Cuando las aparta, descubren que está llorando. La actriz es la que acude a su lado y la abraza. Saúl aprovecha y agarra el cuchillo, que se guarda en el bolsillo trasero del pantalón.

—Lo mejor es que Natalia se vaya a su cuarto y que Alexis se tumbe en la cama y descanse. Bastante tiene con sus

lesiones —propone el atleta—. Voy a llevar esto a la cocina.

—Te acompaño, güey —le dice Óliver.

Los dos jóvenes salen en primer lugar del bungaló número 4 y observan como Eva acompaña a Natalia hacia el otro lado del camino.

—Esa chava es cada vez más peligrosa —comenta el estudiante de Criminología—. Se le va la cabeza con demasiada facilidad.

—Estamos todos muy nerviosos, aunque cada vez tengo más clara una cosa.

—¿El qué?

—Que alguien está siendo muy inteligente y ha conseguido que los demás nos enfrentemos entre nosotros.

—¿Y ese alguien quién es?

Saúl está a punto de responderle que, según Alexis, ese alguien es él. Pero prefiere no decirle nada. En su opinión, Luis y Lucía cada vez le parecen más sospechosos. La *influencer* ha conseguido que Natalia piense que el *gamer* es el que ha matado a Vicky.

—No lo sé, Óliver. Podría ser cualquiera.

Los chicos llegan a la casa principal. El atleta va hasta la cocina y guarda el cuchillo en el cajón de los cubiertos.

—Creo que deberíamos poner todos los objetos afilados bajo llave —comenta Saúl—. Natalia puede volver a por uno en cualquier momento.

—Esperemos que no. Si no llegamos a aparecer, hubiera acabado con el pobre Alexis.

—Y solo quedaríamos seis en el campamento.

—Exacto. ¿Te preocupa ser la próxima víctima?

—¿Das por hecho que la habrá?

—¿Tú no?

Saúl se fija en Óliver y piensa en lo que Alexis le ha dicho antes. Tiene razón en algo: es muy frío y da la impresión de

que no le afecta demasiado lo que está pasando. ¿Estará en lo cierto el *gamer* y será el mexicano el asesino?

—¿Alguna vez has hecho un vídeo de un caso como este?

—¿Con varias muertes? Sí. Alguno que otro.

—¿Se puede considerar que los crímenes del campamento los ha llevado a cabo un asesino en serie?

Óliver se mesa el cabello engominado y reflexiona sobre lo que le pregunta Saúl. El atleta sigue observándolo con atención. Sus gestos, su expresión, siguen siendo los de una persona excesivamente calmada.

—Tal vez. Aunque no tengo muy claro si la definición es la correcta. En cualquier caso, el que analice lo que ha pasado ya le pondrá la etiqueta que estime oportuna, querido amigo.

—¿Tú cómo lo llamarías?

—De momento, un buen nombre podría ser el «asesino invisible». Pero estoy seguro de que, tarde o temprano, acabará por dar la cara.

—Espero estar vivo para vérsela.

—Yo también, Saúl. Yo también.

CAPÍTULO 43

Lucía

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Desde la ventana de su bungaló contempla como Natalia sale de la habitación de Alexis acompañada de Eva. Poco antes lo han hecho Saúl y Óliver, que se han dirigido a la casa principal.

—¿Crees que Natalia ha acabado con la vida del *gamer* ? —le pregunta Luis, que no se separa de ella ni un segundo.

—No. Se han ido demasiado tranquilos de su cuarto. Es obvio que no ha salido como pensaba.

—¿Y ahora qué?

—Nada. A esperar. No nos queda otra.

—¿Y si Alexis no es el asesino?

—Lo es. Aunque no haya matado a Vicky, que está por ver, estoy convencida de que mató a Miren y a Jorge y que terminaría asesinándonos a todos. Debemos estar preparados, aunque los otros lo defiendan y no se den cuenta del error que están cometiendo.

—Entonces, ¿tiene un cómplice?

—No lo sé. Lo único que tengo claro es que está implicado en las muertes.

—A mí no me cae bien, pero ¿y si él no fuera quien ha…?

—Ya me he enterado. ¿A qué vienen tantas dudas? ¿Ya no me crees o qué?

—Sí, sí. Yo estoy contigo y por supuesto que te creo. No te enfades conmigo —responde Luis, que la abraza por detrás y le da un beso en el cuello—. ¿Por qué no nos relajamos un poco y nos olvidamos del resto del campamento durante un rato?

Lucía se aparta sin responderle. Camina hasta el cuarto de baño, donde se encierra. Está contrariada. Pensaba que Natalia cumpliría con su parte del plan. Hasta le facilitó el cuchillo de cocina. No ha sido difícil persuadirla de que Alexis se hallaba detrás de las muertes del campamento y de que estaba en su mano vengar a Vicky para hacer justicia. Pero parece que no se ha atrevido o que los compañeros que han acudido al rescate del *gamer* la han convencido para que se echara atrás.

—¡Lucía! ¡Ábreme, por favor! Perdona, no he dudado ni un segundo de ti. Pienso lo mismo que tú respecto a ese tipo.

Luis se está convirtiendo en un auténtico coñazo. Va a terminar por hartarla y mandarlo a paseo. Pero, de momento, no puede hacerlo. Necesita aliados dentro del campamento. Alguien que esté en su bando y le sea fiel incondicionalmente.

—¿Y si te enamoras en los Pirineos? —le preguntó una de sus mejores amigas el día antes de marcharse.

—Eso no pasará.

—¿Por qué no?

—Pues porque no.

—¡Seguro que algún tío bueno habrá!

—Ya veremos, pero yo voy allí para vivir la experiencia.

La experiencia está siendo muy diferente a lo que había imaginado en un principio. ¿Y del amor? Mejor ni hablar. Ha estado tonteando con un tío al que ha lanzado por un barranco y tiene en su habitación a un friki obsesionado con Dios que seguro que se masturba pensando en todas las tías del campamento. ¿En qué momento dio un giro tan radical su situación sentimental?

—Está bien, no me abras —vuelve a decir Luis con desilusión—. Pero no dudes de mí, por favor. Estoy de tu parte y también creo que Alexis es el principal responsable de todo lo que ha pasado.

Los gimoteos de aquel chico le provocan lástima. Es bastante patético que se rebaje tanto para obtener algo de ella. Lo que hacen los tíos por tener sexo.

No puede estar metida en el baño más tiempo. Tiene que activarse y buscar soluciones. Se echa agua en la cara mientras sigue escuchando los ruegos de Luis. Es como si le estuviese rezando a la virgen María o al mismísimo Jesucristo. Ella nunca ha creído en dioses ni en santos. A partir de ahora, mucho menos.

Se mira en el espejo y se ve con un aspecto horrible. Normal, ¿cómo va a estar con tanto estrés? Se pinta un poco los ojos y después los labios. Luego se recoge el pelo en una coleta alta con una gomilla. Mejor, aunque con esas pintas jamás grabaría un vídeo para Instagram o para TikTok. Por lo menos, se siente preparada de nuevo para la batalla. Abre la puerta y allí está él, con una sonrisa de oreja a oreja, ajustándose las gafas. Como el perrillo que espera que su amo regrese a casa.

—¡Por fin! ¡Empezaba a pensar que te quedarías ahí dentro para siempre! Qué guapa estás.

El joven intenta abrazarla, pero Lucía en esta ocasión no se lo permite. Va hacia la otra parte de la habitación y se sienta en la silla dándole la espalda. Luis la sigue y la rodea para mirarla a los ojos. Se coloca enfrente de ella y se arrodilla en el suelo. La chica le pide que se levante, pero este no hace caso.

—Tienes que perdonarme. Lo último que quiero ahora mismo es que te enfades conmigo. No podría soportarlo.

—No estoy enfadada contigo.

—Sí lo estás. Te conozco bien.

—Tú no me conoces de verdad, Luis. No sabes cómo soy. Apenas llevamos diez días juntos en este campamento de los demonios.

—Ha sido suficiente. Estos diez días han servido para darme cuenta de que eres la mujer más increíble del mundo. No existe nadie como tú. Eres maravillosa. Mejor que cualquier chica que haya conocido hasta ahora.

A Lucía empiezan a cansarle tantos halagos vacíos. Le recuerdan a los piropos que recibe en las redes sociales, que siempre son iguales y de los que pasa. Eso ya no da resultado con ella. Pero necesita a ese chico de su parte, así que le ofrece

la mano para que se incorpore. Insiste hasta que Luis se pone de pie.

—Mira, estoy muy tensa y me pueden los nervios en algunas ocasiones. Lo que está pasando me está alterando mucho. Vine esperando vivir la mejor experiencia de mi vida; sin embargo estamos rodeados de muertos y uno o varios asesinos andan sueltos por el campamento. Me da miedo ser la próxima.

—No lo permitiré. Te cuidaré y saldremos juntos de esto.

—Gracias, Luis. Pero estoy superada por los acontecimientos.

—Lo entiendo; yo también me siento así.

—No he sido muy justa contigo. Lo siento mucho. Pero vamos a intentar mantener cierta distancia mientras estemos aquí, ¿vale?

—¿A qué te refieres? ¿Ya no te puedo abrazar?

Lucía ve como a Luis se le ponen los ojos brillantes, como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento. A lo mejor está siendo demasiado dura con él.

—Sí, me puedes abrazar cuando lo necesites.

El joven sonríe tímidamente. Se quita las gafas, que se le han empañado, y se las limpia con la camiseta. Lucía lo observa y suspira. Es un pesado, pero es la persona que mejor la ha tratado en los últimos tiempos. Debería ser un poco más amable con él y entender lo que siente, aunque no vaya a corresponderle.

—No podemos bajar la guardia. El enemigo vive en el bungaló de enfrente —dice Lucía cuando Luis se vuelve a poner las gafas—. Tengo la corazonada de que, dentro de muy poco, será él o nosotros.

—¿Y qué podemos hacer?

—De momento, esperar. Pero estoy segura de que, en cuanto pueda, intentará hacernos daño.

—¿En esas condiciones físicas? Si casi no se puede mover.

—Está fingiendo. ¿No lo ves? Si llegó caminando desde donde se cayó hasta el campamento, no debe de estar tan mal. Tendrá alguna herida superficial sin importancia y poco más.

—¿Y crees que nosotros dos somos su objetivo principal?

—Nosotros y el resto del grupo. Tendrá un plan elaborado.

—¿Un plan para qué?

—Para quedarse solo en el campamento. Es un psicópata. ¿No te acuerdas de lo que contó Godoy el primer día? Atacó a un niño que le ganó una partida a un videojuego. ¡Le clavó un bolígrafo en la mano!

—Pero eso pasó hace mil años.

—Las personas que son así no cambian. Al contrario, empeoran con la edad. Lo que ocurre es que saben disimular mejor. Nosotros somos su competencia, como lo era aquel niño. No te olvides —indica Lucía, que cada vez alza más la voz al hablar—. Ya ha envenenado a Miren y le puso una inyección de aire a Jorge para que se ahogara en la piscina. Y lo de Vicky seguro que también lo organizó él, aunque puede que lo hiciera otro.

—Su cómplice.

—Exacto. Otra persona le está ayudando.

—¿Quién puede ser esa persona? ¿Saúl? ¿Jorge? ¿Eva?

Lucía no responde inmediatamente. Se levanta de la silla y mira por la ventana. En la habitación de Alexis ya no hay luz.

—Martín —dice finalmente la chica.

—¿Qué? ¿Martín? ¡Pero si hace dos días que no sabemos nada de él!

—¡Por eso mismo! Está actuando en la sombra.

—¿Y dónde está ahora?

—Escondido en alguna parte en la montaña.

Parece que Luis no lo termina de ver muy claro. Lucía se da cuenta y se dirige hasta él. Apoya las manos en sus hombros y

lo mira a los ojos. Nota como el joven se estremece y, rápidamente, se aparta un poco.

—Es posible que los coordinadores y Alexis estén juntos en esta historia.

—No lo entiendo. ¿Gema también? ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Y si todo es una conspiración?

—¿Entre ellos tres?

—Entre ellos tres o más gente.

—¿Y Martín y Gema qué motivo tienen para matar a la gente que ellos mismos han seleccionado para estar aquí?

Lucía resopla y vuelve a sentarse en la silla. Se coloca bien la gomilla de la coleta y la estira. Luis, en cambio, continúa hablando y lanzando preguntas:

—¿Y Godoy entonces también está metido en el ajo? ¿Para eso hemos sido elegidos? ¿Para terminar todos muertos en este campamento?

—Por favor, no digas más.

—Perdona. Es que esto da un poco de miedo.

—Reza a tu Dios para que salgamos con vida de este infierno.

—No paro de hacerlo.

En ese instante, alguien llama a la puerta y alerta a la pareja. Óliver grita desde fuera para que le abran. Luis le pide a Lucía que no lo haga, pero la chica no le hace caso. El mexicano parece más alterado de lo normal.

—¿Qué sucede? —le pregunta la *influencer* inquieta.

—Ya sabemos dónde está Martín. ¿Puedo pasar?

CAPÍTULO 44

Martín

Lunes, 31 de diciembre de 2018. 6 meses y 12 días antes de comenzar el campamento

Hace media hora la llamó para ver si podía ir a su casa. Gema le contestó que por supuesto. Encantada. Desde principios de septiembre no ha habido ni un solo día en el que no hayan hablado. Normalmente, se ven en la oficina que Godoy les ha asignado en el edificio de la Castellana, pero hoy el jefe se lo ha dado libre. Mañana tampoco están obligados a trabajar.

Es la tercera vez que Martín va a ese pequeño piso situado en las afueras de Madrid. Su compañera tiene pensado mudarse gracias al dinero que ha ido ahorrando en los últimos meses, pero aún no ha tomado la decisión. Están tan liados con el proyecto del campamento que no viven para otra cosa.

El edificio no tiene ascensor, así que sube caminando hasta el cuarto.

—Pasa, pero no te asustes.

—¿Qué me vas a enseñar?

—Nada que no hayas visto antes.

El joven entra y se dirigen a un saloncito, que también utiliza como comedor. A pesar de la advertencia, Martín se sorprende al ver el suelo, el sofá y la mesa llenos de papeles.

—Veo que te has traído el trabajo a casa.

—Sí, en la habitación hay más documentos. En la cama tengo a los deportistas, a los escritores y a los magos. Estoy un poco obsesionada con los perfiles.

—Me pasa lo mismo. Tal vez por eso mi pareja ha roto conmigo. Otra vez estoy soltero.

Ni siquiera le había contado en esos casi cuatro meses que salía con alguien. Tal vez por ese motivo Gema se ha quedado de piedra. Aunque reacciona rápido y lo abraza. Sin hacer

preguntas. Entre ellos hay mucha confianza, pero apenas saben de la vida privada del otro. No ha sido nada planeado, simplemente se ha dado de esa forma.

—Ya es mala pata que me dejen el último día del año, ¿no? —dice el joven secándose las lágrimas con los dedos. Apartan con cuidado algún papel para hacerse hueco en el sofá, donde se sientan—. Pero ha pasado. Qué le vamos a hacer.

—Bueno, así afrontas el 2019 desde cero. Año nuevo, vida nueva.

—Tienes razón. No hablemos más del tema. ¿Te importa que trabajemos un poco? Necesito sentirme productivo.

—Esperaba que me hicieras esa propuesta. ¿Analizamos *instagramers* ?

Durante las dos horas siguientes, Martín y Gema buscan toda clase de datos sobre algunos de los jóvenes más influyentes en Instagram. A ella le encanta una chica rubia que sube fotos bastante provocativas y que trabaja con marcas de ropa interior y bañadores. Incluso ha diseñado bikinis, de los que presume orgullosa. A él no le termina de convencer, aunque reconoce que es bastante buena en lo que hace y que en los vídeos se expresa muy bien. Tiene carisma y a sus seguidores comiendo de la palma de su mano. Quién sabe si Natalia Ruiz estará entre los diez elegidos que asistirán al campamento.

—¿Quieres algo de beber? Tengo la nevera medio vacía, pero algo habrá.

—¿Tienes Coca-Cola?

—Eso nunca falta. Soy adicta. Voy a por la botella.

—Sin hielo, por favor.

Mientras Gema va a por las bebidas, Martín continúa examinando aquellos papeles, que están esparcidos por todo el salón. Es increíble la cantidad de datos que están estudiando. Algunos dosieres contienen información conseguida de manera poco legal. Para eso lo contrató Godoy: para que llegara a lo más profundo de cada candidato.

—Coca-Cola sin hielo —dice Gema al regresar con una botella de dos litros en la mano.

La joven le da un vaso y le echa tanta que está a punto de rebosar. Martín se ve obligado a dar un sorbito rápido para que no se derrame.

—¿Un descanso? —le pregunta Gema después de servirse ella.

—Vale. Diez minutos.

Los chicos brindan con sus refrescos y beben a la vez.

—¿Tienes planes para esta noche? —le pregunta Martín, que estira las piernas entumecidas a causa de llevar tanto tiempo sentado.

—Quedarme en casa e irme a dormir después de las campanadas. ¿Tú vas a hacer algo especial?

—Ya nada. Iba a ir a una especie de fiesta en una sala del centro, pero me he quedado sin pareja y sin plan. Imagino que me tumbaré en el sofá y veré uno de esos programas de Nochevieja en el que canta gente haciendo *playback* .

—Suena deprimente.

—Sí, ¿verdad?

—¿Por qué no te quedas conmigo? Tengo vino del malo, uvas para dos y, si te apetece, pedimos una pizza familiar para cenar.

—Nunca he comido pizza un 31 de diciembre.

—Siempre hay una primera vez para todo —comenta Gema sonriente—. Podemos trabajar mientras, con el programa de José Mota de fondo. Cuando nos cansemos o nos emborrachemos, nos vamos a dormir. Este sofá es comodísimo.

—Es el peor plan de la historia de las Nocheviejas. Justo lo que necesito. Acepto.

—¿La pizza la pedimos con piña, para rematar la noche perfecta?

Los dos están de acuerdo: la pizza que piden lleva piña y ambos son felices. Lo que cambia es el programa de televisión que ven mientras cenan. En uno de esos canales, que ni Gema sabía que tenía sintonizado, descubren que están poniendo veinticuatro horas sin interrupción de *Crímenes imperfectos* . Eso le recuerda a algo a la coordinadora.

—¿Sabes que tengo entre mis preferidos a un chico que sube vídeos en YouTube sobre asesinatos? Es una auténtica máquina y entra en los parámetros que nos ha pedido el jefe.

—No lo he visto. ¿Quién es?

La chica busca en su móvil el canal de Óliver Alfaro y se lo enseña a Martín. Este sujeta con una mano la porción de pizza hawaiana y con el otro el teléfono de Gema. Ven la presentación y después un vídeo sobre un caso en el que murió un niño ahogado.

—Es bastante tétrico.

—Mucho. Pero mira las visualizaciones.

—¿Cinco millones? Qué barbaridad.

—He investigado y este chico nació en México, en Veracruz, aunque vive en España desde hace bastante tiempo.

—No sé si me convence —comenta Martín, que le devuelve el móvil y se centra por completo en la pizza.

—A mí me gusta mucho. Lo meteré entre los cien y luego ya veremos.

Una de las cosas que han establecido entre ambos, para no pelearse y discutir en exceso sobre los candidatos, es que cada uno elegirá a cincuenta de la primera lista de cien. Eso sí, para los diez que irán al campamento tendrán que estar de acuerdo los dos, aunque sea propuesto por el otro y se repartan cinco elecciones cada uno.

—¿Qué hora es? —pregunta Martín, al que el vino se le ha subido un poco.

—¡Las doce menos dos minutos!

Gema se levanta rápidamente y corre a la cocina. Segundos después aparece con dos latas de uvas peladas y sin pepitas.

—Toma. Están bastante malas, pero no te atragantarás. Siempre compro dos raciones por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso aparece un tío bueno en Nochevieja al que me quiera tirar y se queda a las campanadas o a lo que él quiera.

Martín no entiende de primeras la broma de Gema, pero luego empieza a reír y no puede parar. Ella también se ríe a carcajadas. Saltándoles las lágrimas, se comen las doce uvas, que se terminan atragantados, casi un minuto después de la última campanada.

—Feliz 2019.

—Feliz 2019, compañera.

No brindan con champán ni cava, sino con el vino malo que han tomado en la cena. Los dos dan un sorbo a su vaso y luego se miran sonrientes. Es la chica la que da el siguiente paso. Agarra la cara de Martín y lo besa en los labios. Enseguida la pasión se desata en el salón de aquel pequeño piso de las afueras. Ella lo guía hasta su habitación mientras se quitan la ropa. Gema aparta los papeles que hay encima de la cama y se tumba. El joven se coloca encima y la besa por todo el cuerpo.

—Lo siento, mis bragas no son rojas —dice Gema mientras Martín acaba de desnudarla.

—Me da lo mismo. No creo en esas tradiciones pasadas de moda.

—Yo tampoco.

Hacen el amor dos veces durante la noche y luego se duermen abrazados. Cuando despierta, Martín mira a Gema con una mezcla de sensaciones. Aquello no tendría que haber sucedido. Se levanta y camina desnudo hasta el cuarto de baño. En el pie se le pega uno de los folios. Es una hoja acerca de una escritora de diecinueve años que es *best seller* y tiene miles de seguidores en las redes. Miren Libano forma parte de su terna de preferidas, aunque ha encontrado algo en Internet

que le hace dudar. Algunos la acusan de plagio, de que copió su novela de una que estaba en Wattpad escrita en euskera. Sin embargo, Martín siguió rastreando la información y averiguó algo más. ¿Por qué esa chica no hizo un comunicado explicando que esa historia era de ella y que primero la había subido a la red en ese idioma?

—Si quieres darte una ducha, puedes coger una toalla limpia del armario que hay en el baño —le dice Gema con voz de dormida—. ¿Qué hora es?

—Las ocho y veinte.

—¿Preparamos algo de desayunar y seguimos trabajando?

Martín se gira y le sonríe a la chica con la que ha pasado la noche. No puede creerse que haya vuelto a acostarse con una mujer después de tantos años. Regreso al pasado, con lo que le había costado admitirse a sí mismo que lo que le gustaban eran los hombres. ¿Ha sido por el vino? ¿Algún tipo de venganza después de que Roberto lo dejara en Nochevieja? ¿Le apetecía intimar con la persona que ha sido su sombra en los últimos cuatro meses?

No tiene la respuesta, y quizá no le interese encontrarla.

—No. Me voy a casa. Hoy me voy a tomar el día libre y a desconectar la mente.

—Me parece perfecto.

—Voy a darme esa ducha —dice Martín, al que se le nota algo triste.

—De acuerdo, ¿estás bien?

—Sí. Creo que sí estoy bien.

CAPÍTULO 45

Natalia

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

—No puedo más, Eva. No puedo más.

Natalia se sienta en la cama, pero inmediatamente se levanta y camina inquieta por la habitación. Ha estado cerca de clavarle un cuchillo a uno de sus compañeros de campamento.

—¿Qué me pasa? Yo soy un poco exagerada para todo, pero aquí las circunstancias están sacando lo peor de mí.

—Tu amiga ha muerto. Es lógico que pierdas los nervios. Aunque debes tener cuidado con esos arrebatos. Podías haber hecho algo de lo que luego te hubieras arrepentido.

—No entiendo lo que me ocurre. A Vicky apenas la conocía. Solo nos liamos anoche. Y, sin embargo, tengo tanta pena por dentro que duele a reventar.

—Eso es porque la querías.

—¿Cómo voy a quererla? ¡Si era una friki estúpida que se estaba enamorando de mí!

Eva vuelve a abrazarla. Desde que han regresado a Villa Teresa, no ha parado de darle cariño. Natalia se lo agradece. En esos instantes le viene bien alguien con quien desahogarse. La actriz ha estado muy cerca de ella desde que Vicky apareció muerta en su habitación.

—Y si Alexis no la mató, ¿quién fue? —le pregunta cuando se separan.

—No lo sé, Natalia. Pero el cerco se ha reducido. No somos muchos.

—Vicky no molestaba a nadie. Ni siquiera se hacía notar. Estaba siempre en segundo plano. ¿Por qué la han asesinado?

—No sé si alguna vez nos enteraremos.

—Yo necesito saberlo y necesito encontrar al culpable. Esa persona debe pagar por lo que ha hecho.

—No te alteres de nuevo, por favor. Ya hemos tenido suficiente por hoy —le pide Eva, que le sujeta el brazo—. Vamos a aguantar hasta el lunes como podamos y que la policía sea quien investigue.

—Das por hecho que alguien va a aparecer aquí el lunes y que llegaremos vivos.

—No quiero pensar otra cosa.

—Alguno de los que están en este campamento es un asesino y no lo permitirá. ¿Por qué se va a conformar con tres muertes y no cometer un cuarto, quinto o sexto asesinato?

—A lo mejor ya ha hecho lo que tenía que hacer.

—¿Cargarse a Miren, Jorge y Vicky? ¿Por qué a ellos tres en concreto?

—No lo sé, Natalia. Estoy como tú. Me hago las mismas preguntas.

—Debe de haber una respuesta para todo esto. La solución tiene que estar en algún sitio y hay que encontrarla.

La *influencer* se sienta una vez más en la cama y piensa en voz alta.

—¿Qué tenemos por el momento? Tres chicos asesinados de forma diferente, dos coordinadores desaparecidos y una lista en la que se nos acusa de algo. Somos siete ahora mismo en el campamento. Yo me descarto como culpable, porque es evidente que no he hecho nada. ¿Quién de los otros seis miembros del grupo es el asesino? ¿O es que hay más de uno?

Natalia se queda callada mientras Eva la observa intrigada. Hace gestos con las manos y murmura palabras sueltas de manera indescifrable.

—Oye, ya estás bien, ¿verdad? —le pregunta la actriz, a la que también se le nota cansada—. Tengo calor. Quiero darme una ducha rápida.

—No, no estoy bien. Pero vete tranquila, que no atacaré a nadie más. No te preocupes.

—Vuelvo dentro de un rato. No quiero estar sola.

—Pídele a Saúl que se duche contigo.

—No seas tonta. Eso no va a pasar.

—Pues será porque tú no quieres.

—Será porque debe ser así. Hasta luego.

La actriz sale de la habitación y Natalia se centra de nuevo en sus cavilaciones. Nunca se le han dado bien los misterios, pero siente que debe buscar la solución a los enigmas que se han ido sucediendo en el campamento.

Cada vez que piensa en Vicky, se le desgarra el alma. ¿Cómo ha podido cogerle tanto cariño a esa chica? Ya no la verá más. No podrá meterse con ella ni fastidiarla. No volverán a dormir juntas y tampoco podrá besarla. Las lágrimas recorren otra vez su cara y se promete que encontrará al que la ha matado.

Lo que ha pasado en el campamento es digno de una película de miedo. Diez jóvenes reunidos por un millonario en un entorno idílico, pero alejado de la civilización y sin posibilidades de contactar con el mundo exterior. Es el escenario perfecto para la consecución de una serie de asesinatos. ¿Estaría todo preparado de antemano?

Natalia mira por la ventana mientras reflexiona y hace un repaso de los acontecimientos recientes. Desde su habitación se ve la de Martín. Entonces se le ocurre algo. ¿Dónde las ha puesto? Se gira y enseguida ve sobre la mesa las tarjetas que le dio Eva. Coge una de ellas y sale del bungaló. Camina deprisa hasta Villa Elisa e introduce la tarjeta de FNAC en la ranura de la puerta. La sube y la baja varias veces, pero no consigue abrirla.

—Ya estamos otra vez —susurra recordando las dificultades que antes tuvo en el bungaló de Vicky.

Tiene que abrir esa puerta como sea. Puede que en la habitación de Martín haya algo que le dé alguna pista de dónde se encuentra el coordinador o que explique lo que está

sucediendo en el campamento. Además, es el único sitio del recinto en el que no han mirado en esos dos últimos días. ¿Y si el coordinador está implicado en la muerte de su amiga?

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta Óliver, que aparece de repente, sin que Natalia haya percibido su presencia.

—¿No lo ves? Forzando la puerta.

—¿Para qué quieres entrar en el bungaló de Martín?

—No tengo ni la más remota idea —responde la *influencer,* que sigue tratando de abrir la puerta con la tarjeta—. De Gema sabemos que anda por el bosque, aunque se comportara de manera extraña y te agrediera antes de huir. Pero ¿qué ha sido de él? No tenemos ni idea de lo que ha pasado con Martín.

—¿Y crees que va a estar ahí dentro?

—Por supuesto que no. Aunque… ¡Bien! ¡La he abierto!

Natalia celebra su éxito cerrando los puños y levantando la mirada hacia el cielo. Empuja la puerta y, nerviosa, se dispone a entrar en el bungaló del coordinador. Óliver se coloca detrás, dejando que la chica pase en primer lugar. Enciende la luz y ve que la habitación está ordenada y la cama hecha. Le viene a la cabeza el día que llegó, cuando intentó liarse con él. Martín la rechazó justificando su negativa en que estaba enamorado y saliendo con alguien. En ese instante pensó que su pareja era Gema y le molestó no conseguir su propósito. Tiene la sensación de que han pasado diez años y no diez días desde aquel momento.

—¿No huele raro? —pregunta Natalia mientras busca algo fuera de lugar.

—No. No huelo a nada.

—Pues a mí me huele mal. Me parece que viene de allí.

La chica se refiere al cuarto de baño, a donde se dirige. Tiene un mal presentimiento. La puerta está cerrada. La abre y se encuentra con otra imagen dantesca: Martín está desnudo de cintura para arriba, sentado en la pileta de la ducha. Solo lleva puestos unos *slips* blancos, que se han teñido de rojo. En su rostro no hay ningún tipo de expresión y los párpados los tiene

cerrados. Hay sangre por todas partes, tanto en su cuerpo como alrededor de él.

A Natalia le entran arcadas y no se puede contener. Temblando, abre la tapa del váter y vomita. Óliver acude hasta ella y la abraza cuando termina.

—Salgamos de aquí —le dice el mexicano agarrándola por el brazo.

—¿Qué le ha pasado? ¿Cómo ha muerto?

—Parece que se ha suicidado.

—¿De dónde te has sacado esa idea?

—Mira. Esto lo tenía entre las piernas.

Óliver le enseña una pequeña cuchilla cubierta de sangre seca. La chica se gira y vuelve a tener arcadas, aunque esta vez aguanta sin vomitar.

—Es horrible. No me lo puedo creer.

—Tiene varias heridas en los brazos. Se ha hecho cortes bastante profundos. Ha muerto desangrado.

—Dios mío. ¿Por qué se ha quitado la vida?

Óliver niega con la cabeza y vuelve a insistirle para que se marchen. En esta ocasión Natalia accede y, juntos, salen del cuarto de baño. El chico cierra la puerta y se sienta en la cama al lado de la *influencer,* que sigue pálida.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco.

—¿Desde cuándo lleva ahí?

—Posiblemente desde ayer. No desapareció, estaba muerto en su habitación. Dimos por hecho que se había ido.

—Y también lo buscamos por todo el campamento, pero no miramos aquí.

—Algo así era impensable, Natalia. ¿Cómo íbamos a imaginar que Martín se había suicidado en su bungaló?

La joven agacha la cabeza e intenta unir las piezas de aquel puzle, pero está demasiado abrumada por la situación y no puede pensar con claridad. Sin embargo, hay algo que falta y que no encuentra a su alrededor.

—¿Y su móvil?

—No lo he visto.

—Voy a buscarlo. A lo mejor podemos utilizarlo.

—Tendrá clave para entrar y será imposible usarlo.

—Por probar no perdemos nada. ¿Me ayudas?

Natalia y Óliver miran por toda la habitación, pero no lo encuentran.

—No está aquí. Es muy raro. Gema tampoco llevaba el teléfono encima cuando apareció esta mañana.

—Igual se los quitó Godoy.

—¿Por qué y para qué?

—No lo sé. Ni siquiera sé si es lo que ha pasado de verdad. Solo es una hipótesis.

A Natalia no le convence esa hipótesis. Le resulta muy extraño que el móvil del coordinador no esté en su bungaló. ¿Y si alguien se lo ha llevado? Eso significaría que no ha sido un suicidio, sino otro crimen.

—Debemos avisar a los demás. Tienen que saber que hemos encontrado a Martín —dice Óliver en un tono pausado que a Natalia ya le resulta familiar.

—Bien. Yo se lo cuento a Eva, que se ha ido a duchar a su cuarto. ¿Te puedes encargar tú de los demás?

—Sí. Aunque no le diré nada a Alexis. Es mejor dejarlo descansar. Ya hablaremos con él. Al resto le informaré ahora.

—¿Seguro que Martín se ha suicidado? Lo del móvil me preocupa.

—Todo hace indicar que sí, Natalia. Tenía una cuchilla entre las piernas, cortes en los brazos y mucha sangre alrededor. Parece un suicidio en toda regla. Que no esté su celular en la

habitación será por algún motivo que se nos escapa y que seguramente tenga una razón más sencilla de la que imaginamos.

—Entonces, ¿no es una de las víctimas del asesino del campamento?

—No me atrevo a asegurar nada, pero no da la sensación de que sea un crimen. Aunque habría que hacerle las pruebas oportunas.

La chica asiente y se levanta, ayudada por Óliver, que también se pone de pie. Juntos, salen de Villa Elisa y avanzan por el camino de los bungalós. La noche es calurosa y no parece que vaya a llover más.

—¿Qué vamos a hacer con el cuerpo de Martín?

—Lo mismo que con los demás. Dejarlo en la habitación hasta que aparezca alguien que pueda trasladarlo a otro sitio.

—Me siguen preocupando los insectos y la descomposición.

—Las circunstancias son las que son, Natalia. No podemos actuar de otra manera.

—Esto se está convirtiendo en un cementerio.

—¿Has estado alguna vez en uno?

—Sí. Varias veces. Pero, sin duda, este es el peor de todos. Yo venía a los Pirineos a pasarlo bien, conocer gente guay y vivir esta experiencia al máximo.

—Tú y creo que todos.

—Todos no —dice la joven, que se detiene frente al bungaló de Eva—. Alguien ha venido a otra cosa. Solo espero que no me pille desprevenida y poder hacerle a ese cabrón lo mismo que ha hecho él.

CAPÍTULO 46

Óliver

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Son las dos de la madrugada. Todo el grupo, menos Alexis, está en la habitación de Óliver. Se han reunido de forma espontánea, después de que el mexicano y Natalia les informaran de la aparición del cuerpo de Martín en su bungaló.

—Si está ahí desde el viernes por la tarde, cuando desapareció, él no ha tenido nada que ver con las muertes de nuestros compañeros —comenta Saúl sentado en la cama al lado de Eva—. Quedaría completamente descartado como sospechoso de los crímenes.

—¿Gema sabrá algo de esto? —pregunta la actriz.

—¿De su muerte? ¡Cómo va a saberlo! —exclama Natalia, que junto a Óliver permanece de pie y no para de dar vueltas —. Hasta ahora nadie había entrado en esa habitación.

—A lo mejor volvió al campamento a buscarlo —responde el saltador de pértiga—. Tal vez habían quedado en el bosque y no apareció. Por eso regresó esta mañana.

—¿Y se desmayó así sin más y luego salió huyendo? —pregunta la *influencer* del cabello rubio, cada vez más exaltada —. ¿Y por qué se ha suicidado Martín? ¡Estaba bien la última vez que hablé con él! No entiendo nada. Esta historia me sobrepasa por completo.

—Un suicida nunca te va a contar que se va a suicidar y hará lo posible para que no te des cuenta de nada. Un cristiano como yo, con convicciones reales, nunca lo haría. Solo Dios da y quita la vida.

Todos miran atónitos a Luis, que se siente juzgado por sus compañeros. El chico, apoyado en la mesa, se ajusta las gafas y aprieta la mano en la que tiene su pequeño crucifijo. Después busca aprobación en los ojos de Lucía, que está

sentada enfrente, pero la *influencer* aparta sus ojos de él rápidamente.

—El suicidio es algo extremo que indica desesperación —interviene Óliver—. No sabemos los motivos por los que lo hizo.

—¿Qué razones podría tener para hacer algo así?

—No lo sé, Natalia. No lo conocía tanto como para estar enterado de sus problemas y preocupaciones. Para mí, simplemente era el coordinador del campamento.

—Algo muy gordo le debía de estar pasando, aunque no se le notaba que estuviese mal. Yo por lo menos no lo había notado —insiste la *influencer* .

—Me parece que ninguno de nosotros. Descanse en paz —dice el mexicano.

—Amén.

Todos guardan silencio después del «así sea» de Luis. Es Natalia la que le reinicia la conversación:

—Cambiando de tema, ¿cómo vamos a pasar la noche? ¿Por parejas? ¿En tríos? ¿Cada uno en su habitación? Yo no sé si podré pegar ojo, pero estoy agotada y necesito irme a descansar.

—Todos estamos cansados. ¿Cómo queréis hacerlo? ¿Repetimos lo de anoche o tenéis otras alternativas?

Ninguno responde a la pregunta de Óliver hasta que Saúl toma de nuevo la palabra:

—Pienso que cada uno debe hacer lo que crea oportuno. Decisiones individuales.

—¡Vaya! ¿No eras tú el que nos decía que había que actuar en equipo por el bien del grupo?

—Y lo sigo pensando así, Natalia. Pero las cosas han cambiado mucho en poco tiempo. Ya me he mojado suficiente en los últimos dos días. Además, no voy a obligar a nadie a que esté con alguien que no quiera haciendo otro sorteo como el de ayer.

—Bien. Estoy de acuerdo contigo, Saúl —señala Óliver—. Órale. Que cada cual elija qué quiere hacer y, si desea pasar la noche acompañado, que se lo comunique y consulte a la persona que estime oportuno. Yo, por ejemplo, me voy a quedar en la casa principal y de vez en cuando le echaré un vistazo a Alexis para ver cómo se encuentra.

—¿Vas a estar toda la noche en la casa? —pregunta Lucía, que apenas ha hablado durante la reunión.

—Sí, leeré un poco y seguro que doy alguna cabezada que otra. Pero mi intención es la de estar vigilante, por si acaso también aparece Gema o el pinche asesino viene a por mí.

—Te haré alguna visita durante la noche.

—Padrísimo, Lucía. Mientras no sea con un cuchillo afiladísimo en la mano, no habrá problema.

Aunque la *influencer* del bungaló número 3 sonríe, no todos se toman bien la broma del mexicano. A Natalia no le ha hecho demasiada gracia. Tampoco a Luis, aunque lo que realmente le ha fastidiado es que Lucía se haya ofrecido a ir a verlo.

—Libertad individual y que cada uno elija lo mejor para sí mismo. ¿Estamos todos conformes con esta solución?

Nadie responde negativamente y se da por concluida la reunión. Lucía y Luis son los primeros en irse y se dirigen juntos a Villa Mercedes. Eva y Saúl se quedan charlando en el camino de los bungalós mientras deciden qué hacer. Natalia, por su parte, permanece en la habitación de Óliver. El joven mexicano la mira extrañado, sin entender por qué continúa en su cuarto.

—¿Qué te ocurre, güey? ¿Hay algo más de lo que tengamos que platicar?

—Tú también has estado observándolos, ¿verdad? —dice la chica, que se muestra intranquila. Gesticula mucho con las manos y se toca el cabello nerviosa.

—¿A quién?

—A nuestros compañeros. Lo he notado. Me he dado cuenta de cómo analizabas a cada uno de ellos. Estabas atento a lo que decían, a cómo se comportaban. Incluida yo.

—Neta. Es algo que hago siempre, no es de ahora. Imagino que se trata de defecto profesional. Una mala costumbre. ¿Te he incomodado?

—No, no, para nada. ¿Y qué piensas? ¿Sabes quién es el culpable?

—Tengo mis teorías.

—Dímelas, Óliver. Necesito saber quién mató a Vicky. Me voy a volver loca, si es que no lo estoy ya. No puedo estar tranquila pensando que uno de ellos lo hizo.

—¿Eso significa que a mí me descartas como posible autor de los crímenes?

La chica mira fijamente al estudiante de Criminología, que no parece alterarse. Incluso sonríe de manera tibia, como si le divirtiera la pregunta que le acaba de hacer.

—No. No te descarto.

—¿Entonces por qué confías en mí?

—Porque no me queda más remedio. Si tú has matado a mi amiga, lo terminaré sabiendo, ya que vendrás a por mí tarde o temprano. Y no te quepa duda de que estaré preparada y no lograrás tu propósito. Pero si lo ha hecho uno de ellos, seré yo la que se anticipe.

—Yo no sé quién es el puto asesino.

—Pero lo intuyes. Estoy convencida.

—Es posible. Aunque prefiero no aventurarme a darte un nombre.

—Joder. Necesito saberlo. Yo también me he fijado en la reacción de cada uno de nuestros compañeros en la reunión. Pero tú eres criminólogo. Estás más preparado que yo para esto. A mí ya todo el mundo me parece culpable.

—Lo siento, prefiero no opinar sin estar seguro. No tengo pruebas. Solo son sensaciones.

—¿Y cuáles son esas sensaciones? Igual coincidimos en algo.

—No insistas, Natalia. No voy a decirte nada.

—Joder, mexicano. Eres un mal compañero.

—Solo alguien sensato, güey. Vete a dormir un rato. No ha sido un día fácil.

—Está bien. En tu conciencia quedará si hay más muertes o si no consigo controlar mis impulsos. Yo también tengo una teoría.

—No cometas ninguna locura. Deja que el tiempo ponga a cada uno en su sitio.

—¿El tiempo? Ya no nos queda tiempo.

La joven chasquea la lengua y sale de la habitación enfadada. Óliver no la sigue. Es mejor que se vaya y piense lo que quiera, aunque cree que Natalia terminará cometiendo algún error grave. Debe estar atento para no verse afectado. Esa chica, cuando no controla sus emociones, es peligrosa.

Resopla. Por fin está solo; tiene que aprovechar. Cierra la puerta del bungaló y se agacha frente a la cama. De debajo del colchón, coge el móvil de prepago que compró antes de que empezara el campamento. Lleva todo el día sin cobertura y necesita urgentemente hablar con su madre. Lo examina y ve que sigue igual.

—Pinche celular. Mamón —dice en voz baja controlando su ira a duras penas.

No puede gritar. Se mueve por la habitación intentando encontrar al menos una rayita de cobertura. Imposible. Marca el número de su hermano, pero no da señal. Se desespera y vuelve a insultar al móvil. Enrabietado, está a punto de lanzarlo contra el suelo. Pocas veces pierde la calma, pero ese celular de los huevos está haciendo que se le agote la paciencia.

¿Y si a su madre le ha pasado algo?

Su hermano le prometió que le avisaría si las cosas se torcían, pero ahora mismo está completamente incomunicado.

Tiene que hacer algo. Piensa durante algunos segundos y por fin se decide: tal vez en el bosque haya cobertura.

Se guarda el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón, coge una linterna y sale del bungaló, después de revisar que no haya nadie mirándole. Se apresura hasta la salida del campamento y enciende la linterna. Luego saca el móvil. Continúa sin cobertura. No quiere alejarse demasiado, pero necesita hacer esa llamada a Madrid. Ya se lo advirtieron, aquella zona es muy complicada para hablar por teléfono. ¿Pero tanto?

Óliver está fuera de sí. Con el móvil alzado, recorre cuatrocientos o quinientos metros. Está muy oscuro. Solo ve lo que ilumina la linterna y la pantalla del teléfono, que hace bastante que no carga y también se está quedando sin batería. Ni siquiera las luces de las farolas del campamento llegan hasta allí.

No lo va a conseguir. Debe volver antes de que alguien descubra que se ha ido. No quiere que ninguno de sus compañeros se entere de que tiene en su poder un móvil.

Sin dejar de intentarlo, regresa sobre sus pasos. Entonces, ya casi al lado del campamento, oye un ruido. Primero son pisadas, luego escucha una especie de gruñido. Se gira e ilumina con la linterna hacia el bosque. Y de pronto lo ve: un enorme jabalí está frente a él.

—Tranquilo, pendejo —le dice al animal, sin moverse ni un palmo, desplazando la linterna ligeramente hacia otro lado para no ponerlo nervioso.

Las farolas encendidas del campamento y la linterna dan la suficiente luz como para apreciar con claridad la imponente figura de aquel animal. Se miran en silencio. No puede perderlo de vista, pero tampoco debe alumbrarlo más. Lo peor sería que aquel bicho se sintiera amenazado. No es un oso o un lobo. Sin embargo, ha leído en algún artículo que un jabalí de los Pirineos puede ser muy peligroso y que un ejemplar como aquel llega a pesar más de ciento veinte kilos. Además, cuenta con unos colmillos que dan miedo.

¿Cuál es el plan? El campamento apenas está a cien metros. Si corre muy deprisa, puede salvarse o quizá el animal no lo siga. ¿Cómo de rápido será ese jabalí?

Óliver está decidido. No puede quedarse ahí permanentemente. Tiene que correr todo lo que pueda y esperar que no le alcance o que se vea tan sorprendido con su acción que no reaccione y se vuelva al bosque. El arranque será primordial. Contará hasta diez y no se detendrá por nada del mundo.

Diez, nueve, ocho…

Sin embargo, en mitad de la cuenta atrás, escucha un gran estruendo y el jabalí cae fulminado. El estudiante de Criminología se da la vuelta bruscamente y ve a Saúl con una escopeta en las manos, que sale de unos matorrales.

—¿Le he dado? ¡Le he dado! Y eso que casi no lo veía.

—¿Qué has hecho, mamón?

—Salvarte la vida, amigo. Menos mal que tuve la precaución de pillar la escopeta de la cuadra por si las moscas —dice el atleta, que se acerca hasta él—. ¿Por qué coño todos os adentráis en la montaña, con lo peligrosa que es?

—¿Me has seguido?

—No. Pero iba a buscarte. Natalia nos ha contado que te habías ido del campamento con un móvil en la mano. Espero que tengas una buena explicación para eso.

Y, apuntándole con la escopeta, Saúl aguarda una explicación convincente de Óliver, que ha visto como su secreto ha quedado revelado.

CAPÍTULO 47

Eva

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Era cierto: Óliver tenía un móvil. Cuando Natalia entró en su habitación gritando que lo había visto salir del campamento con un teléfono iluminado en la mano, Eva no se lo creyó. Ni ella ni Saúl, que la acompañaba. Sin embargo, fue tal la insistencia de la *influencer* que finalmente el chico decidió ir a buscarlo. Como no se fiaba de lo que podía encontrarse de noche en el bosque, cogió la escopeta que estaba en la cuadra. Luego llegó el disparo, el jabalí muerto y la explicación del mexicano.

—Mi mamá tiene cáncer. No podía estar tantos días sin hablar con ella. Siento no haberos dicho nada, pero sabía que si alguno de vosotros se enteraba se pondría en mi contra y además me expulsarían del campamento.

El grupo, menos Alexis que sigue descansando en su bungaló, se ha reunido otra vez. En esta ocasión están en la casa principal. El disparo los asustó y rápidamente se juntaron para averiguar qué había sucedido. Saúl fue el que ha dado la primera versión de los hechos y después el turno ha sido para Óliver.

—Con todo lo que está pasando, ¿por qué no has llamado a la policía o al propio Fernando Godoy para que vengan a por nosotros? ¡Tenías un puto teléfono, joder! —exclama Natalia enfadada.

—No hay cobertura. Por eso me he ido al bosque. Pero ha sido inútil.

—¿En serio? Déjame ver.

La *influencer* le arrebata el teléfono y lo comprueba. Es cierto, no hay ni una sola raya de cobertura.

—¿Y la llamada de emergencia?

—Tampoco funciona, güey. Estamos en una zona muy complicada. Y este celular tampoco da para mucho más.

—¿Has conseguido hablar con tu familia en estos días? —pregunta Lucía.

—El jueves fue la última vez, aunque se entrecortaba todo el tiempo y apenas escuchaba lo que me decían. Después ha sido imposible. Estoy preocupado por mi mamá.

—Normal, imagino tu incertidumbre —comenta Eva.

—Siento haber ocultado que tenía un ceular en mi poder, pero tampoco sabía cómo ibais a reaccionar.

—Me parece que ahora es lo de menos, pero creo que Godoy debería excluirte de un posible premio —dice con dureza Luis, que es de los que están más molestos—. Entiendo tu situación, pero todos tenemos problemas y ganas de hablar con nuestras familias. Has jugado con ventaja.

—Tienes razón, güey. Aunque, como acabas de decir, eso es lo de menos ahora —responde Óliver algo más tenso de lo habitual—. Os vuelvo a pedir disculpas. A lo mejor tendría que haber gestionado este asunto de otra manera. Lo siento.

—Por mi parte, estás perdonado —dice Lucía, que le sonríe, algo que Luis no ve con buenos ojos.

—Yo tampoco te echo nada en cara. Ya no hay marcha atrás —dice Eva, que se pone de pie—. Chicos, me voy a mi bungaló. Creo que ya he tenido suficiente por hoy. Tened cuidado y que descanséis. Espero que mañana las cosas no empeoren, que será, dentro de lo que cabe, una buena noticia.

—Voy contigo —dice Saúl, que se levanta y se une a ella—. Si hay novedades, avisadnos.

Los dos se marchan de la casa principal y dejan a los otros cuatro discutiendo sobre el asunto del móvil. Lucía es la única que no le guarda rencor, pero Natalia y Luis se lo siguen recriminando.

—No sabía que eras un tirador experto —le comenta Eva a Saúl en el camino de los bungalós.

—Es que no lo soy.

—¿Bromeas? Has matado a un animal disparando a cierta distancia y sin prácticamente luz. Yo no creo que le hubiera dado lanzando una flecha con el arco.

—Era un jabalí muy grande. Tenía margen.

—¿Cómo hiciste para que no te oyera? Porque, según has contado, te escondiste detrás de un matorral cuando viste la situación.

—Soy una persona muy sigilosa cuando quiero. El bicho estaba nervioso por la presencia de Óliver y no me oyó. O igual era sordo.

El chico suelta una carcajada, pero Eva no se ríe en esta ocasión. Sabe que no se lo está contando todo.

—Eres cazador, ¿verdad? No encuentro otra explicación para tu destreza y tu puntería.

Saúl no responde enseguida, pero finalmente se lo confiesa:

—Hace mucho que no voy de caza, pero sí. He sido cazador y no es el primer jabalí al que le disparo.

—Odio la caza. No la comprendo.

—Lo sé. Por eso no te lo he contado antes. No quería que me juzgaras por ese asunto —admite Saúl, que no se para frente a su bungaló y sigue caminando a su lado—. Pero gracias a mi afición he salvado a Óliver.

—¿Tú crees que ese pobre bicho le habría atacado?

—No lo sé. Posiblemente. Un jabalí puede llegar a resultar muy fiero y peligroso. Volvería a dispararle si se presentara la ocasión. Entre una persona y un animal, siempre elegiré a la persona.

—Podrías haber disparado al aire para simplemente asustarlo.

—Sí. Podría haberlo hecho también así. Pero lo hice de la otra manera. Fue la decisión que me pareció más adecuada en ese instante. Tampoco estaba convencido de que le fuera a dar. Llevaba mucho sin disparar una escopeta y no se veía demasiado. Ha sido un milagro que acertara.

A Eva no le convencen las excusas de Saúl. No le ha parecido bien que haya matado al jabalí, aunque Óliver corriera peligro.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Para serte sincera, no lo sé.

—Venga, Eva. Solo es un animal. Comes carne todos los días.

—Ojalá tuviera la fuerza de voluntad para no hacerlo.

—Ese jabalí podía haber atacado a Óliver en cualquier momento. No le he disparado por gusto. Hace mucho tiempo que me alejé de la caza y no tengo intención de volver.

La chica no vuelve a replicarle. No quiere entrar en bucle repitiendo lo mismo una y otra vez. Se detiene frente a su bungaló y abre la puerta.

—¿Puedo pasar la noche contigo? —le pregunta Saúl, que se queda fuera esperando su aprobación—. ¿O ya me has hecho la cruz por lo del jabalí y la caza?

—No quiero estar sola.

El chico asiente con la cabeza y entra en Villa Aurora con una gran sonrisa. La habitación de Eva está algo desordenada. Tiene ropa encima de la silla, la cama sin hacer y maquillaje sobre la mesa.

—¿Traigo mi colchón?

—Si quieres dormir en la cama conmigo, yo no tengo problema.

—¿En serio? Mido casi uno noventa.

—Pero yo soy pequeñita. Cabremos los dos —dice Eva, que va hasta el armario—. De todas maneras, no creo que pueda dormir demasiado esta noche.

—¿No estás cansada?

—Mucho, pero han pasado tantas cosas hoy que no sé si seré capaz de desconectar y relajarme.

—Si quieres te doy un masaje.

—Te lo acepto.

La actriz saca un pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes y se cambia delante de Saúl, que no repara en mirarla. Ella le sonríe, no le da vergüenza. Está acostumbrada a que sus compañeros de reparto o el equipo con el que trabaja la vean en ropa interior e incluso desnuda. Con el tiempo, ha terminado adaptándose a esas cuestiones que al principio le costaban tanto. Además, aquel chico le gusta, aunque sea cazador y haya matado a un pobre jabalí. No le importa enseñarle un poco más de lo que debería ver.

—¿Qué te ha parecido lo del móvil de Óliver? —le pregunta el atleta sin apartar los ojos de ella—. ¿Te crees lo de su madre?

—Sí, no va a mentir en algo así. Entiendo que quisiera estar informado de su estado de salud, por si empeoraba.

—Nos debería haber dicho lo del teléfono.

—Y nos habríamos tirado a su cuello —indica Eva, que se sienta en la cama—. Yo hubiera hecho lo mismo. Se lo habría ocultado a los demás.

—¿A riesgo de que te pillen y quedes mal?

—A mí no me hubierais pillado.

La chica sonríe desafiante. Saúl por fin ve que se le ha pasado el enfado y se sienta a su lado en la cama.

—¿Seguro que no te importa que compartamos cama?

—Yo no soy la que tiene pareja fuera. ¿A tu novia le molestaría?

—Mucho. No creo que le gustara demasiado que durmiera en la misma cama que una chica tan guapa como tú.

—No seas pasteloso. Eso no me va.

—Lo siento, me ha salido así. Solo he dicho la verdad: eres muy guapa.

—Gracias. Pero ahórrate esa clase de piropos conmigo.

—Bien. No volverá a pasar. Nada de decirte cosas bonitas.

Eva acerca su mano a la de él, pero no se la coge. Apenas es un roce que le corta la respiración.

—¿Se lo dirás a Sara cuando la veas?

—¿El qué?

—Que hemos dormido juntos.

—No lo sé. Depende.

—¿De qué depende? —pregunta Eva mientras se tumba bocarriba.

Saúl la observa ensimismado. La joven sabe perfectamente lo que está pasando por su mente. Coloca las manos detrás de la nuca e intenta dominar sus ganas de todo con él. Cuando el joven también se tumba, se gira y lo mira a los ojos. Está muy nerviosa y es consciente de que el chico se ha dado cuenta.

—Depende de lo que salga de aquí. Quiero mucho a Sara. Pero…

—¿Pero qué?

—Nada —responde Saúl, al que ella también nota bastante nervioso—. ¿Te das la vuelta o no quieres que te dé ese masaje?

CAPÍTULO 48

Alexis

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

—¡No! —grita Alexis, que a continuación mira confuso a su alrededor. La luz tenue de las farolas del campamento entra por la ventana. No hay nadie más en la habitación.

Consulta su reloj aún sobresaltado. Son las cinco y cinco de la madrugada. Está sudando y le duele absolutamente todo. Definitivamente, debe de tener algún hueso roto. Posiblemente se haya fracturado alguna costilla, porque en el pecho es donde el dolor es más intenso. Aunque el mal cuerpo lo tiene por la pesadilla de la que acaba de despertar. En el sueño aparecía Miren. Ambos mantenían una discusión que se fue de las manos.

—Godoy tendrá a sus preferidos —dice la escritora sin apartar la mirada de su portátil—. El resto imagino que será de relleno. Para hacer el campamento más variado y divertido. Luego se lo contará a la prensa como un acontecimiento único.

—¿Y quiénes crees que son sus favoritos?

—No lo sé. Saúl, Eva, Jorge o a lo mejor Óliver.

—¿A mí no me incluyes?

—No te lo tomes a mal, Alexis. No creo que Godoy elija a un simple *gamer* para ponerlo al frente de su gran imperio empresarial.

Ese comentario no le sienta nada bien. Él se merece el premio como el que más. Esa escritora de mierda, ¿quién se cree que es?

—No soy un simple *gamer* .

—Ya te he dicho que no te lo tomes a mal. Solo es lo que yo pienso.

—Me infravaloras. Estoy capacitado para muchas cosas.

—Todos lo estamos. Pero cada cual tiene su función en la vida. La tuya es ganar partidillas al FIFA o al Fortnite y entretener a los chavales para que te den *likes* y visualizaciones en los vídeos. Eso lo haces genial.

—¿Así me ves?

—Así eres, Alexis. No pasa nada. Yo escribo libros, Natalia sube fotos sexis a Instagram y tú juegas a la consola. Es la vida que cada uno ha elegido. Pero formar parte de un proyecto como el de Godoy no es para todos, aunque a todos nos ilusione.

¿Puede ser esa tía más prepotente? ¡De qué va! No le va a permitir que diga más tonterías sobre sus capacidades. Ve un bolígrafo encima de una mesa y lo coge. Con los ojos inyectados en fuego, lo alza y se lo clava con todas sus fuerzas en la mano derecha. Miren suelta un escalofriante alarido de dolor y empieza a sangrar abundantemente. Segundos después, aparece Jorge, pidiendo explicaciones e insultándole. Incluso amenaza con contarle a Godoy lo que ha sucedido. A Alexis no le queda más remedio que actuar y hunde el bolígrafo en el cuello del cantante.

—¡Aunque nos mates, nunca serás mejor que nosotros! —grita Miren, mientras el *gamer* se aleja corriendo con el bolígrafo ensangrentado en la mano. Va tan rápido y aturdido que no ve un gran precipicio por el que cae.

Alexis vuelve a mirar el reloj. Solo han pasado dos minutos desde que se despertó de aquella horrible pesadilla. Sin embargo, ese sueño estaba motivado por escenas basadas en la realidad. Había discutido con sus dos compañeros y ambos lo menospreciaron por su condición de *gamer,* que ni consideraban una profesión seria. Ahora ellos estaban muertos y él vivo. Por lo menos, de momento. Tanto Lucía como Natalia han intentado matarle. Piensa en lo cerca que ha estado de acabar como Miren y Jorge, y se le dibuja una sonrisa en la cara. ¿Tendrá siete vidas, como los gatos? La sonrisa acaba en carcajada, hasta que el dolor en las costillas regresa inmisericorde. El sufrimiento es tan grande que le entran ganas de llorar.

Necesita un calmante con urgencia. Le da lo mismo si le toca o no le toca tomárselo. Ni recuerda a qué hora fue el último. Tiene la cajita de analgésicos encima de la mesilla, junto a la cama, pero sin agua le resultará muy complicado tragárselo. Como buenamente puede, se levanta y se dirige al cuarto de baño. Se mete la pastilla en la boca y bebe del grifo. El dolor ha aumentado y casi no se puede enderezar. Se siente como si un camión acabara de pasarle por encima.

—¿Alexis? ¿Todo bien?

La voz es la de Óliver, que ha ido a ver cómo se encuentra. Debe andarse con cuidado, porque no se fía de él. Cuando sale del cuarto de baño, comprueba que el estudiante de Criminología no está solo. Natalia lo acompaña.

—Joder. ¿Qué haces aquí? ¿Vienes a rematarme?

—Tranquilo, solo me pasaba para ver cómo estás.

—Te sería fácil acabar conmigo ahora mismo. Me duelen hasta las pestañas.

—No será para tanto. Antes te movías como si fueras un felino.

—¿Que no es para tanto? Imagina que te tiran por un barranco, que en el descenso te golpeas con varias piedras y que al aterrizar en el suelo te machacas las costillas.

—Eres un exagerado. Métete ya en la cama y deja de quejarte —le dice Natalia, que se acerca hasta él para ayudarle a acostarse.

Alexis duda en un principio, pero permite que la *influencer* le eche una mano. Parece que entre ellos ondea provisionalmente la bandera blanca.

—¿Qué hacías de pie? —le pregunta Óliver—. No debes levantarte, güey.

—He ido al baño a tomarme una pastilla. Soy incapaz de tragármela sin agua.

—¿Te duele mucho?

—Sí, muchísimo. Sobre todo el pecho. Para serte sincero, no sé cómo voy a soportar este martirio hasta que alguien venga al campamento.

—Si tuviéramos cobertura, podríamos avisar a un médico —dice Natalia, que mira al mexicano. Luego se sienta al borde de la cama y le cuenta a Alexis el descubrimiento de antes—. Es que Óliver nos ha ocultado hasta hace un rato que no había entregado un móvil al iniciar el campamento. Se lo había escondido en la maleta.

—¿En serio, tío?

—Mi mamá tiene cáncer y no podía estar desconectado de casa tantos días. Ya he pedido perdón.

—Vaya, siento lo de tu madre. ¿Y no puedes llamar para que venga alguien a recogerme y me lleve a un hospital?

—No funciona. Lo hemos intentado de mil maneras diferentes, pero el celular no da señal de ningún tipo. Tampoco me deja hacer llamadas de emergencia.

Natalia y Óliver, después de que los demás se fueran a descansar, han buscado cobertura por todo el campamento. Casi dos horas han estado llevando el aparato de un lado para el otro, sin éxito. Finalmente, se han dado por vencidos.

—Hay algo más que te tenemos que contar. Hemos encontrado a Martín muerto en su bungaló. Todo indica que se ha suicidado.

Las palabras de la chica repercuten en Alexis, que parece afectado por la noticia. No dice nada hasta que no transcurren unos segundos.

—No lo entiendo. ¿Se ha suicidado de verdad?

—Sí. Se ha rajado los brazos en la ducha de su habitación.

—¿Seguro que no lo han asesinado?

Natalia mira a Óliver y este mueve la cabeza en señal de negación. Luego le explican que han sido ellos dos los que encontraron su cuerpo hace unas horas y que el resto está al corriente del suceso.

—Tenéis que conseguir que ese teléfono funcione. Son cuatro personas las que están muertas en el interior del campamento.

—Eso no va a ser fácil, amigo. Cuando amanezca, lo intentaremos de nuevo.

—¿Y el móvil de Martín? Imagino que lo tendría en la habitación.

—No lo hemos encontrado —contesta Natalia, que sigue dándole vueltas a eso—. No sabemos dónde está.

—No hay ni una buena noticia.

—Que estamos vivos y que quedan poco más de veinticuatro horas para que llegue Godoy y la gente que trabaja aquí.

La respuesta de la chica no es la más optimista del mundo, sobre todo porque sabe que el dolor en su cuerpo va a perdurar todo ese tiempo.

—¿Habéis dormido algo?

—Nada de nada —responde Natalia, que suelta un bostezo —. Llevamos toda la noche buscando cobertura para el puto móvil y vigilando por si Gema regresa.

—Siento no ser de mucha ayuda. ¿Lucía dónde está?

—En su bungaló. Luis se ha quedado con ella.

Alexis resopla y vuelve a sentir un crujido en la zona de las costillas. El dolor regresa a su pecho de una manera insoportable. Pero lo que más le duele ahora es la absurda relación que tienen la *influencer* y el tipo ese. ¿Cómo habrá conseguido su confianza?

—¿Lucía sigue pensando que yo soy el asesino?

—Creo que ya no queda nadie en el campamento que tenga claro lo que piensa —le responde Óliver, que se encoge de hombros—. Tú también crees que el culpable soy yo.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es, pero no me importa, güey. No te preocupes. Seguro que tienes tus motivos. Como Natalia o Lucía, que

apostaban por ti como el responsable de los asesinatos.

—¡Ey! No me metas a mí en esas historias. No volveré a intentar agredir a alguien a menos que me sienta amenazada —protesta la joven incorporándose—. A partir de ahora, me limitaré a estar muy atenta por si ese loco viene a por mí. No se lo voy a poner nada fácil.

Alexis observa a Natalia, que no parece la misma que intentó clavarle un cuchillo. Está mucho más centrada y ha recuperado la cordura. Sin embargo, tampoco termina de fiarse de ella.

—Bueno, te dejamos descansar. Yo estaré en la casa principal leyendo. No tomes más medicamentos hasta que desayunes.

—Descuida. Estoy empezando a notar como el calmante me hace efecto. Es bastante fuerte. Si el dolor no me lo impide, dormiré un rato.

—Perfecto. Nos vemos luego —se despide Óliver, que camina hacia la puerta del bungaló.

—¿Os lleváis vosotros la llave de la habitación, como antes?

Natalia mete la mano en el bolsillo de su *short* y saca la llave de Villa Jimena. Se la muestra y le guiña un ojo.

—Tú no la vas a necesitar. La dejaré en la casa principal, para que no te tengas que levantar a abrirnos. Que descanses.

Alexis les dice adiós y busca de nuevo una postura en la que el dolor no sea tan fuerte. Es una quimera, aunque le está entrando sueño gracias a la pastilla que se ha tomado. Ni siquiera se ha fijado en el nombre del medicamento. Eva le dijo que aquello le ayudaría y, de hecho, se está cumpliendo. Cierra y abre los ojos en repetidas ocasiones, hasta que por fin se duerme.

—¿Alexis? ¿Estás despierto?

¿Quién es? ¿Está soñando otra vez? ¿Miren? ¿Jorge? Las medicinas le han afectado demasiado. Abre los ojos despacio, pero los vuelve a cerrar enseguida. Todo se vuelve oscuro. Nota que le falta el aire y que su cuerpo está débil. Muy débil.

Tanto que ni siquiera se da cuenta de que se va apagando poco a poco y de que jamás volverá a despertarse.

CAPÍTULO 49

Jorge y Miren

Martes, 16 de julio de 2019. Quinto día en el campamento

Acaban de despedir del campamento a Ibai Llanos, que les ha dado una lección de humildad y de capacidad para saber aprovechar las oportunidades cuando se presentan. El grupo ha quedado igual de encantado que con la visita de Judit Polgár. Godoy otra vez se ha ido muy feliz y les ha prometido más sorpresas para lo que queda de semana.

—Me casaría con Ibai mañana mismo —dice Miren, que está en su habitación con Jorge repasando la charla con el *influencer* .

—¿Tanto te ha gustado?

—Sí, no lo conocía personalmente y me ha fascinado. Me han venido muy bien sus palabras. Han sido inspiradoras. Ese chico tiene todo lo que se merece y no tengo dudas de que seguirá cosechando grandes éxitos en el futuro.

—Puedes ponerle su nombre a un personaje, como homenaje.

—¡Buena idea! ¡Eso haré!

La chica corre a por el portátil, entra en el archivo de Word de la nueva novela y reemplaza el nombre de Eneko por el de Ibai.

—Si te hace publicidad en sus redes sociales, venderás todavía más ejemplares que de *La casa de las muñecas rusas* .

—No lo hago por eso.

—Era una broma. Ya sé que el motivo es porque te ha gustado mucho conocerlo —indica Jorge al darse cuenta de que a Miren no le ha hecho gracia su comentario—. ¿Te apetece un café? Voy a preparar uno para mí.

—Vale, gracias.

Mientras Jorge sale del bungaló número 8 y se dirige hacia la casa principal, la chica lee en su portátil lo que escribió la noche anterior. No se salva ni una coma.

—Pero ¿qué es esto? —se pregunta en voz baja horrorizada —. De repente, ya no sé escribir.

Decepcionada, selecciona el capítulo entero y lo borra. Luego se levanta y camina por la habitación, frotándose la barbilla y con muchas ganas de gritar. Si le entrega algo así a la editorial, la echarán a patadas. Por no hablar de los *haters,* que la están esperando. Ya no solo la acusarán de plagio. También dirán que Miren Libano es una pseudoescritora que terminará sirviendo copas en un local de alterne, como ya le soltó un usuario en Twitter.

> Eres la peor escritora que conozco y me arrepiento con toda mi alma de haberme gastado dieciocho euros en tu libro, que encima me entero de que lo has plagiado. Terminarás poniendo chupitos de tequila en un bar de putas.

Ese tuit le hizo daño, a pesar de que el que lo escribió no daba la cara en su perfil. Es fácil hablar desde una cuenta sin identificarse con un nombre y una imagen personal.

—Hija, esto no puede continuar —le dijo su madre, que también había leído aquel comentario en la red social del pajarito azul.

—No pasa nada.

—Claro que pasa. Te están insultando y acusando de algo muy fuerte. Llevamos así varias semanas. ¿No podría intervenir tu editorial y aclarar el asunto?

—La editorial no va a intervenir. Ya se cansarán, mamá.

—No lo creo, Miren. El odio que genera Internet no se va nunca, solo cambia de víctima. Debes solucionarlo antes de que publiques la segunda novela.

—Será peor el remedio que la enfermedad.

Que su madre sufra por lo que le dicen en las redes sociales es lo que peor lleva. Pero sabe que es un precio que debe pagar por el éxito que está teniendo. Si esos imbéciles supieran que la cuenta de Wattpad en euskera de la que hablan era de ella…

La historia original la escribió cuando apenas tenía quince años. ¡Gilipollas!

Jorge regresa con una bandejita en la que lleva dos tazas, con sus respectivas cucharas, un pequeño recipiente lleno de leche y el azucarero. Le da un café y una cuchara a Miren, a la que ve muy preocupada.

—He borrado el capítulo entero que escribí ayer —le suelta la joven antes de que el cantante le pregunte—. Menudo fracaso.

—Seguro que terminarás escribiendo una obra de arte. ¿Sabes la de canciones que he empezado a componer y han acabado en el cubo de la basura?

—No sé si sirvo para esto.

—¡Por supuesto que sirves! ¡Ya lo has hecho una vez! ¡Y gracias a lo que has conseguido con tu novela estás aquí! Piensa que Godoy y su equipo te han elegido de entre todos los jóvenes menores de veintitrés años del país.

Los ánimos de Jorge, para su sorpresa, la estimulan. Tiene razón: está allí por lo que ha logrado ya. Solo tiene veinte años y su libro es un superventas y también le ha gustado a mucha gente. ¿Por qué siempre se le hace más caso al que te critica que al que te halaga?

—Gracias por animarme. Eres muy bueno.

—Para eso estamos. ¿Quieres que te ponga leche en el café?

Los dos pasan la tarde juntos. Se complementan bien y tienen bastantes cosas en común. Es cierto que Jorge es muy exagerado en sus gestos y a veces se comporta de una forma poco creíble. Y que a Miren, en ocasiones, le supera su pesimismo y su falta de confianza. Sin embargo, son capaces de abordar largo y tendido un sinfín de temas y respetar la opinión del otro.

En mitad de una conversación acerca de series de televisión que han visto durante ese 2019, llaman a la puerta del bungaló. La chica se levanta a abrir y se encuentra con Martín.

—Hola, ¿qué tal? —lo saluda la joven algo sorprendida.

—Bien. ¿Estás con Jorge?

—Sí, entra. Estábamos hablando de series.

—No, no os quiero molestar —dice el coordinador, que ve como el chico se asoma—. Jorge, cuando tengas un rato libre, pásate por mi bungaló, ¿vale?

—Tengo libre ahora. ¿Te viene bien?

Martín asiente y Jorge se despide de Miren con expresión de extrañeza. Los dos caminan hacia Villa Elisa. Todavía el sol está fuera y hace bastante calor en esa parte de los Pirineos.

—¿De qué quieres hablar?

—Necesito que me aclares una cosa.

—¿El qué? —pregunta el chico cada vez más intrigado.

—¿Por qué me has evitado estos dos últimos días?

Se ha dado cuenta. Pensaba que pasaría del tema y no lo ha hecho. Está en lo cierto: desde el domingo por la noche ha intentado cruzarse con él lo menos posible y, cuando han coincidido, lo ha ignorado. Ni siquiera le ha dirigido la palabra.

—Eso no es cierto, Martín —le responde mientras continúan avanzando por el camino de los bungalós hacia el número 11.

—Vamos, Jorge. No te hagas de rogar. ¿Qué te ha pasado conmigo?

Estar con otra persona y pasar de su culo. ¡Eso es lo que le ha pasado! Siempre se enamora de quien no debe. Son demasiados varapalos y no tiene ganas de otro tropiezo amoroso. Está todavía a tiempo de protegerse. Así que ojos que no ven, corazón que no siente. Aunque no le va a quedar más remedio que convivir con él mientras dure el campamento.

—Nada, de verdad. He estado muy liado con las charlas y conociendo más a mis compañeros. Aquí el tiempo transcurre muy lento, pero cuando llega la noche te das cuenta de que no has hecho todo lo que te gustaría.

—¿Estás componiendo?

—Un par de canciones de mierda con estribillo pegadizo.

—No hables así de tu música.

—Lo tengo asumido, no te preocupes.

—¿Por qué te infravaloras?

—No lo hago. Simplemente soy realista.

La pareja llega a la habitación del coordinador. Martín cierra la puerta y le pide a Jorge que se siente. Este opta por quedarse de pie y se cruza de brazos. Que note que su actitud es completamente a la defensiva. No va a permitir que lo seduzca con su blanca sonrisa ni sus fuertes brazos. Mucho menos con ese don de palabra que te enamora al mínimo descuido.

—Jorge, podemos hablar. De verdad. Si tienes algún tipo de problema conmigo, debes contármelo. Vamos a pasar aquí mucho tiempo juntos.

—Te repito que no tengo ningún problema contigo. El problema es solo mío.

—¿Y de qué se trata? ¿Cuál es ese problema?

El chico empieza a desesperarse. No le agrada que tire tanto del hilo porque sabe que, tarde o temprano, acabará por redimir y le contará que, si lo ha evitado esos dos días, ha sido para no caer rendido a sus pies. Tiene que improvisar.

—Soy alcohólico y llevo un par de días con un mono bastante grande. Ya está. Lo he dicho. ¿Contento?

—¿Y por eso me rehúyes? No te creo.

Jorge resopla y se sienta sobre la mesa. Mira por la ventana del bungaló e intenta no venirse abajo. ¿Es que no se va a dar por vencido?

—Ya sabía lo de tu adicción. Os hemos estudiado muy bien —continúa diciendo Martín, que no se ha inmutado por su revelación—. También sé que has estado yendo a reuniones y que lo has superado.

—No del todo. A veces me entran ganas de beber.

—Bueno, pero no lo haces. Te felicito por ello. No es fácil salir de un problema tan grande —le dice el coordinador sonriente mientras abre el cajón de la mesa y saca una cajetilla de Marlboro—. ¿Quieres un cigarrillo?

—¿Tú fumas?

—No, pero tú sí.

—Lo he dejado también.

—Me parece genial. Le has ganado años a tu vida.

—Mi mierda de vida, querrás decir. Ya ni fumo, ni bebo, ni…

El coordinador suelta una carcajada después de que Jorge no sea capaz de terminar la frase y se sonroje. ¿De qué se ríe ese idiota? ¿Es que no entiende las indirectas? ¿O es que acaso se está burlando de él? Chasquea la lengua y mira hacia otro lado.

—Venga, dime la verdad, ¿qué es lo que te ha pasado conmigo para que me estés evitando desde el domingo? ¿Es porque te gusto?

Jorge trata de que no se le note el asombro. No solo es guapo, sino también intuitivo, y tiene un pelín de chulería que le está empezando a volver loco. No tendría que haber entrado en aquel juego. Ni siquiera debería estar en esa habitación a solas con él.

—Eres un creído.

—Lo que no tengo son doce años. ¿Me ignoras para ponerme celoso, para que me fije más en ti o algo así?

—Te ignoro porque tienes pareja y ni siquiera sé si te gustan los tíos. Porque imagino que tú ya sabes que a mí sí. Como lo sabéis todo de nosotros… —responde Jorge molesto. El que piensa que tiene doce años es él. ¡Y ya ha cumplido los veintiuno!

—Yo no tengo pareja. Y sí, me gustan los tíos.

—Te gustan los tíos.

—Eso he dicho. ¿Alguna cosa más?

—¿Qué pasa con Gema? ¿No estáis liados?

—No. Ella creo que tiene novio, aunque no solemos hablar de nuestra vida privada ni de relaciones afectivas. A mí me dejaron el último día del año pasado. Estoy soltero desde entonces.

—¿Y por qué parece que sois pareja?

—No es cosa nuestra. Hemos pasado muchos meses juntos organizando este campamento, pero nunca hemos sido novios. Hace tiempo que descubrí que soy homosexual.

A Jorge le empieza a cambiar la cara. Se le ve más contento e incluso se vislumbra media sonrisa en su rostro. Sin embargo, Martín no ha dicho su última palabra.

—Pero también tengo que advertirte de algo: en estas tres semanas solo voy a estar centrado en el campamento. Nada más. Luego, ya veremos.

—¿Qué tratas de decirme con eso?

—Que no quiero líos aquí dentro. De ningún tipo. Solo voy a pensar en mi trabajo y en hacerlo lo mejor posible. Tú deberías plantearte lo mismo y no comportarte como un chaval de doce años. ¿De acuerdo?

El chico enarca las cejas y se levanta de la silla. Va hacia la puerta echando humo por las orejas. Pero antes de marcharse, responde a Martín:

—No, no estoy de acuerdo, capullo. Y no vuelvas a decirme que actúo como un crío, porque el único que no se acaba de comportar como un hombre has sido tú.

CAPÍTULO 50

Luis

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

—¿Quieres que te prepare una tostada?

—No, gracias. Solo me voy a tomar un café con leche. No tengo hambre.

—¿Y un cruasán?

—Luis, te he dicho que no tengo hambre.

Al chico no le gusta el tono de voz que usa Lucía con él, pero no le dice nada. Mete dos rebanadas de pan Bimbo en la tostadora y espera de pie a que se hagan. Bosteza; apenas ha dormido. Se quedó en la habitación de la *influencer* a pasar la noche, pero cada uno en un colchón diferente. Le tocó ir a por el suyo y llevarlo del bungaló número 9 al número 3. De momento se tiene que conformar con eso, a pesar de que tenía esperanzas de que ocurriera algo más y demostrarle al amor de su vida lo que ha aprendido en todas esas películas que ha visto de cine para adultos. Aunque en muchos sitios ha leído que el porno no es bueno ni tampoco refleja la realidad del sexo. En foros cristianos lo critican y lo consideran nocivo. Él no está muy seguro de que sea perjudicial. No lo ve nada malo, pero prefiere no hablarlo con nadie y que no se sepa que lo consume a menudo. De hecho, la mitad de los megas de su ordenador los tiene ocupados por vídeos descargados relacionados con una de sus grandes pasiones. ¿Sería eso a lo que se refería la lista con lo de «pecador»?

Aquel silencio le mata. Odia estar en el mismo sitio que ella y que no hablen. Por eso intenta darle tema de conversación de lo que sea. Está siendo uno de esos momentos incómodos.

—Oye, Lucía, ¿sabes algo de los demás? Es muy raro que nadie haya venido todavía.

—En realidad, es que somos muy poquitos ahora mismo. Si no contamos a Alexis, solo quedamos seis. Ya aparecerán.

—¿Te apetece hacer algo especial?

La chica le pone mala cara y ni siquiera le contesta. Eso le vale como respuesta. Hoy se ha levantado con el pie izquierdo. ¿Qué ha sido de la dulce y pizpireta muchacha que llegó al campamento? Desde que empezaron las muertes, todo ha cambiado. Aunque también es cierto que ha sido cuando más se ha acercado a él.

Luis desayuna despacio. Se come las dos tostadas con bastante lentitud. No habla nada con Lucía, que se ha puesto los auriculares y escucha música. Tiene el volumen muy alto y él también puede oír lo que suena en el reproductor. Es un tema que a ella le encanta. Cree que se llama *Se preparó,* de un tal Ozuna. Se lo enseñó ayer en la piscina.

—¿En serio nunca la has oído?

—No. Este estilo no me va mucho.

—¿No te gusta el reguetón?

—Bueno, prefiero otra clase de música.

Entonces Lucía se puso a tararear el estribillo de la canción. «Se preparó, se puso linda. Su amiga llamaba…» Se movía de tal manera y su voz sonaba tan sensual que su amor se multiplicó por diez. Sin embargo, se contenía para no mirarla más de tres segundos seguidos por miedo a lo que pudiera pensar. Debía tener cuidado para que los ojos no se le fueran a algunas partes concretas de su anatomía.

—¿Qué es eso? —le pregunta Lucía quitándose los auriculares. Señala hacia una cesta de mimbre que está en el centro de la mesa—. ¿Es la del cuarto de Alexis?

Luis se mete el último trozo de tostada en la boca y estira el brazo. Coge el objeto al que la chica se refiere y se lo muestra: es una llave dentro de un llavero marcado con el número cuatro.

—Sí. La habrán dejado aquí los otros.

—¿Y si le hacemos una visita a nuestro amigo?

—¿Para qué? ¿Has cambiado de parecer?

—No, para nada. Sigo creyendo que él es el responsable de las muertes de Miren y de Jorge y que planeó la de Vicky.

—¿Entonces? ¿No es mejor que nos olvidemos de…?

—¡Cállate, por favor! ¿Otra vez? ¡Últimamente me llevas la contraria en todo! —grita Lucía, que se pone de pie y le arrebata la llave—. Si no quieres venir, no vengas. Pero no me des más la lata.

La chica no espera a que Luis diga algo. Sale de la casa principal y lo deja confuso y dolido. Sin embargo, el chico no pierde el tiempo. Se lame las heridas haciendo de tripas corazón y va detrás de ella. Corre hasta que la alcanza.

—¿Por qué me hablas así? —le pregunta mientras caminan deprisa hacia el bungaló del *gamer* —. No te he hecho nada malo.

—Dudas todo el tiempo de mí y de mis ideas.

—No es verdad, Lucía.

—Sí, lo es. No te pido que me digas que sí a todo, pero tampoco quiero que cuestiones cada cosa que pienso. Estoy un poco harta.

—¿Estás harta de mí?

La *influencer* no le contesta. Sigue andando con paso firme y sin mirarle. Entonces Luis acelera y se coloca delante de ella impidiéndole que continúe.

—¿Qué haces ahora? ¡Apártate!

—No, hasta que aclaremos la situación.

—¿Qué situación, Luis? No hay nada que aclarar —responde Lucía cada vez más enfadada—. Te pido, por favor, que dejes de ser mi sombra. Y que, si tan enamorado estás, me apoyes sin esperar nada a cambio y sin llevarme la contraria en absolutamente todo lo que digo o hago. ¡No soy uno de tus fieles a los que les vendes la Biblia y a Dios como el motor que mueve el mundo! ¡Ni siquiera creo en Él!

El último grito de Lucía le hace todavía más daño, aunque no va a darse por vencido. Esa chica es lo mejor que le ha pasado en la vida y tiene que aguantar aquel mal momento. Pasará, terminarán juntos y se convertirán en una pareja sólida. Sí, eso sucederá. Pronto. Debe tener fe.

—¿Qué quieres que haga? Haré lo que haga falta, todo lo que me digas, pero no te enfades conmigo.

—No me agobies. Solo te pido eso.

—Muy bien. No volverá a suceder. Te lo juro.

Luis se aparta y se coloca de nuevo al lado de Lucía, que resopla y continúa caminando. No sabe muy bien qué hacer para no agobiarla. Nunca ha estado enamorado de una chica o, para ser exactos, de una chica con la que está conviviendo y que le ha dado esperanzas varias veces de que entre ellos puede pasar algo. ¿Qué la agobiará y qué no?

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dice cuando están frente al bungaló de Alexis.

—Ahora no. Vamos a entrar. Después me lo preguntas.

Luego no tendrá sentido. Él solo quería saber qué pensaba hacer en la habitación del *gamer* . Pero respeta su decisión. Nada de preguntas. En silencio, aguarda a que abra la puerta. ¿De esa forma se sentirá menos agobiada?

Lucía es la primera en entrar en el bungaló y se dirige directamente hasta la cama. Luis va detrás, casi pegado a ella. No entiende muy bien qué están haciendo allí, pero seguro que la chica tiene las ideas más claras.

—¡Ey! ¡Alexis! ¡Despierta! ¡Vamos! ¡Quiero hablar contigo! —dice la *influencer,* que alza la voz—. ¡Oye, tío! ¿Me estás oyendo? No te hagas el dormido.

Pero el *gamer* no se inmuta. La chica entonces se inclina sobre él y lo zarandea.

—¡Alexis! ¡Alexis! ¿Me escuchas? Ya vale con la bromita.

Algo va mal. El joven no se mueve. Luis aparta a Lucía con toda la delicadeza que puede y le toma el pulso.

—Está muerto —concluye al instante.

—¿Cómo va a estar muerto?

—Está muerto, Lucía. Su corazón se ha parado. Descansa en paz.

La chica es ahora la que aparta a Luis, aunque lo hace con brusquedad. Pone la cara en su pecho y después en su boca. No respira.

—¡Joder, Alexis! ¡No me hagas esto!

—Ya está con Dios. No podemos hacer nada más por él. Tenemos que avisar al resto.

Sin embargo, la *influencer* se arrodilla junto al cuerpo inerte de Alexis. A Luis no le gusta la escena. Lucía se ha puesto a llorar a lágrima viva y se maldice por no haberle creído cuando dijo que él no era el asesino del campamento.

—Vámonos, por favor. No es bueno para ti estar aquí.

—Vete tú, yo me quedo.

—No puedes quedarte.

—Él… él… no… joder.

Ni siquiera le salen las palabras. Luis lamenta lo que está pasando. Sufre por ella y al mismo tiempo le da rabia que llore de esa manera la muerte del tipo al que lanzó por el precipicio hace unas horas. Suspira e introduce la mano en su pantalón. Saca el crucifijo que lleva siempre encima y pide por el alma de Alexis García.

—¿Te vas a quedar aquí? —vuelve a preguntarle resignado.

—Sí —le responde escueta Lucía mientras le coge la mano al fallecido.

Luis no comprende nada. Hace cinco minutos odiaba al *gamer* con todas sus fuerzas y creía que él tenía que ver con el asesinato de sus compañeros. Ahora, en cambio, da la impresión de que se le ha muerto un familiar. ¿Estaba enamorada de ese chico?

A él, en cambio, no le da ninguna pena. Y, sobre todo, no se arrepiente de nada de lo que ha hecho en los últimos días. Ya no hay marcha atrás.

CAPÍTULO 51

Saúl

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Han transcurrido quince minutos desde que Luis llamó a la puerta y le contó que Alexis estaba muerto. No hacía mucho que Saúl había llegado a su bungaló. El saltador de pértiga ha pasado la noche en la habitación de Eva, aunque solo han dormido juntos. Lo que se intuía que podía terminar en algo más, de repente, se quedó en un masaje y en dos amigos tumbados en el mismo colchón durante varias horas.

La confusión llegó con el beso.

—¿No te ha gustado?

La pregunta de la chica le coge totalmente desprevenido. ¡Claro que le ha gustado! Ha sido un beso increíble. Lo estaba esperando desde hacía mucho y no le ha decepcionado. Pero se le ha tenido que ver en la cara que no lo ha encajado de la mejor forma.

—No es eso.

—Sara, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Lo suponía. No te preocupes.

—No quiero serle infiel. ¿Podemos solamente dormir juntos?

Eva sonríe y asiente con la cabeza. La joven actriz se recuesta sobre su pecho desnudo y cierra los ojos. Él le acaricia el cabello hasta que ella se duerme. Aquella historia no podrá ser, de momento. Sara se ha portado muy bien cuando más lo necesitaba y lo ha ayudado mucho como para traicionarla. Tendrá que hacer las cosas de otra manera. A pesar de que la chica con la que está compartiendo cama le

haya devuelto la ilusión y a su lado no piense en todo lo que ha sufrido durante los últimos meses.

—¿De qué ha muerto? —le pregunta Saúl a Óliver.

Todos se han reunido en el cuarto de Alexis. Lucía no para de llorar y de decir que es culpa suya. El resto lo lleva de manera diferente. Luis se ha sentado en la silla y mira por la ventana, como si solo él fuera capaz de ver algo en el camino de los bungalós. Natalia tiene los ojos hinchados de no dormir y no consigue pasar más de treinta segundos sin bostezar. Eva va con el mismo pijama con el que ha pasado la noche y con el que le dio ese beso a Saúl. Y Óliver analiza la escena del presunto crimen, aunque todavía no lo tiene demasiado claro.

—Es complicado saberlo. A lo mejor ha sido consecuencia de los traumatismos que sufrió después de la caída. La última vez que vinimos a verlo se quejaba mucho de las costillas.

—¿A qué hora fue eso?

—Eran algo más de las cinco —le responde Natalia a Saúl anticipándose a Óliver—. No creo que haya muerto por las lesiones de la caída. Creo que lo han asesinado, como a los otros tres. Uno de vosotros lo ha hecho.

Los cinco miran a la *influencer,* que esta vez no se altera cuando habla. Lanza la acusación al aire, responsabilizando a alguno de sus compañeros, sin el brío con el que suele comportarse. Se la ve muy cansada y con pocas fuerzas.

—Tú no eres sospechosa, ¿verdad? —le dice Luis, que sigue mirando por la ventana del bungaló.

—No. Yo sé que no he hecho nada. Dejé la llave del bungaló de Alexis en la casa principal. Ha sido uno de vosotros.

—Yo tampoco he hecho nada. He estado todo el tiempo en el cuarto de Lucía.

—Todo el tiempo no —interviene la aludida, que se pone de pie—. Saliste esta mañana muy pronto de mi habitación.

—Fui a mi bungaló a ducharme y a cambiarme de ropa. Apenas tardé veinte minutos —responde Luis, que ahora sí se

gira hacia sus compañeros—. No me creo que me estés acusando de la muerte de este chico.

—Yo no te acuso de nada.

—Es lo que has dado a entender. Que me fui de tu habitación para matar a Alexis. Es… es… muy triste.

Luis opta por no discutir más con Lucía y se marcha desconsolado de la habitación.

—Eva y yo también hemos dormido juntos. Ninguno de los dos ha salido del bungaló hasta esta mañana —comenta Saúl, que quiere dejar clara su inocencia.

La chica lo mira y hace una mueca con la boca, que el joven no consigue interpretar. Cuando coinciden sus miradas, ella la aparta enseguida.

—Yo he estado solo desde las seis más o menos, que me separé de Natalia y me fui a mi bungaló a dormir. Tampoco tengo coartada, solo mi palabra. En ella tenéis que confiar o no. Eso es cosa vuestra.

Saúl analiza la expresión en el rostro de Óliver. Según Alexis, él es el que está detrás de los asesinatos. Parece tranquilo, aunque no tanto como en días anteriores. Lo nota en su forma de hablar, algo más acelerada que de costumbre.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Eva.

—Yo me voy a dormir —responde Natalia después de bostezar una vez más—. Estoy harta de este campamento.

—Espera —le pide Saúl—. ¿Por qué no duermes en la casa principal? Puedes echarte en uno de los sofás.

—¿Para qué?

—Por seguridad. Solo quedamos seis. Deberíamos estar todos juntos en el mismo sitio hasta mañana, que tienen que volver Godoy y los trabajadores.

—¿Casi veinticuatro horas todos juntos? Tú estás mal de la cabeza. Terminaríamos matándonos entre nosotros de todas maneras —dice la *influencer* mientras abre la puerta—. Lo siento, chicos. No puedo más. Luego nos vemos para comer.

Si hay noticias nuevas, avisadme. Aunque no pienso abrirle a nadie.

A Saúl no le gusta la respuesta de Natalia, que sale del bungaló. Ni lo ha pensado.

—La idea es buena, pero la mayoría ya va por libre —indica Óliver dándole una palmadita en el hombro—. Vamos a ver cómo se nos da el domingo.

—Yo también me voy a descansar un rato a mi cuarto. Necesito estar sola —comenta Lucía, que se seca las lágrimas con un pañuelo que le ha dado Eva—. Esto ha sido por mi culpa y no sé si podré perdonármelo algún día.

—No seas tan dura contigo misma.

—Debo serlo, Eva. Alexis estaría vivo si yo no hubiera estado tan cegada por mis pensamientos.

La chica no quiere que nadie la acompañe a su habitación y se va cabizbaja. Los tres que se quedan en el cuarto de Alexis cubren el cuerpo con una sábana. El ambiente es desolador y apenas hablan. No tardan tampoco en marcharse de Villa Jimena para dirigirse juntos a la casa principal. Cuando están a punto de llegar, escuchan un ruido que no saben de dónde procede. Un helicóptero amarillo aparece sobre sus cabezas sobrevolando el cielo de los Pirineos. Los tres hacen gestos con las manos, saltan y gritan para llamar su atención, pero está demasiado lejos para que los oigan.

—Creo que es el mismo helicóptero del viernes —dice Saúl, que observa como el aparato se aleja rápidamente del campamento.

—Sí. Lo recuerdo —añade Eva, que estaba con el saltador de pértiga en el campo de tiro cuando voló por encima de ellos —. ¿Qué hará por aquí?

—No tengo ni idea —responde Óliver, que hace visera con la mano para que el sol no lo deslumbre—. Pero no nos han visto.

—O no han querido vernos.

—¿Tú crees que han preferido ignorarnos?

Saúl se encoge de hombros y entra en la casa. Sus dos compañeros van detrás de él. El mexicano se ofrece voluntario para preparar café, algo que agradecen los otros.

—¿Por qué antes has hecho eso? —pregunta el joven a Eva, una vez que se quedan solos en el sofá.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Primero, una mueca con la boca y luego me has apartado la mirada. ¿Te ha incomodado algo de lo que he dicho?

La chica se asegura de que Óliver no la puede oír desde la cocina. Se acerca hasta Saúl y habla en voz baja:

—Me ha extrañado que contaras que has pasado toda la noche en mi habitación.

—Es que ha sido así.

—No, Saúl. Sobre las seis y media me he despertado y no estabas en la cama.

—¡Ah! Eso. He ido a mi bungaló, al baño.

—¿Al tuyo? ¿Y por qué no has ido al mío?

—Estaba sudoroso por el calor. Me he echado desodorante, un poco de colonia y me he lavado la cara con agua fría. No he tardado más de diez minutos, me parece. Cuando he vuelto, estabas dormida.

—Soy de sueño fácil. Aunque me acuerdo perfectamente de mirar a la derecha y no verte. Luego, posiblemente, me he dormido otra vez.

—¿Piensas que en el tiempo que he estado fuera de tu cuarto he ido a asesinar a Alexis en lugar de ir a mi bungaló?

—No. No lo pienso. Simplemente, no me encajaba lo que has dicho.

De repente, la tensión se interpone entre los dos. Saúl se levanta del sofá y camina hasta donde se encuentra Óliver.

—Natalia tiene razón. Vamos a terminar matándonos entre nosotros. Como en uno de esos combates de *pressing catch* en el que luchan todos contra todos.

—Los veía en México cuando era pequeño. ¿El café lo quieres solo o con leche?

—Con leche —responde el atleta—. ¿Seguimos sin tener cobertura en el móvil?

—Todo igual. No hay forma de que funcione. Es desesperante.

—¿Estás muy preocupado por tu madre?

—Mucho. Pero no quiero pensar en eso ahora. Seguro que todo está bien.

—Se me ha ocurrido algo: ¿y si nos damos una vuelta por el bosque para ver si encontramos cobertura en alguna parte? No puedo creerme que no consigamos al menos una rayita en alguna zona. Toda la montaña no va a estar sin señal. Al menos, para que podamos realizar una llamada de emergencia.

—Me parece una buena idea.

—¿Dónde está el teléfono?

—Lo dejé cargando encima de la mesa en la que comemos. La batería estará ya llena. Lleva ahí unas cuantas horas.

Saúl asiente y va hacia donde Óliver le indica. Sin embargo, Eva lo llama y le pide que se acerque al sofá.

—¿Qué ocurre?

—No quiero que nos enfademos —dice ella con una sonrisa.

—No estoy enfadado. ¿Tú sí?

—No mucho —bromea sacando la lengua—. ¿Sabes una cosa? Tú también tienes un sueño muy profundo.

—¿Yo? ¡Qué va!

—Te aseguro que sí. Anoche no te enteraste de que…

La voz de Óliver interrumpe su conversación. El mexicano les habla desde la mesa, a la que ha llevado los cafés que acaba de preparar. Sostiene un cable en la mano y su tono transmite preocupación.

—Por casualidad, ¿alguno de vosotros ha cogido el celular? No está cargándose donde lo dejé. Alguien se lo ha llevado.

CAPÍTULO 52

Lucía

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Tiene miedo. Mucho miedo. ¿Quién está matando a la gente en ese campamento?

Lucía está tumbada en la cama temblando. Escucha música en el reproductor que la organización les regaló el primer día. ¡Cuántas cosas han cambiado desde entonces! Casi todas para mal.

Ni siquiera *Mi reina* de Henry Mendez la anima. Es su canción preferida y siempre se la pone cuando no se encuentra bien.

¿Y si ella es la próxima en morir?

Parece que está claro que uno de sus compañeros es un asesino. ¿Saúl? ¿Eva? ¿Óliver? ¿Natalia? ¿Luis?

Luis.

Ha pasado con él la mayoría del tiempo desde que comenzaron los crímenes. Incluso la última noche ha permitido que duerma en su bungaló. ¿Pudo matar a Alexis en los minutos en los que dice que fue a ducharse y a cambiarse de ropa?

También estaba en el campamento cuando asesinaron a Vicky. Era de los que no salieron a buscar a Gema a la montaña.

Antes Miren, envenenada. Después, Jorge. ¿Fue a la piscina de madrugada para terminar con su vida?

No puede ser. ¿Y si es Luis?

La chica abre los ojos como platos y salta de la cama. ¡Es hora de calmarse y de actuar! ¡De saber la verdad! Se guarda en el bolsillo un pequeño bote de espray de pimienta, que

normalmente lleva en el bolso por si la acosan por la calle, y sale de la habitación convencida.

Mientras camina hacia el bungaló de Luis, piensa en lo que desearía hacer cuando todo eso termine. Se acuerda de sus amigas, las que envidiaban que la hubiesen elegido para ese campamento y no a ellas. También de su familia y de sus seguidores, que tanto apoyo le dan en las redes sociales. ¿Qué dirían ellos si muere? ¿Sería *trending topic* en Twitter? ¿Sus *followers* llenarían de condolencias y comentarios bonitos su última foto en Instagram? Seguramente, los primeros días, su asesinato sería algo de lo que hablaría todo el mundo, pero poco después la gente se olvidaría de ella. Los ídolos del siglo XXI son efímeros. Un clavo saca a otro clavo, y un *influencer* sustituye a otro *influencer,* que pierde relevancia cuando el público encuentra a otro que lo reemplaza.

«Lo que llega deprisa se va igual de deprisa», le decía su sabia abuela, a la que tanto echa de menos.

No lo va a permitir. Ya derrotó a Alexis cuando pensaba que él era el responsable de los crímenes. Ahora tendrá que vencer a Luis o al que se le ponga por delante. ¡Nadie le impedirá volver a Nueva York o escuchar a sus amigas reírse de ella!

Si fuera él, la habría estado engañando todo ese tiempo. Lo veía como alguien incapaz de hacerle daño a nadie. ¿Y su Dios? ¿Qué pensará su Dios de lo que está haciendo?

Un montón de sentimientos se le acumulan cuando llega a Villa Ester. Va a llamar, pero primero toma aire. Respira hondo y a continuación toca a su puerta. No ha elegido las palabras que le va a soltar. Improvisará. Los segundos que pasan hasta que Luis le abre son eternos. El gas pimienta está listo en su bolsillo, por si lo necesita.

—Hola, qué agradable sorpresa. No te esperaba —la saluda el chico con el tono de voz más ridículo que ha escuchado en su vida. Su sonrisa de bienvenida es la de una persona completamente abatida.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro. Aunque la habitación está un poco desordenada.

Luis se ha quedado corto. Por allí parece que ha pasado un huracán. La ropa se amontona en la silla y sobre la mesa. La cama está deshecha y las sábanas tiradas por el suelo. La lámparase ha caído y parece roto y su maleta se encuentra abierta en medio del bungaló.

—¿Qué ha sucedido aquí?

—Nada importante. ¿Quieres sentarte?

—No. Solo he venido para preguntarte algo.

El chico esboza una sonrisa tétrica y de pronto se lo encuentra mirándole el escote sin ningún rubor. Lucía se da cuenta, pero prefiere no recriminárselo por ahora. Ha ido para aclarar las cosas. ¡Y quiere que le diga la verdad!

—Primero, respóndeme tú a una duda que tengo —dice Luis, que levanta la mirada y se cruza con la de ella—. ¿Vas a contestar a mi pregunta?

—Sí, dime. ¿Qué quieres saber?

—¿Estabas enamorada de él? ¿Querías al gilipollas de Alexis?

—No hables así de un muerto. ¿No te dice tu Dios que hay que respetar a los que ya no están?

—Mi Dios dice muchas cosas que luego sus seguidores no cumplimos. Para eso están las oraciones que rezamos. Él me perdonará haga lo que haga.

—Eso es si estás arrepentido.

—Claro, claro. El arrepentimiento es fundamental.

Otra vez esa sonrisa fantasmal que le hiela la sangre. El chico se ajusta las gafas y se agacha a coger el flexo. Lo pone encima de la cama y resopla.

—No me has contestado, bonita Lucía. ¿Lo amabas?

—¿Qué importa ya eso?

—Para mí todo es importante, querida. Todo lo que se refiere a ti me importa.

—Sí, me gustaba —contesta la *influencer,* a la que le cuesta hablar por la emoción—. No me dio tiempo a enamorarme de él. Solo han pasado diez días desde que iniciamos el campamento. Ya te dije que prefería tomármelo con tranquilidad. El amor es algo que tarda en crecer.

—Yo me enamoré de ti en el momento en que subimos al autobús y te vi —dice Luis, que se pone y se quita las gafas cada pocos segundos. Su comportamiento desconcierta aún más a Lucía—. Entonces lo preferías a él y me has hecho creer que el que te gustaba era yo, ¿no? He sido tu juguetito. Te has aprovechado de mí, ¿verdad?

La chica no sabe qué responder a eso. Se queda callada, palpando en su bolsillo el pequeño bote de espray de pimienta. No tiene muy claro cómo va a reaccionar Luis. Si es el asesino, puede abalanzarse sobre ella en cualquier instante.

—Yo lo maté —suelta de repente Luis sonriente—. Era eso lo que querías saber, ¿me equivoco?

—¿Fuiste tú?

—Sí. Lo asfixié con mis propias manos. Como tú me dijiste, era él o nosotros.

—¿Tú eres el asesino?

—Eso parece, amor.

Lucía retrocede y está tentada de echarle la pimienta en los ojos y salir corriendo. Pero necesita saber toda la verdad.

—¿Lo hiciste por mí?

—Por ti, por mí. ¿Qué más da? Él está muerto y ya descansa en paz. Creo que en el fondo me lo agradeció porque estaba muy malherido —asegura Luis mientras de la maleta saca un abrecartas—. No hubiera sobrevivido mucho tiempo. ¿Recuerdas quién lo lanzó por el acantilado?

La chica empieza a llorar, pero se dice que debe ser fuerte. Tiene que sobreponerse rápidamente, aunque las palabras de Luis le hagan daño.

—Lo matamos entre los dos y ahora te toca a ti poner fin a mi vida.

—¿Qué estás diciendo?

—Toma. Me lo regalaron en Roma. Tiene el escudo cardenalicio del Vaticano. Sírvete tú misma. Estoy preparado.

El joven le entrega el abrecartas a Lucía y deja las gafas encima de la cama. Se arrodilla delante de ella y le pide que se lo clave en el pecho.

—¿Cómo voy a…? ¡No!

—¡Hazlo! ¡Acaba conmigo también!

—¡No voy a hacerlo!

—Lucía, no me quieres. Y yo no tengo ganas de regresar a mi casa después de lo que ha pasado aquí.

—Ese es tu problema. No me…

—¿Mi problema? ¡Cómo tienes los santos ovarios de decir que es mi problema! ¡Tú me has dado esperanzas de que tuviéramos una relación! ¡Dejaste que te abrazara! ¡Dejaste que te besara! ¡Y querías a otro! ¡Solo me utilizaste!

Las lágrimas de Luis inundan su cara. Está completamente fuera de sí. Lucía lo observa aterrada, pero no puede cumplir con lo que le pide.

—No voy a clavarte eso. No soy una asesina.

—Es tu obligación. ¡Esto está pasando por tu culpa! ¡Mátame!

—¡No! ¡No lo haré!

—Entonces lo haré yo.

Luis se incorpora y le arrebata el abrecartas a Lucía. La chica no adivina lo que va a suceder. Instintivamente, saca el espray de pimienta y rocía los ojos del joven. Este empieza a gritar como si estuviese poseído y cae encima de la cama soltando alaridos de dolor.

Llaman a la puerta y Lucía se apresura a abrir, mientras el joven no deja de chillar. El que aparece es Saúl, que lleva la escopeta en las manos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué han sido esos gritos?

—Él es el asesino —dice la chica llorando—. Me lo ha reconocido.

—¡Mis ojos! —repite Luis una vez tras otra mientras se revuelca en la cama.

Saúl se acerca hasta él apuntándole con la escopeta. La escena se vuelve dantesca en cuestión de segundos. Aturdido, Luis consigue abrir el ojo derecho y se da cuenta de que el atleta está encañonándole con el arma. La imagen es borrosa, pero suficiente para ser consciente de lo que está viendo. Se siente amenazado y, en su intento por defenderse, se lanza con el abrecartas en la mano contra Saúl, al que consigue clavarle la hoja afilada en un brazo. El grito del saltador de pértiga coincide con el ruido del disparo. Luis cae al suelo con un balazo en el pecho.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —exclama Saúl, que se arranca el abrecartas del brazo. Suelta otro chillido desgarrador y después mira a Luis, que está tumbado en el suelo de la habitación.

Lucía corre hacia él y se agacha a su lado.

—¡Dios mío, Luis!

—Me muero.

—¡No! ¡No te vas a morir!

—Sí —dice el joven, que dibuja una última sonrisa—. Es lo que quería… de… verdad. Sin ti, mejor… muerto.

—¡Luis! ¡Por favor! ¡Aguanta!

—Reza… por mí. Dios, perdóname.

La chica intenta buscar el lugar exacto del que sale la sangre, que brota de su pecho a borbotones. Trata de tapar la hemorragia con las manos, pero es inútil. No hay solución. Es cuestión de unos segundos más. Luis muere en su bungaló. Es la sexta víctima que se cobra el campamento, el quinto miembro de aquel grupo de élite que había elegido el millonario Fernando Godoy. Aunque antes de cerrar los ojos para siempre, el joven le susurra algo a Lucía que ya no podrá quitarse de la cabeza:

—Te… mentí. Yo… no… no asesiné a Ale… Alexis, ni… a nadie.

CAPÍTULO 53

Gema

Martes, 12 de marzo de 2019. Cuatro meses antes del campamento

Dentro de dos horas y media tendrán que presentarle a Godoy la lista con los cien candidatos que han elegido para formar parte del campamento. De esos elegirán a diez, que el doce de julio irán a los Pirineos.

—¿Estás nervioso? —le pregunta Gema a Martín, que anota un nombre más en el folio que usa como último borrador.

—Un poco. Después de tanto tiempo analizando a estos chicos, por fin vamos a mostrárselos al jefe. Los conozco como si fueran mis hijos.

—No sabía que quisieras tener hijos.

—Y no quiero. Pero estos chavales ya son casi de mi familia.

La chica sonríe. Le pasa lo mismo. Desde que Godoy la introdujo en aquel proyecto, prácticamente todo ha girado en torno a esos jóvenes.

—He hecho un cambio de última hora.

—¿De verdad? ¿A falta de dos horas y veintitrés minutos para entregar la lista?

—Sí. He metido finalmente a Saúl Márquez.

—¿El saltador de altura que mató a aquel hombre?

—Oficialmente, no fue él. Fue su entrenador. Y de manera involuntaria —le corrige Gema—. Tiene mucho potencial. Se expresa muy bien en televisión, cuenta con muchos seguidores en las redes sociales y puede convertirse en uno de los líderes de su generación. Ayer le escribieron en Instagram Iker Casillas y Marc Márquez para felicitarlo por sus logros.

—Y también mató a un tipo que intentó atracarle.

La joven resopla y se pone de pie. Mira fijamente a Martín y piensa en lo guapo que es y en lo poco que ya le interesa. Jamás hablaron del polvo de Nochevieja ni tampoco lo repitieron. Su cabeza hace semanas que está en otra parte. Y la de él le parece que también.

—Tú y yo sabemos que fue él —insiste Martín—. Los mensajes de WhatsApp eran muy claros. No hay dudas respecto a quién fue el autor de la agresión.

—Pero esa información solo la tenemos nosotros, míster Troyano. Nadie ha querido investigar la verdad. Ni policía ni abogados. Ni siquiera el juez. Todos han dado por válida la versión que dieron él, su entrenador y su novia.

—Pobre entrenador. Se ha visto obligado a pagar por lo que ha hecho su pupilo para no estropear su carrera.

—Él ha decidido sacrificarse.

—Es una víctima en esta historia, como el atracador.

—¿El atracador? Él tuvo gran parte de la culpa. ¿Quién le mandó amenazarlos con un cuchillo para robarles?

—Gema, Saúl mide uno noventa y está en plena forma. Lo desarmó y luego lo pateó sin piedad. Yo no digo que se dejara robar, pero su actuación para defenderse fue desproporcionada.

—Ya sabemos que su novia es psicóloga y está trabajando con él su agresividad. Por otra parte, Godoy nos pidió sujetos que no fueran perfectos. Gente que pudiera generar conflictos y que tuviera algún episodio complicado en su vida. Saúl encaja en todos los condicionantes que nos han exigido para elegir a los candidatos.

—Si yo no te digo que no me guste. Además, eres libre de añadirlo a tu lista de cincuenta. Yo no lo tengo en la mía.

A Martín no le atrae demasiado la idea de incluir al saltador de pértiga como candidato, pero a ella le seduce. Apunta su nombre en el borrador y da por cerrada su lista de cincuenta.

—Voy a ir a por una hamburguesa al restaurante de abajo. ¿Te apetece algo? —le dice el chico, que se levanta de la mesa

del despacho que comparten desde septiembre—. Invito yo para celebrar que hemos acabado con la primera parte de esta historia. Cuando acabemos la segunda, te tocará a ti.

—Vale. Pídeme una como la tuya, pero sin pepinillos.

—¿Coca-Cola *light* ?

—Por supuesto. Gracias.

Martín chasquea los dedos, coge el abrigo del perchero y se marcha. Gema se sienta de nuevo y repasa las anotaciones que tiene hechas sobre sus cincuenta. Se lo sabe todo de memoria. En ese despacho, en su habitación, en la cocina de su casa… hay folios y más folios con documentación acerca de los jóvenes que ha elegido y de muchos que ha ido descartando. Ha leído cada perfil mil veces; aun así, todavía tiene dudas sobre quiénes serán los que vayan finalmente al campamento.

Su móvil suena mientras lee el dosier dedicado a una cocinera que se ha hecho muy conocida por salir en un programa de televisión. Mira la pantalla y sonríe cuando descubre quién la llama. No tiene apuntado el número, pero se lo aprendió en cuanto se lo dio.

—Hola. ¿Muy liada?

—Mucho. Ya sabes que hoy es el gran día.

—¿Habéis visto al viejo?

—No, dentro de un rato. A ver si nos da tiempo a comer algo primero —dice Gema, a la que le encanta oír su voz—. ¿Tú qué haces?

—Nada. Viendo un vídeo sobre extraterrestres.

—¿Te va a contratar Iker Jiménez?

—¡Ojalá! Pero no. ¿Tienes ya a tus cincuenta candidatos?

—Sí. Acabo de incluir a alguien que… a lo mejor conoces.

—¿Es guapo?

—Bastante.

—¿Te lo tirarías?

Gema juguetea con el lápiz que tiene en la mano y sonríe. Él no lo sabe, pero le han entrado unas ganas inmensas de…

—¡Ya estoy aquí! ¡Telehamburguesa a domicilio!

Martín abre como puede la puerta del despacho, cargado con dos bolsas de papel llenas hasta arriba. La chica se despide rápidamente de quien ya podría considerarse su pareja formal, aunque no le gustan las etiquetas. Cuelga y suelta el móvil encima de la mesa.

—Aquí tienes, sin pepinillos. Y una Coca-Cola *light* .

La pareja come, aunque no se olvida del trabajo. Comentan algunos perfiles que ambos han dejado fuera y los motivos por los que los han excluido. También ponen en común algunos otros y comparan las listas. La tarea que han llevado a cabo en los últimos cinco meses y medio está a punto de concluir en su primera parte.

—Listo. ¡Qué emoción!

—¡Mucha! No me lo creo. ¡Hemos terminado!

—¿Llamamos a Godoy? Si no está muy ocupado, a lo mejor puede atendernos un poco antes de lo previsto —propone Martín.

—Eres un impaciente.

—Tanto como tú. Llámalo, venga.

El millonario coge el teléfono enseguida y le dice a Gema que los verá en diez minutos en ese despacho que les asignó en septiembre. Es una habitación amplia, acristalada y con vistas a la Castellana. Cuenta con dos mesas grandes para trabajar y un sofá de tres plazas, junto a una mesita de madera. También dispone de un gran archivador que se ha ido llenando de dosieres durante esos meses. No hay muchos adornos: un par de cuadros en blanco y negro y una planta de plástico en una maceta al lado de la puerta. Un sitio increíble que ni siquiera podía imaginar en sus sueños antes de septiembre.

Fernando Godoy aparece con su habitual coleta canosa perfectamente cogida y un traje azul clarito. Se sienta en el

sofá y felicita a los dos chicos por el trabajo que han realizado. Estos se lo agradecen y van directos al grano:

—Vamos a ir nombrándote a los candidatos uno por uno, alternativamente. Te leeremos los perfiles que hemos elaborado, con sus virtudes y defectos, y la razón por la que los hemos seleccionado —dice Gema, que está nerviosa.

—Si hay alguno que no te encaje o que pienses que no debe estar, dínoslo. Al fin y al cabo, es tu proyecto y todavía estamos a tiempo de rectificar.

—Aceptaré el cien por cien de vuestras opciones. Me fío de vosotros. ¿Quién empieza?

Martín cede el inicio a Gema, que habla de una famosa cantante que acaba de cumplir los diecinueve años. Luego, es el turno del joven, que explica por qué ha elegido a un destacado *youtuber* . Así están durante las siguientes dos horas. No presentan a sus favoritos primero, sino que van por orden alfabético, como les pidió Godoy. El magnate todavía no quiere hacerse una idea definitiva de quiénes tienen en mente sus dos coordinadores para formar parte de la lista final.

—Me ha parecido fascinante. El trabajo que habéis hecho es extraordinario, chicos —dice Fernando una vez que Martín anuncia al último candidato—. De verdad, espectacular.

—Nos alegramos de que te haya gustado. Llevamos mucho tiempo dedicándonos solo a esto.

—Lo sé, Gema. Y lo valoro de verdad. Una labor impecable. De nuevo, felicidades.

Los chicos se miran y se sonríen, luego se dan la mano y suspiran prácticamente a la vez. Godoy se da cuenta del gesto de complicidad entre ellos y también esboza una sonrisa. A continuación, se pone de pie y se apoya sobre la mesa en la que trabaja Gema. Tiene algo más que decirles.

—Quiero explicaros rápidamente cómo funcionará el campamento. Hasta ahora solo sabéis que diez de los jóvenes de esa lista de cien pasarán tres semanas en un lugar idílico en los Pirineos, con todo tipo de comodidades y una formación de élite. El suculento botín será introducirlo en mi equipo y, en un

futuro cercano, relevarme de mis funciones cuando me jubile. Aunque eso no se lo contaremos a ninguno hasta que formen parte del proyecto. No quiero que nadie acepte unirse por ese motivo.

—¿No vamos a decirles el premio al que aspiran?

—No, Gema. La invitación que les enviaremos dará algunos detalles de la experiencia, como el dinero que se embolsarán en dietas, pero no mencionaremos la gran recompensa.

—¿Y si después el ganador final la rechaza? —pregunta Martín.

—Estará a tiempo de marcharse cuando quiera. Sería absurdo permanecer en un lugar del que no vas a sacar rentabilidad. De todas maneras, aunque todo estará perfectamente planificado, iremos improvisando algunas cuestiones conforme vayan sucediendo.

Gema y Martín asienten y continúan escuchando con atención a su jefe:

—Esto es muy importante —dice Godoy, que se pone más serio—. El campamento constará de tres fases. La primera la he denominado «fase del entusiasmo». Será desde el viernes doce de julio, cuando lleguen, hasta el siguiente viernes diecinueve.

—¿En qué consistirá? —pregunta la joven, que se muere de la curiosidad.

—En darles a los chicos justo lo que creen que van a tener durante esas tres semanas. Se conocerán, disfrutarán de las instalaciones, irá a visitarlos gente muy importante y pensarán que están viviendo una especie de vacaciones pagadas en el mejor sitio del mundo. Seguro que hasta se formará alguna parejita.

—¿Y no será así todo el tiempo?

—No. Solo la primera semana —le responde rápidamente Godoy a Gema—. Un negocio como el que yo llevo está lleno de problemas. Hay muchos más momentos complicados que de felicidad. Quiero que la persona que elijamos sepa moverse en terrenos pantanosos. Que supere conflictos y no se

derrumbe ante las adversidades. Desde ese segundo viernes hasta el final del campamento vivirán la «fase de las confrontaciones». Ellos serán sus propios enemigos. Y, por supuesto, los de sus compañeros.

—¿Los vas a enfrentar entre ellos?

—Exactamente. Los pondremos nerviosos de varias formas. Se me han ido ocurriendo cosas. Haremos una lista que se encontrarán «casualmente» en la que se los acusará de algo importante que hayan hecho en el pasado. Desapareceremos el segundo viernes de convivencia y los dejaremos solos unos días. Provocaremos discusiones. Los haremos dudar. Incluso puede que mande un helicóptero que sobrevuele la zona para despistarlos.

—Por lo que cuentas, quieres volverlos locos.

—No es eso, Gemita. Lo que deseo es al mejor para el puesto. No voy a regalarle a cualquier niñato mi trabajo de tantos años. Confrontarlos, hacerles pensar y sacar lo mejor y lo peor de cada uno será la mejor manera de saber si están preparados o no para enfrentarse a mi realidad. Esto no es solo dinero y fama. Es muy duro. En ocasiones, insufrible.

—Pobrecillos —dice Martín, al que se le escapa una sonrisa pícara—. ¿Y la tercera fase?

—De esa ya os hablaré más adelante. Se desarrollará y estará presente a lo largo de las tres semanas que dure el campamento. La he llamado «fase de la eliminación». Y es que no todos nuestros muchachos acabarán la experiencia en los Pirineos.

CAPÍTULO 54

Natalia

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Los cinco están detrás de los bungalós, en la zona en la que se encuentra la piscina, aunque ninguno parece con ánimo para bañarse. Ha sido Eva la que ha propuesto que se juntaran allí y tomaran un poco de aire. Hoy no hace tanto calor como en los días pasados y vuelve a amenazar lluvia. Ese es el clima que la mayoría imaginó que sería habitual cuando recibieron la invitación para asistir a ese campamento en los Pirineos.

—No sé qué decir —comenta Saúl, que se ha pasado un rato llorando. Además, todavía le duele el brazo que Luis le ha herido—. Se me echó encima con ese cuchillo y apreté el gatillo de la escopeta sin pensarlo.

—Era un abrecartas que le regalaron en el Vaticano —le contradice Lucía, que también parece completamente abatida —. Solo era un puto abrecartas.

—Yo solo vi que Luis tenía algo afilado en la mano que me quería clavar. Simplemente me defendí.

—Pegándole un tiro.

—¿Y qué querías que hiciera? Fui a ayudarte, Lucía. Si estaba en el bungaló de Luis armado con la escopeta fue porque os escuché gritar. Pensaba que quería hacerte daño. ¡Mira cómo me ha dejado el brazo!

La *influencer* prefiere no seguir discutiendo. Insulta a Saúl en voz baja y se gira hacia otro lado. El saltador de pértiga no ha necesitado puntos, pero ha estado sangrando bastante tiempo. Eva ha sido la que se lo ha curado y después lo ha cubierto con una venda.

—Menudo cuadro nos ha quedado —dice Natalia, que continúa bostezando. Apenas ha podido dormir diez minutos

seguidos—. Estamos la mitad del grupo que empezó esta historia hace diez días. Esto es increíble.

—Yo tampoco me lo puedo creer —añade Eva negando con la cabeza—. Tengo náuseas y no dejo de ver la imagen de nuestros compañeros muertos cuando cierro los ojos. Es terrible.

Óliver entonces se levanta de la tumbona en la que se ha sentado y se dirige al resto. Tampoco él tiene buena cara.

—Sé que es un momento muy difícil y que este campamento se ha convertido en una especie de apocalipsis, pero tengo que preguntaros algo. ¿Alguno de vosotros ha cogido mi celular?

—¿Qué? ¿Ha desaparecido?

—Sí, Natalia. Lo dejé anoche cargándose en la casa principal y cuando he ido a desayunar esta mañana ya no estaba. ¿Alguien lo tiene?

Todos responden negativamente. Óliver los mira uno por uno, pero nadie cambia su respuesta.

—¿No puede ser que te lo hayas dejado en otra parte? —pregunta Eva.

—No. Estoy segurísimo de que lo dejé cargando en la casa principal.

—¿Y si lo cogió Luis?

Lucía enseguida se da la vuelta y mira a Saúl repleta de odio. Va a responderle, pero Óliver se le adelanta.

—En su habitación no estaba. Lo he comprobado antes.

—¿Entonces? ¿Alguien te lo ha robado?

—No lo sé, Eva. Por eso os lo he preguntado. Si alguien lo ha cogido, por el motivo que sea, está a tiempo de devolvérmelo. Quiero seguir buscando cobertura. Necesito llamar a mi mamá.

Ninguno de los cuatro admite haberse llevado el móvil. Óliver espera unos segundos más y finalmente se da por vencido. Se sienta otra vez y no vuelve a sacar el tema.

—¿Habéis pensado qué haremos si mañana no aparece Godoy con sus trabajadores? —pregunta Natalia preocupada.

—Prefiero ni pensarlo —responde Eva—. Es lunes, tiene que venir.

—También Gema debería estar aquí y no haber seis muertos en los bungalós.

Las últimas palabras de Natalia provocan un escalofrío a más de uno.

—Joder. Esto es inaguantable. Tengo mucho miedo. No puedo más —dice Lucía, que se aleja del grupo y empieza a caminar frenética alrededor de la piscina.

—¡Lucía! ¡Cálmate! —le grita Óliver—. ¡Ven acá! ¡No mames, güey!

Pero la *influencer* no atiende a la petición del mexicano. Se temen que acabe cayendo y se golpee la cabeza con el bordillo o algo por el estilo. Natalia es la que se levanta y va a por ella.

—Ten cuidado, Lucy. Estás muy cerca del borde. No me apetece tener que tirarme a por ti y darme un chapuzón. Vamos a sentarnos con los otros.

—Esto es una puta locura. No doy más de mí. ¡Seis personas han muerto! ¡Seis!

—Lo sé, cariño. Lo sé. Yo estoy igual que tú. Aún me duele en el alma lo de Vicky.

—Uno de ellos la ha asesinado. Uno de esos tres —dice Lucía mirando hacia las tumbonas—. A ella, a Miren, a Jorge… y a Alexis. Luis me dijo que no fue él antes de morir. No es el culpable.

—¿De verdad? ¿Qué te contó?

—Nada más. Casi no podía hablar. Murió a los pocos segundos de recibir el disparo. Pero él no lo hizo. Estoy segura de que el responsable es uno de ellos.

Natalia observa a sus tres compañeros, que también la miran a ella. Óliver parece el más inteligente y frío. Está acostumbrado a tratar con crímenes y les ocultó lo del

teléfono. Saúl es agresivo y pierde los papeles con demasiada facilidad. Además, le ha disparado a Luis a bocajarro. Y, finalmente, Eva, que algunas veces parece que no está. Se ha dado cuenta de que lo analiza todo y nunca da un paso en falso. Cualquiera de los tres podría ser el asesino del campamento.

—Tengo mucho miedo, Natalia. Creo que yo seré la siguiente.

—No digas eso. No vas a ser la siguiente.

—Es que lo presiento. Voy a morir. Yo seré la próxima víctima.

Natalia comprueba que su amiga está temblando y que empieza a sollozar muy nerviosa. Le pide que se calme y le da un abrazo.

—No te pasará nada. Ya lo verás. Mañana vendrán a por nosotros y escaparemos de este puto sitio. Confía en mí.

—Si el asesino quiere, me matará. No podemos evitarlo.

—Tú y yo estamos vivas. ¿Quién te dice que no lo ha intentado ya y no ha podido hacerlo? Somos unas guerreras. Sobrevivimos, Lucy. Y será así hasta que salgamos del campamento.

—Yo quiero ir a Nueva York.

—Iremos juntas. Ganaremos un montón de pasta con nuestra ropa y nos convertiremos en las *influencers* más importantes del mundo. ¡Ya lo verás!

Natalia consigue que Lucía sonría, aunque no por mucho tiempo. Su expresión y el temblor de su cuerpo refleja el pánico que está sintiendo en esos momentos. Hasta le castañean los dientes.

—¿Y si nos vamos? Nos alejamos del campamento todo el domingo y regresamos mañana.

—Es muy peligroso. Además, creo que lloverá y será todavía más difícil estar en el bosque.

—Podríamos buscar el refugio que encontraron Eva y Saúl.

—No tengo mucha fe en que demos con él. Es más probable que nos crucemos con un oso o un jabalí por el camino —indica Natalia, que se acuerda de la cara que puso Vicky cuando se toparon con la mamá osa y su pequeño—. Es mejor esperar aquí y estar atentas. Quédate a mi lado todo el tiempo y no podrán con las dos.

—¿Y si nos envenenan? El asesino parece que tiene múltiples recursos.

—No comas ni bebas nada de lo que te den.

Lucía asiente, aunque sigue temblorosa y aturdida. Natalia le aparta el pelo de la cara y vuelve a abrazarla. Es curioso que por ella no haya tenido ningún tipo de atracción sexual. Es una chica muy guapa, con un bonito cuerpo y viste de manera sensual. ¿Por qué la única que le llamó la atención del grupo fue Vicky?

—¿Y Gema? ¿Dónde estará?

—No lo sé. Ni sé si quiero saberlo —responde Natalia, que agarra con fuerza de la mano a Lucía y la guía de nuevo hacia las tumbonas, donde sus compañeros no han dejado de observarlas—. No les digas a estos que piensas que uno de ellos es el asesino. Tenemos que ser precavidas.

—No te preocupes.

—Si es cierto, nos enteraremos. Estaré muy pendiente de sus movimientos. Pero, mientras, debemos reservarnos opiniones de ese tipo.

El regreso de las *influencers* es acogido con respeto y silencio por parte de los otros tres. Eva se acerca a Lucía y también le da un abrazo. Natalia no se sienta junto al resto. Mira al cielo y ve que las nubes están empezando a ponerse muy negras. No cree que tarde en llover.

—¿A qué hora vamos a comer? —les pregunta a sus compañeros.

—¿Tienes hambre?

—Yo siempre tengo hambre, Óliver. También me apetece fumarme un porro para relajarme, pero eso sé que es más

difícil —dice Natalia, que sonríe—. Nada, es broma. Creo que lo voy a dejar.

—Harías bien. La marihuana mata neuronas —comenta el mexicano.

—No sé si me quedan algunas sanas. Posiblemente, la última neurona se me fue cuando me lie con Vicky. Joder, cuánto la echo de menos, y eso que hasta hace nada casi ni sabía cómo era su voz.

—Esto es muy intenso. Entiendo perfectamente que eches en falta a una persona que has conocido hace tan poco tiempo.

Lo que dice Eva no puede ser más cierto, aunque resulte incomprensible. Solo es el décimo día de campamento y con Vicky apenas tuvo trato hasta hace poco.

—Voy a mi habitación y os veo luego en la casa principal para comer. No es que quiera escaquearme de hacer la comida. Se trata más bien de un tema personal… Lo iba a decir en plan fino, pero la realidad es que me estoy meando. Y, ya de camino, aprovecharé y me masturbaré para ahogar las penas y liberar la tensión. ¡Chicas, os lo recomiendo!

Todos se quedan pasmados cuando escuchan a Natalia, que suelta una carcajada y sale corriendo. Atrás, oye como también Lucía se ríe. Aunque la situación es dramática y las cosas no están para demasiadas risas.

Entra en Villa Teresa y va al baño. Después se sienta en la cama y busca algo debajo de las sábanas. Siente no haber contado la verdad, pero ya no se fía de nadie.

—Bueno, pequeño. Vamos a ver si consigo hacerte funcionar.

Se pone el chubasquero para la lluvia y se guarda el teléfono de Óliver en el bolsillo. Sale de la habitación con la esperanza de encontrar algún lugar en el que aparezcan las rayitas de la cobertura. Debe darse prisa, porque otra gran tormenta se avecina en esa zona de los Pirineos.

CAPÍTULO 55

Óliver

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Mira por una de las ventanas de la casa principal y contempla cómo caen las primeras gotas de lluvia. Óliver va hasta la mesa en la que dejó el móvil cargando y se pregunta quién de ellos lo habrá cogido. No va a señalar a nadie, pero seguro que uno de sus compañeros tiene el teléfono. Debe hacer una llamada urgentemente, pero lo que menos necesitan ahora es más tensión. Después de la muerte de Luis, se ha instalado en el grupo una atmósfera rara, viciada. Tal vez porque en esta ocasión sí saben quién es el que ha disparado el arma que ha acabado con la vida de aquel joven.

—¿Dónde se habrá metido Natalia? —pregunta Lucía, que está sentada en un sillón, también con los ojos puestos en la incipiente lluvia.

—Ya lo dijo ella misma —le responde el mexicano medio sonriendo—. Esa chava no tiene filtro.

—Pero ha pasado más de media hora. Hasta nos ha dado tiempo de preparar la comida.

—Se habrá entretenido, güey. En esas cosas uno sabe cuándo empieza, pero no cuándo termina.

A Lucía se le escapa una sonrisilla, aunque se le nota que no se encuentra bien. Está muy seria y pensativa. De vez en cuando se cubre la cara con las manos y se pone a hablar sola.

—¿Quieres que vayamos a buscarla? —le pregunta Óliver.

—No, da igual. Ya volverá.

Sin embargo, quince minutos después, la *influencer* aún no ha aparecido por la casa principal. Los cuatro están junto a una ventana contemplando la fiereza de la lluvia caer. Un rayo ilumina el cielo y enseguida suena un trueno.

—La tormenta la habrá pillado en la habitación y estará esperando a que escampe un poco para salir. Hay un buen trecho desde el bungaló 10 hasta aquí —dice el mexicano, que habla especialmente para tranquilizar a Lucía, cada vez más preocupada—. ¿Comemos ya o preferís esperarla?

Saúl, Eva y Óliver optan por empezar a comer. Lucía, en cambio, no se sienta con ellos a la mesa y continúa pegada a la ventana.

—Espero que no le haya pasado nada —dice Eva mientras se pone un trozo de tortilla de patatas en un plato—. Es extraño que no haya vuelto.

—Seguro que Natalia está en su cuarto escuchando los truenos de fondo, pasándoselo en grande, como nos contó antes —comenta Saúl.

—Neta. Pienso lo mismo —dice Óliver, que también se ha servido—. De todas maneras, si no aparece, iré a su bungaló después de comer. Y tú, ¿cómo tienes el brazo?

El saltador de pértiga se levanta la venda que antes le ha puesto Eva y le muestra la herida al mexicano. Presenta un buen tajo cerca del hombro izquierdo. Por suerte para él, no le ha alcanzado ningún músculo ni ningún tendón.

—Afortunadamente, no ha sido un corte muy profundo. Me duele al moverlo, pero no es grave, para lo que podía haber sido.

—Una lesión en esa parte del cuerpo habría resultado fatal para ti, güey.

—Sí. Imagínate. ¿Cómo voy a impulsarme con la pértiga si me falla uno de los brazos?

—¿Tienes algún tipo de seguro para estas lesiones?

—Sí, pero es de estos básicos. Visto lo visto, tendría que hacerme otro que me cubra todo tipo de riesgos. Ahora empieza una parte muy bonita del año para los que competimos y sería muy duro caer lesionado.

Saúl les explica a sus dos compañeros de mesa el calendario deportivo que se le presenta después del verano, cargado de

pruebas de techo cubierto. Mientras se terminan la tortilla y comen un poco de queso, fuera la tormenta continúa y no amaina. Lucía ha perdido la cuenta de los truenos que ha escuchado y de los rayos que ha visto iluminar el cielo oscuro.

—¿Y de ánimos cómo vas? ¿Estás muy afectado con lo que ha pasado con Luis?

—Qué quieres que te diga. No estoy bien. Si tuviera aquí a Sara, mi novia, que también es mi psicóloga, me ayudaría a tratar de superar este trance —le responde el saltador a Óliver, sin querer mirar a Eva—. No me lo quito de la cabeza.

—Te comprendo. Debe de ser muy duro lo que estás sintiendo ahora mismo.

—Es horrible.

—Si necesitas hablar del tema o lo que sea, dímelo.

—Muchas gracias, Óliver. No puedo olvidarme de que… he… disparado a…, he matado…, uf…, es que…

Saúl no lo puede remediar. Se levanta de la mesa apresuradamente y corre hacia el fregadero, donde vomita. Después se enjuaga en el grifo de la cocina y se limpia con papel que le da Eva. La actriz intenta consolarle, aunque el joven no se recupera del todo.

—Lo siento, chicos. Esta situación me está superando. No es la primera vez que vivo algo así y me está trayendo demasiados recuerdos negativos. Necesito irme a descansar y desconectar un rato.

—Te acompaño a tu habitación —le dice la actriz, que le acaricia el cabello cariñosamente y a continuación le abre la puerta de la casa—. Avisadme si aparece Natalia, por favor.

Óliver y Lucía contemplan como sus dos compañeros se marchan y caminan bajo el aguacero hasta Villa Isabel.

—¿Estás muy preocupada?

—Mucho. Tengo la sensación de que a Natalia le ha sucedido algo malo.

—Vamos a su bungaló, a ver si está allí.

Los dos chicos salen de la casa principal y se dirigen todo lo rápido que pueden a la habitación de Natalia. Llegan empapados y llaman a la puerta. La *influencer* no abre, ni tampoco responde.

—Joder. Sabía que le había ocurrido algo.

—No te precipites, güey. Vamos a esperar un poco.

—¿Que no me precipite? ¡Han muerto seis personas en este campamento! ¿Por qué no nos abre?

—A lo mejor ha salido. O está en otra parte. El campamento es muy grande.

—Pero ¡cómo va a salir con este tiempo!

—Órale. Vamos a mirar en la biblioteca —propone Óliver.

—No. Espera.

Lucía mete la mano en uno de los bolsillos de su pantalón y saca la tarjeta con la que Natalia abrió las habitaciones de Vicky y de Martín.

—¿De dónde has sacado eso?

—La encontré en la casa principal, sobre la encimera. Por suerte, he sido previsora y me la he traído. Voy a probar.

Bajo la lluvia, Lucía trata de abrir la puerta del cuarto de Natalia. No lo consigue tras varios intentos y se desespera. Le da la tarjeta a Óliver, que tampoco lo logra.

—Está muerta ahí dentro. Lo sé —dice la chica sollozando —. También la han matado. Uno de vosotros…, uno de vosotros ha sido.

—¿Cómo? ¡Si hemos estado los cuatro juntos en la casa todo el tiempo!

—¡Yo qué sé! ¿Entonces ha sido Gema? ¿Godoy? ¿Y si se ha quitado ella misma la vida? ¡Como Martín! Dios mío. ¿Cuándo dijo que se iba a… se refería a suicidarse? ¡No lo vi venir! ¡Qué estúpidos hemos sido!

—A ver, Lucía. Bájale los huevos. No te vuelvas loca. Estás muy nerviosa. Sigamos buscando por el campamento. Que no

responda no significa que le haya sucedido algo.

—¡No puede ser! ¡No quiero perder a nadie más en este maldito campamento!

La joven se arrodilla en el suelo y vuelve a intentar abrir la puerta del bungaló de su amiga. Sube y baja la tarjeta por la ranura en una infinidad de ocasiones, mientras la lluvia continúa cayendo con fuerza sobre ellos.

De repente, escuchan el grito de alguien. Los dos se giran y ven a una joven con un chubasquero amarillo que se dirige hacia ellos. Lleva la capucha puesta.

—¡Cabrones! ¿No estaréis intentando entrar en mi habitación?

Natalia corre hasta sus compañeros, que la contemplan sorprendidos, como si estuviesen viendo a un fantasma. Lucía se pone de pie y le propina el abrazo más grande que jamás ha dado en su vida.

—¿Qué coño estabais haciendo?

—¡Nos tenías muy preocupados! ¡Pensaba que te habían asesinado o que te habías suicidado y que estabas muerta dentro de tu bungaló! —exclama Lucía muy tensa. De nuevo tiembla y castañea los dientes.

—¿En serio? ¿Y por qué pensabas eso? Yo soy indestructible.

—¿Por qué no hablamos dentro del cuarto, señoritas? Estoy calado hasta los huesos —les propone Óliver, que no comprende de dónde ha salido aquella chica.

Los tres entran en Villa Teresa. Natalia se quita el chubasquero amarillo y le da a cada uno una toalla para que se sequen un poco. Pero no es todo lo que le entrega al mexicano.

—Toma. Yo te cogí el móvil. No ha habido manera de encontrar cobertura en la montaña. Perdona por habérmelo llevado.

—¿Has ido a la montaña tú sola?

—Sí, Lucy. Sé que no se debe hacer, pero…

Natalia sonríe y mira a Óliver. El mexicano no parece nada contento.

—No deberías haberme robado el celular.

—No te lo he robado. Te lo cogí prestado. Necesitaba comprobar por mí misma que no funcionaba en el bosque. ¿Te ha molestado mucho?

El chico no responde. Le lanza la toalla a la cara y se marcha de la habitación. Natalia le pide perdón a gritos, pero no hace caso. Óliver se da prisa por llegar a su cuarto, donde se quita la ropa. La deja en el baño para que se seque y se sienta desnudo en la cama. Sujeta el móvil y lo contempla desafiante. Como en los últimos días, continúa sin cobertura.

Se pone las manos en la frente y se echa el pelo mojado hacia atrás. Cierra los ojos y le viene la imagen de su padre a la cabeza. Él murió hace unos años, cuando ya residía en Madrid. Desde entonces la muerte ha sido algo habitual en su vida. Los vídeos del canal, la carrera que escogió y ahora ese campamento. Siempre presente.

El hechicero de Catemaco que habló con su hermano ya lo advirtió.

—Ese chamaco tiene malas vibras. No lo vuelva a traer por acá, por favor. Lleva la muerte señalada en sus ojos. Solo os traerá desgracias y dolor. Aléjense de él si quieren sobrevivir. Aléjense en cuanto puedan.

CAPÍTULO 56

Saúl

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Se despierta después de haber descansado un par de horas en su habitación. No recuerda lo que acaba de soñar, pero está sudando. Saúl se levanta de la cama y entra en el cuarto de baño a echarse agua en la cara. Siente náuseas y un gran malestar. También le duele más el brazo herido por el abrecartas de Luis, pero no quiere tumbarse otra vez y dormir. Se viste con lo primero que ve y sale del bungaló. Ya no llueve. Tampoco hace sol, y la temperatura no es tan alta como otros días.

¿Dónde estarán sus compañeros? Seguramente, en la casa principal. Tiene ganas de ver a Eva para darle las gracias por quedarse con él cuando antes se sentía tan mal. Va hasta su bungaló y llama, aunque no sabe si la encontrará allí. Tiene suerte. La chica le abre al instante y lo saluda con su mejor sonrisa.

—¿Qué tal la siesta? ¿Cómo te encuentras?

—No estoy del todo bien, aunque mejor que hace un rato.

—Te quedaste dormido como un bebé —le dice Eva, que no abandona su sonrisa ni un segundo—. ¿Y el brazo, cómo lo llevas?

—Me duele un poco más.

—Déjame ver.

La chica se acerca a él y aparta la venda que ella misma le colocó cuando lo curó. Lo hace con dulzura, como la doctora que trata a un niño en la consulta.

—No tiene mal aspecto, pero si te viera un médico sería mucho mejor.

—¿No pensaste en estudiar Medicina? No se te da nada mal. Le cosiste la herida a Óliver, ayudaste a Alexis con sus lesiones y me has curado a mí.

—¡No! ¡Solo han sido pequeñas intervenciones! No serviría. Siempre tuve muy claro que quería ser actriz. Desde muy pequeña.

Eva vuelve a colocarle la venda a Saúl y, juntos, se sientan en la cama en la que pasaron la noche anterior sin que ocurriera nada entre ellos.

—¿Quieres hablar de lo de Luis? Yo no soy Sara, pero sí tu amiga. Puedes desahogarte conmigo.

—Muchas gracias. Pero prefiero olvidarme del tema.

—No vas a olvidarte, Saúl. ¿No es mejor que lo sueltes?

—He llorado ya bastante por hoy. ¿Los demás están en la casa?

La chica resopla y asiente con la cabeza. Le explica que Natalia ya ha aparecido y que está bien. Simplemente había ido al bosque a buscar cobertura para el teléfono de Óliver, aunque no había tenido éxito.

—Yo he venido a darme una ducha y luego iba a ir a ver qué tal estabas.

—Me he adelantado. ¿Cómo está el ambiente en lo que queda del grupo?

—Enrarecido. Creo que las dos *influencers* piensan que tú, Óliver o yo somos los asesinos del campamento. Y el mexicano está muy raro y preocupado. Su móvil continúa sin funcionar y no puede llamar a su casa para preguntar cómo se encuentra su madre.

—Es normal que se preocupe. ¿Y tú qué piensas?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que creen Natalia y Lucía.

—Realmente, ellas no me han dicho nada. Es un supuesto mío —le advierte Eva—. Yo no soy la asesina. Es lo único que tengo claro.

—Si fueras tú, ¿me lo dirías?

—No. Seguramente te mataría.

Saúl, durante unos segundos, mira a la chica e intenta descifrarla. Sus ojos azules lo tienen obsesionado y solo el recuerdo de Sara hace que no le pida que le dé un beso.

—Mañana vendrá Godoy y toda esta pesadilla terminará.

—No acabará, Saúl. Tú y yo lo sabemos. No habrá un después normal. Jamás podremos olvidar lo que ha pasado.

—Por lo menos, nos tendremos el uno al otro, ¿no?

—No adivino el futuro. Prefiero vivirlo.

—¿Eso es que vas a pasar de mí cuando salgamos del campamento?

La joven sonríe y se pone de pie. Camina hasta el cuarto de baño y regresa oliendo a vainilla. El saltador de pértiga cada vez se muere más por besarla. Tal vez si en ese momento se fueran a la cama no podría contenerse, como anoche. Aunque Sara sigue en su mente y traicionarla sería lo último que haría. Pero ¿acaso no está traicionando sus sentimientos?

—¿En qué piensas? —le pregunta ella, que también se ha pintado los labios de rojo.

—En algo que no debo.

—¿Tiene que ver conmigo?

—Todo lo que pasa por mi cabeza últimamente tiene que ver contigo. Eso no es bueno.

—¿Por qué?

—Porque no.

La chica vuelve a sonreír y se sienta en las rodillas de Saúl. Se agarra a él, sujetándose en sus hombros, con cuidado para no dañarle el brazo herido. Sus labios rojos lo invitan a besarlos hasta la saciedad.

—Si tú fueras el asesino, ¿también acabarías conmigo?

—Por supuesto que sí. Pero no lo soy.

—Ninguno admite serlo y sin embargo alguien ha matado a varias personas en este campamento.

El joven no dice nada. No puede concentrarse en la conversación. Siente la respiración de Eva muy cerca. Su deseo por comérsela a besos es infinito en ese momento. Sin embargo, no lo hace. Quizá ella esté esperando que sea él quien dé el siguiente paso. Que sea el que rompa el hielo y acabe con aquella resistencia.

—¿Estás incómodo? ¿Peso mucho?

—No te preocupes por eso. Estoy bien. Solo que no sé qué debo hacer.

—¿Qué te pide el cuerpo?

—Tú lo sabes.

Intercambian sonrisas y miradas en las que se lo están diciendo todo. Sin embargo, la magia se rompe en un segundo. Alguien llama a la puerta del bungaló número 5 y lo hace de forma insistente. Eva se aleja de Saúl y corre a abrir. Se trata de Óliver. No tiene buena cara.

—Lucía no está bien —suelta nada más encontrarse frente a frente con la actriz.

—¿Qué le pasa?

—No lo sabemos.

Saúl acude hasta ellos y saluda a Óliver, que no se sorprende de verlo en la habitación de Eva. Le repite lo mismo que le acaba de decir a la chica y los tres se dirigen a la casa principal. Cuando llegan, la ven tumbada en uno de los sillones. Natalia está a su lado cogiéndole la mano.

—Está muy mal —balbucea cuando ve a los tres—. ¿Qué le habéis dado?

Eva mira a Saúl, que no se atreve a acercarse a ellas. Teme su reacción. Sin embargo, la actriz sí que va hasta el sofá y habla con Natalia, que no suelta la mano de su amiga.

—¿Tiene fiebre?

—No lo sé, pero es probable. Está ardiendo. Y dice cosas raras. Tiene como alucinaciones.

—¿Se ha tomado algún antibiótico?

—No. Que yo sepa.

Saúl sigue sin acercarse al sofá y prefiere no molestar a las chicas, que continúan hablando sobre el estado de salud de Lucía. Óliver le pide que lo acompañe. Los dos salen de la casa principal y se quedan en la entrada.

—¿Qué crees que le pasa? —le pregunta al mexicano.

—No lo sé, aunque no tiene buena pinta.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Yo he llegado hace poco. He estado en el bosque.

—¿Buscando cobertura para el móvil?

—Sí. Pero el pendejo sigue sin funcionar —dice Óliver contrariado—. Al volver, me la he encontrado tumbada en el sofá, jadeando y con muy mal aspecto.. Natalia ya estaba con ella. Me ha pedido que os avisara.

—Natalia siempre está en todas partes.

—Eso parece. Tiene el don de la ubicuidad.

Saúl entonces hace memoria de los acontecimientos de los últimos días tomando como referencia a la *influencer* . Ella fue la que encontró a Jorge en la piscina. También la que dio con el cadáver de Martín en su cuarto y la que descubrió a Vicky con un punzón de hielo clavado en el pecho en Villa Noelia. Natalia fue la que se agachó al lado de Miren para tomarle el pulso cuando murió el viernes. ¿Y Alexis? A lo mejor ella le dio la puntilla definitiva. ¡Fue la que se llevó la llave de su bungaló! Por último, es la que se encontraba con Lucía cuando esta ha enfermado.

—Es hora de aclarar todo esto de una vez por todas. Natalia nos debe una explicación.

—No te comprendo, Saúl.

—Ahora lo entenderás.

El saltador de pértiga está decidido a entrar en la casa cuando de repente la puerta se abre. La sorpresa de los dos jóvenes es mayúscula. Por su lado pasa corriendo Natalia, que ni siquiera los mira. Va gritando mientras se aleja a toda velocidad, hasta que se marcha del campamento.

—¡Conmigo no vais a poder! ¡Asesinos! ¡Algún día me vengaré de vosotros! ¡Lo juro!

Segundos después es Eva la que sale de la casa. Tiene los ojos llorosos y sorbe por la nariz. Se coloca delante de sus compañeros y les comunica lo que acaba de suceder. Lucía también ha perdido la vida.

CAPÍTULO 57

Gema y Martín

Miércoles, 12 de junio de 2019. Un mes antes de comenzar el campamento

La lista de los diez elegidos ya está decidida. Gema y Martín se la han presentado a Godoy, que la está analizando en su despacho. Aunque ellos se han encargado de todo, el visto bueno final lo tiene que dar el jefe.

—¿Piensas que vetará a alguno? —le pregunta Martín, que está muy impaciente, como el niño que no se duerme en la noche de Reyes.

—Él nos ha dicho que confía en nosotros y que respetará nuestro trabajo. Pero es posible que no le guste alguien —responde Gema también bastante tensa—. Dentro de poco lo sabremos.

El tiempo pasa y Godoy sigue encerrado estudiando los informes. Una de las secretarias del millonario les ha dicho que, si quieren, pueden irse a casa; que dejarían la reunión para el día siguiente. Pero ellos prefieren esperar, sea a la hora que sea cuando acabe.

—Es increíble lo de esta chica —comenta Martín con la documentación de Miren Libano en la mano—. Me ha tenido confundido muchísimo tiempo. Hasta que leí el *e-mail* que le envió su editora.

—¿Cómo se hace?

—¿El qué?

—Entrar en el correo electrónico de la gente. ¿Es muy complicado?

El joven sonríe y niega con la cabeza.

—Para alguien que se dedica a esto, no mucho.

—¿Cuánto hace que eres *hacker* ? Nunca te lo he preguntado.

—Desde los trece años más o menos.

—¡Pero si no te habría salido ni la barba! —exclama Gema muy sorprendida.

—Ya ni me acuerdo. Desde niño me gusta la informática y empecé a investigar, a conocer a gente en Internet que se dedicaba a esto, y de pronto te ves trabajando para una empresa que necesita tus servicios.

—Bueno, lo que haces no es demasiado legal, pero nos ha servido para conocer mejor a los chicos.

—Por esa razón me contrató Fernando. Soy su *hacker* favorito.

—Espero que no hayas usado tus poderes conmigo.

—Tranquila. De momento, estás a salvo. No he entrado en tu vida digital.

Gema no sabe si Martín habla en serio o no. La verdad es que ese chico le ha parecido enigmático desde que lo conoció. Se sorprendió mucho cuando se enteró de a qué se dedicaba realmente. Luego se acostaron en Nochevieja, elaboraron juntos los perfiles y se han pasado infinidad de horas en aquel despacho tratando de elegir a los candidatos perfectos para el proyecto de Godoy.

—¿Qué me decías de Miren Libano?

—¡Ah, sí! Su caso es de los más extraños que hemos encontrado y me ha tenido en vilo durante semanas. Por eso quizá me gusta tanto.

—¿Te refieres a lo del supuesto plagio?

—Sí. No entendía nada —responde Martín, que regresa a su mesa y se sienta frente a su ordenador—. Resulta que a esa chica la acusan en Internet de haber copiado la novela que tanto éxito está teniendo entre los jóvenes. He encontrado innumerables comentarios en Twitter y en foros literarios tachándola de impostora, de plagiadora y de cosas peores. Sin embargo, rastreándola, descubrí que la autora de la novela que se dice que copió y que estaba en euskera en Wattpad era ella

misma. Entonces, ¿por qué no lo explicó públicamente o por qué su editorial no dio la cara por ella?

Gema sonríe. Martín habla de ese caso como si ella no lo conociera. Le gusta el entusiasmo con el que se expresa.

—¡Porque usan el falso plagio como una herramienta comercial! —grita eufórico—. Eso de que hablen bien o mal de ti, pero que hablen. Y sacrifican el prestigio de la pobre Miren por el número de ventas. Mira lo que le dice su editora en ese *e-mail,* en el que está la clave de todo:

> Querida Miren:
>
> Entendemos tu preocupación y frustración por la acusación de plagio que estás recibiendo en las redes sociales. En la editorial sabemos perfectamente que tú eres la autora real de la novela escrita en euskera que está en Wattpad y que simplemente tradujiste al castellano para enviárnosla. Sin embargo, pensamos que no debemos contar la verdad, de momento. El mundo editorial es muy complejo y tú eres una autora novata, a pesar de tu éxito en Internet. Los *haters* nos están haciendo una gran campaña de *marketing* y creemos que las ventas aumentarán en estos meses. Pero no te preocupes, no vamos a permitir que la gente piense que eres una plagiadora. Cuando saquemos el segundo libro contaremos la verdad y mataremos dos pájaros de un tiro. La promo será bestial y las ventas de tus dos novelas se dispararán. Solo te pedimos paciencia y discreción. Confía en nosotros. No le cuentes a nadie el plan, por favor. Ni siquiera a tu madre o a tus amigos. Y si te sientes mal en algún momento, piensa que te vas a convertir en una de las escritoras más vendidas del país.

—Es una historia muy curiosa —comenta Gema, que no habría elegido a esa chica para los diez candidatos finales, pero le gustaba tanto a Martín que ha cedido a cambio de la elección de uno de los suyos, que no le agradaba demasiado a su compañero.

—¿Curiosa? ¡Es fascinante! Estoy convencido de que la editorial tiene perfiles falsos que ha usado para criticarla y acusarla de plagio para que la bola se hiciera más grande.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! Hoy en día se trabaja así. Las empresas se juegan mucho dinero y no tienen escrúpulos en hacer lo que sea para que el negocio sea rentable. Algún día te contaré algunos de mis trabajos y te quedarás asombrada de quiénes me los encargaron.

—Me estás dando miedo. Prefiero no saberlo.

Los chicos pasan dos horas más en el despacho. De vez en cuando, hablan de alguno de los elegidos y también de los que no han pasado el último corte. Cerca de las nueve y media de la noche, el propio Fernando Godoy es el que hace acto de presencia. Aparece con el dosier de los candidatos bajo el brazo y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué no charlamos en el restaurante de la esquina? Tengo un hambre de lobo —les propone el millonario.

Gema y Martín recogen sus cosas y aceptan encantados. También ellos tienen ganas de cenar, ya que apenas han comido a mediodía.

Godoy pide una mesa lo más aislada posible y el camarero los lleva hasta una especie de salón privado en el que los acomoda. Solo están ellos tres.

—Las ventajas de dar buenas propinas —les dice el hombre, que coge la carta con el menú—. Pedimos primero y luego hablamos del proyecto, ¿os parece bien? No os preocupéis por los precios; paga la empresa.

Los chicos deciden rápido porque están deseando saber la opinión de su jefe. Una carísima botella de vino tinto preside la charla, aunque solo bebe Godoy.

—Bien, empezaré diciendo que me ha encantado todo lo que he leído y que estoy de acuerdo en los diez jóvenes que habéis elegido. Felicidades y muchas gracias por el trabajo que habéis realizado en estos meses. ¡Ha sido extraordinario! Y me quedo corto.

Gema y Martín chocan sus manos y escuchan reír a Godoy, que se toma de golpe media copa de vino tinto.

—Pero tengo dudas con un par de ellos —dice el millonario, que frena de golpe el entusiasmo de los coordinadores.

—¿Sobre quién tienes dudas? —pregunta Gema cruzando los dedos para que no sean algunos de los suyos.

—Sobre Luis Barbero y Lucía Castillo.

—¿Por qué duda de ellos?

—Por sus conflictos. No me parecen demasiado importantes para generar disputa entre los demás. Son perfiles algo *light* . A Luis le habéis encontrado porno en el ordenador y Lucía ha comprado seguidores en las redes sociales. ¿No es algo que hace mucha gente?

Martín mira a Gema. Al chico lo eligió ella y a la chica la eligió él. Así que cada uno debe defender a su candidato, como acordaron si se presentaba una situación de ese tipo con Godoy. Empieza la joven, que intenta no ponerse nerviosa al hablar:

—Luis es un chico que dará mucho juego en el campamento, Fernando. Tiene una manera de ser muy particular y una legión de seguidores por todo el mundo que indica que posee carisma y don de palabra. Hasta lo llamó el Vaticano para conocerlo. Yo misma he hablado con él por mensajes privados fingiendo ser una de sus fieles, con una identidad falsa. Lo gracioso y más relevante es que intentó tirarme los tejos.

—¿Te tiró los tejos?

—Sí, no es muy bueno ligando. Hasta me pidió fotos subidas de tono cuando cogió algo de confianza, que evidentemente no le mandé. Ese chico tiene una clara adicción al sexo, aunque me da la sensación de que no ha estado con ninguna chica todavía. ¿Sabes la bomba que podría resultar dentro de un campamento en el que estaría encerrado tres semanas con cinco chicas de su edad? ¡Y sin porno!

—Eso me gusta. Suena divertido. Aunque no creo que eligiera a un tipo así para ocupar mi puesto.

—Pero generaría conflictos permanentemente. Luis sería una especie de comodín. Los pondría a todos nerviosos y, si no ofrece lo que esperamos de él, lo eliminamos de los primeros. Para eso está la fase de eliminación, ¿no?

Hasta hace poco, Godoy no les había contado en qué consistía esa tercera fase del campamento: la fase de eliminación. Los diez elegidos, en cualquier momento, podrían abandonar el proyecto o ser expulsados sin completar las tres semanas de estancia en la montaña. Se les pagarían las dietas correspondientes a los días que hubieran estado y se les

invitaría a marcharse. Eso sucedería en el momento en el que Fernando Godoy determinara que un candidato no está a la altura exigida para formar parte de su empresa.

—Me has convencido. Luis será uno de los diez. ¡Genial! —celebra el magnate mientras se echa otra copa de vino—. ¿Y Lucía? ¿Por qué es una de las elegidas? Me parece un poquito sosa. ¿No le falta espíritu?

—Para nada, Fernando. Lucía es una *influencer* que se ha ido haciendo a sí misma. Ha puesto toda la carne en el asador para cumplir su sueño y hacerse famosa. Pero no solo ha comprado seguidores en las redes sociales durante mucho tiempo y se ha creado perfiles falsos para aumentar los comentarios y *likes* en sus cuentas. Tiene un pasado oscuro —comenta Martín.

—¿Y por qué no lo has incluido en el informe?

—Porque… no sé. Igual no era necesario.

—Todo lo que tiene que ver con los candidatos lo tengo que saber, Martín. ¿Qué ha hecho esa chica tan grave que no quieres contar?

—Se ha prostituido.

—¿Qué? ¿Es prostituta?

Gema también se queda boquiabierta con lo que cuenta su compañero. No sabía nada de ese dato.

—Ya no. Hace un par de años que lo dejó, o eso es lo que parece —dice Martín, que se ha visto obligado a contar el gran secreto de Lucía Castillo—. Encontré esta información por casualidad hace muy poco. Tiré del hilo, la rastreé a fondo y descubrí lo que sucedía.

—Dame detalles. ¿Qué hiciste?

—Es muy complejo explicar cómo llegué al inicio de todo esto. Dejémoslo en que un favor pagó otro favor. El caso es que averigüé que Lucía había pedido hasta en siete ocasiones un coche de Cabify para que la llevara a una dirección concreta. Siempre la misma; viaje de ida y vuelta. Lo he investigado y se trata de la localización de un hotel en las

afueras de Barcelona que está relacionado con la prostitución de lujo. Al día siguiente de realizar estos desplazamientos, ingresó grandes cantidades de dinero en una de sus cuentas bancarias. Una que ya no utiliza, por cierto.

—Blanco y en botella.

—Por suerte o por desgracia, sí. Luego otros datos me lo confirmaron.

—Es decir, que es una chica absolutamente capaz de todo para conseguir sus metas. Una situación que frecuentemente se da en el mundo de los negocios, donde no hay escrúpulos.

—Exacto. Además, me gusta mucho Lucía por su manera de ser y por cómo se maneja en Internet. Creo que es perfecta para el campamento. Merece una oportunidad. Tiene más carácter del que parece. Te lo aseguro.

—Y ya ha lanzado hasta su marca personal de ropa.

—Sí. Y no le va nada mal.

—Perfecto. Pues Lucía se queda también. Dudas despejadas. ¡Lista cerrada!

El hombre levanta su copa de vino y la vacía alegremente de un trago. Martín vitorea a su jefe y mira de reojo a Gema para compartir su felicidad. Sin embargo, esta no le corresponde con la misma sonrisa que él le ofrece. Parece que no le ha sentado bien que le ocultara información. Tendrán que hablarlo cuando termine la cena.

—Bueno, chicos. Gran trabajo. ¡Estoy muy satisfecho de los doce jóvenes candidatos que algún día ocuparán mi lugar!

—¿Doce candidatos? —pregunta extrañada Gema, que piensa que no ha oído bien a su jefe.

—¡Eso he dicho! ¡Doce candidatos!

—Perdona, Fernando. Estoy despistada. ¿Has elegido tú a dos más por tu cuenta?

—¡Claro! ¡Vosotros dos! ¡También formáis parte del grupo! Os di esta alternativa por algo. ¿O es que pensabais que solo ibais a ser los coordinadores del proyecto?

—¿Nosotros también estamos entre los elegidos para reemplazarte?

—Por supuesto, Martín. Y, de momento, sois mis favoritos. No os he dicho nada para que eligierais a los otros diez chicos sin ningún tipo de condicionamiento o para favoreceros. ¡Pero no os confiéis! ¡Dentro de un mes me tendréis que demostrar que sois capaces de todo para alcanzar el objetivo final!

—¿Y saber esto no nos da ventaja?

—No, Gemita. Al contrario. Porque vais a tener que hacer algo excepcional para convencerme de que sois mejores que el resto para ocupar mi lugar. Y eso no será nada fácil.

CAPÍTULO 58

Eva

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Después de informar de la muerte de Lucía a sus dos compañeros, Eva se abraza a Saúl durante unos segundos.

—¿Podemos alejarnos de aquí, por favor? —les ruega a los chicos muy afectada—. Vamos a la biblioteca. No quiero estar cerca… de ella. Esto es muy duro.

Saúl y Óliver asienten y los tres se dirigen al bungaló número 13. Cuando llegan a la altura de Villa Isabel, el saltador de pértiga les dice que sigan y que se reunirá con ellos en unos minutos.

—Esto es muy jodido, ¿verdad? —comenta el mexicano mientras continúan caminando.

—Mucho. Todos están muertos.

—No todos. Tú y yo seguimos vivos, güey.

—Pero moriremos, como los demás —indica Eva, que cruza los brazos—. A Lucía la han tenido que envenenar también.

—Yo no he sido, Eva. Debes creerme.

La joven se detiene y se queda mirando al estudiante de Criminología. Este se abre de brazos y continúa hablando:

—Sé que lo piensas. Estás segura de que yo estoy detrás de estas atrocidades. Confías plenamente en Saúl y Natalia no es capaz de organizar algo así sola. Han muerto muchas personas y no hemos dado todavía con el culpable. Pero te prometo que yo no soy el que los ha matado.

—Yo no pienso nada, Óliver.

—Es inevitable sacar conclusiones. Pero yo sé quién ha hecho todo esto.

—¿Quién ha sido?

—Aunque te duela escucharlo: Saúl. Es muy obvio. Ahora ya lo tengo claro. Pero creo que alguien le está ayudando.

—¿Tiene un ayudante?

—Eso es lo que yo pienso —recalca el mexicano—. ¿Por qué Natalia ha huido del campamento? ¿Por qué me quitó el celular esta mañana?

—¿Natalia está ayudando a Saúl? ¿Eso es lo que piensas?

Óliver sigue caminando y no responde a la pregunta de Eva. Los dos entran en el bungaló número 13 envueltos en un halo extraño. Instantes después aparece Saúl, que llega corriendo. Los dos chicos se lo quedan mirando: lleva la escopeta en las manos.

—No podemos estar desarmados —dice el saltador de pértiga al ver el rostro perplejo de sus compañeros—. Natalia es más peligrosa de lo que parece. Mirad todo lo que ha hecho sin que nos enteráramos. Puede regresar en cualquier instante y acabar con nosotros.

—¿Piensas que Natalia es la asesina?

—¡Por supuesto, Eva! ¡Ha sido ella!

Saúl explica a sus dos compañeros su teoría y lo cerca que ha estado la *influencer* de cada una de las muertes. Ella siempre aparecía en primera línea. Sin embargo, Eva niega con la cabeza y va hacia la parte trasera del bungaló.

—No ha sido Natalia —dice la actriz cabizbaja—. Ella sería incapaz de matar a Vicky o a Lucía. Eran sus amigas de verdad.

—Aquí no hay amigos de verdad, Eva. Nos conocemos desde hace diez días.

—Entonces, ¿qué pasa con nosotros? ¿No te consideras ni siquiera mi amigo? ¡Casi nos acostamos, de no ser por esa estúpida obsesión tuya por tu novia!

Entonces Eva coge algo de un armario y se lo muestra. Ninguno de los dos jóvenes comprende cómo ha conseguido armar tan rápido aquel arco.

—¿Qué coño haces? —le pregunta Saúl.

—Deja el arma en el suelo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué me estás apuntando con el arco?

—Deja el arma en el suelo inmediatamente.

—No voy a…

—¡Que sueltes la escopeta, coño! —grita la chica fuera de sí —. O la sueltas o te clavo la flecha en el corazón, seas o no seas el culpable. Estás más cerca que la diana y ya has visto de lo que soy capaz. Desde aquí no fallaría.

Saúl obedece y deja el arma en el suelo.

—Estás loca. No me esperaba esto de ti.

—Hay muchas cosas que no sabes y que no te esperarías de mí.

—Pensaba que me lo habías contado todo. Eres igual que todos estos.

—Como tú mismo has dicho, solo hace diez días que nos conocemos. ¡Levantad las manos!

Óliver obedece a la primera orden, pero tiene que insistirle a Saúl para que también alce las manos. Eva agacha un momento la cabeza y se muerde los labios. Tan fuerte que casi se hace sangre, como el día que fue al hospital y abortó. Ese niño no era lo que deseaba, porque había llegado a su vientre de una forma por la que lo habría odiado toda la vida.

—No quiero seguir. Por favor, ¿me puedo marchar?

—Tranquila, Eva, no pasará nada.

—Déjame. Déjame. No quiero —susurraba muerta de miedo, con lágrimas en los ojos.

Sin embargo, ya era tarde. Ese tipo la estaba penetrando sin usar protección. Aquel director de cine que le prometió todo y que luego la despidió. Nunca supo que se había quedado embarazada. ¿Denunciarlo? Hubiera sido su palabra contra la de él, que habría asegurado que aquella relación había sido

consentida. Solo tenía dieciocho años y las consecuencias fueron tremendas. Sobre todo, las mentales. También las personales, porque rompió con su novio y después tuvo que mentir a mucha gente.

El odio a los hombres todavía le dura. Aunque Saúl había sido una especie de oasis en el desierto. Pero se había equivocado también con él.

—Si Natalia es inocente, uno de vosotros dos es el asesino del campamento. No me voy a andar con más tonterías. ¿Quién ha matado al resto del grupo? —les pregunta con la flecha cambiando de objetivo cada diez segundos—. Lo repito, ¿quién de vosotros dos es el asesino?

Durante un pequeño instante, Saúl y Óliver se miran. A la joven no le gusta el gesto, y les pide que solo la miren a ella. Y vuelve a reclamar que el culpable confiese.

—Ya te lo he advertido cuando veníamos hacia acá. El pinche asesino es él —dice por fin el mexicano—. Es un tipo agresivo, capaz de cualquier cosa. Ya lo has visto.

—¿Qué? Sudaca de mierda. ¿Cómo tienes los huevos de acusarme a mí?

—¡Porque eres el culpable, cabrón! ¡Tú los has matado a todos y por tu culpa estamos así!

—Yo no he matado a nadie.

Eva entonces recuerda lo que le contó sobre aquel hombre que lo atracó. Su entrenador se declaró culpable, pero fue él quien lo mató. También le disparó a Luis, delante de Lucía. Y tuvo problemas con Natalia, a la que amenazó. Y para colmo mató a ese jabalí a sangre fría.

—¿Por qué crees que en la lista de Gema pone que es un asesino?

—¡Yo no soy un asesino! ¡Me cago en la puta! —grita Saúl, que baja los brazos y contempla desafiante a Óliver—. ¡Estáis todos locos, ostia!

—Levanta las manos ahora mismo —le ordena Eva—. ¡Ya! ¡Saúl! ¡Joder!

—¿No te das cuenta? Me está culpando a mí y seguro que todo esto lo ha planeado él. Este maldito mexicano es el asesino del campamento. Alexis tenía razón —protesta el saltador de pértiga, que suaviza su tono de voz, aunque no levanta las manos—. Es él, Eva. Tienes que creerme. Yo no he hecho nada. Es él.

La chica continúa dudando. Natalia se lo dijo hace un rato. Tiene que ser uno de ellos. No hay otra posibilidad. ¿Cuándo va a regresar para ayudarla?

—Diles que Lucía ha fallecido. Yo huiré del campamento y tú te llevarás a los dos a la biblioteca. Amenázalos con el arco. Uno de los dos tiene que confesarte que es el culpable.

—¿Estás segura?

—Amiga, mírame a los ojos —le pide Natalia juntando sus cabezas—. ¿Tú crees que yo podría matar a Vicky? Si ninguna de nosotras es la asesina, debe de ser Óliver o Saúl. ¡No hay otra alternativa! Y tú eres la única que puede sacarle la confesión.

—No sé si podré hacerlo. ¿Por qué no lo intentamos juntas?

—Porque la situación será muy confusa si somos cuatro. Yo estaré cerca vigilando. Preparada para actuar. No te preocupes.

El plan de la *influencer* no le terminaba de gustar, pero finalmente decidió aceptar. Todo ha salido como Natalia dijo. Lo que no imaginaba es que uno iba a culpar al otro y que Saúl tendría una escopeta en su poder.

—Evita, si crees que soy yo, dispárame ya —le suelta de repente Óliver—. Cargará sobre tu conciencia toda la vida. Habrás matado a un hombre inocente.

—No le escuches, Eva. No es inocente. Ha matado a Miren, a Jorge y a todos los demás.

—Si no te gustara este pendejo, ya te habrías dado cuenta de que él es el asesino. Solo el amor te ciega, amiga mía. Este cabrón es un asesino.

—¡Eres un hijo de puta! —exclama Saúl, que se agacha y coge la escopeta del suelo.

Cuando se yergue para disparar al mexicano, Eva lanza la flecha, que se clava en el muslo derecho de Saúl, como si de una diana se tratase. El saltador de pértiga cae al suelo desplomado, con los ojos en blanco y gritando por el dolor.

—Bien hecho, Evita —le dice Óliver, que rápidamente se acerca hasta el cuerpo del atleta. Alcanza la escopeta y lo remata con un disparo a bocajarro.

—¿Qué haces? ¡No tenías por qué…!

—Amiga, te has equivocado de persona. Lo siento.

Óliver levanta el arma, apunta y dispara a Eva en el pecho. Hasta tres veces. Segundos después, dos personas entran en la biblioteca. Natalia viene acompañada de Gema, que la sujeta del brazo y lleva una pistola en la mano. La coordinadora mira los cuerpos tirados en el suelo.

—¿Están muertos los dos?

—Sí, Gema. Solo queda ella.

—Buen trabajo, cariño. Buen trabajo.

CAPÍTULO 59

Óliver y Gema

Todo comenzó con un vídeo para el canal de YouTube. Así fue como se conocieron en octubre de 2018. Se llevaban cuatro años de diferencia, pero a él no le importó. Óliver se enamoró perdidamente de Gema y a ella le entusiasmaba su acento mexicano y su aspecto de galán de telenovelas. Sin embargo, la relación no se fraguó de verdad hasta mediados de enero de 2019. Empezaron a salir juntos medio a escondidas, y planearon algo muy grande: que Óliver se llevara el increíble premio que ofrecería Godoy. Primero, la chica lo introdujo en la lista de los cien elegidos y después en la de diez. Óliver Alfaro sería uno de los candidatos que entraría en el campamento.

—No creo que pueda competir con todos esos chavos tan buenos. El viejo seguramente elegirá a uno de ellos. Además, soy el único extranjero.

—Lo harás muy bien. Yo te ayudaré. Soy una de las coordinadoras del proyecto. ¡Tienes ventaja!

Al principio, las muertes no estaban planeadas. Fue después de un comentario inocente, tras ver una película con un asesino en serie como protagonista, cuando la idea empezó a tomar forma.

—Si solo quedara yo, Godoy solo me podría elegir a mí.

—¿Y cómo vas a quedar tú solo? ¿Matando al resto?

—Esa es la mejor solución.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Quieres matar a nueve personas?

—Tu papá ya mató a alguien y me has dicho muchas veces que no le odias por eso. Al contrario, siempre has mantenido que aquel cabrón se lo merecía. ¿El fin no justifica los medios?

El padre de Gema fue el cocinero del restaurante de Godoy que asesinó a un hombre y se deshizo del cuerpo sirviéndolo como si fuera pollo en uno de sus restaurantes. A Óliver le entusiasmó aquel caso y consiguió el número de la hija de aquel cocinero para preguntarle cómo estaba su padre en la cárcel y si sabía qué le llevó a comportarse de esa forma. Se gustaron, se hicieron amigos, luego charlaron por WhatsApp, se acostaron un par de veces y terminaron siendo pareja.

—A Fernando le caí simpática, aunque no ayudó mucho a mi padre. Prefirió lavarse las manos y no salir salpicado con aquel escándalo. Creo que por eso me contrató para este proyecto, porque creía que me debía una.

—Apostó por ti porque eres una chava inteligente, intuitiva, resolutiva y tienes una gran personalidad. Que es lo mismo que yo te vi.

Desde que la lista de diez fue definitiva hasta que empezó el campamento, Óliver y Gema pasaron muchas horas planificándolo todo. El chico se obsesionó con el asunto y revisaba una y otra vez los vídeos de su canal para analizar cómo los asesinos habían eliminado a sus víctimas. Hizo un informe de los crímenes que más le había costado resolver a la policía, otro de los métodos más eficaces, e incluso se convirtió en todo un experto en venenos.

—Una cosa es la teoría y otra la práctica. ¿Serás capaz luego de matar a alguien cuando se presente la ocasión?

Era la gran pregunta. Ni el propio Óliver tenía la respuesta. Hasta que un día el chico llegó al piso de Gema completamente eufórico.

—Lo he hecho.

—¿Que has hecho el qué?

—He matado a alguien.

—Déjate de bromas, Óliver. No me lo estás diciendo en serio.

—De verdad. He matado a alguien. Lo he envenenado.

La víctima fue un pobre indigente al que el chico le regaló una botella de licor, que iba mezclado con coniína, que consiguió en un laboratorio de la universidad. Estuvo esperando a que le hiciera efecto y finalmente murió.

—Ya estoy preparado para el campamento.

Algo cambió en Gema después de aquel suceso. Pensó que estaban llevando el asunto demasiado lejos. Sin embargo, no le dijo nada a Óliver. Siguieron elaborando la estrategia que iban a llevar a cabo y planearon el orden y la forma en la que todos irían muriendo en el campamento. Uno por uno, para no levantar sospechas.

Pero había un problema importante.

—Cuando solo quedemos tú y yo, ¿qué haremos? La policía terminará investigando el suceso y Godoy querrá saber lo que ha pasado en su campamento. Todos pensarán que uno de nosotros dos es el asesino del resto porque seremos los únicos que quedaremos con vida.

—Ya lo he pensado. Convertiremos en culpable a uno de ellos —dice Óliver muy seguro—. Me he decantado por Saúl.

—¿Cómo? No será creíble.

—Lo será. Diré que descubrimos lo que había hecho y que, en defensa propia, le disparamos con la escopeta.

—No se lo creerán.

—Por supuesto que lo harán, güey. Solo debemos estar convencidos de que eso fue lo que pasó y contarlo sin dudar. No tendrán pruebas de que fui yo; ya nos encargaremos de prepararlo todo muy bien. Saúl es un chavo agresivo que ya mató a alguien en su día. Jugaremos con eso. Aquí se volvió loco y asesinó a sus compañeros para conseguir el botín de Godoy. Colará, seguro. Y si tú apoyas esa versión, nadie tendrá ninguna duda.

La seguridad de Óliver convenció a Gema y el doce de julio el plan estaba perfectamente diseñado para ser ejecutado, aunque habría que esperar al viernes siguiente, a que los diez elegidos se quedaran solos en el campamento. En tres días,

sucedería todo. Godoy, sin quererlo, les había facilitado las cosas con sus fases.

La primera del grupo en morir fue Miren, a la que Óliver envenenó el viernes por la tarde durante la merienda. Le ofreció un bombón de licor letal, de una cajita que compró en el mercado negro, y la escritora cayó fulminada cuando le hizo efecto el veneno.

—Son dulces típicos mexicanos. Solo me quedan dos. Coge tú uno y yo me comeré el otro. ¡No se lo digas a nadie!

Luego asesinó a Jorge, al que primero logró emborrachar para que ahogara las penas por la muerte de Miren, y luego le clavó en el cuello una inyección de aire con una de las jeringuillas de Martín, que le facilitó Gema. Casi se fastidia todo por culpa de Alexis, que apareció justo antes de cometer el crimen. Pero tuvo paciencia hasta que el cantante se quedó de nuevo solo. Estaba dentro del agua y lo agarró del cuello cuando se acercó al borde de la piscina para hablar con él. Prácticamente, no opuso resistencia.

El crimen de Vicky fue el más sencillo. Casi no había nadie en el campamento cuando la siguió, la abordó por detrás y la apuñaló con un punzón para picar hielo. Le pareció hasta fácil, y no sintió ningún tipo de remordimiento ni compasión. Ya se había convertido en un auténtico asesino en serie.

Tampoco fue difícil matar a Alexis. El *gamer* no opuso ningún tipo de resistencia. Los medicamentos que se había tomado para paliar el dolor lo tenían anestesiado. Mientras todos dormían cogió la llave que había dejado Natalia en la casa principal y regresó a su bungaló. Le colocó la almohada en la cara hasta que dejó de respirar.

A Luis lo mató accidentalmente Saúl, de un disparo con la escopeta. Se ahorró un crimen, que también tenía ya planeado. Aquel joven se libró de que lo ahorcara.

Por último: Lucía. Simplemente, puso coniína, la misma sustancia con la que había matado a aquel mendigo, en la botella de agua con gas que solía beber la *influencer* . El veneno no tardó en hacer su efecto.

En realidad, nada fue demasiado complicado para Óliver, que, conforme se iba deshaciendo uno a uno de sus compañeros, estaba más cómodo y se divertía más con lo que estaba haciendo. Se sentía poderoso y también sorprendentemente tranquilo.

Aunque también hubo contratiempos en los que tuvo que actuar con rapidez. Improvisó el asesinato de Martín, que estaba previsto para el final y que tuvo que acometer en primer lugar. El coordinador pilló a Gema cogiéndole la jeringuilla de la insulina. La joven se lo contó a Óliver y el viernes, antes de que se marcharan del campamento, decidió asesinarlo. Lo escenificaron como un suicidio por si alguien lo descubría antes de tiempo. No quería levantar ninguna sospecha entre los compañeros hasta que no empezaran realmente los crímenes.

El otro gran obstáculo fue la cobertura del maldito móvil. Gema y Óliver no se pudieron comunicar cuando esta se marchó del campamento. De hecho, la coordinadora tuvo que regresar el sábado por la mañana y fingir que se desmayaba para poder hablar con el estudiante de Criminología y que este le diera detalles de la situación. Era el plan B.

—Llevo dos horas haciéndome la dormida.

—Eres una magnífica actriz. Nadie sospecha nada.

—Puto móvil. Tenía que verte ya, aunque me hubiera gustado no tener que hacer esto. Es muy arriesgado.

—Has hecho lo correcto. Va todo según lo planeado, tranquila. Nadie sabe que he sido yo el que ha matado a Miren y a Jorge. Creo que ni se lo plantean. Están confusos y asustados. La noche la hemos pasado por parejas. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. ¿Cómo saldré de aquí? Los chicos me van a freír a preguntas y me pedirán que llame a Godoy o que les devuelva sus teléfonos para avisar a la policía. Necesitarán explicaciones de dónde he estado.

—Ya lo tengo pensado. Cuando falten cinco minutos para que me releve Alexis, me darás un golpe y te escaparás.

—¿Cómo te voy a dar un golpe?

—¡Sí! ¡Tienes que hacerlo! ¡Y debe sangrar para que sea creíble! Luego me lo coserá Eva. ¿No me dijiste que ella tiene conocimientos de primeros auxilios y de costura?

—No voy a hacerlo. ¡Piensa en otra cosa!

—Pues lo haré yo.

El propio Óliver fue el que se terminó golpeando contra la mesa. Gema no se podía creer lo que acababa de ver, pero tuvo que darse prisa para salir de allí y que Alexis no la descubriera. En aquel instante se dio cuenta de que su novio estaba completamente loco.

Un loco que no había tenido ningún tipo de pudor en asesinar a un grupo de personas con las que estaba compartiendo la experiencia más intensa de sus vidas.

CAPÍTULO 60

Natalia y Gema

Domingo, 21 de julio de 2019. Décimo día en el campamento

Los cuerpos inertes de Saúl y de Eva yacen en el suelo de la biblioteca. Óliver les toma el pulso por si acaso y se cerciora de que están muertos.

—Por un momento pensé que esa estúpida me dispararía la flecha a mí. Esto no estaba previsto.

—Has jugado con fuego.

—Sí, pero no me he quemado.

—Eso es lo importante. Felicidades. Has completado el plan con éxito —dice Gema, que continúa sujetando a Natalia con una mano. En la otra lleva una pistola—. Ya has conseguido lo que querías.

—Aún no. Falta ella. Por cierto, ¿de dónde has sacado esa pistola?

—La encontré en casa. Era de mi padre.

—Me lo podías haber dicho —se queja Óliver—. Bueno, vamos contigo, amiga Natalia.

La *influencer* observa al mexicano, que la mira con unos ojos diferentes a los que hasta ahora le había visto. Es una mirada repleta de locura y de maldad. La mirada de un asesino despiadado que no ha tenido ningún reparo en matar a tantas personas.

—¿Cómo quieres morir? ¿Degollada? ¿Asfixiada? ¿Desangrada? También te puedo pegar un tiro, aunque sería un poco repetitivo. Me gusta ser algo más creativo en esto de los crímenes.

La chica no responde y se comporta de una manera que Óliver no comprende. No ha dicho prácticamente nada, algo

muy raro en ella. Y está sonriendo. ¿Es por los nervios previos al final?

—¿De qué te ríes? ¿Te hace gracia morir?

—No mucha. ¿Y a ti?

—La que vas a morir eres tú. Tú sabrás de lo que te ri…

Entonces, se escucha el sonido de un disparo. Natalia se aparta de Gema y contempla cómo el mexicano se pone la mano en el pecho y cae al suelo. Las dos chicas se acercan a él.

—Lo siento mucho, cariño. Ha habido un cambio de planes.

Gema no permite que Óliver diga nada más. La expresión en su rostro muestra sorpresa y terror. No entiende nada, pero no tiene tiempo para comprenderlo. La coordinadora le apunta con la pistola y efectúa un segundo disparo que acaba definitivamente con la vida del estudiante de Criminología.

Luego, besa en los labios a Natalia.

—Ya está. Todo se ha terminado.

Hace unas horas…

Natalia sale del campamento sin que nadie se dé cuenta. La esperan en la casa principal, pero ella tiene otros planes. Necesita cobertura para ese maldito móvil. Si lo consigue, estará a salvo. No quiere ser la nueva víctima de ese asesino loco que ha matado a sus compañeros. Debe darse prisa o le caerá la tormenta encima.

Saca el móvil del bolsillo del chubasquero amarillo y camina lentamente hacia el lugar opuesto en el que ayer estuvo con Vicky, donde encontraron a la mamá osa con su cría. Parece que ha transcurrido mucho tiempo desde entonces, pero no han pasado ni veinticuatro horas.

Echa mucho de menos a esa chica. A pesar de que intenta quitarse de la cabeza la imagen de su cuerpo ensangrentado, tirado en el suelo de su bungaló, le resulta imposible. Debería quedarse con la Vicky gruñona, reservada y peculiar que tanto la había atraído en los últimos días. Esa friki que había

conseguido que tuviera uno de los orgasmos más increíbles de toda su vida.

Se limpia una lágrima con la manga del chubasquero amarillo, que se ha puesto por la amenaza de lluvia, y sigue buscando cobertura para el teléfono de Óliver.

Las primeras gotas empiezan a caer sobre Natalia, que se teme lo peor. Se le viene encima una gran tormenta. Pero no va a desistir tan pronto. Ese móvil es su última esperanza.

Está tan concentrada en su misión que no se da cuenta de que alguien se le acerca por detrás sigilosamente. Le tapa la boca con la mano y hunde un objeto en la espalda.

—Soy Gema. Lo que estás notando es una pistola. Por favor, no grites ni hagas ningún movimiento extraño. No voy a hacerte daño. Solo necesito hablar contigo. ¿Me puedo fiar de ti?

Natalia asiente con la cabeza. La coordinadora aparta la mano de la boca de la chica y después el arma. La joven se gira hacia ella y está tentada de gritar y pedir auxilio, pero cumple con su palabra.

—¿Se puede saber a qué coño estás jugando? —protesta la *influencer* muy nerviosa.

—Lo siento, pero no sabía cómo acercarme a ti sin que te pusieras como una loca.

—¿Como una loca? ¿Me estás llamando loca a mí? Perdona, bonita. Aquí la única loca eres tú, que me asaltas en mitad de la montaña con una pistola.

—No he querido decir eso —comenta Gema, que mira al cielo—. Va a caer una muy gorda. Vamos a un sitio donde podamos hablar con tranquilidad.

—Yo no voy a ninguna parte contigo.

—Aquí en medio nos empaparemos. Ven conmigo, por favor. Fíate de mí.

—¿A dónde quieres ir?

—Ahora lo verás. ¡Vamos! ¡Rápido!

No está muy segura de si debe hacerlo, pero obedece a Gema. La lluvia no espera a que las chicas se pongan a resguardo. Bajo la tormenta, entre rayos y truenos, Natalia sigue los pasos de la coordinadora sin saber a dónde la conduce. No hablan durante el trayecto; bastante tienen con caminar en esas condiciones climáticas. Unos minutos después llegan a una explanada en la que hay una casita de piedra. Debe de ser el refugio que encontraron Saúl y Eva.

—No hay chimenea ni calefacción para que se te seque la ropa, pero tengo toallas —dice Gema mientras se quita la camiseta mojada que lleva y después el pantalón—. Te traigo una.

Natalia observa cómo se desnuda y se cambia de ropa. Esa chica le atrae desde el primer instante en que la vio. Fue una pena que no quisiera nada con ella cuando se lo propuso.

—No hace falta. Estoy bien —dice la *influencer,* que gracias al chubasquero amarillo no se ha mojado la ropa—. ¿De qué quieres hablar?

—Del campamento y los crímenes que se han producido estos días.

—¿No me digas que tú sabes quién está detrás de todo lo que está sucediendo?

—Sí, lo sé. Por suerte o desgracia, lo sé.

—Me cago en la puta, Gema. ¿Qué me estás contando? ¿Lo sabes? ¿Quién coño es el asesino?

—Óliver. Mi novio.

Nunca había sentido tanto asco y odio al mismo tiempo hacia alguien. La chica está a punto de lanzarse contra la coordinadora para arrancarle los ojos. Después matará con sus propias manos al mexicano. Pero recuerda que ella tiene una pistola, que no ha soltado ni para cambiarse de ropa.

—Sois unos hijos de puta.

—Es verdad. Lo somos. Y sé que es imposible que me perdones, pero si estás aquí es para salvarte. No quiero que Óliver te haga daño.

—¿Me va a matar?

—Sí, a ti y a todos. Es el plan. Por favor, siéntate y déjame que te lo explique.

Mientras la tormenta continúa, Gema le cuenta a Natalia lo que ella y Óliver perpetraron con el fin de que el chico se convirtiera en el único candidato para Godoy. La *influencer* escucha indignada el relato y no para de hacerle reproches:

—¿Y matándonos a todos creíais que conseguiríais el premio?

—Sí, porque la culpa se la íbamos a echar a Saúl. Nosotros quedaríamos libres y yo me encargaría de convencer a Fernando de que Óliver está preparado para el puesto que ofrecía al iniciarse el campamento. Todo está planificado.

—Joder. Sois unos putos psicópatas.

La coordinadora agacha la cabeza y mira por la ventana del refugio. Un último rayo ilumina el cielo y a continuación se oye su consiguiente trueno, ya bastante lejano. Sonríe con tristeza y vuelve a dirigirse a la chica:

—Tienes razón. No estoy bien de la cabeza. Mi madre murió cuando yo era muy joven y mi padre está en la cárcel por asesinato. Mi vida no ha sido fácil e imagino que finalmente eso me ha terminado pasando factura. Pero ha sucedido algo que ha hecho que todo cambie para mí en esta historia. Me he enamorado de ti.

—¿Qué? ¿Esto es una broma?

—No, Natalia. No es ninguna broma. Por eso te estoy avisando de lo que va a pasar. Óliver terminará matándote, como a todos los demás. Lo hará cuando regreses al campamento. Todo debe estar solucionado hoy. Y no quiero que eso suceda.

—¿Y qué puedo hacer para impedirlo?

—Tú nada. Yo lo mataré. Por ti.

La chica se queda de piedra cuando escucha lo que Gema le dice. Definitivamente, nadie en ese campamento está en su sano juicio. Pero debe aprovechar los sentimientos de la

coordinadora. Ella está armada y salvar la vida ahora mismo es su única prioridad.

—¿Y los demás? Todavía quedan algunos compañeros vivos.

—Por poco tiempo. A Lucía la envenenará, según lo previsto. Si no lo ha hecho ya. Y después se encargará de Eva y de Saúl. Tú eres la última de la lista.

—Tengo que salvar a Lucía.

—No puedes.

—Sí que puedo.

—Debes salvarte tú y dejar que yo acabe con él. Tengo un plan.

Gema le cuenta lo que se le ha ocurrido. Natalia lo oye con atención, barajando sus posibilidades de sobrevivir a aquella locura.

—¿Qué te parece? ¿Lo hacemos así?

—Me parece bien —responde la *influencer* dando muestras de convencimiento.

—Fuerza una discusión por lo que sea y escapa de él, sin que se note lo que sabes. Nos reuniremos fuera del campamento. Yo te estaré esperando. Fingiré que te he capturado y, cuando menos se lo espere, le dispararé.

—Es un buen plan.

—Lo importante es que Óliver no sepa que he hablado contigo. Debemos actuar justo en el momento adecuado. Es una persona muy peligrosa, Natalia. Si no lo hacemos bien, moriremos las dos.

Después de la muerte de Óliver…

Finalmente, todo salió como había planeado Gema. Las dos estaban vivas y culparían al mexicano de los asesinatos del campamento.

—Voy a ir a mi bungaló a descansar un rato —le dice la coordinadora a Natalia. Ha llorado, no se sabe si de alegría, de la tensión o de dolor—. Estoy agotada.

—Vale. ¿Llamarás ahora a Godoy?

—No funciona mi teléfono. La cobertura ha estado fatal desde el viernes, seguramente por el tema de las tormentas. Mañana el jefe volverá a primera hora. Tenemos que estar preparadas para lo que se nos viene encima, porque querrá saber lo que ha sucedido aquí y seguramente la policía nos interrogará. Luego podemos planificar entre las dos lo que debemos decirles y elaborar nuestras coartadas.

—Nosotras no hemos hecho nada. El autor de los crímenes es Óliver.

—Sí, pero eso se lo tienen que creer.

—Se lo creerán, porque es la única verdad.

—Espero que tengas razón —dice Gema sonriente—. ¿Puedo pedirte un último favor?

—Me das miedo, pero dime.

—¿Me dejas besarte una vez más?

—Claro.

Las chicas se dan uno de esos besos con los que suelen terminar las películas que acaban con final feliz. Después se despiden y la coordinadora entra en Villa Gabriela. Se tumba en la cama y no puede evitar soltar una carcajada nerviosa. Al final, todo ha salido mejor de lo que esperaba. Incluso tiene a Natalia en el bote. ¡Se llevará los dos grandes premios que estaban en juego cuando comenzó aquella aventura!

—Recuerda que tú eres una de las candidatas —le dice Fernando Godoy el día antes de entrar en el campamento—. Mi gran favorita. Y debes hacer lo que esté en tu mano para convencerme de que puedes ocupar mi lugar.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea, Gemita. Lo que sea.

—Sabes que mis genes son los que son, ¿verdad?

—Por eso te he escogido, querida. Porque eres la hija de un hombre al que admiro mucho y del que todos se acuerdan. Ahora te toca a ti. Demuéstrame de lo que eres capaz.

Epílogo

Miércoles, 5 de febrero de 2020. Casi siete meses después de empezar el campamento

La semana anterior se dio por finalizada la investigación y se archivó el caso. Se había considerado único culpable a Óliver Alfaro de las muertes ocurridas en el campamento. Fernando Godoy quedó completamente absuelto de cualquier responsabilidad relacionada con lo que había sucedido en julio en los Pirineos.

El millonario está sentado a la mesa de uno de sus restaurantes favoritos de Madrid leyendo el periódico mientras suena de fondo *Donde estarás* de Ricchi e Poveri.. Mira de vez en cuando el móvil, para comprobar si los medios de comunicación continúan hablando de él. Parece que por fin ha llegado la calma, aunque siente que ha envejecido diez años de golpe. Hasta se ha cortado el pelo y ya no lleva su coleta habitual.

El circo mediático que se formó alrededor de los acontecimientos que pasaron en el campamento, que organizó para elegir a su sucesor, no tiene precedentes. No ha quedado ni un solo tertuliano de ninguna televisión que no haya opinado al respecto.

¿Qué sucedió realmente? Todos creen saberlo, pero nadie conoce la verdad.

La puerta del restaurante se abre y por fin aparece ella. Es una joven rubia, con el cabello largo y los ojos claros. Va muy abrigada, porque fuera hace muchísimo frío. Natalia le da su anorak amarillo al camarero y se dirige hasta la mesa de Godoy. Este suelta el periódico y se levanta para darle dos besos.

—¿Qué tal, Fernando? ¿Cómo van las cosas por el planeta? —le pregunta la chica mientras toman asiento y se quita el gorro y los guantes—. Estoy completamente desconectada de la vida.

—Igual que siempre. Parece que hay un virus por ahí que dicen que se va a extender por todas partes, pero no creo que suceda nada. Un invento de la prensa, como siempre.

—Lo que le faltaba al mundo es una epidemia. Santo Dios.

—Seguro que no es para tanto. ¿Y tú cómo estás?

—Bien. Más relajada ahora que todo ha terminado definitivamente.

—¿Qué sientes sin redes sociales? Para una *influencer* no debe de ser fácil desaparecer de Internet de la noche a la mañana.

—No tengo mono, la verdad. Me he acostumbrado más rápido de lo que pensaba.

El 31 de diciembre, un minuto antes de las uvas, con seis millones de seguidores en Instagram y cuatro en TikTok, Natalia Ruiz celebró el fin de año cerrando sus cuentas. Estaba cansada de que la gente solo se interesara por lo que había ocurrido hacía unos meses. ¿Cómo era posible que ella viviera y los demás acabaran muertos? Bastante tenía con lo que había vivido en ese infierno como para preocuparse de los comentarios de gente que ni siquiera conocía. Al principio pasó del tema e intentó relativizar, pero se convirtió en algo insoportable. Cada día eran más los que la acosaban y la acusaban de algo que no había hecho.

—¿Has perdido mucho dinero por cerrar tus redes sociales?

—Bastante pasta. Las marcas han roto los contratos que tenía con ellas. No pasa nada. Hay que reinventarse y buscar otros caminos en la vida, ¿no te parece?

La chica entonces saca del bolso un bolígrafo cuyo tapón es un oso polar. Se lo enseña y lo coloca sobre la mesa.

—¿Qué significa esto? —pregunta el hombre perplejo.

—¿En el pasado no te llamaban «oso polar»? ¿Era por el cabello blanco?

—No sé cómo te has enterado, pero no voy a hablarte de eso.

—Me parece bien. ¿De qué te apetece hablar?

La chica suelta una carcajada y llama al camarero. Le pide que le traiga un refresco de naranja y mira su reloj.

—¿Sabes algo de Gema?

—¿Por qué me lo preguntas, Fernando?

—No lo sé. Tal vez se ha puesto en contacto contigo.

—No. No sé absolutamente nada de ella. La última vez que la vi fue en el campamento, como dije en el juicio. Le disparó a Óliver con una pistola y desapareció.

Godoy asiente, aunque nunca creyó esa versión. Todo lo que dijo Natalia en el juicio le pareció muy extraño, especialmente esa parte. Sin embargo, nadie dudó de su palabra. A ella también la absolvieron de cualquier culpabilidad relacionada con los crímenes.

—¿Dónde piensas que está?

—No tengo ni idea. Igual se ha quedado a vivir en los Pirineos, entre los lobos y los osos. En cualquier caso, no es asunto mío. Ella sabrá lo que hace con su vida.

La sonrisa que esboza Natalia le genera todavía menos confianza. Esa chica no está contando la verdad. Lo ve en sus ojos. Está mintiendo.

—¡Gema! ¿Puedo pasar?

La voz de la *influencer* la despierta. Le encantaría que fuera así durante mucho tiempo. ¿Cómo es posible que se haya enamorado de ella? Ya empezó a gustarle cuando analizó su perfil. Se quedaba embelesada observando sus fotos en Instagram. Sin duda, era su preferida. En los Pirineos terminó de entusiasmarle su manera de ser. Por no hablar de su perfecto cuerpo y su cara de diosa griega.

—Claro. Adelante. La puerta solo está encajada.

Natalia entra en el bungaló de Gema y acude hasta su cama. La coordinadora se despereza y después le da un beso en la boca.

—¿Qué hora es?

—Solo son las siete de la tarde.

—¡Pues he dormido bastante! ¿Qué has estado haciendo tú?

—Pensar. Darle vueltas a todo esto.

—¿Y qué sientes? ¿No te parece que estamos en una especie de sueño?

—En una pesadilla más bien —responde Natalia—. Hay cosas que será difícil que se me olviden.

—Te comprendo. A mí también me pasa. Pero la vida continúa, ¿no? Y estamos juntas.

La *influencer* sonríe y le acaricia el cabello. Gema se deja hacer y le regala un nuevo beso en los labios.

—Tenemos que preparar la estrategia para contar lo que ha pasado. Mañana vendrá Godoy y es posible que también aparezca la policía. Debemos estar listas y no caer en contradicciones.

—Yo ya he pensado en algo.

—¿Sí? ¿En qué?

—En que esto no tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido? —pregunta Gema bastante desconcertada.

—Que tú me beses. Que me cojas la mano. Que me digas cosas bonitas… Tú has matado a mis amigas. A mi querida Vicky.

—No… no he sido… yo, Natalia. Fue… Óliver.

—Pero tú estabas implicada. Sabías lo que estaba haciendo y no lo impediste. No puedo perdonar eso.

—Tienes que perdonarme. Por favor, cariño.

—No. Lo siento.

Natalia se lanza a por Gema, que no lo espera, y la agarra por el cuello con rabia. La fuerza de la chica es muy superior a lo que podía haber imaginado. Intenta zafarse de ella, pero no lo consigue. La *influencer* aprieta sin piedad. La coordinadora, poco a poco, se va quedando sin fuerzas. Sin aire. Hasta que acaba muerta en los brazos de la joven a la que amaba.

Natalia da un sorbo a su refresco y vuelve a mirar el reloj.

—¿Esperas a alguien?

—Sí, he quedado aquí con una amiga.

—Pensaba que solo íbamos a estar tú y yo —dice Godoy extrañado—. ¿No querías hablar conmigo de un asunto importante?

—Sí, pero necesito que esté ella delante.

—No lo entiendo.

—Ahora lo comprenderás.

—¿Y llega tarde esa amiga tuya?

—Suele hacerlo. Es muy impuntual.

Dos minutos después la chica se levanta de la silla eufórica:

—¡Ya está aquí! —grita Natalia cuando su amiga por fin aparece.

Godoy mira fijamente a la joven que entra en el restaurante. Lleva el pelo moreno, muy corto, al estilo Demi Moore en la película *Ghost* . Su cara le resulta familiar y enseguida descubre el motivo.

—¡Hola, Fernando! ¿Cómo estás?

—Ho… hola, Lucía.

—Gracias por invitarme a comer. Estoy hambrienta. ¿Qué es lo que se suele pedir aquí?

Lucía no se tomó el veneno que Óliver le había puesto en la botella de agua con gas. Afortunadamente para ella, Natalia llegó a tiempo de avisarla. Pero no podían decir nada. Entonces, las dos *influencers* elaboraron un plan.

—Se lo diremos a Eva también. Ella será la que les dirá a esos dos que estás muerta, para que Óliver piense que ha conseguido envenenarte.

—¿Eva lo sabrá?

—Sí, pero no se lo podemos contar todo. Es muy arriesgado. Le diremos que sabemos que uno de los dos chicos es el

culpable y será la que los lleve a la biblioteca. Luego apareceré yo con Gema y acabaremos con Óliver, como he quedado con ella.

—¿Y si hasta que lleguéis le pasa algo a Saúl o a Eva?

—Es un riesgo que debemos correr. Lo importante es que tú y yo estemos a salvo, Lucía. El resto me da igual.

Finalmente, Lucía y Natalia piden lo mismo: una hamburguesa enorme con tomate, aguacate, cebolla y beicon, acompañada de muchas patatas fritas.

—Tú también has cerrado tus redes sociales, ¿no? —le pregunta Godoy a Lucía, que come con voracidad.

—Sí. Cuando me comentó Natalia que lo iba a hacer, me pareció buena idea. Se estaba convirtiendo en un acoso constante. La gente es muy morbosa y tiene mucha maldad. Era lo mejor.

—Vamos a ser socias, Fernando.

—¿Vais a montar algo juntas?

Las dos chicas sonríen y se dan la mano. Se han hecho muy amigas en los últimos meses, como hermanas. Y es que enterrar juntas un cadáver en la montaña une más de lo que uno puede pensar.

—Queremos ser parte de tu negocio. Nos lo merecemos.

—¿Qué? ¿Parte de mi negocio?

—Exacto. En realidad, somos las únicas supervivientes del Campamento Godoy. El premio debería ser nuestro. Aunque iremos poco a poco. Primero nos enseñas el oficio y, cuando te retires, nos dejas el control a las dos —comenta Natalia mientras mastica una patata—. Sabremos manejar toda tu pasta y darle un enfoque más juvenil a tu imperio. ¿No es lo que querías?

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente. Además, creo que es lo que más te conviene.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque nosotras también sabemos investigar y hemos averiguado algo que tal vez no te apetezca que salga a la luz.

—Es un farol.

—¿Un farol? ¿Eso piensas, Fernando? —dice Natalia, que le enseña su móvil—. Mira bien. En este documento están todos los restaurantes de tu propiedad en los que sirves carne humana y con los que has logrado hacerte todavía más rico. Un pajarito enjaulado, al que no ayudaste en su día, nos ha contado que famosos y clientes muy importantes empezaron a hacer negocios contigo a cambio de sumas desorbitadas de dinero. Ellos ponían la carne y los consumidores, y tú, el sitio donde servirla.

—Eso no es verdad. ¡Mientes!

—¿Miento? Pues que la prensa lo compruebe. ¡Hemos conocido a un montón de periodistas durante estos meses!

Fernando Godoy saca un pañuelo de tela del bolsillo de la chaqueta y se seca el sudor. Después, se bebe un vaso de agua entero mientras observa consternado a las dos *influencers* sonrientes. Natalia le pasa el bolígrafo con el tapón del oso panda y una servilleta de papel.

—¿Entonces, qué hacemos? ¿Preparamos el borrador de ese contrato?

Agradecimientos

Un consejo: si te has venido directamente a los agradecimientos, da la vuelta y regresa al principio. Este apartado puede contener *spoilers* . Yo ya te he avisado.

Iba a empezar esta parte tan importante del libro para mí hablando del coronavirus, de lo difícil que ha sido todo en los últimos meses y de cómo he tenido que adaptarme a las circunstancias para escribir esta novela. Pero creo que todos estamos un poco hartos del tema, así que no voy a cansaros más con algo que ya sabéis y que tenemos presente en cada minuto de nuestra vida actual.

El campamento nació en pleno confinamiento; en una charla con Ester, a la que se le ocurrió la primera idea. Estoy muy contento con el resultado final, aunque os puedo asegurar que nunca me había enfrentado a un reto tan complicado. He escrito en casa, de la que apenas salgo. Acostumbrado a ir cada día a la cafetería y a estar rodeado de gente, me ha costado muchísimo cambiar la rutina que tenía desde hacía doce años. Espero que os haya gustado y me hayáis perdonado por la ristra infinita de muertes. Me apetecía escribir algo de este tipo: un homenaje a *Diez negritos* de Agatha Christie y a mi serie preferida, *Lost,* salvando las distancias, por supuesto, y con el sello Blue Jeans de siempre.

No sé si cuando se publique el libro por fin habré podido ver a mis padres. Desde diciembre del 2019 no voy a Sevilla. Demasiado tiempo, pero lo he decidido así. La seguridad y la responsabilidad han sido mis prioridades durante la pandemia y no me perdonaría contagiarlos por arriesgarme. Esta novela va especialmente dedicada a ellos, que se lo merecen como nadie. Por suerte existen las nuevas tecnologías y los móviles y el contacto es permanente. También va para mi hermana, que sigue ayudando a los demás, con su generosidad y empatía. Tengo ganas de veros. Ojalá el 2021 lo permita cuanto antes. Fuerza, ánimo y paciencia. Tampoco veo desde finales del 2019 a mis tíos, primos, amigos, a la familia de Ester… Lo más importante ahora es la salud y ya tendremos tiempo de

abrazarnos y contarnos batallitas delante de un buen plato de jamón y unos refrescos. Cuidaros mucho, por favor.

A la que sí veo cada día —y prácticamente a cada minuto— es a Ester. Dicen que la convivencia en pareja no es fácil cuando se pasa mucho tiempo al lado de la otra persona. En nuestro caso es al contrario. Sin ella hubiera sido imposible estar tantos días encerrado en casa. Nos retroalimentamos de energía positiva el uno al otro. Tuya es la idea de *El campamento* y alguna de las subtramas, así que muchas gracias. Pero lo más importante es que ni siquiera una pandemia nos ha restado ni un gramo de amor, respeto y cariño. Escuchar canciones juntos, hacer maratones de series tumbados en el sofá, charlar de nuestras cosas mientras cenamos o ver el entusiasmo que le pones a tu trabajo me hacen sonreír. Ojalá vuelvan los viajes y continuemos conociendo lugares del mundo. Mientras tanto, seguiremos siendo felices en casa, disfrutando de las pequeñas cosas.

Tengo la enorme suerte de trabajar en Planeta, la mejor editorial de España. Que me hayan dejado escribir una historia como la de *El campamento* dice mucho de mis editoras. Me imagino la cara de mi querida Puri Plaza al ir leyendo una muerte tras otra. Esa libertad de la que dispongo para trabajar es impagable. Así que gracias por confiar en mí y en este nuevo proyecto, el cuarto que compartimos. Puri, ojalá siempre juntos. Gracias Raquel Gisbert por tus llamadas y tus ánimos constantes. Qué haría yo sin ti. Gracias a mis queridas Isa Santos, Silvia Axpe, Lolita Torello, Laura Franch, Belén López y Laia Manchón por vuestros mimos, vuestra sabiduría y vuestra paciencia conmigo. Es un lujo y un honor para mí formar parte de este equipo. Gracias también a Anna Ubach, ojalá te hayas divertido corrigiendo el libro. Muchas gracias a Zoa Caravaca y a Gonzalo Fernández del Río. Gracias a Sabrina Rinaldi y a Ferran López por la maravillosa cubierta. Gracias a Marc Rocamora, a Sergi Álvarez y a Carlos Revés por estar siempre pendiente de mí. GRACIAS a Javier Sanz y María Juncosa, por todo lo que estáis consiguiendo con mis libros, nos debemos otro coreano para celebrar los últimos éxitos. Gracias a los equipos de Booket, de Columna y de La Butxaca. Gracias a Marisol Palés y a todos los que trabajan en

las delegaciones de Latinoamérica por hacer posible que mis historias lleguen a tanta gente al otro lado del charco. Y gracias a Paco Barrera y a cada uno de los comerciales de la editorial que conseguís que mis novelas estén tan bien posicionadas en las librerías. Os lo digo en serio: Grupo Planeta es la mejor casa editorial en la que podría estar.

Los lectores habéis sido fundamentales para que mi ánimo no haya decaído en el confinamiento. Vuestro apoyo ha sido increíble y me he divertido mucho en los directos de Instagram, los clubes de lectura de Telegram o en las innumerables preguntas-respuestas que hemos hecho en estos últimos meses. Gracias, chicos, de corazón. Espero que esta novela haya cumplido con vuestras expectativas. En representación de todos, MILLONES DE GRACIAS a María Ludmila Cavallo, Belén Díaz, Andrea Gil, Ariadna Díaz, Angélica Sánchez, Patria Fabiola Orozco, María Fernanda Muñoz, Flora Estevan, Gianella Ramírez, Patricia Gómez, Mónica Roig, Gabriela Riaño, Zuleica León, Milagros Paricanaza, Paula Vandeweyer, Anna B, Yuly Quevedo, Ludmila Fernández, Odalis Medina y a Cynthia Martín. Un gracias muy especial para Saraí Beltrán, Francesc Sánchez y Pedro Vásquez por vuestra gran ayuda y ser estandartes de este gran ejército azul.

Sé que todos los sectores lo están pasando mal y que va a ser complicado recuperarnos de esta. Yo me acuerdo, en especial, de las librerías. El libro nunca desaparecerá, eso está muy claro, y siempre tendremos una vida extra. Pero ahora el mundo de la literatura necesita toda nuestra ayuda. Mucha fuerza para todos los libreros y no desfallezcáis jamás. Aquí me tenéis para lo que necesitéis. Gracias por no rendiros y seguir al pie del cañón, pese a todo lo que está sucediendo.

Quiero acabar mostrando todo mi apoyo y dando las gracias a las personas que han hecho que el castillo de naipes no se caiga completamente por culpa del coronavirus. Qué sería de nosotros sin los sanitarios. Muchos han perdido la vida por salvar la de los demás. Ellos son la gran representación de un montón de grupos (fuerzas del orden, servicios de limpieza, personal de los supermercados, farmacéuticos…) que han dado la cara al público para que la rueda siga girando. No

estoy seguro de que esto nos haga más fuertes, pero sí hemos comprobado que existen muchas mujeres y hombres buenos y solidarios, que se merecen lo mejor. A todos ellos, mis respetos y MUCHAS GRACIAS.

Decimocuarto libro publicado, primer autoconclusivo. Quién me lo iba a decir hace doce años… ¡Seguimos! Ojalá nos veamos pronto, en persona, sanos y salvos. Por favor, sed prudentes y cuidad mucho de vosotros y de los que tenéis alrededor. Ahora más que nunca.

Sigue este QR para escuchar
la *playlist* oficial de *El campamento*

El campamento

Blue Jeans

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Stephen Mulcahey / Trevillion Images
© Francisco de Paula Fernández, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2021
ISBN: 978-84-08-24221-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!